



MIRANDO ATRÁS

EDWARD BELLAMY



Lectulandia

Según Erich Fromm, «uno de los más notables libros que se hayan publicado en América». En términos de popularidad, fue el libro más vendido de su época, solamente superado por *La cabaña del Tío Tom* y *Ben-Hur*. En la novela, Julian West, un joven de clase alta de 1887, es testigo de la transformación del mundo en una utopía del año 2000. La novela influyó en un gran número de intelectuales. Es uno de los pocos libros de todos los tiempos que casi inmediatamente después de su publicación haya creado un movimiento político de masas. En los Clubes Bellamy que brotaron por doquier en los Estados Unidos de América, se discutían y propagaban las ideas del libro, que también inspiraron varias comunidades utópicas.

Lectulandia

Edward Bellamy

Mirando atrás

ePub r1.0

Titivillus 17.07.17

Título original: *Looking Backward*
Edward Bellamy, 1888
Traducción: Alicia Cotarelo
Introducción: Paloma Román Marugán
Maqueta de portada: Sergio Ramírez
Diseño de cubierta: RAG

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

I

Leer y sumergirse en una narración utópica tiene un significado genérico para la mayoría de las personas. La primera idea que ronda la cabeza es que se trata de alguna trama literaria que nos va a hacer viajar a un lugar ignoto e inexistente casi por definición. Pero si se repasan sus múltiples acepciones, resulta que nos encontramos casi en un laberinto semántico, que en realidad demuestra varias cosas: una, la dificultad de identificar algo que es un no lugar (*u-topos*), la gama de interpretaciones que facilita esa dificultad, lo estimulante que llegan a ser la curiosidad y la imaginación humanas como formas de expresión y, cómo no, la propia relevancia que tienen tanto el debate sobre los estudios como esta ingeniosa creación humana.

R. Levitas (2007) plantea cómo la utopía ha sido tratada con la sospecha previa de que lo que plantea es imposible y, por tanto, potencialmente peligrosa por totalitaria en la práctica. Si, por ejemplo en Mannheim, es contemplada como la fuerza motriz para el cambio, para Marx y Engels se convierte justo en el obstáculo para realizarlo.

Es de sobra conocido que el nombre de «utopía» surge en 1516 con la publicación de la obra homónima de Tomás Moro^[1]. Pero además de ese notorio inicio, la palabra «utopía» encierra otros sentidos. Es un género literario de ideas sociopolíticas; es una quimera, una especie de proyección imposible; también es todo intento de trascender a la realidad modificando el *statu quo*, así como una forma de pensar, una mentalidad o una función del espíritu (Cioranescu, 1972).

Esta diversidad de miradas coincide con una amplitud de enfoques a la hora de estudiar el fenómeno utópico. Siguiendo a Baczkó (2005), hay que contar con el enfoque literario, el histórico, el sociológico y/o el simbólico. Misseri (2011) completa esta visión poliédrica sosteniendo que el actual concepto polisémico parte de la contribución de los pensadores socialistas y anarquistas de fines del siglo XIX y del siglo XX. En definitiva, volviendo a Baczkó, la utopía en un sentido amplio es una disposición humana a proyectar ideales para transformar la realidad, y en un sentido más estricto, se trata de un género literario de corte filosófico-político.

II

Edward Bellamy publicó su novela *Looking Backward (Life in the Year 2000)*, conocida en castellano con el título: *El año 2000*, en 1888, convirtiéndose en un brevísimo plazo de tiempo en un libro muy vendido, muy leído, que ejerció una enorme influencia, no solo en los Estados Unidos, sino allende sus fronteras.

Su paradójico título en inglés causó un enorme revuelo, constituyendo, a juicio de

muchos y distintos autores, la obra literaria utópica más influyente de las publicadas en el siglo XIX (Claeys, 2011: 155). Fue la obra más vendida después de la notoria novela de Harriet Beecher Stowe, *Uncle Tom's Cabin* (*La cabaña del tío Tom*), publicada en 1852, llegándose incluso a traducir a veinte idiomas, entre ellos al chino, solo cinco años después de su publicación.

La influencia del libro de Bellamy no solo se manifestó al conseguir una legión de lectores, sino que también fue la base de la formación de un movimiento político propagador de una ideología llamada *nacionalismo* que no tiene nada que ver con la ideología contemporánea llamada de la misma manera, así como de la aparición de un sinnúmero de clubes Bellamy; incluso se llegaron a fundar sociedades y comunidades basadas en sus principios, no solo en el país natal del autor, sino también en Europa, Sudáfrica, Indonesia y Nueva Zelanda (Claeys, 2011: 156). Claeys, responsable de la obra *Utopía*, concluye que, sin embargo, «hoy casi nadie lee el libro», paradoja que no deja de ser llamativa.

Edward Bellamy nace en Chicoppee Falls, en el estado de Massachusetts, en 1850, y muere en 1898 en el mismo lugar a los cuarenta y ocho años. Fue hijo de padre baptista y madre calvinista, y su influencia fue clara en su educación. Estudió leyes en Nueva York, pero no ejerció como abogado, sino que se decidió por el periodismo y la literatura como vehículos de expansión de un ideario que fue alimentando sobre todo tras un viaje a Europa (Fromm, 2011: 12). Sus principios socialistas y solidarios le movieron a ejercitarse como un propagandista de aquellos y, en definitiva, como un reformador social.

Su primera etapa fue el periodismo, y en realidad no lo abandonó nunca. Comenzó en el *staff* editorial del *New York Evening Post*, para más tarde volver más cerca de casa, colaborando con artículos y editoriales en el *Springfield Daily Union*, llegando ya incluso a publicar pequeñas narraciones en distintas revistas. Después hizo patente su inclinación por la literatura, sobre todo a partir de 1881. Además ya en los años ochenta, casado y padre de familia, hubo de recurrir a la literatura con el fin de lograr el sustento de la casa.

No obstante, mantuvo su tarea propagandística a través de sus propias publicaciones periódicas: *The Nationalist* (1889-1891) y más tarde con su continuadora *The New Nation* entre 1891 y 1894. De entre todas sus pequeñas piezas narrativas y sus novelas, destaca, sin duda, la que es objeto de esta reflexión, *Looking Backward*, por su enorme repercusión tanto en el campo de las alabanzas como en el de las críticas.

Se crearon alrededor de unos quinientos clubes nacionalistas, señal inequívoca de que muchos ciudadanos, no solo norteamericanos sino también del resto del mundo, compartían el anhelo de reformas que plantea Bellamy (Roemer, 1972). El fenómeno está mucho más estudiado en los Estados Unidos, donde se vio florecer un mapa plagado de clubes Bellamy desde Maine a California, siendo su influencia un semillero especial para los populistas y agraristas norteamericanos, uno de los grupos

más castigados por la crisis económica de aquel entonces.

En 1891 se crea el Partido Populista o del Pueblo con amplia base agraria, y van a ser principalmente sus líderes, sin hacer de menos sus bases, los principales partidarios del ideario de Bellamy. Aquellos animaron a la lectura de la novela, llegándose incluso a regalar si mediaba una suscripción y/o inscripción al partido. Aunque, en algunos casos, ni siquiera hizo falta la lectura del libro. También el boca a boca funcionó para propagar las ideas nacionalistas, incluso formando parte del ideario de la organización en un intento de plantar cara a los dos grandes partidos. El devenir del Partido Populista no fue muy exitoso, ya que a principios del siglo xx y con la subida de los precios agrarios su combatividad disminuyó significativamente (McHugh, 1978).

III

Las utopías del siglo XIX presentan unas características específicas con respecto a las publicadas en otros momentos históricos que pueden resumirse fundamentalmente en tres: a) la insatisfacción por la cuestión social; b) la descripción de una sociedad «socialista», y c) la actitud progresista entre el trabajo y la vida (R. de Toro, 1981). También hay que recordar en este punto que, una vez ya descubierto el planeta tierra y, por lo tanto, sin lugares ignotos donde llegar o sobre los que idear, la utopía del siglo XIX presenta elementos científicos (no en vano, el despegue de la ciencia a partir del siglo XVIII va a prestigiar su capacidad transformadora) y la ambientación futurista (C. Abraham, 2004).

Looking Backward resulta ser una utopía genuina del siglo XIX, además de ser la que más impacto tuvo en su momento. Los efectos de la Revolución industrial a la altura de los últimos años de aquella centuria van fraguándose y motivando una amplia red de respuestas, desde los representantes del socialismo *utópico* —bautizado así por los cultivadores de otro tipo de socialismo: el *científico*^[2]—, en el campo de la reflexión e incluso por la delgada línea que los separa, así como en el de activismo político. De forma más rotunda en esa área, se asiste a la concienciación y movilización del llamado movimiento obrero, el único colectivo hasta ese momento con vocación internacionalista, que será capaz de generar una doble estrategia de combate: la sindical y la política. Así se comprueba el nacimiento y crecimiento tanto de sindicatos como de partidos obreros.

El choque entre patronos y proletariado en las sociedades más industrializadas además planteará el enfrentamiento social. Huelgas muy significativas se abren paso en el estado de Massachusetts, en el entorno habitacional de E. Bellamy, ese clima afecta al escritor como demuestran sus obras, y sobre todo *Looking Backward*.

Aunque en aquel entonces los Estados Unidos iban por detrás de Europa, es cierto también que se trataba de un país joven y prometedor para soñadores (la parábola del

american dream) donde el dinero fluctuaba, ocasionando épocas de bonanza que enriquecían a algunos, combinadas con otras que empobrecían a más. M. Dorao (1997) recuerda esos vaivenes con los apelativos casi familiares de «pánicos» y «depresiones» como pasos consecutivos. El primero de ellos acaeció en 1819 cuando la inestabilidad política de la recién conseguida independencia fomentó una crisis económica, la de 1820. En 1837 tuvo lugar otro nuevo pánico, al que sucedió una profunda depresión. Y aún otro más a partir de 1880, que va a afectar sobre todo a los estados del medio oeste (que se van incorporando a la Unión) y en el sur; el marco económico de una nueva depresión en 1883 y los disturbios —especialmente el Haymarket Riot (Chicago)— alientan a Bellamy a escribir la obra así como explica su buena acogida por parte de los apesadumbrados ciudadanos estadounidenses en 1888. El apartamiento desde el individualismo hacia el colectivismo, según narran Milton y Rose Friedman (1989), se fragua en Europa con el nacimiento de la Sociedad Fabiana, y en los Estados Unidos, en el año 1885, cuando surge la Asociación Norteamericana de Economía, fundada por jóvenes economistas educados en Alemania y en el socialismo, y en esta corriente, estos autores apoyan el éxito de la novela de Bellamy. Siempre hay distintas respuestas a los retos que plantea la obstinada realidad. L. Mumford (1922) explica muy bien las dos posibilidades antagónicas: la *utopía de fuga*, como será la obra de W. Morris *News from Nowhere*, o bien la *utopía de reconstrucción*, poniendo como ejemplo la novela de E. Bellamy.

También, y con el ánimo de centrar *Mirando atrás* en su lugar dentro de la historia de las utopías, hay que señalar cómo resulta ser una de las primeras obras en que el *no lugar* deja de ser un sitio inventado^[3], o bien situado en los más remotos confines de la tierra, y es planteado como un lugar en otro tiempo. El viaje en el tiempo se convierte así en un vehículo propicio (M. Dorao, 1997). De los primeros ensayos de plasmación de una utopía en otro tiempo, en vez de en otro lugar hay ejemplos dignos de mención, y que sin duda influirían en Bellamy por su notoriedad y significado. Washington Irving escribió en 1819 uno de sus cuentos más famosos, *Rip Van Winkle*, donde un campesino pasa dormido veinte años, y lógicamente al despertar y al volver a su aldea todo es muy distinto, incluso las viejas colonias se han convertido en los Estados Unidos; este formato es parecido al que luego utilizará Bellamy, y de hecho esta famosa narración ha quedado como referente en los Estados Unidos para denominar a alguien que sin explicación no está al tanto de lo que ha sucedido.

En los años inmediatos a la publicación de *Looking Backward*, la modalidad del viaje en la dimensión temporal para fomentar la comparación implícita, e incluso explícita, se pone de moda. El viaje en el tiempo puede ser hacia atrás (el pasado) o hacia adelante (el futuro) con el fin de formular una crítica social bien a través de la comparación implícita o explícita. Mark Twain prefiere en 1889 un viaje al pasado en su famosa novela *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court* para criticar el estilo de vida sureño que él comparaba con la época medieval, o más tarde la novela de H.

G. Wells, quien imagina *The Time Machine*, en 1895, para viajar a un futuro peor que el pasado conocido.

El vehículo que se utiliza en ese viaje en el tiempo que plantea Bellamy es el sueño. Curiosamente, uno de los episodios más cotidianos para el ser humano; no se trata de construir y hacer funcionar una sofisticada máquina del tiempo, sino de entrar en la somnolencia que repara diariamente la vida de los seres humanos. En el caso que nos ocupa, existe un doble sueño, ya que West despierta de un sueño de ciento trece años y conoce el Boston del año 2000, y luego regresa a 1887 para volver a soñar y regresar al futuro. Como señala bien Davis (2010), con este juego malabar Bellamy arrincona al lector: *¿Qué es sueño?, ¿qué es realidad?: ¿el aquí o el allí?, ¿el pasado o el futuro?*

Como lo importante resulta ser el proyecto de bienestar que se expone, por lo general las narraciones utópicas son flojas como novelas; Martín Rodríguez (2011) apunta en este sentido que la obra de Bellamy incorpora una intriga menor, hasta el punto de comentar la extrañeza de los críticos en la repercusión que pueden tener siendo tan deficientes desde el punto de vista literario. Pero el autor apuntala que, como el atractivo descansa en la riqueza y en la coherencia de su descripción de un espacio social imaginario, el impacto de lectura implícito es similar al de un libro de viajes.

Cuando se buscan hoy en día referencias sobre la obra *Looking Backward*, resulta curioso constatar que una de las fuentes más caudalosas de información es la polémica surgida tras la publicación del libro en 1888, por un crítico feroz para con ella: William Morris^[4]; su conocida obra *News from Nowhere* resulta estar escrita en contestación a la obra de Bellamy. Es curioso, pero en todos los estudios sobre la obra de Morris, siempre hay un párrafo o al menos unas líneas para *Mirando atrás*. Tanto es así que todos los escritos consultados dan por hecho que Morris escribió su novela en contestación a la de Bellamy, y la publicó tan solo dos años después, en 1890.

Por ejemplo, la objeción de Morris al utilitarismo, el control disciplinario y la mecanización, cuando, a su juicio, el trabajo debía de ser un placer en sí mismo (Levitas, 2007) que se conseguiría a través del logro de la verdadera igualdad. La crítica de Morris a *Looking Backward* puede resumirse también en que la consideraba una utopía de realización para las clases medias urbanas y, por tanto, sin aspiración posible para la clase obrera, que era, a su juicio, la verdadera sufridora de la situación lamentable que se vivía. Es más, Morris califica el trabajo de Bellamy con el despreciativo adjetivo de *cockney* (De la Cuadra, 2010).

Pero no solo tuvo una crítica acogida por parte de sus lectores más renombrados. Mark Twain puede señalarse como un ejemplo de todo lo contrario. Su entusiasmo por Bellamy le llevó incluso a visitar al autor, y por la propia novela, a la que calificó de «la última y la mejor de las biblias» (Winters, 1980), siendo este un buen comentario por parte de uno de los escritores más famosos y con una clara vocación de crítico y reformador social.

A pesar del avance que se observa no solo en la disposición de medios técnicos y organizativos en la novela de Bellamy, hay que recordar que, sin embargo, los roles sexuales no han variado demasiado durante los ciento trece años que dura el sueño de Julian West. Como recuerda K. Roemer (1972), los roles sexuales son los propios de todos los utópicos de *la clase media alta*, y por eso aparecen definidos como «naturales» y, por tanto, inamovibles.

Esta calificación de la novela de Bellamy es compartida por más autores, al recordar que Bellamy proyecta una utopía de abundancia material, seguridad psíquica y armonía social. Precisamente su enfoque evolutivo, es decir, de cambio social gradual y no violento, y sin ningún análisis de clase, confirmaría su pertenencia al imaginario burgués que patrocina (McClugh, 1978^[5]).

IV

Una sinopsis rápida de la trama de esta obra muestra a su protagonista, Julian West, hombre acomodado en la ciudad de Boston en 1887, quien se queda dormido para despertar tras lo que él piensa que es una noche de descanso; más tarde, comprueba que han transcurrido ciento trece años, tres meses y once días; situándose, por tanto, en el último año del siglo xx, el siempre profético año 2000. De la incredulidad pasa a la sorpresa, y luego al ávido conocimiento del cambio operado en su ciudad, y en su modo civilizatorio, dando pábulo al ideario colectivista que defendió Bellamy y que sirvió de base a los clubes que llevaron su nombre junto al de «nacionalismo».

Un rápido repaso de los personajes que pueblan la novela lleva a comenzar por el protagonista. Julian West, un rentista acomodado de Boston, acostumbrado gracias a los recursos familiares a llevar una apacible vida burguesa y a ser un espectador cómodo, e intermitentemente irritado —solo cuando le afecta personalmente—, de la convulsa realidad que le rodea. Según él mismo confiesa, la fórmula de su familia para lograr y mantener su estatus fue «echar la carga de la propia subsistencia sobre los hombros de otros».

Es el protagonista de los dos tiempos en los que se desarrolla la trama de la novela: 1887 y 2000. Nace en 1857, es decir, es solo siete años menor que el propio escritor, lo que le convierte en su alma gemela y contemporánea, por lo que resulta fácil deducir que habla con la voz de Bellamy.

Los personajes que le acompañan en el escenario decimonónico son su fiel criado Sawyer, persona entregada al servicio personal de West y, como solía ocurrir en estos casos, tan cercano a su señor que era el principal guardes de sus secretos; y también hay que contar con la breve aparición del Dr. Pillsbury, nombre con reminiscencias funcionales, ya que era su médico de confianza y quien suministraba a West los sedantes típicos que precisaba el burgués para conciliar el sosiego y el sueño cuando el entorno social le desbarataba sus planes. El doctor era profesor de magnetismo

animal, lo cual le sitúa a medio camino entre la medicina convencional —de la que el propio West señala que sabía muy poco— y la práctica de posibilidades más abiertas a sentir sensaciones y situaciones menos habituales pero más proclives al sueño viajero. De hecho, el autor cita expresamente a Pillsbury como un «mesmerizador», lo que supone la referencia concreta al médico austríaco Franz Anton Mesmer, quién vivió entre los siglos XVIII y XIX, y que es una figura clave en esa zona oscura del sueño hipnótico que, gracias a sus luces y sus sombras, siempre es capaz de abrir la puerta al mundo de lo desconocido.

Por tanto el Dr. Pillsbury y Sawyer son los dos personajes únicos que West necesita para dar el salto al año 2000; queda por mencionar solo a Edith Bartlett, la prometida de West, con quien se ha de casar en breve, y cuya boda parece depender únicamente de que terminen la mansión que West se está haciendo construir. Pero el ritmo de edificación no resulta ser el deseado dadas las huelgas y los conflictos sociales de aquel entonces. Se trata, obviamente, de un matrimonio entre iguales; de alguna manera es lo único que le apesadumbra perder a West, y de hecho marca una línea de continuidad con el año 2000 a través de la trama amorosa de la novela.

Cuando West abre los ojos ciento trece años después, en un Boston a las puertas del siglo XXI, aparecen otros pocos personajes: el Dr. Leete, su esposa y su hija. Esta familia bostoniana del año 2000 se convierte en su protectora y conductora en ese despertar prodigioso que vive West. Los personajes son mínimos, igual que ocurre en el siglo XIX; es lo poco que se precisa en una obra como esta, cuya principal misión es transmitir un ideario. Este entorno familiar poco numeroso contiene los elementos indispensables: un padre, médico, el Dr. Leete, quien asume las funciones de cabeza de familia así como de instructor y profesor de West ante todos los asombros que ve; su esposa, quien es la persona más indefinida del trío, y en realidad resulta ser una pieza de atrezo, y, por último, la hija, Edith Leete, que juega un papel más activo: por una parte sirve de conductora y acompañante en temas menores, ya que el peso de esa función descansa sobre el Dr. Leete, y por otra es una pieza de continuidad en la trama de la novela.

Por último, en este repaso de personajes individuales con alguna relevancia en el año 2000, hay que mencionar al reverendo Barton, quien a través de un espectacular sermón dominical despide la obra de forma apoteósica. Es el verdadero Bellamy quien está detrás del disfraz de Barton, y a quien utiliza, se puede decir, como actor con la última palabra.

El entorno en el que se desarrolla la trama, tanto en el siglo XIX como en el XX, es la ciudad de Boston. Además de ser un lugar bien conocido por Bellamy, resulta ser una ciudad avanzada —ahora sin chimeneas ni humo— en cuanto a la Revolución industrial y sus efectos tanto positivos como negativos, y por descontado que el entorno urbano es el más significativo como escenario de las utopías, sobre todo a partir del siglo XIX, por ser un lugar de mayor permeabilidad al cambio social. Siguiendo a Mumford (1965) en esta disquisición, «la primera utopía fue la ciudad

como tal», incluso con el aditamento del aislamiento, de la autarquía de ser un núcleo de habitantes distinto de su entorno rural. Y, por tanto, presenta una mayor independencia para su manejabilidad. El cambio físico que se opera en la ciudad, tal como su preparación para la climatología, o su embellecimiento a través de los recursos sobrantes, hacen que Boston cobre un protagonismo extra en la novela. A pesar de esta argumentación, sobre todo genérica, no deja de llamar la atención el trabajo de J. Mullin (2000) que concluye que Bellamy pasó de ser un partidario de la gran ciudad, como demuestra *Looking Backward*, a ser su crítico solo 9 años más tarde, cuando publicó otra obra utópica titulada *Equality* (1897).

La fórmula escogida por Bellamy para explicar su mensaje es muy sencilla: el diálogo entre West y Leete mediante preguntas y respuestas. Resulta un útil plan pedagógico, aunque se resienta el ritmo de la novela, pero entender esta como pieza literaria no es la principal preocupación del autor. El tono en que está escrita es rotundamente optimista, llegando incluso a producir cierta irritación en un lector mínimamente exigente, pero los objetivos son los que son. Solo aparecen nuevas preguntas sobre las repuestas del Dr. Leete para ahondar más en los asuntos, nunca para contradecir, criticar o negar como posibilidad todo lo que le dice a West, o lo que ve con sus propios ojos.

El esquema de la nueva civilización, testigo del año 2000, es de una sociedad centralizada y casi mecánicamente regulada. La propiedad de los medios de producción pertenece al Estado (término en todo momento equivalente al que luego se popularizaría como «Nación»); no es de extrañar el eco que tuvo esta publicación en las revistas y libros marxistas. —*Aquel individualismo del siglo XIX impedía el desenvolvimiento del espíritu público*—. Con el tiempo, quedó demostrado que las relaciones trabajo/capital eran malas.

Como el trabajo es necesario para el sostenimiento de la sociedad, su gestión y distribución están controlados. El Dr. Leete lo cuenta con una afable sonrisa, pero la sociedad está estratificada gracias a la división del trabajo de corte militar: la existencia de un ejército industrial que opera según categorías y grupos de trabajo, se supone que en función de los intereses y gustos de los ciudadanos. Pocos se quejan o se inhiben de esta formación, ya que lleva aparejado su castigo. Todos los ciudadanos se convirtieron en empleados del Estado.

La pertenencia al ejército industrial es obligatoria y dura, por norma general, veinticuatro años de la vida de las personas. Comienzan a los veintiún años y se retiran a los cuarenta y cinco. A partir de ese momento, se jubilan, aunque pueden ser llamados al servicio durante algún tiempo si fuese necesario para el Estado.

Una compleja secuencia que el lector descubrirá en las páginas de la novela regula la elección del empleo para cada cual en función de sus aptitudes. Y, más o menos, todo cuadra: la oferta y la demanda. El Estado no sacrifica ni esclaviza a nadie, y además la salud y la seguridad son las prioridades del gobierno industrial. La complejidad de las situaciones parece resolverse con una facilidad pasmosa.

Más o menos todo el planeta tierra ha adoptado en el año 2000 el mismo modo de organización social. Los Estados Unidos fueron los promotores de esta evolución, premonición de un liderazgo internacional que aún no estaba indiscutido, pero seguramente pesó en el ánimo de Bellamy un germen de patriotismo. En el ancho mundo se va imponiendo una estructura de tipo federal que ordena las relaciones entre los distintos países. Existe un Consejo Internacional regulador de las relaciones entre los miembros de la Unión, siendo su temática fundamental la relativa al comercio, ya que no existen graves inconvenientes de coexistencia en términos de beligerancia. Aun así, sigue subsistiendo el modelo de soberanía estatal, definido desde la Paz de Westfalia, aunque está prevista una unificación completa del mundo en una sola nación.

Un curioso protocolo, similar a lo que hoy se llamaría edición bajo demanda, impera en el ámbito publicístico, ocasionando un florecimiento intelectual sin precedentes. Una visión llamativa del cuarto poder: los medios de comunicación. Están en manos de sus lectores, quienes no solo sufragan el coste y la distribución de la edición, sino que eligen a su director.

La distancia física deja de ser un problema debido a la utilización generalizada del teléfono. Se puede utilizar tanto para escuchar música en conciertos celebrados a lo largo y ancho de la ciudad como también para escuchar el sermón del domingo, y es de imaginar que también la santa misa, pagando una pequeña cuota.

Ya no existe la cuestión obrera. Se ha resuelto sola a través de la evolución industrial. Se pasó de la época del individualismo a la época de la cooperación. Se detectó que el problema de aquellos turbulentos años del pasado fue la concentración de capital, el despotismo de las corporaciones. Dicha evolución desembocó en una situación en la que el Estado quedó como la única y gran corporación comercial. Se convirtió en el único patrono. Y además no hubo violencia alguna en toda esta metamorfosis.

El Estado se dedica a dirigir la industria, frente al papel clásico que tenía hasta ese momento, como era vigilar el orden público y la seguridad exterior. Ahora esas dos cuestiones son tan superfluas que, en realidad, solo se protege a la ciudadanía de la miseria, el frío y la desnudez. El presidente de los Estados Unidos es quien dirige el ejército industrial, y resulta elegido a través de un complicado sistema jerárquico de corte militar, y además mediante sufragio censitario. El sufragio pasivo estipula que el presidente ya no esté en activo dentro del ejército y, por ello, más o menos el más alto dignatario de la Nación viene a ser una persona quincuagenaria. El mandato dura cinco años, aunque la ausencia de asuntos polémicos viene a reducirle a una especie de general-gerente.

Existe un único y gran partido: el nacional. No hacía falta ninguno más. Como no hay tensiones sociales, no hay ya líneas de fracturas o *cleavages*; en pura lógica, no se precisan más organizaciones partidistas. Su nombre proviene del objetivo de nacionalizar los medios de producción y distribución. Se trata asimismo de un partido

donde el patriotismo cobra un carácter racional, no instintivo.

A pesar de la amplia quietud social, existen jueces. Están cortados por un patrón determinado: son *hombres maduros más extensamente informados, sensatos y prudentes*.

La educación es uno de los activos de la sociedad bostoniana del año 2000. Está universalizada. El sistema educacional se basa en tres principios: 1) el derecho de todo ciudadano a la educación más completa para favorecer su autoestima; 2) el derecho de los ciudadanos a educarse bien para el usufructo de la sociedad, y 3) el derecho del hombre que va a nacer y crecer en una familia inteligente y distinguida.

Curiosamente, West observa que la moda no ha variado mucho, aseveración que no deja de llamar la atención, debido simplemente a la idea que uno se forma al ver un cuadro costumbrista de un siglo junto con otro pintado cien años después.

Frente a la uniformidad casi mecánica que representa la rutina diaria en el año 2000, casi resultan más sorprendentes, y por tanto más propias del ámbito de la utopía, las no existencias, en definitiva, las ausencias; es más en estas descripciones y en su justificación donde se encuentra la clave de lo que quiere transmitir Bellamy.

Hay que pensar, según el relato, que en el año 2000 no hay ni rastro de políticos, abogados —no nos parecería razonable, en un caso donde el único interés de la Nación es averiguar la verdad, que las personas que tuvieran motivo conocido para empañarla tomaran parte en los procedimientos— ni banqueros. No hay ni compras ni ventas, porque no hay dinero. Existe un crédito que se inicia al comenzar el año en los libros contables públicos correspondientes a cada ciudadano por el producto que anualmente supone su trabajo para el resto de la nación. Ese apunte se traslada a una tarjeta de crédito, quizá uno de los objetos más ciertos de todos los que ideó Bellamy hace más de cien años, aunque su aspecto físico no coincidiera con el apodado «dinero de plástico» que hoy circula por el mundo, ya que era de cartón. El consumismo al que da lugar la utilización de crédito es parecido a lo que hoy se ve, quizás antes de la crisis, aunque algo más vestido racionalmente, más que nada por el almacenaje centralizado que evita la pérdida de tiempo del ocioso callejeo. No resulta difícil encontrar entre economistas cultivados (Pérez Velasco, 2002) la referencia a este objeto para comprar, que señala Bellamy como tarjeta de crédito, como un hito profético sin ningún lugar a dudas. Resulta especialmente curioso que el propio Ernesto *Che* Guevara recordase esta cuestión concreta de la anticipación que supuso, junto con su reconocimiento a la influencia que el libro en conjunto tuvo sobre él.

No hay prisiones, los criminales confiesan sin dificultad para que se acabe pronto el proceso, y por tanto no tienen facultades de derecho, y apenas legislación. El Congreso se reúne cada cinco años, pero no examina leyes, sino que solo hace recomendaciones al Congreso sucesivo para que las trate cinco años después. No hay prisa, ni urgencia, ya que el 99 por 100 de las leyes que se elaboraban en el siglo XIX reglaban la definición y la protección de la propiedad particular y las relaciones comerciales. Tampoco hay dementes ni suicidios, y ha desaparecido lo que hoy se

llama *violencia de género*.

No hay ejército de tierra ni armada, ni departamento del Tesoro. El mantenimiento de un orden social organizado y centralizado, donde está erradicada la miseria, donde todos trabajan en lo que quieren, y no hay sueldos ni dinero, supone un nivel de riqueza global, que se basa más bien en que hay muchos menos gastos que ingresos. Por ejemplo, no hay deuda nacional, hoy tan controvertida, ni gastos militares, ni servicio de recaudación. Los funcionarios públicos como magistrados, policías o alguaciles son ahora menos en número de los que se necesitaban en el siglo XIX.

Una fuente principal de despilfarro en aquel entonces, frente a la conducción estatal de la industria en 2000, fue el hecho *de confiar la dirección de la industria a individuos irresponsables, sin entendimiento ni conformidad entre ellos*. En definitiva, la gran extensión del sistema de crédito *era una característica de finales del siglo XIX y explica en gran medida las casi incesantes crisis mercantiles que marcaron ese periodo*. Diagnóstico que hoy en día resulta familiar a cualquier lector atento de la actualidad del mundo. Bellamy cuenta cómo el crédito contribuyó a exagerar el principal peligro del sistema individualista, y de ahí al desastre, solo hubo un paso.

Más allá de la panorámica general mecanicista del nuevo orden, así como las sorprendentes ausencias que ya se han relatado, cabe abordar dos temas de principal relieve en esta novela utópica, escrita en el siglo XIX sobre el siglo futuro. Se trata del papel de las mujeres y de la religión. Ambas cuestiones son relevantes dentro de los parámetros de las utopías futuribles, ya que se deduce que el avance que se supone al progreso evolutivo de los seres humanos se mide bien a través de estas dos cuestiones, circunstancia que no ocurre en *Looking Backward*.

La situación de las mujeres, aunque aparece como tratada y mejorada, no deja de tratarse dentro de un cauce estrecho, más propio de la mentalidad burguesa que de una verdadera revolución que las sitúe en un plano de igualdad real.

La liberación de los trabajos pesados y las penurias de la vida cotidiana de la mujer proletaria es, evidentemente, una toma de conciencia de aquella esclavitud; pero la mejora es equipararla a la vida más regalada de la mujer burguesa —no en vano, esta es una de las etiquetas críticas que sobrelleva la novela.

De hecho, los personajes femeninos de la obra pertenecen a este perfil: la dos Edith (Bartlett y Leete), y la madre de esta última. Las labores domésticas, y las compras que siguen siendo atribución femenina, se han facilitado a través del trabajo cooperativo, de los avances tecnológicos y de la distribución centralizada; es cierto que las mujeres también reciben una educación, pues esta está universalizada.

Las mujeres son miembros del ejército industrial como los hombres, y es un lugar que solo abandonan por la maternidad. Ahora bien, se trata de trabajos más propios de su naturaleza más débil. Sus jornadas de trabajo son más cortas, y se les conceden licencias de reposo para preservar su salud. Pareciera que las mujeres son personas

enfermizas, y de todo punto muy alejadas de la fortaleza del varón.

La delicadeza con que se dibuja a la mujer en las páginas de la novela es realmente condescendiente y claramente propia de quien no comparte en absoluto, no solo la igualdad real de los sexos, sino que escribe que tienen profundas diferencias. «Nosotros les hemos dado un mundo propio, con sus modelos, ambiciones y carreras, y le aseguro que están muy contentas con él».

Frases en otro tiempo galantes, y hoy, en el siglo XXI, cursis en el mejor de los casos y machistas en otros, jalonan el texto: «Los hombres de hoy son tan conscientes de deber la sal de sus vidas a la belleza y virtud de las mujeres y su principal incentivo para el trabajo», dirá el Dr. Leete.

El matrimonio de conveniencia o forzado no existe porque solo se concierta por amor. Pero no son los sentimientos el verdadero motor de esta situación, sino que es el principio darwinista de la selección natural el verdadero motivo del nuevo y extendido modelo matrimonial. Además, la situación de casada ya no separa a la mujer de la vida activa; y la mujer ya no depende económicamente del marido —lo que desde luego es un avance—. Y no existe violencia en las relaciones de pareja; parece que la serenidad rige la vida conyugal. Aunque el objetivo fundamental de la vida femenina sigue siendo la maternidad. Las mejores posiciones en el ejército industrial pertenecen a las que son esposas y madres («ya que solo ellas representan plenamente a su sexo»).

En realidad, los sexos siguen separados, y por el bien del sexo «débil». Las mujeres siguen una disciplina distinta, y son más una fuerza aliada que auténtica del ejército industrial. En definitiva, queda patente que los roles sexuales de las utopías del siglo XIX son muy tradicionales (Roemer, 1972). Llama, por tanto, la atención el derroche de una imaginación menor en la evolución de la situación de la mujer en las construcciones utópicas del futuro.

La otra gran cuestión a la que se debe prestar atención es a la religión. En el ámbito de las utopías «marxistas» o tomadas como tales, choca la presencia innegable y protagónica de la religión como ocurre en *Looking Backward*. Tiene que ver con el propio autor, que recibió una profunda educación religiosa; hijo de baptista y de calvinista, fue imbuido de los principios religiosos de forma intensa, y eso se percibe en el libro desde los primeros instantes de lectura. La figura del Creador aparece pronto, y en boca del Dr. Leete, personaje del año 2000, luego queda patente que frente a otras discontinuidades esta no lo es, y sigue cumpliendo el mismo papel demiúrgico de siempre.

Aunque durante toda la novela flota de forma bastante inapreciable a base de pequeñas apariciones, su importancia se puede constatar sin ningún problema en el capítulo 26, realmente casi el último, pues los dos restantes sirven: uno para concluir la trama sentimental (17) y el otro, el de cierre (18), para el viaje de ida y vuelta, una pirueta de desconcierto momentáneo para el lector.

Por tanto, volviendo al argumento, West escucha un domingo sin salir de casa,

gracias a la conexión telefónica, un sermón, concretamente el del señor Barton. La figura de los telepredicadores, con tanto calado en cierto público norteamericano, va a encontrar en este episodio quizá un pionero. No se trata lógicamente de un sermón cualquiera de un domingo cualquiera, sino de una prédica dedicada al «visitante» de otro tiempo. De ese modo, Barton lleva a cabo un balance de lo ocurrido, cómo ha evolucionado la sociedad, siendo todo elogioso para el momento que viven. Este momento estelar cierra el sermón y el capítulo con final apoteósico, sembrado de autocomplacencia: el largo y fatigoso invierno de la especie terminó. El verano ha empezado. La humanidad ha roto la crisálida. Los cielos se abren ante ella.

Esta posición estratégica del reverendo Barton y su discurso justifica sobradamente el papel preeminente que para Bellamy tenía la religión —protestante— en un mundo utópico. Incluso la frase final supone una imbricación casi de igual a igual entre el Creador y la sociedad civilizada del siglo xx.

Como se ha mencionado más arriba, la narración acaba con la pirueta del doble sueño: vuelta al pasado donde visualiza un periódico con fecha del 31 de mayo de 1887 repleto de un sinfín de las malas noticias habituales; visita y reconoce la ciudad de Boston de ese entonces y vuelve a recorrerla viendo con ojos horrorizados lo que siempre había visto con normalidad. Su angustia desaparece con su segundo sueño, que le vuelve a depositar en la realidad que más aprecia, el año 2000. Suspira aliviado. A partir de ahora, será un ciudadano del siglo xx, y obtendrá su crédito a costa del esfuerzo que hará por la Nación, gracias a una cátedra de Historia en un colegio, puesto al que accede sin tener una especial cualificación, quizá la de viajero del tiempo, y eso que Julian West confiesa que «nunca gané un dólar en mi vida, ni trabajé una hora».

V

Bellamy escribió su utopía dando un salto al futuro; se situó en ese mágico año 2000 que fue la frontera del tiempo para pasar al nuevo milenio; desde luego, no fue un año más acabado en cero. Pero como el transcurso de los años, no solo llegó el tercer milenio, sino que, por lo menos cuando esto se escribe, a poco más de un mes, también otra gran profecía, el fin del mundo para los mayas.

Por ello, no deja de ser interesante preguntarse qué tenía Bellamy de visionario más allá de utópico. La perspectiva que hoy (2013) se tiene, permite valorar la cuestión, aunque desde luego no fuera la que más le preocupara.

Su afán colectivista-racionalista le conduce a una centralización de mercados, que hoy está patente en una sociedad consumista —no alejada de su patrón— como la de 2013. Desde luego no coincide con su filosofía, más bien todo lo contrario, pero hoy existen los grandes almacenes, las grandes superficies, los centros comerciales y otros santuarios del consumo.

La retirada de la vida laboral a los cuarenta y cinco años por término general para dedicar el resto de su vida a una especie de jubilación dorada sí tiene bastante que ver con los progresos obtenidos (al menos hasta a la actualidad) en la línea de procurar una retirada de la vida activa que no suponga necesariamente el fin de la misma. Prejubilaciones o jubilaciones en buen estado de salud es lo que evoca esta idea anclada en el futuro por Bellamy.

Una de las ideas adelantadas de la novela, y esa sí que aún sigue en el limbo de las ideas, es el pago del salario a las amas de casa. Es cierto que en el año 2000 no había sueldos para los trabajadores, pero sí su parte correspondiente de crédito por trabajar para el Estado. Para Bellamy, las amas de casa eran unas trabajadoras como el resto, mientras que para la sociedad actual su tiempo sigue siendo el de los demás, y su trabajo, el que deben hacer «naturalmente».

La utopía tecnológica siempre cuenta con una gran desventaja literaria: «Las predicciones siempre se quedan cortas» (M. Dorao, 1997: 3). Eso es exactamente lo que aquí ha ocurrido. En los cambios técnicos y tecnológicos, Bellamy se ha quedado corto. La imaginación del autor no llegó muy lejos, aunque tampoco era su intención primera; y por supuesto que pertenece a la moda literaria de Jules Verne, quien sí era muy capaz de diseñar y poner en marcha artilugios deslumbrantes para su época.

Llama también la atención escuchar una letanía que resulta algo coincidente. La crisis y el desastre del viejo sistema decimonónico: la excesiva extensión del sistema de crédito; tal fue así que desaparecieron el mundo financiero y sus protagonistas: los banqueros; viene a ser una curiosa repetición histórica, de la que no se aprendió. En este orden de cosas, resulta llamativa la ausencia de deuda pública, habida cuenta de los dolores de cabeza que acarrea hoy día la prima de riesgo a según quiénes. Y quizá su máxima diana sea la formulación de la tarjeta de crédito como modo de pago, que sí se ha convertido en un artículo familiar en las carteras de hoy en día.

En términos geoestratégicos, Bellamy sitúa ya a los Estados Unidos como líder del mundo. Sin conocer ni la Primera ni la Segunda Guerra Mundial, ni la Guerra Fría, ni la caída del Muro de Berlín, es cierto que el año 2000 supuso un momento de consagración de un liderazgo único en el mundo. Bellamy confió demasiado en la bondad del espíritu en general y de los dirigentes de su país en particular, cuando previo la erradicación de las guerras. Los Estados Unidos sí son líderes, pero la guerra ha sido una constante, como ha ocurrido con el auge y con la caída de los imperios —parafraseando la obra de Paul Kennedy—. E incluso solo un año después de 2000, en el primero del siglo XXI, un 11 de septiembre los propios ciudadanos norteamericanos sienten el golpe en casa, sesenta años después de la visita japonesa a Pearl Harbor.

También en el tiempo en que estuvo West soñando, se perfiló y se materializó el proyecto colectivista de los Estados comunistas. Y que, en definitiva, no tenía tanto que ver con el modelo ideal de Bellamy. Su desmoronamiento implicó su desnudez tanto desde el punto de vista de falta de democracia como de eficacia económica, así

como de la infelicidad de sus individuos.

Con respecto a la religión, falló al situar su preeminencia en un mundo secularizado como el que sustentó el año 2000 y sus alrededores. Ciertamente es que en algunos colectivos, y quizás aquellos que siguen recibiendo una educación religiosa intensa como confesiones protestantes similares a las que Bellamy perteneció, puede ser que aún tenga un papel relevante, pero desde luego no tuvo ninguno oficial en las sociedades comunistas.

Y por último, aunque ya fue señalado, Bellamy no fue capaz de imaginar la revolución que se operaría afortunadamente tanto en la mujer como en la familia. Se vuelve a insistir en que ver el futuro no era el objetivo del escritor, pero estando sumergido en una utopía donde la fraternidad y la solidaridad eran valores primordiales, la mujer seguía siendo un objeto decorativo. Si Bellamy levantase la cabeza, como dice el refrán popular, esta cuestión le asombraría enormemente.

VI

Una vez leída la novela, es fácil catalogarla como una utopía dinámica (Abraham, 2004) donde lo importante es lo que se va contando, frente al estatismo de otras narraciones utópicas. La imaginación del futuro supuso ser un camino de exploración de sueños que se ve casi siempre en las utopías dinámicas, donde se narra un progreso y un proceso, como ocurre en el utopismo del siglo XIX, donde la novela de Bellamy es un claro exponente. Se trata ya de un progreso tecnologizado contra el que los escritores escribían desde su proximidad a las corrientes socialistas utópicas de la sociedad liberal (Pantoja Chaves, 2012). Este autor menciona los casos de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells, de 1895, y *Looking Backward*.

Las alabanzas y las críticas que generó esta narración suponen además de una acogida caliente e influyente, otra cuestión valorativa esencial del mundo utópico. Se puede formular de la siguiente manera. La historia que cuenta Bellamy, ¿es una utopía o es una distopía?; Mumford (1965) plantea que el aislamiento, la estratificación, la fijación, la regimentación, la estandarización y la militarización son atributos propios de la ciudad utópica que se expresa en *Looking Backward, una de las utopías más supuestamente democráticas del siglo XIX*, existe pues, poca distancia entre el ideal positivo y el negativo: utopía y distopía se dan la mano. En definitiva, al leer literatura utópica, tal como claramente expone M. Martín Rodríguez (2011), aunque una persona se deje aconsejar, o incluso influir por el consejo de otra que merezca su crédito, es el lector en última instancia quien decide, según sus valores y criterios, si se trata de una lectura *utópica* o *distópica*, refiriéndose precisamente a *Mirando atrás*.

Por otro lado, otra reflexión que viene a la mente tiene que ver con que la construcción imaginaria del futuro en forma de utopía de estos años y con estos

resultados dibuja una línea fronteriza muy tenue entre utopía/distopía y ciencia ficción. La mezcla de elementos de alta tecnificación y sociedades cuadrículadas pergeñan una suerte de nuevos escenarios donde un futuro prometedor y un futuro desgraciado se entrelazan y se funden, como en ese género literario. En el caso de la novela de Bellamy no llega a tener ese alcance, debido a que los progresos tecnológicos que pone sobre la mesa son pacatos, pero no así en otros títulos como el ya mencionado de Wells y, más tarde, *1984* de G. Orwell, o *Un mundo feliz* de A. Huxley. Aun así, los expertos señalan como la primera obra de ciencia ficción a una que ve la luz mucho antes, el *Frankenstein o Prometeo moderno*, escrita por Mary Shelley en 1818, ya que su contenido responde a la visión de la nueva humanidad que está creando la Revolución industrial decimonónica (Pantoja Chaves, 2012).

En un balance final, cumple dar la palabra al propio autor, que comprobó en sus propias carnes las críticas y diatribas que generó la novela, amén de las alabanzas. Al final de la novela, en el epílogo, Bellamy responde a esas críticas, clarificando que su intención al escribir la narración fue ser una premonición de «la siguiente fase en el desarrollo industrial y social de la humanidad». Comenta que se avecinan grandes cambios, y ante esa eventualidad se puede ser optimista —creyendo en la *nobleza esencial del ser humano*— y pesimista —no hacerlo—. «En cuanto a mí, me adhiero a lo primero».

En definitiva, cada cual es muy dueño de su criterio a la hora de sentenciar una lectura; lo que está claro es que por mucho que nos prometa el futuro, siempre se deben repasar los frutos del pasado, y queda patente que el final del siglo XIX fue prolífico en dejar resultados en el acervo utópico-literario de nuestra cultura que aún hoy sirven para seguir dándole vueltas a bastantes asuntos.

Bibliografía

- ABRAHAM, C. (2004), «Las utopías literarias argentinas en el periodo 1850-1950», *Nautilus*, 2 de noviembre.
- BAZCKO, B. (2011), «Memorias y esperanzas colectivas», en *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión; cit. L. Misseri, «Microutopismo y fragmentación social: Nozick, Iraburu y Kumar», *En-claves del pensamiento V*, 10 (julio-diciembre), pp. 75-88.
- CIORANESCU, A. (1972), *L'avenir du passé*, París, Gallimard; cit. L. Misseri, «Microutopismo y fragmentación social: Nozick, Iraburu y Kumar», *En-claves del pensamiento V*, 10 (julio-diciembre 2011), pp. 75-88.
- CLAEYS, G. (2011), *Utopía. Historia de una Idea*, Madrid, Siruela.
- DAVIS, J. C. (2010), «El pensamiento utópico y el discurso de los derechos humanos: ¿una conexión útil?», en P. Cuenca Gómez y M. A. Ramiro Avilés (eds.), *Los derechos humanos y la utopía de los excluidos*, Madrid, Dykinson.
- DE LA CUADRA, F. (2010), «Utopía y ecosocialismo en William Morris», *Persona y Sociedad XXIV*, 3 (2010), pp. 31-51.
- DE TORO, A. R. (1981), «Dos utopías del siglo XIX: *News from Nowhere* de William Morris y *The Soul of Man under Socialism* de Oscar Wilde», *Atlantis* 2, 1 (enero).
- DORAO, M. (1996-1997), «Tarzán de los Monos: una utopía americana del siglo XX», *Trocadero* 8-9, pp. 369-382.
- FRIEDMAN, M. y R. (1989), «La corriente en los asuntos de los hombres», *Libertas VI*, 11 (octubre), s. p.
- FROMM, E., «Presentación», en E. Bellamy (2011), *El año 2000*, Madrid, Capitán Swing. Escrito para la edición inglesa de 1960.
- LEVITAS, R. (2007), «Mas allá del derecho burgués: libertad, igualdad y utopía en Marx y Morris», *Mungo Siglo XXI*, 8, pp. 17-28).
- LEVITAS, R. (2007), «La educación del deseo: el redescubrimiento de William Morris», trad. por T. Brisac y compilado por J. Boltvinik en *Desacatos* 23 (enero-abril), pp. 203-222.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (2011), «La ciudad libertaria del futuro en la distopía *El amor dentro de 200 años* (1932) de Alfonso Martínez Rizo», *Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural* 3, 2, pp. 151-169 [<http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen03-2/varia03.htm>], [http://dx.doi.org/10.5209/rev_ANRE.2011.v3.n2.37582].
- MCHUGH, C. (1978), «Midwestern Populist Leadership and Edward Bellamy. "Looking Backward" into the future», *American Studies* 19, 2 (otoño), pp. 57-74.
- MISSERI, L. (2011), «Microutopismo y fragmentación social: Nozick, Iraburu y

- Kumar», *En-claves del pensamiento* V, 10 (julio-diciembre), pp. 75-88.
- MULLIN, J. R. (2000), «Edward Bellamy's Ambivalence: Can Utopia be Urban?», *Utopian Studies* 11,1, pp. 51-65.
- MUMFORD, L. (1922), *The Story of Utopias*, Nueva York, Boni and Liveright, pp. 103 ss.; cit. J. M. Durán (2010), «(Más allá) del comunismo utópico de William Morris», *Revista de Crítica Literaria Marxista* 4, pp. 25-36.
- (1965), «La utopía, la ciudad y la máquina», *Boletín CF+S>37: Fe en el progreso>* [<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n37/almum.es.html>].
- PANTOJA CHAVES, M. (2012), «Recordando el futuro. La construcción de imaginarios sobre el futuro en la ficción cinematográfica», *Revista Comunicación* 10, 1, pp. 787-799.
- PÉREZ VELASCO PAVÓN, J. C. (2002), «Influencia de las tarjetas de crédito en la demanda de efectivo», *Cuadernos de Economía* 39, 116 (abril), pp. 51-93.
- ROEMER, K. (1972), «Sex roles, Utopia and Change: the family in late nineteenth century utopian literature», *American Studies* 13, 2, pp. 33-47.
- WINTERS, D. (1980), «The utopianism of survival: Bellamy's *Looking Backward* and Twain's *A Connecticut Yankee*», *American Studies* 21,1 (primavera), pp. 23-28.

MIRANDO ATRÁS

Prefacio del autor

Departamento de Historia de la Universidad de Shawmut^[1], Boston, 26 de diciembre de 2000

Viviendo como vivimos en el último año del siglo xx, disfrutando de las bendiciones de un orden social a la vez tan simple y lógico que no parece más que el triunfo del sentido común, sin duda es difícil que quienes carecen de suficientes conocimientos de historia comprendan que la presente organización de la sociedad en su conjunto tiene menos de un siglo. No obstante, no hay hecho histórico más incontrovertible, que casi basta el final del siglo xix, fue creencia general que la organización industrial antigua, con todas sus tremendas consecuencias sociales, estaba destinada a durar hasta el fin de los tiempos, quizá con alguna reforma menor. ¡Parece extraño y casi increíble que una transformación moral y material tan prodigiosa como la que ha tenido lugar desde entonces se haya alcanzado en un intervalo tan breve! Es imposible ilustrar mejor la facilidad con que los hombres se acostumbran a considerar como algo normal unas mejoras en sus condiciones de vida que, cuando se las imaginaban, no dejaban nada que desear ¡Qué imagen podría estar mejor calculada para moderar el entusiasmo de los reformistas que no esperan más recompensa que la infinita gratitud de futuras generaciones!

El objetivo de este libro es ayudar a las personas que quieran tener una idea más clara de los contrastes sociales entre el siglo xix y el xx, pero a las que intimida la solemnidad de los libros de historia que tratan el tema. Sabedor por la experiencia del profesor de la dureza del aprendizaje, el autor ha tratado de mitigar la carga pedagógica del libro dándole la forma de una narración novelesca de la que le gustaría pensar que no está totalmente exenta de interés por sí sola.

El lector, al que las instituciones sociales modernas y sus principios fundamentales parecen evidentes en sí mismos, puede pensar a veces que las explicaciones del Dr. Leete son elementales —pero hay que recordar que para el huésped del Dr. Leete no eran tan claras, y que este libro está escrito con el expreso propósito de inducir al lector a olvidar por un momento que para él sí lo son—. Una palabra más. El tema casi universal de los escritores y oradores que han celebrado este segundo milenio ha sido el futuro más que el pasado; no el progreso que se ha llevado a cabo sino el que nos aguarda, siempre adelante y hacia arriba, hasta que la raza humana alcance su inefable destino. Eso está bien, muy bien, pero me parece que no encontraremos base más sólida para hacer atrevidas predicciones sobre el desarrollo humano en los próximos mil años que «volviendo la vista»^[2] al progreso de los últimos cien.

Que este volumen tenga la suerte de encontrar lectores cuyo interés en el tema les lleve a pasar por alto las deficiencias del tratamiento es la esperanza con que el autor se hace a un lado y deja que el señor Julian West hable por sí mismo.

Capítulo 1

Vi la luz por primera vez en la ciudad de Boston en el año 1857. «¡Qué!», diréis, «¿mil ochocientos cincuenta y siete? Eso sí que es un curioso error. Quiere decir mil novecientos cincuenta y siete, por supuesto». Lo siento, pero no hay equivocación alguna. Eran sobre las cuatro de la tarde del 26 de diciembre, un día después de Navidad, del año 1857, no 1957, cuando respiré por vez primera el viento de levante de Boston, el cual, aseguro al lector, se caracterizaba en aquel periodo remoto por el mismo olor penetrante que en el presente año del Señor, 2000.

Estas afirmaciones son tan absurdas en apariencia, especialmente al añadir que soy un hombre joven con aspecto de tener alrededor de treinta años, que no se puede recriminar a nadie que se niegue a leer una palabra más de lo que promete ser un mero abuso de su credulidad. Sin embargo, aseguro al lector sinceramente que no hay abuso alguno y, si me sigue unas cuantas páginas, me comprometo a convencerle por completo de ello. Si pudiera, por tanto, suponer provisionalmente que sé mejor que el lector cuándo nací, prometiendo justificar esta suposición, proseguiré con mi narración. Como sabe cualquier colegial, en la última parte del siglo XIX no existía la civilización de hoy en día, ni nada parecido, aunque los elementos que iban a desarrollarla ya estaban fermentando. No obstante, no había ocurrido nada que modificara la división inmemorial de la sociedad en cuatro clases, o estados, como deberían llamarse en realidad, ya que las diferencias entre ellas eran mucho mayores que las que hay entre naciones hoy en día, los estados de los ricos, los pobres, los cultos y los ignorantes. Yo mismo era rico y también cultivado, y poseía, en consecuencia, todos los elementos de la felicidad que disfrutaban los más afortunados en aquella época. Viviendo lujosamente, y ocupado solo con la búsqueda de los placeres y refinamientos de la vida, los medios para mi subsistencia provenían del trabajo de otros, sin que yo realizara ningún tipo de servicio a cambio. Mis padres y abuelos habían vivido de la misma manera, y yo esperaba que mis descendientes, de tenerlos, disfrutaran de una existencia plácida como la mía.

¿Pero cómo podía vivir sin servir al mundo? Os preguntaréis. ¿Por qué iba a mantener el mundo en total ociosidad a alguien que podía prestar servicio? La respuesta es que mi bisabuelo había acumulado una cantidad de dinero de la que sus descendientes habíamos vivido desde siempre. Esta suma, supondréis naturalmente, tiene que haber sido muy grande para no haberse acabado tras mantener a tres generaciones de ociosos. Este, sin embargo, no era el caso. La cantidad no había sido originariamente grande en absoluto. De hecho, era mucho más elevada ahora, cuando tres ociosas generaciones se habían mantenido gracias a ella, que al principio. Este misterio de uso sin agotamiento, de calor sin combustión, parece magia, pero no era

más que la aplicación ingeniosa del arte, ahora felizmente desaparecido pero llevado a una gran perfección por vuestros antepasados, de echar la carga de la propia subsistencia sobre los hombros de otros. Del hombre que había alcanzado esta situación, y era lo que todos perseguíamos, se decía que vivía de sus inversiones. Explicar en este momento cómo los métodos industriales antiguos hacían esto posible, nos retrasaría demasiado. Solo me detendré ahora para decir que el interés en las inversiones era una especie de impuesto de perpetuidad sobre lo producido por aquellos dedicados a la industria que podía recaudar alguien que tuviera o heredara dinero. No debe suponerse que una disposición que parece tan poco natural y absurda de acuerdo a las nociones modernas no fuera nunca criticada por vuestros antepasados. Desde tiempos inmemoriales, la intención de legisladores y profetas había sido abolir el interés, o al menos reducirlo al mínimo posible. No obstante, todos estos esfuerzos habían fracasado como necesariamente tenían que hacerlo, en la medida en que las antiguas organizaciones sociales prevalecían. En la época de la que escribo, la última parte del siglo XIX, los gobiernos habían desistido por entero de regular el asunto.

Por intentar dar al lector una idea general de cómo vivía la gente en sociedad entonces, y sobre todo de las relaciones entre ricos y pobres, quizá no puedo hacer nada mejor que comparar la sociedad tal como era con un carruaje prodigioso al que estuvieran enganchadas las masas de la humanidad que lo arrastraban penosamente por un camino accidentado y pedregoso. El conductor era el hambre y no permitía demora alguna, aunque el paso era obviamente muy lento. A pesar de la dificultad de conducir el carruaje a lo largo de un camino tan duro, la parte superior estaba llena de pasajeros que nunca se bajaban, ni en las cuestas más empinadas. Estos asientos en lo alto eran muy cómodos y por ellos corría la brisa. Muy por encima del polvo, sus ocupantes podían disfrutar del paisaje a sus anchas, o debatir críticamente los méritos del agotado tiro. Naturalmente, estos sitios eran muy demandados y la competencia por ellos era muy reñida, cada cual buscando como su primer cometido en la vida asegurarse un asiento en el carruaje para sí mismo y legarlo a sus hijos después de él. Según las normas del carruaje, un hombre podía dejar su asiento a quien quisiera, pero por otro lado había muchos accidentes por los que podía perderlo para siempre en cualquier momento. Todo lo que tenían los asientos de fáciles, lo tenían también de inseguros, y en cada tumbo repentino del carruaje había personas que resbalaban y caían al suelo, en donde inmediatamente se les obligaba a coger la cuerda y ayudar a arrastrar el carruaje en que antes habían montado tan placenteramente. Naturalmente, perder el asiento se veía como una terrible desgracia, y el temor a que esto les ocurriera a ellos o a sus amigos era una sombra constante sobre la felicidad de los que estaban arriba.

Pero ¿solo pensaban en sí mismos? Os preguntaréis. ¿No se les volvía su propio lujo intolerable en comparación con la suerte de sus hermanos y hermanas que tenían que tirar del carruaje, sabiendo que su propio peso incrementaba su duro trabajo? ¿No

tenían compasión de sus prójimos, de los que solo la fortuna les distinguía? Oh, sí; los que montaban expresaban con frecuencia conmiseración hacia quienes tenían que tirar del carruaje, sobre todo cuando el vehículo pasaba por un mal tramo, como ocurría constantemente, o por una cuesta especialmente empinada. En esos momentos, el desesperado esfuerzo del tiro, sus saltos y caídas angustiadas bajo el despiadado azote del hambre, los muchos que se desmayaban en la cuerda y eran pisoteados en el fango, constituían un espectáculo lamentable, que a menudo atraía encomiables muestras de sentimiento en la parte superior de la carroza. En dichas situaciones, los pasajeros alentaban desde arriba a los que tiraban de la cuerda, llamándolos a la paciencia, y ofreciéndoles esperanzas de posible compensación en otro mundo por la dureza de su destino, mientras que otros recolectaban para comprar bálsamos y linimentos para los tullidos y heridos. Estaban de acuerdo en que era una gran lástima que el carruaje fuera tan duro de empujar, y había un sentimiento de alivio general cuando se dejaba atrás el tramo malo. Este sentimiento no afectaba tan solo al tiro, ya que, en estos tramos malos, siempre había algo de peligro de un vuelco general en el que todos perderían sus asientos.

Verdaderamente hay que admitir que el efecto fundamental del espectáculo de la miseria de los trabajadores en el tiro era aumentar en los pasajeros el sentido del valor de sus asientos en el carruaje, y hacerles agarrarse a ellos con más desesperación que antes. Si los pasajeros tuvieran clara garantía de que ni ellos ni sus amigos se caerían jamás de la carroza, es probable que, aparte de contribuir a los fondos para linimentos y vendajes, se hubieran preocupado muy poco de quienes arrastraban el carruaje.

Tengo muy claro que esto parecerá a los hombres y mujeres del siglo xx de una increíble crueldad, pero hay dos hechos, ambos muy curiosos, que lo explican en parte. En primer lugar, se creía firme y sinceramente que la sociedad no podía organizarse de otra forma más que con una mayoría tirando de las cuerdas y unos pocos montando y no solo eso, sino que ninguna mejora sustancial era posible, ni en los arreos, el carruaje, el camino, ni en la distribución del duro trabajo. Siempre había sido así, y siempre sería así. Era una lástima pero no se podía remediar, y la filosofía prohíbe malgastar compasión en lo irremediable.

El otro hecho es incluso más curioso, y consistía en una singular alucinación que todos los de la parte superior de la carroza normalmente compartían de que no eran exactamente como sus hermanos y hermanas que tiraban de las cuerdas, sino de una hechura más fina, pertenecientes en cierto modo a una especie superior de seres en la que estaban por derecho. Esto parece incomprensible pero, como quiera que yo también monté en ese carruaje y compartí la misma alucinación, debéis creerme. Lo más extraño de esta alucinación era que quienes acababan de ascender, empezaban a caer bajo su influencia ya antes de que hubieran desaparecido las marcas de las cuerdas de sus manos. En lo que respecta a aquellos cuyos padres y abuelos habían sido tan afortunados de mantener sus asientos en la carroza, abrigaban la convicción absoluta de que la diferencia entre su clase de humanidad y la parte corriente era

esencial. El efecto de este delirio a la hora de mitigar la simpatía con los sufrimientos de la masa para convertirla en una compasión distante y filosófica, era obvio. A ello atribuyo el único atenuante que puedo ofrecer para la indiferencia que, en el periodo del que escribo, caracterizaba mi propia actitud hacia la miseria de mis hermanos.

En 1887 cumplí mi trigésimo año. Aunque seguía soltero, estaba prometido a Edith Bartlett. Ella, como yo, iba en lo alto del carruaje. Es decir, para no prolongar más una ilustración que espero haya servido para dar al lector una visión general de cómo vivíamos entonces, su familia era rica. En aquel tiempo en que solo el dinero garantizaba todo lo que es agradable y refinado en la vida, era bastante que una mujer fuera rica para que tuviera pretendientes; pero, además, Edith Bartlett era hermosa y esbelta.

Seguramente, mis lectoras protestarán: «Hermosa podría ser», las oigo decir, «pero esbelta jamás», con los trajes que estaban de moda en aquel periodo en que se cubrían la cabeza con vertiginosas estructuras de un pie de alto y el abultamiento casi increíble de la parte posterior de la falda por medio de artilugios, deshumanizaba más a conciencia la forma que ningún otro artefacto de los modistos. «¡Imagínese a alguien grácil en vestimenta semejante!». La observación es correcta, y solo puedo responder que mientras las señoritas del siglo xx son demostraciones encantadoras del efecto de los paños apropiados para acentuar las gracias femeninas, mi recuerdo de sus bisabuelas me permite sostener que no hay deformidad de vestimenta capaz de deformarlas por completo.

Nuestro matrimonio solo esperaba la finalización de la casa que estaba construyendo para nosotros en una de las mejores zonas de la ciudad, esto es, una parte principalmente habitada por ricos. Porque debe saberse que el atractivo relativo de distintas zonas de Boston como lugar de residencia dependía entonces, no de sus características naturales, sino de la condición social de los vecinos. Cada clase o estado vivía separado, cada uno para sí. Un hombre rico viviendo entre pobres, uno culto entre analfabetos, era como alguien viviendo aislado en medio de una raza envidiosa y extraña. Cuando se empezó a construir la casa, se esperaba su finalización para el invierno de 1886. Sin embargo, al llegar la siguiente primavera todavía estaba incompleta, y mi matrimonio era aún un plan de futuro. La causa de un retraso que había de ser especialmente exasperante para un amante ardiente fue una serie de huelgas, es decir, negativas a trabajar acordadas por parte de los obreros, albañiles, carpinteros, pintores, fontaneros y otros gremios relacionados con la construcción. Las causas específicas de estas huelgas no las recuerdo. Las huelgas habían llegado a ser tan corrientes en aquella época que la gente había dejado de preguntar por sus motivos concretos. En algún otro campo de la industria, habían sido prácticamente incesantes desde la gran crisis empresarial de 1873^[3]. De hecho, ver a cualquier tipo de trabajadores ejercer su profesión con regularidad durante más de unos cuantos meses llegó a ser algo excepcional.

El lector que observe las fechas mencionadas reconocerá, por supuesto, en estas

alteraciones de la industria la primera e incoherente fase del gran movimiento que acabó en el establecimiento de la organización industrial moderna con todas sus consecuencias sociales. Está todo tan claro en retrospectiva que un niño podría entenderlo, pero al no ser profetas, los de aquel tiempo no teníamos una idea cierta de lo que nos estaba pasando. Lo que sí veíamos era que, industrialmente, el país estaba en un momento extraño. La relación entre el obrero y el patrón, entre el trabajo y el capital, pareció llegar a dislocarse de manera inexplicable. De forma repentina y bastante generalizada, las clases trabajadoras estaban infectadas por un profundo descontento con su condición, y una idea de que podía mejorarse enormemente si supieran cómo. Había un acuerdo general en todas partes. Todos deseaban una paga superior, menos horas, mejores viviendas, más nivel educativo y una parte de los refinamientos y lujos de la vida, demandas que no había modo de satisfacer a no ser que el mundo fuera mucho más rico de lo que era entonces. Aunque sabían algo de lo que querían, no sabían nada de cómo conseguirlo, y el ansioso entusiasmo con el que seguían a cualquiera que pareciera capaz de iluminarlos en este asunto otorgó rápida reputación a muchos aspirantes a líder, algunos de los cuales tenían muy poca luz que ofrecer. A pesar de lo ilusorias que se juzgaran las aspiraciones de las clases obreras, la devoción con la que se apoyaban los unos a los otros en las huelgas, que eran su arma principal, y los sacrificios a los que se sometieron para llevarlas a cabo, no dejaban lugar a dudas sobre su determinación.

En cuanto al resultado final de la cuestión obrera, que era la expresión con la que se conocía comúnmente el movimiento que he descrito, las opiniones de la gente de mi clase diferían según el temperamento de quien hablara. Los más convencidos sostenían con vehemencia que, por la misma naturaleza de las cosas, las esperanzas de los obreros eran imposibles de satisfacer, simplemente porque el mundo no tenía los medios para hacerlo. Solo gracias a que las masas trabajaban muy duramente y vivían con poco, la especie humana no se moría de hambre en el acto, y no era posible ninguna mejora considerable en su condición mientras el mundo, en conjunto, siguiera siendo tan pobre. No era a los capitalistas a quienes los obreros debían combatir, sostenían aquellos, sino las duras circunstancias de la humanidad, y se trataba de ver cuándo se darían cuenta de este hecho y se harían a la idea de que debían soportar lo que no podían remediar.

Los menos convencidos estaban de acuerdo. Por supuesto que las aspiraciones de los obreros eran imposibles de satisfacer por razones naturales, pero había motivos para temer que no lo descubrirían hasta que hubieran llevado a la sociedad al caos. Tenían los votos y el poder para hacerlo si querían, y sus líderes querían hacerlo. Algunos de estos observadores menos convencidos llegaban a predecir un inminente cataclismo social. La humanidad, sostenían, habiendo llegado a la cumbre de la civilización, estaba a punto de hundirse en el caos, después del cual sin duda se levantaría, daría media vuelta y empezaría a trepar de nuevo. Este tipo de experiencias se repetían a largo de la historia y la prehistoria, y posiblemente

explicaban los extraños chichones del cráneo de la humanidad. La historia humana, como todos los grandes movimientos, era cíclica, y volvía al punto inicial. La idea de progreso indefinido en línea recta era una quimera de la imaginación, sin analogía alguna en la naturaleza. La parábola de un cometa era quizá una ilustración mejor del curso de la humanidad. Yendo hacia arriba, hacia el sol, desde el afelio de la barbarie, la raza humana alcanzaba el perihelio de la civilización solo para desplomarse una vez más en el nivel inferior de las regiones del caos.

Esto, por supuesto, era una opinión extremista, pero recuerdo a hombres serios entre mis conocidos que, al hablar sobre los tiempos que corrían, adoptaban un tono similar. Era opinión común entre los sabios que la sociedad estaba llegando a un periodo crítico que podría desembocar en grandes cambios. La cuestión obrera, sus causas, transcurso y cura se impusieron sobre el resto de temas en las publicaciones y las conversaciones serias.

Nada podía ilustrar mejor el tenso nerviosismo de la opinión pública que la alarma que suscitaba el discurso de un reducido grupo de hombres que se hacían llamar anarquistas y se proponían aterrorizar al pueblo americano para que adoptara sus ideas amenazándolo con la violencia, como si una poderosa nación que acababa de reprimir una rebelión de la mitad de sus miembros^[4] para mantener su sistema político fuera a adoptar un nuevo sistema social por miedo.

Perteneciente al mundo de los ricos y con un interés en el orden existente de las cosas, naturalmente compartía los temores de mi clase. La inquina especial que abrigaba contra las clases obreras en la época en la que escribo, a causa del efecto de sus huelgas en el aplazamiento de mi dicha matrimonial, sin duda confería una especial animosidad a mis sentimientos hacia ellas.

Capítulo 2

El 30 de mayo de 1887 cayó en lunes. Era una de las fiestas nacionales del último tercio del siglo XIX, llamada Día de los Caídos^[5], en la que se homenajeaba a los soldados del norte que participaron en la guerra para salvaguardar la unión de Estados Unidos. Con tal motivo, los veteranos de la guerra, escoltados por formaciones militares y civiles y bandas de música, solían visitar los cementerios y dejaban coronas de flores sobre las tumbas de sus camaradas muertos, en una ceremonia muy solemne y emotiva. El hermano mayor de Edith Bartlett había fallecido en la guerra, y el Día de los Caídos, la familia visitaba el monte Auburn, en donde estaba enterrado.

Yo había solicitado ser parte de la comitiva, y, de vuelta a la ciudad, al anochecer, me quedé a cenar con la familia de mi prometida. Después de la cena, en la sala de estar, en un periódico de la tarde leí sobre una nueva huelga en el gremio de la construcción, que probablemente retrasaría aún más la finalización de mi desgraciada casa. Recuerdo perfectamente lo exasperado que me sentía, y las increpaciones, tan contundentes como la presencia de señoras permitía, que dirigía a los trabajadores en general, y a estos huelguistas en particular. Mi caso suscitaba gran simpatía entre quienes me rodeaban, y las observaciones que se hicieron sobre la conducta sin escrúpulos de los agitadores obreros durante la irritada conversación que siguió, probablemente hicieron que zumbaran los oídos de aquellos caballeros. Estuvimos de acuerdo en que las cosas empeoraban muy deprisa, y que no sabíamos adónde íbamos a llegar.

—Lo peor —recuerdo que dijo la señora Bartlett— es que parece que las clases obreras de todo el mundo se están volviendo locas a la vez. En Europa es incluso peor que aquí. Yo, desde luego, no me atrevería a vivir allí. El otro día le pregunté al señor Bartlett adónde tendríamos que emigrar si todas las cosas terribles con las que amenazan esos socialistas se hicieran realidad. Dijo que no conocía ningún sitio que pudiera considerarse estable en ese momento excepto Groenlandia, la Patagonia y el Imperio chino.

—Esos chinos sabían lo que hacían —añadió alguien— cuando negaron la entrada a nuestra civilización occidental. Sabían mejor que nosotros a lo que llevaría. Se dieron cuenta de que no era más que dinamita camuflada.

Después, recuerdo haberme llevado a Edith aparte e intentar convencerla de que sería mejor casarnos inmediatamente, sin esperar a la finalización de la casa, y emplear el tiempo en viajar hasta que estuviera lista. Estaba especialmente hermosa esa tarde. El traje de luto que se había puesto para la ocasión hacía resaltar muy acertadamente la pureza de su tez. Incluso hoy soy capaz de recordarla tal como

estaba esa noche. Cuando iba a marcharme, me siguió al recibidor y le di un beso de despedida, como siempre. No había ninguna circunstancia fuera de lo común que diferenciara esta separación de las otras veces que nos habíamos separado con anterioridad. No había ninguna premonición en mi mente ni en la suya, estoy seguro, acerca de que esta no fuera una separación habitual.

¡En fin!

Dejé a mi prometida a una hora más bien temprana para un enamorado, pero eso no tenía nada que ver con mis sentimientos. Sufría gravemente de insomnio, y aunque de lo demás estaba perfectamente, ese día me encontraba hecho polvo por no haber dormido apenas las dos noches anteriores. Edith lo sabía y había insistido en mandarme a casa a las nueve, con orden estricta de ir a la cama nada más llegar.

Vivía en una casa que había sido habitada por tres generaciones de la familia de la que yo era el único representante vivo en línea directa. Era una gran mansión antigua de madera, muy elegante por dentro en un estilo pasado de moda, pero situada en un barrio que había dejado de ser recomendable hacía ya tiempo, invadido por viviendas de vecinos y fábricas. No creía que fuera una casa a la que pudiera traer una esposa, y mucho menos una tan delicada como Edith Bartlett. La había puesto en venta y, mientras tanto, la usaba solo para dormir, ya que cenaba en el club. Tenía un sirviente, un fiel hombre de color que respondía al nombre de Sawyer, que vivía conmigo y atendía mis escasas necesidades. Había una característica de la casa que iba a extrañar mucho cuando la dejara, y era el dormitorio que me había hecho construir bajo los cimientos. Si me hubiera visto obligado a usar una habitación del piso superior, no hubiera podido dormir en modo alguno a causa de los incesantes ruidos nocturnos de la ciudad. Pero ni un murmullo del mundo exterior penetraba jamás en esta habitación subterránea. Una vez que entraba en ella y cerraba la puerta, me sumergía en el silencio de una tumba. Para evitar que la humedad del subsuelo penetrara en el aposento, las paredes eran de cemento hidráulico impermeabilizante y muy gruesas, y el suelo estaba igualmente aislado. Para que la habitación sirviera también como cámara acorazada a prueba de asalto e incendio, para el almacenamiento de objetos de valor, la hice techar con losas de piedra herméticamente selladas, y la puerta exterior era de hierro con un grueso revestimiento de amianto. La renovación del aire estaba garantizada por una pequeña tubería que comunicaba con un ventilador en el tejado de la casa.

Capítulo 3

—Va a abrir los ojos. Lo mejor sería que viera a una sola persona al principio.

—Entonces, prométeme que no se lo dirás.

La primera voz era de un hombre, la segunda de una mujer, y ambas hablaban en susurros.

—Veré cómo está —respondió el hombre.

—No, no, prométemelo —insistió la otra.

—Deja que se salga con la suya —susurró una tercera voz, también de mujer.

—Bueno, bueno, entonces lo prometo —respondió el hombre—. Rápido, ¡marchaos! Está volviendo en sí.

Oí el rozar de unos vestidos y abrí los ojos. Un hombre con buen aspecto, de unos sesenta años, estaba inclinado sobre mí. En sus rasgos se entremezclaba una expresión de gran benevolencia con una enorme curiosidad. Era un absoluto extraño.

Me incorporé sobre un codo y miré alrededor. La habitación estaba vacía. Desde luego, nunca había estado en ella antes ni en ninguna así amueblada. Miré a mi acompañante. Él sonrió.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó.

—¿Dónde estoy? —quise saber.

—Está en mi casa —fue su respuesta.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Hablaremos de eso cuando se recupere. Mientras tanto, le ruego que no se preocupe. Está en buenas manos, entre amigos. ¿Cómo se encuentra?

—Un poco raro —respondí—, pero bien, creo. ¿Me dirá ahora a qué debo el honor de su hospitalidad? ¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he llegado aquí? Cuando me retiré a dormir, estaba en mi casa.

—Ya habrá tiempo para explicaciones más tarde —respondió mi desconocido anfitrión, con una sonrisa tranquilizadora—. Será mejor que evitemos charlas perturbadoras hasta que se haya recuperado. ¿Me hará el favor de tomar un par de tragos de este preparado? Le hará bien. Soy médico.

Rechacé el vaso con la mano y me senté en el sofá, aunque con esfuerzo, ya que mi cabeza parecía no estar aún en su sitio.

—Insisto en saber de inmediato dónde estoy y qué ha hecho conmigo —dije.

—Mi estimado señor —respondió mi acompañante—, permítame rogarle que no se preocupe. Preferiría que no insistiera en pedir explicaciones tan pronto, pero si lo hace, intentaré satisfacerle, siempre y cuando usted se tome antes esta bebida, que le fortalecerá un tanto. —Bebí lo que me ofrecía acto seguido. Después dijo:

—No es tan sencillo explicarle cómo llegó aquí como obviamente piensa usted. Usted mismo sabe casi tanto sobre eso como yo. Acaba de despertarse de un

profundo sueño o, mejor dicho, trance. Es todo lo que puedo decirle. Dijo usted que estaba en su casa cuando se quedó dormido. ¿Podría decirme cuándo fue eso?

—¿Cuándo? —Respondí—. ¿Cuándo? Pues anoche, por supuesto, sobre las diez. Dejé a mi criado Sawyer encargado de despertarme a las nueve en punto. ¿Qué ha sido de Sawyer?

—No sabría decírselo con exactitud —respondió mi acompañante, mirándome con una expresión extraña—, pero no me cabe duda de que tiene una buena razón para no encontrarse aquí. Y ahora, ¿puede decirme más concretamente cuándo se quedó dormido? La fecha, quiero decir.

—Pues anoche, por supuesto; ya se lo dije, ¿no? Es decir, a no ser que me haya quedado dormido un día entero. ¡Dios mío! Eso es imposible y, aun así, tengo la extraña sensación de haber dormido mucho tiempo. Cuando me quedé dormido era el Día de los Caídos.

—¿El Día de los Caídos?

—Sí, el lunes treinta.

—Perdone, ¿el treinta de qué?

—Pues de este mes, naturalmente, a no ser que haya dormido hasta junio, pero eso no es posible.

—Estamos en septiembre.

—¡Septiembre! ¡No estará diciendo que he dormido desde mayo! ¡Dios del Cielo! Es increíble.

—Veamos —respondió mi acompañante—. ¿Dice que era el treinta de mayo cuando se retiró a dormir?

—Sí.

—¿Podría decirme de qué año?

Le miré perplejo durante un rato, incapaz de hablar.

—¿De qué año? —repetí débilmente por fin.

—Sí, ¿de qué año, si no le importa? Cuando sepa eso, podré decirle cuánto tiempo ha dormido.

—Era el año 1887 —dije.

Mi acompañante insistió en que diera otro trago al vaso y me tomó el pulso.

—Mi estimado señor —dijo él—, sus formas dejan ver que es un hombre culto, soy consciente de que no era tan habitual en su tiempo como ahora. Por tanto, sin duda, se habrá dado cuenta de que, realmente, no podemos decir que nada en este mundo sea más maravilloso que lo demás. Las causas de todos los fenómenos son igualmente adecuadas y los resultados igual de predecibles. Es de esperar que le impresione lo que tengo que decirle, pero confío en que no dejará que le altere demasiado. Su aspecto es el de un joven de apenas treinta años, y su condición física no parece distinta a la de alguien recién despertado de un sueño un tanto largo y profundo, y sin embargo hoy es el 10 de septiembre del año 2000, y usted ha dormido exactamente ciento treinta años, tres meses y once días.

Me sentí algo aturdido, bebí una taza de una especie de caldo que mi acompañante me ofreció, lo que me hizo caer inmediatamente en la somnolencia y después en un profundo sueño.

Cuando me desperté, era pleno día en la habitación, que estaba iluminada artificialmente antes de caer dormido. Mi misterioso anfitrión estaba sentado cerca. No me miraba cuando abrí los ojos, así que tuve oportunidad de observarlo y meditar sobre la extraordinaria situación en que me encontraba antes de que él se diera cuenta de que estaba despierto. Se me había pasado del todo el mareo y tenía la mente absolutamente clara. Volvió a mi cabeza la historia de que había dormido ciento trece años, que en mi anterior estado débil y desconcertado había aceptado sin dudar y ahora no podía más que rechazar como un intento ridículo de engaño, cuyo motivo no me era ni remotamente posible suponer.

Sin duda, había ocurrido algo extraordinario que explicaba que despertara en esta casa extraña con este acompañante desconocido, pero era completamente incapaz de imaginar qué podía haber sido ese algo, aparte de las conjeturas más disparatadas. ¿Quizá era la víctima de alguna especie de conspiración? Desde luego, eso parecía; y, sin embargo, si los rasgos de una persona fueran una prueba fiable, ciertamente este hombre que estaba a mi lado, de rostro refinado y franco, no podía formar parte de ningún ardid criminal ni delictivo. Entonces se me ocurrió pensar si no sería el blanco de una elaborada broma de mis amigos que podían haberse enterado, de alguna manera, del secreto de mi cámara subterránea y haberlo utilizado para asustarme con el peligro de los experimentos mesméricos. Esta teoría tenía enormes lagunas; Sawyer no me habría traicionado jamás y tampoco tenía yo amigos de los que se pudiera esperar que llevaran a cabo semejante idea; aunque, en cualquier caso, la suposición de ser la víctima de una broma al final parecía la única sostenible. Miré detenidamente por la habitación, quizá esperando atisbar alguna cara familiar sonriendo burlona detrás de una silla o una cortina. Cuando mis ojos se pararon en mi acompañante, estaba mirándome.

—Se ha echado una buena siesta de doce horas —dijo vivamente—. Y veo que le ha sentado bien. Tiene mucho mejor aspecto. Su color es bueno y tiene brillo en los ojos. ¿Cómo se encuentra?

—Nunca me he sentido mejor —dije, incorporándome.

—¿Seguro que recuerda su anterior despertar —siguió— y su sorpresa cuando le dije el tiempo que había estado durmiendo?

—Creo que dijo que había dormido ciento trece años.

—Exacto.

—Tiene que admitir —dije con una irónica sonrisa— que la historia era más bien improbable.

—Admito que es extraordinaria —respondió—, pero si se dan las condiciones necesarias, según lo que sabemos sobre el estado de trance, no es improbable ni inconsistente. Cuando el trance es completo, como en su caso, las funciones vitales

quedan reducidas al mínimo y no se produce desgaste en los tejidos. No se puede establecer el límite de duración posible si las condiciones externas protegen el cuerpo de lesiones físicas. Este trance suyo es, sin duda, el más largo del que existe constancia, pero no hay razón alguna por la cual, caso de no haber sido usted descubierto y de haber permanecido intacta la cámara en que lo encontramos, no pudiera haber seguido en un estado de animación reducida hasta que, tras un tiempo indeterminado, el enfriamiento gradual de la tierra hubiera destruido los tejidos corporales y dejado libre al espíritu.

Tenía que admitir que, si de verdad era víctima de una broma, sus autores habían escogido a un intermediario admirable para llevar a cabo su intención. Las formas solemnes e incluso elocuentes de este hombre habrían conferido verosimilitud a la idea de que la luna es de queso. La sonrisa con la que le estuve contemplando mientras proponía su hipótesis del trance no pareció confundirle en lo más mínimo.

—Quizá —dije— podría continuar y honrarme con detalles sobre la circunstancia en la que descubrieron esta cámara de la que habla y sus contenidos. Me gusta la buena ficción.

—En este caso —fue su solemne respuesta— no hay ficción que pueda superar la extraña realidad. Debe saber que todos estos años he estado abrigando la ilusión de construir un laboratorio en el gran jardín que hay al lado de la casa, con la finalidad de hacer experimentos químicos, por los que tengo predilección.

»Por fin, el pasado jueves comenzaron a excavar en el sótano. Para la noche ya habían terminado y el viernes iban a venir los albañiles. El jueves por la noche cayó un tremendo diluvio y el viernes por la mañana encontré el sótano como una charca de ranas y los muros bastante afectados por el agua. Mi hija, que había venido conmigo a ver el desastre, llamó mi atención sobre un rincón de mampostería que había dejado al descubierto una pared que se había desmoronado. Lo limpié un poco de tierra y, al darme cuenta de que formaba parte de una gran estructura, decidí investigarlo. Mandé llamar a unos trabajadores que desenterraron una cámara alargada de unos ocho pies bajo la superficie, y se extendía por la esquina de lo que claramente debieron de ser los cimientos de una casa antigua. Se deducía que la casa había sido destruida en un incendio por una capa de ceniza y carbón que había encima de la bóveda. Esta en sí estaba totalmente intacta, el cemento parecía recién puesto. Había una puerta, pero no conseguimos forzarla y hubimos de entrar quitando una de las losas del tejado. El aire que salió olía a cerrado pero era puro, seco y nada frío. Descendí con una linterna y me encontré en una habitación arreglada como un dormitorio del siglo XIX. En la cama yacía un joven. Di por sentado que estaba muerto y que debía de llevar muerto un siglo, pero a mí y a los colegas médicos que había llamado nos sobrecogió el extraordinario estado de conservación del cuerpo. Nunca habríamos creído que se conocieran técnicas de embalsamar semejantes y, sin embargo, parecía que teníamos ante los ojos la prueba de que nuestros antepasados inmediatos sí las habían conocido. Mis colegas médicos, con una exacerbada

curiosidad, querían, de inmediato, llevar a cabo experimentos para comprobar la naturaleza del proceso empleado, pero yo los detuve. La razón por la que lo hice, al menos la única que necesito mencionar ahora, fue recordar algo que había leído sobre cuánto habían cultivado sus contemporáneos el tema del magnetismo animal. Se me ocurrió que era posible que estuviera usted en trance y que el secreto de su integridad física después de tanto tiempo no fuera obra de un embalsamador, sino de la vida. Esta idea parecía tan extremadamente descabellada, incluso para mí, que no me arriesgué al ridículo contándosela a mis colegas, sino que di alguna otra razón para posponer sus experimentos. En cuanto se fueron, me puse a intentar resucitarle como fuera, intento del que ya conoce el resultado.

Aunque el tema hubiera sido incluso más increíble, lo pormenorizado de la narración, al igual que las formas y personalidad impresionantes del narrador, podrían haber dejado estupefacto a un oyente, y yo había empezado a sentirme extraño cuando, según él acabó de hablar, pude atisbar por casualidad mi reflejo en un espejo de la pared de la habitación. Me levanté y fui hacia él. El rostro que vi era el mismo rostro, con pelos y señales y sin una arruga más que el que había contemplado mientras me ataba la corbata antes de ir a buscar a Edith aquel Día de los Caídos que, tal como este hombre pretendía hacerme creer, había ocurrido hacía ciento trece años. En ese momento, recordé nuevamente lo descarado del engaño al que se me estaba sometiendo. La indignación se apoderó de mi ánimo cuando me di cuenta del escandaloso atrevimiento del asunto.

—Probablemente esté sorprendido —dijo mi acompañante— al ver que, a pesar de ser un siglo mayor que cuando se echó a dormir en aquella cámara subterránea, su apariencia no ha cambiado. Esto no debería asombrarle, ya que si ha sobrevivido todo este tiempo ha sido gracias a la total paralización de sus funciones vitales. Si su cuerpo hubiera podido experimentar cambio alguno durante el trance, se habría desintegrado hace mucho.

—Señor —contesté, volviéndome hacia él—, soy completamente incapaz de adivinar el motivo por el que me cuenta con gesto serio tamaño disparate; pero le creo lo bastante inteligente como para suponer que nadie más que un imbécil podría dejarse engañar por él. Ahórreme lo que quede de este intrincado absurdo y, de una vez por todas, dígame si se niega a darme una versión inteligible de dónde estoy y cómo llegué aquí. Si es así, tendré que proceder a averiguar mi paradero por cuenta propia, aunque alguien intente impedírmelo.

—Entonces, ¿no cree que estemos en el año 2000?

—¿De veras cree necesario preguntarme eso? —le contesté.

—Muy bien —respondió mi extraordinario anfitrión—. Ya que yo no consigo convencerle, tendrá que convencerse por sí mismo. ¿Está lo bastante fuerte para seguirme al piso de arriba?

—Estoy tan fuerte como siempre —contesté enfadado—; como tendré que demostrar si esta broma llega más lejos.

—Le ruego, señor —fue la respuesta de mi acompañante—, que no se deje llevar mucho por la idea de que es la víctima de una jugarreta, o su reacción al reconocer la verdad de mis afirmaciones podría ser excesiva.

Aunque parezca mentira, el tono preocupado, teñido de conmiseración, con que dijo esto y la absoluta ausencia de cualquier signo de rencor por mis palabras exaltadas, me intimidaron, y le seguí fuera de la habitación con una insólita mezcla de emociones. Me condujo por dos tramos de escaleras y luego uno más corto que nos llevó a un mirador en la azotea.

—Haga el favor de admirar los alrededores —dijo según alcanzamos la plataforma—, y dígame si este es el Boston del siglo XIX.

A mis pies se extendía una gran ciudad. Millas de calles amplias, protegidas del sol por árboles y bordeadas por edificios magníficos, distribuidos no en bloques continuos sino, en su mayoría, en recintos de mayor o menor tamaño, se extendían en todas direcciones. Todos los barrios tenían grandes plazas abiertas llenas de árboles, entre los cuales las estatuas refulgían y las fuentes destellaban con el sol del atardecer. Edificios públicos, de tamaño colosal y una grandeza arquitectónica incomparable a los de mis tiempos, elevaban sus majestuosos pilares por todas partes. Desde luego no había visto jamás esta ciudad ni ninguna que se le pareciese. Por fin, alcé mis ojos hacia el horizonte y miré hacia el oeste. ¿Acaso aquel lazo azul que desaparecía en la puesta de sol no era el sinuoso río Charles? Miré hacia el este; el puerto de Boston se extendía ante mí con sus cabos, con todos y cada uno de sus verdes islotes.

Supe entonces que me habían dicho la verdad sobre el hecho prodigioso que me había acontecido.

Capítulo 4

No me desmayé, pero el esfuerzo por entender mi situación me aturdió mucho y recuerdo que mi acompañante tuvo que prestarme su brazo seguro para guiarme del tejado a una espaciosa estancia en el piso más alto de la casa, donde me insistió para que bebiera uno o dos vasos de buen vino y compartiera un ligero ágape.

—Creo que ahora empezará a sentirse mejor —dijo alegremente—. No habría usado un método tan brusco para convencerle de su situación si sus deducciones, que eran perfectamente comprensibles dadas las circunstancias, no me hubieran obligado a hacerlo. Confieso —añadió riéndose— que estuve un poco inquieto en un momento determinado por si me dejaba, como creo que decían en el siglo XIX, K. O., si no actuaba más bien rápido. Recordé que los bostonianos de su tiempo eran famosos púgiles y pensé que sería mejor no perder tiempo. Espero que ahora ya pueda liberarme de la acusación de mentiroso.

—Si me hubiera dicho —respondí, profundamente sobrecogido— que en vez de cien años fueran mil los años que han pasado desde la última vez que vi esta ciudad, le creería.

—Solo ha pasado un siglo —contestó— pero, en la historia del mundo, muchos son los milenios que no han contemplado cambios tan extraordinarios.

—Y ahora —añadió, extendiendo la mano con un aire irresistiblemente cordial— permítame darle la calurosa bienvenida al Boston del siglo XX y a esta casa. Mi apellido es Leete, me llamo Dr. Leete.

—Me llamo —dije mientras le estrechaba la mano— Julian West.

—Me alegro enormemente de conocerle, Sr. West —respondió—. Teniendo en cuenta que esta casa está construida en el mismo lugar en que estuvo la suya, confío en que le resultará sencillo sentirse como en ella.

Después del refrigerio, el Dr. Leete me ofreció un baño y ropa limpia, que acepté con mucho gusto.

Al parecer, entre los grandes cambios que mi anfitrión había mencionado no se había producido ninguna gran revolución de la indumentaria masculina, ya que, quitando algunos detalles, mi nuevo atuendo no me desconcertó en absoluto.

Físicamente, volvía a ser yo mismo. Pero el lector estará preguntándose, sin duda, cómo me encontraba mentalmente. Probablemente quiera saber cuáles eran mis pensamientos al encontrarme de pronto arrojado a un nuevo mundo. En contestación, querría pedirle que se imaginara que, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, fuera transportado al Paraíso o al Hades. ¿Cómo se imagina el lector que sería su propia experiencia? ¿Volverían sus pensamientos inmediatamente a la tierra recién abandonada, o quizá, tras el impacto inicial, olvidaría prácticamente su vida anterior

por un tiempo, si bien es cierto que la recordaría más tarde debido al interés suscitado por su nuevo entorno? Todo lo que puedo decir es que con que su experiencia fuera mínimamente parecida a la mía en la transición que describo, se demostraría que esta última hipótesis es la correcta. El asombro y la curiosidad que mi nuevo entorno me suscitaban, tras el impacto inicial, ocupaban mi mente excluyendo cualquier otro pensamiento. Por el momento, los recuerdos de mi anterior vida estaban en suspenso.

En cuanto estuve físicamente rehabilitado, gracias a las amables diligencias de mi anfitrión, me sentí impaciente por regresar a la azotea y en un momento estábamos cómodamente arrellanados en sendas poltronas, con la ciudad debajo y alrededor de nosotros. Después de que el Dr. Leete hubiera respondido a mis numerosas preguntas sobre los antiguos aspectos significativos de la ciudad ahora desaparecidos y los nuevos que los habían sustituido, me preguntó por lo que me llamaba la atención del contraste entre la nueva ciudad y la antigua.

—Por empezar con pequeñeces —contesté—, creo que lo primero que me sorprendió fue la completa ausencia de humo y chimeneas.

—¡Ah! —exclamó mi acompañante con aspecto muy interesado—, ya me había olvidado de las chimeneas; hace mucho que cayeron en desuso. Aquel rudimentario sistema de combustión del que ustedes dependían para calentarse se quedó obsoleto hace casi un siglo.

—En general —dije—, lo que más me asombra de la ciudad es la prosperidad material del pueblo, visible en su esplendor.

—Daría cualquier cosa por echar un vistazo, aunque fuera fugaz, al Boston de su tiempo —respondió el Dr. Leete—. Tal como usted da a entender, las ciudades de ese periodo eran, sin duda, lugares degradados. Aunque tuvieran el buen gusto de quererlas espléndidas, lo que no cuestionaré, pues no soy tan mal educado, la pobreza general derivada de su extraordinario sistema industrial no produciría los medios necesarios para ello. Por otra parte, el individualismo exacerbado de entonces era contrario al progreso del espíritu público. Parece que la escasa riqueza de la que disfrutaban se despilfarraba, casi en su totalidad, en lujos privados. Hoy en día, sin embargo, el destino más frecuente de la riqueza sobrante es el embellecimiento de la ciudad, que todos disfrutamos por igual.

El sol estaba poniéndose cuando subíamos a la azotea, y por fin sobrevino la noche, mientras hablábamos.

—Está oscureciendo —dijo el Dr. Leete—. Bajemos a la casa; quiero presentarle a mi mujer y a mi hija.

Sus palabras me recordaron las voces femeninas que había oído en susurros en torno a mí cuando estaba recuperando la consciencia; y, con gran curiosidad por ver cómo eran las mujeres del año 2000, acepté prestamente la propuesta. La estancia donde se encontraban la mujer y la hija de mi anfitrión, así como todo el interior de la casa, estaba iluminada por una luz suave, que a mi juicio solo podía ser artificial, aunque no conseguía dar con la fuente que la producía. La Sra. Leete era una mujer

de porte excepcional y que se conservaba muy bien, de edad aproximada a la de su marido, mientras que la hija, que estaba floreciendo, era la joven más hermosa que había visto jamás. Unos ojos azul profundo, un cutis de color delicado y unos rasgos perfectos hacían de su rostro algo cautivador pero, incluso aunque su semblante hubiera carecido de especial encanto, la impecable hermosura de su figura la habría hecho acreedora al título de belleza entre las mujeres del siglo XIX. La suavidad y delicadeza femeninas estaban deliciosamente combinadas en esta criatura encantadora con una apariencia saludable y de gran vitalidad física, tan a menudo ausente en las doncellas con las que solamente yo podía compararla. Teniendo en cuenta lo extraño de la situación en general, era coincidencia nimia, pero a pesar de todo asombrosa, que se llamara precisamente Edith.

La tarde que siguió fue ciertamente única en la historia de las relaciones sociales, pero suponer que nuestra conversación fuera especialmente tensa o difícil sería un grave error. Creo de veras que bajo circunstancias que podrían tacharse de antinaturales, en el sentido de extraordinarias, la gente se comporta de la forma más natural posible, debido a que dichas circunstancias, sin duda, hacen desaparecer lo artificial. Sé por lo menos que mi relación aquella tarde con estos representantes de otro tiempo y otro mundo estuvo marcada por una sinceridad y una franqueza auténticas, que rara vez llegan a coronar una relación de muchos años. Sin duda, el tacto exquisito de mis contertulios tenía mucho que ver con esto. Como es de esperar, no podíamos más que hablar del extraño suceso por el cual estaba yo allí, pero lo comentaban con un interés tan inocente y directo que excluía, en gran medida, todo elemento extraño y desconocido que fácilmente pudiera haber sido dominante. Tan perfecto era su tacto que uno habría supuesto que estaban habituados a tratar con personas procedentes de otro siglo.

En cuanto a mí, no recuerdo haber tenido jamás la razón tan despierta ni tan perspicaz como aquella tarde, ni mi capacidad intelectual tan aguda. Por supuesto, no quiero decir que perdiera ni por un momento la conciencia de mi extraordinaria situación, pero su principal efecto hasta entonces fue provocar una euforia febril, una especie de embriaguez mental^[7].

Edith Leete participó poco en la conversación, pero cuando en varias ocasiones el magnetismo de su belleza atraía mi mirada a su rostro, encontraba sus ojos fijos en mí con absorta intensidad, casi fascinación. Era evidente que había excitado su interés en grado máximo, lo cual no era asombroso, dando por hecho que se trataba de una muchacha imaginativa. Aunque pensaba que la curiosidad era el principal motivo de su interés, me afectaba en una medida en que no lo hubiera hecho si hubiera sido menos hermosa.

El Dr. Leete, así como las señoras, parecía enormemente interesado en que le explicara en qué circunstancias había ido a dormir a la cámara subterránea. Todos formulaban explicaciones sobre el hecho de que hubiera quedado olvidado en ella y la teoría que finalmente acordamos aportaba al menos una explicación plausible,

aunque si es cierta hasta el más mínimo detalle, claro, no lo sabremos nunca. La capa de cenizas encontrada sobre la cámara indicaba que la casa se había quemado hasta los cimientos. Supongamos por un momento que el incendio tuvo lugar la noche en que me dormí. Se sigue de ello que Sawyer perdió la vida en el incendio o en algún accidente relacionado con él, y el resto es fácil de imaginar. Nadie, salvo él y el Dr. Pillsbury, conocía la existencia de la cámara o de lo que contenía, y el Dr. Pillsbury, que se había ido a Nueva Orleans esa noche, probablemente ni siquiera se enteró de que hubo un incendio. La conclusión de mis amigos y de la gente en general debió de ser que había perecido en el fuego. Una excavación en las ruinas, a no ser que fuera muy a fondo, no habría revelado el hueco escondido en los muros de carga que conectaban con mi cámara. Seguramente, si se hubiera construido de nuevo en el lugar, al menos inmediatamente, tal excavación habría sido necesaria, pero probablemente los tiempos difíciles y el carácter indeseable de la comunidad impidieron la reconstrucción. Por el tamaño de los árboles del jardín que ocupaban ese lugar, dijo el Dr. Leete, debía de haber sido un terreno baldío durante medio siglo al menos.

Capítulo 5

Cuando, en el transcurso de la tarde las señoras se retiraron, dejándonos solos, el Dr. Leete quiso saber sobre mi predisposición para dormir, diciendo que si me apetecía había una cama esperándome, pero que a él nada le gustaría más que hacerme compañía si prefería quedarme despierto.

—Yo también soy ave nocturna —dijo— y, sin pretender adularle creo que puedo decir que es inimaginable compañía más interesante que la suya. Indudablemente, uno no tiene a menudo la oportunidad de conversar con un hombre del siglo XIX.

Había estado esperando con algo de terror toda la tarde el momento de quedarme solo, cuando se fueran a dormir. Rodeado de estos desconocidos tan cordiales, estimulado y apoyado por su simpatía y solidaridad, pude conservar mi equilibrio mental. Pero incluso en esos momentos, durante las pausas de la conversación había tenido visiones vivas y luminosas como fogonazos, del horror de lo desconocido a lo que tendría que enfrentarme cuando se hubiera acabado el aspecto divertido. Sabía que no podría dormir esa noche, y respecto a quedarme tumbado pensando, no se tomará como muestra de cobardía si admito que me daba miedo. Cuando, en respuesta a la pregunta de mi anfitrión, le contesté sinceramente lo que pensaba, respondió que sería extraño que no me sintiera así, pero que no debía tener preocupación alguna por dormir. Cuando quisiera irme a la cama, él me administraría una dosis que me aseguraría totalmente una noche de profundo sueño. A la mañana siguiente, me despertaría seguro con la sensación de llevar allí mucho tiempo.

—Antes de tomar eso —respondí—, tengo que saber algo más de la clase de Boston al que he vuelto. Cuando estábamos en la azotea me dijo usted que, aunque solo había pasado un siglo desde que me dormí, estaba marcado por cambios más importantes en las condiciones de la humanidad que muchos milenios anteriores. Al contemplar la ciudad ante mí podía verlo sin duda alguna, pero tengo una gran curiosidad por saber qué cambios son esos. Para empezar por algún sitio, ya que el tema es de seguro amplio, ¿qué solución encontraron para el problema de los obreros, si es que dieron con alguna? Era el enigma de la esfinge del siglo XIX, y cuando lo abandoné la esfinge amenazaba con devorar a la sociedad porque la respuesta no se veía cercana. Bien vale la pena dormir cien años para saber cuál era la respuesta correcta si, efectivamente, ya se ha encontrado.

—Dado que en la actualidad no se conoce tal cuestión social —respondió el Dr. Leete—, y no hay manera de que se plantee, supongo que puede decirse que la hemos resuelto. Efectivamente, la sociedad habría merecido que la devorasen de no haber podido resolver un enigma tan sencillo. De hecho, para hablar con propiedad, la sociedad no se vio en la necesidad de resolver el enigma en absoluto. Podríamos decir

que se resolvió solo. La solución llegó como resultado de un proceso de evolución industrial que no podría haber terminado de otra forma. Todo lo que tuvo que hacer la sociedad fue reconocer esa evolución y adaptarse a ella cuando su tendencia ya era inequívoca.

—Solo sé —respondí— que, cuando me quedé dormido, esa evolución no se había reconocido.

—Creo que dijo que fue en 1887 cuando se durmió.

—Sí, el 30 de mayo de 1887.

Mi acompañante me miró meditabundo por unos momentos. Después observó:

—¿Y dice que incluso entonces no había un reconocimiento general de la naturaleza de la crisis social que se acercaba? Por supuesto, creo plenamente lo que dice. La singular ceguera de sus contemporáneos frente al carácter de su tiempo es un fenómeno comentado por muchos de nuestros historiadores, pero de pocos hechos históricos es más difícil percatarse, por obvias e inequívocas que, al mirar hacia atrás, nos parezcan las señales que tenemos ante la vista, que aquellas transformaciones que están a punto de ocurrir. Me gustaría, Sr. West, que me diera una impresión algo más definida de la perspectiva que usted y los hombres de su nivel intelectual tenían de la situación y las posibilidades de la sociedad en 1887. Al menos, deberían de haberse dado cuenta de que la generalización de los problemas sociales e industriales y de que la insatisfacción subyacente de todas las clases ante las desigualdades sociales y el sufrimiento general de la humanidad eran augurio de grandes cambios de algún tipo.

—Por supuesto que nos dimos completa cuenta —contesté—. Percibíamos que la sociedad estaba arrastrando el ancla y corría el riesgo de quedarse a la deriva. Hacia dónde podía esta llevarnos no lo sabía nadie, pero todos temíamos las rocas.

—De todas formas —dijo el Dr. Leete—, el rumbo de la corriente era del todo perceptible, si se hubieran tomado la molestia de observarlo, y no iba hacia las rocas, sino hacia un cauce más profundo.

—Teníamos un dicho popular —respondí— que rezaba: «La retrospectión es mejor que la previsión», cuyas consecuencias aprecio hoy más que nunca. Todo lo que le puedo decir es que el panorama de entonces cuando me fui a dormir era tal que no me habría sorprendido ver hoy desde su azotea una pila de ruinas carbonizadas e invadidas por el moho en vez de esta espléndida ciudad.

El Dr. Leete me escuchó con mucha atención y asintió pensativamente cuando acabé de hablar.

—Lo que dice —observó— se verá como una valiosísima reivindicación de Storiot, cuya teoría sobre su era se ha considerado normalmente una exageración en cuanto a su retrato de la oscuridad y confusión de las mentes de los hombres. Era de esperar que un periodo tal de transición estuviera lleno de emoción y agitación, pero viendo lo elemental de las fuerzas en acción, lo natural era pensar que la esperanza se habría impuesto al miedo en las mentes del pueblo.

—Todavía no me ha dicho cuál es la solución que encontraron al enigma —dije

—. Estoy impaciente por saber por qué contradicción en el curso natural de las cosas, la paz y la prosperidad que parecen disfrutar ahora pueden ser resultado de una era como la mía.

—Perdone —contestó mi anfitrión—, ¿fuma? —Solo cuando encendimos nuestros puros y comprobamos que tiraban bien, reanudó la conversación—. Ya que está con más ánimo de hablar que de dormir, al igual que yo, quizá lo mejor que pueda hacer sea darle una idea adecuada de nuestra moderna organización industrial para disipar cuando menos la impresión de que hay algún misterio en el proceso de su evolución. Los bostonianos de su época tenían la reputación de ser muy preguntones, y voy a mostrarle mi ascendencia empezando con una pregunta. ¿Cuál diría que era el rasgo más destacado de los problemas laborales de su tiempo?

—Hombre, pues las huelgas, desde luego —respondí.

—Exacto, pero ¿qué hacía las huelgas tan temibles?

—Las grandes organizaciones obreras.

—¿Y cuál era el motor de estas grandes organizaciones?

—Los obreros afirmaban que tenían que organizarse para conseguir derechos de las grandes empresas —contesté.

—Así era —dijo el Dr. Leete—; la organización del trabajo y las huelgas eran meros efectos de la concentración de capital en cantidades más grandes de lo que jamás se había visto. Antes de que comenzara esta concentración, mientras el comercio y la industria estuvieron dirigidos por innumerables empresas pequeñas con poco capital en vez de un número reducido de grandes empresas con mucho capital, el trabajador era relativamente importante e independiente en sus relaciones con el patrón. Es más, cuando un pequeño capital o una nueva idea bastaban para que un hombre iniciara una empresa por su cuenta, los obreros se convertían en patrones constantemente y no había una clara línea entre ambas clases. Los sindicatos eran entonces innecesarios y las huelgas generales estaban fuera de lugar. Pero cuando a la era de los negocios pequeños con poco capital sucedió la de los grandes capitales, todo cambió. El obrero, que había sido relativamente importante para el pequeño empresario, pasó a ser insignificante e impotente frente a la gran empresa, mientras que, además, se le cerraba la posibilidad de ascenso al nivel de patrón. La autodefensa le empujó a sindicarse con sus compañeros.

»Los documentos de la época muestran que la protesta contra la concentración del capital fue furibunda. Los hombres creían que era una amenaza para la sociedad con un tipo de tiranía más detestable de lo que jamás habían aguantado. Pensaban que las grandes empresas estaban preparando el yugo de la servidumbre más humillante que se hubiera impuesto a la especie humana, una servidumbre no frente a hombres sino frente a máquinas sin alma incapaces de otra motivación que una codicia insaciable. Mirando atrás, no dudamos de su desesperación, ya que la humanidad nunca se ha enfrentado a destino más sórdido y horrendo que el que habría sido la era de tiranía empresarial que preveían.

»Mientras tanto, prosiguió la absorción de empresas por unos monopolios cada vez más grandes, sin que los frenara el creciente clamor en contra. En el último cuarto de siglo ya no quedaba en los Estados Unidos oportunidad alguna para iniciativas individuales en ningún campo importante de la industria, a no ser que se tuviera el respaldo del gran capital. Durante el último decenio del siglo, las pequeñas empresas que aún quedaban eran supervivientes en extinción de una época pasada, o meros parásitos de las grandes empresas, o si no, actuaban en campos demasiado pequeños para atraer a los grandes inversores. Las pequeñas empresas, en la medida en que sobrevivían, vivían una existencia de ratas y ratones, refugiadas en agujeros y rincones, con la esperanza de pasar inadvertidas para sobrevivir. Los ferrocarriles habían seguido fusionándose hasta que unas cuantas grandes agrupaciones controlaban cada metro de raíl del territorio. En las fábricas, los cárteles controlaban todas las materias primas. Estos cárteles, grupos, fondos, o como quiera que se llamen, fijaban los precios y eliminaban toda competencia excepto cuando aparecían agrupaciones tan grandes como ellas. En tal caso se entablaba una lucha que resultaba en una concentración mayor. El gran comercio de la ciudad arruinó a sus rivales de las afueras con franquicias y en la propia ciudad absorbieron a sus rivales menores hasta que las empresas de un barrio entero se concentraban en una sola mano, con un centenar de antiguos propietarios trabajando como tenderos. El pequeño inversor, que no tenía negocio alguno en el que meter su dinero, se ponía así al servicio de la gran empresa y solo podía invertir su capital en las acciones y bonos de esta con lo que de tal modo se convertía en doblemente dependiente de ella.

»El hecho de que la desesperada oposición popular a la concentración de la industria en pocas y poderosas manos no sirviera para frenarla, demuestra que debía de haber una fuerte razón económica para ello. Los pequeños capitalistas, con sus innumerables minúsculas empresas, habían abandonado de hecho el campo a las acumulaciones de capital, porque pertenecían a la época de las cosas pequeñas y estaban totalmente inermes ante las necesidades de la era del vapor y el telégrafo y la escala gigantesca de sus empresas. Restaurar el orden anterior de las cosas, en caso de que hubiera sido posible, habría supuesto volver a los tiempos de las diligencias. Aunque el régimen de las grandes concentraciones de capital era opresivo e insoportable, hasta sus víctimas, sin dejar de maldecirlo, tenían que admitir el incremento prodigioso en la eficiencia que había tenido lugar en la industria nacional, cosa que las grandes economías conseguían con la concentración de gestión y la unidad de organización, y también tenían que confesar que, desde que la nueva organización había ocupado el lugar de la antigua, la riqueza mundial había crecido a un ritmo antes ni siquiera soñado. No cabe duda de que este enorme incremento había servido sobre todo para hacer más ricos a los ricos y para agrandar la brecha entre ellos y los pobres, pero es incuestionable que, en tanto que medio de crear riqueza, el capital había demostrado ser tanto más eficiente cuanto mayor era su concentración. La restauración de la antigua organización con la división del capital, en caso de ser

posible, traería de nuevo una gran igualdad de condiciones con más dignidad individual y libertad, pero pagando el precio de una pobreza generalizada y la suspensión del progreso material.

»¿Entonces no había ninguna forma de aprovechar los beneficios del temible principio de creación de riqueza del capital consolidado sin caer en una plutocracia como la de Cartago?^[8] Tan pronto como los hombres empezaron a hacerse estas preguntas, encontraron la respuesta lista. Finalmente se comprendió la importancia de la tendencia de las grandes concentraciones de capital a dirigir la economía y a formar monopolios (contra los que se había luchado en vano desesperadamente) como un proceso que solo necesitaba completar su evolución lógica para abrir un futuro dorado a la humanidad.

»A comienzos del siglo pasado, la evolución se coronó con la concentración de todo el capital de la nación. La dirección de la industria y el comercio del país dejó de estar a cargo de un grupo de empresas irresponsables y grupos de personas que las empleaban a su capricho y para su propio beneficio, y se confió a una sola agrupación que representaba al pueblo, orientada en pro del interés y el beneficio comunes. El Estado, ahora organizado como la gran empresa única en la que confluía el resto de empresas, se convirtió en el único capitalista en lugar de todos los demás capitalistas, el único empleador, el monopolio definitivo que englobó todos los monopolios anteriores menores, un monopolio cuyos beneficios y ganancias compartían todos los ciudadanos. La época de las corporaciones había terminado en la Gran Corporación. En pocas palabras, el pueblo de Estados Unidos decidió asumir la dirección de su economía, igual que apenas cien años antes había asumido la dirección de su propio gobierno, organizándose para fines industriales bajo los mismos principios en los que se había basado entonces con fines políticos. Aunque con mucho retraso en la historia mundial, el pueblo se dio cuenta de un hecho obvio: que ningún asunto afecta tanto al interés público como la industria y el comercio, de los cuales depende el sustento de la gente, y que confiárselo a individuos para que lo gestionen en beneficio privado es una locura parecida, aunque de magnitud mucho mayor, a la de ceder las funciones del gobierno a reyes y nobles que las utilizan para su glorificación personal.

—Supongo que un cambio tan tremendo como el que describe —dije— no ocurrió sin gran derramamiento de sangre y terribles convulsiones.

—Al contrario —respondió el Dr. Leete—; no hubo violencia en absoluto. El cambio se veía venir desde hacía tiempo. La opinión pública estaba totalmente preparada y todo el pueblo lo apoyaba. No cabía oponerse a él mediante la fuerza, como tampoco mediante el debate. Por otro lado, el sentimiento popular hacia las grandes empresas y aquellos identificados con ellas había dejado de ser de inquina cuando el pueblo comprendió que eran necesarios como conexión, o fase de transición, en la evolución de la verdadera organización industrial. Los enemigos más violentos de los grandes monopolios privados ahora tenían que reconocer lo inestimable e indispensable que había sido su servicio educando al pueblo hasta

poder asumir el control de su propio comercio. Cincuenta años antes, la concentración de la industria del país bajo el control del Estado habría parecido un experimento muy osado y de lo más optimista. Pero gracias a una serie de clases prácticas que todos los hombres veían y estudiaban, las grandes empresas habían enseñado al pueblo un conjunto de ideas totalmente nuevas sobre el tema. Hacía muchos años que venían viendo cómo las grandes organizaciones gestionaban ingresos mayores que los de países enteros y dirigían el trabajo de cientos de miles de hombres con una eficiencia y una economía que no pueden alcanzarse en operaciones menores. Había llegado a tenerse por axioma que cuanto más grande es la empresa, más simples son los principios que le son aplicables. Así como la máquina es mejor que la mano, así la organización, que en las grandes empresas cumple la función de la mirada del patrón en las pequeñas, obtiene mejores resultados. Por lo tanto se llegó a la conclusión de que, gracias a las empresas mismas, cuando se propuso que el Estado debería asumir sus funciones, dicha proposición no implicaba nada aparentemente imposible, ni siquiera para los menos decididos. Desde luego era un avance mayor de los que se habían hecho hasta la fecha, una generalización mucho más amplia, pero el mero hecho de que el Estado fuera la única empresa tendría que facilitar la solución de las muchas dificultades con las que los monopolios privados habían lidiado.

Capítulo 6

El Dr. Leete dejó de hablar y yo quedé en silencio, intentando hacerme una idea general de los cambios en la disposición social que implicaba una revolución tan tremenda como la que él había descrito.

Por fin dije:

—La idea de una ampliación tal de las funciones del Estado es, cuando menos, bastante abrumadora.

—¡Ampliación! —repetió—. ¿Dónde está la ampliación?

—En mis tiempos —contesté— se consideraba que las funciones propias del Estado, estrictamente hablando, se limitaban a salvaguardar la paz y defender al pueblo del enemigo público, esto es, a los poderes militar y policial.

—¿Y cuáles son, en nombre del cielo, los enemigos públicos? —exclamó el Dr. Leete—. ¿Son Francia, Inglaterra, Alemania o el hambre, el frío y la desnudez? En sus tiempos, los Estados estaban acostumbrados a aprovecharse de las vidas de los ciudadanos ante el más nimio malentendido internacional y a mandarlos por cientos de miles a la muerte y la mutilación, mientras sus riquezas se evaporaban, y todo sin beneficio imaginable para las víctimas. Ahora no tenemos guerras y nuestros Estados carecen de poderes de guerra, pero para proteger a todos los ciudadanos del hambre, el frío y la desnudez, y proveer sustento para sus necesidades físicas y mentales, asumen la función de dirigir la industria durante un periodo. No, Sr. West, estoy seguro de que después de reflexionar se dará cuenta de que fue en su época, no en la nuestra, cuando la extensión de las funciones de los Estados fue extraordinaria. Ahora los hombres no otorgarían a sus Estados poderes como los que entonces se empleaban para los fines más maléficos, ni siquiera aunque tuvieran las mejores intenciones.

—Comparaciones a un lado —dije—, en mis tiempos, la demagogia y la corrupción de nuestros políticos se habrían considerado obstáculos insuperables a la hora de que el Estado se hiciera cargo de las industrias nacionales. Hubiéramos pensado que ninguna solución sería peor que confiar a los políticos el control de la maquinaria productiva de riqueza del país. Los intereses materiales eran algo así como la pelota que se pasaban los partidos entre sí.

—Sin duda tenían ustedes razón —replicó el Dr. Leete—, pero todo eso ha cambiado. No tenemos partidos ni políticos, y respecto a la demagogia y la corrupción, se trata de palabras con un significado meramente histórico.

—La naturaleza humana debe de haber cambiado mucho —dije.

—En absoluto —fue la respuesta del Dr. Leete—; son las condiciones de vida las que han cambiado, y con ellas los motivos de las acciones humanas. La organización social de ustedes era tal que los gobernantes estaban sometidos a una tentación constante de hacer mal uso de su poder para su beneficio personal o el de otros. En

tales circunstancias, parece hasta raro que se atrevieran a confiarles cualquiera de sus asuntos. Hoy en día, por el contrario, la sociedad está constituida de forma que no hay posibilidad alguna de que un gobernante, por muy mal predispuesto que esté, saque ningún beneficio para sí mismo u otra persona mediante un abuso de poder. Por muy mal gobernante que sea, no puede ser corrupto. No hay motivo para serlo. El sistema social ya no premia el fraude. No obstante, son asuntos que ya irá entendiendo según nos vaya conociendo mejor.

—Pero aún no me ha contado cómo arreglaron la cuestión laboral. Hemos hablado del problema del capital —dije—. Después de que el Estado asumiera la dirección de las fábricas, las máquinas, los ferrocarriles, las granjas, las minas y en general, el capital del país, subsistía la cuestión obrera. Al asumir las responsabilidades del capital, el Estado asumió las dificultades del capitalista.

—En el momento en que el Estado asumió las responsabilidades del capital, esas dificultades desaparecieron —respondió el Dr. Leete—. La organización estatal del trabajo bajo un solo gestor fue la solución total a lo que se veía, en sus tiempos y con su sistema, como el irresoluble problema obrero. Cuando el Estado se convirtió en el único patrón, todos los ciudadanos, por virtud de su ciudadanía, se convirtieron en trabajadores que serían distribuidos según las necesidades de la industria.

—O sea —sugerí—, que simplemente aplicaron el principio del servicio militar universal, como se entendía en nuestros días, al campo laboral.

—Sí —dijo el Dr. Leete—, fue algo que se dio automáticamente tan pronto como el Estado se convirtió en el único capitalista. El pueblo ya estaba acostumbrado a la idea de que, si no estaba físicamente incapacitado, la obligación de todo ciudadano de contribuir con su servicio militar a la defensa de la nación era igualitaria y absoluta. Resultaba igual de evidente que era el deber de todo ciudadano contribuir con su cupo de servicio industrial o intelectual al mantenimiento del país, pero solo cuando el Estado se hizo patrón de los trabajadores fueron los ciudadanos capaces de prestar este tipo de servicios de forma igual o universal. No era posible organización del trabajo alguna cuando el poder patronal estaba dividido entre cientos o miles de individuos y compañías, entre los cuales ni se deseaba ni era factible ningún tipo de acuerdo. En aquel tiempo era muy habitual que gran cantidad de personas que querían trabajar no tuvieran oportunidad, y, por otro lado, aquellos que querían evadir toda o parte de su deuda podían hacerlo fácilmente.

—Supongo que ahora el servicio es obligatorio para todos —apunté.

—Es más algo que se da por hecho que obligatorio —contestó el Dr. Leete—. Se ve como algo tan absolutamente natural y razonable que se ha dejado de pensar en ello como obligatorio. Solo alguien deleznable necesitaría que lo obligasen. De todas formas, hablar del servicio como obligatorio es un modo inadecuado de mostrar su absoluta inevitabilidad. Todo nuestro orden social está tan completamente basado en el servicio obligatorio y se deduce de tal modo de él que si fuera concebible que un hombre pudiera evadirlo, no tendría posibilidad alguna de subsistir. Se habría

excluido a sí mismo del mundo, habría cortado los lazos con su especie; en una palabra, se habría suicidado.

—¿El periodo de servicio en este ejército industrial es vitalicio?

—No, no; empieza más tarde y acaba antes que la media de vida laboral de sus tiempos. Sus talleres estaban llenos de niños y ancianos, pero nosotros consagramos la juventud a la educación y la vejez, cuando la fuerza física empieza a flaquear, la consagramos a la relajación y el esparcimiento. El servicio industrial dura veinticuatro años, que comienzan cuando acaba el periodo de formación a los veintiuno y finaliza a los cuarenta y cinco. Tras los cuarenta y cinco, aunque liberado de trabajar, todavía es posible recurrir al ciudadano en casos especiales, emergencias que provoquen un gran incremento repentino de la demanda de trabajo, hasta que cumple los cincuenta y cinco años, pero dichas emergencias ocurren con poca frecuencia, de hecho casi nunca. El quince de octubre de cada año celebramos lo que llamamos el Día de la Leva porque reunimos a aquellos que han cumplido veintiún años para que empiecen el servicio industrial y al mismo tiempo a aquellos que, tras veinticuatro años de servicio, han llegado a la edad de cuarenta y cinco y terminan honradamente su periodo de trabajo. Para nosotros es el gran día del año, según el que calculamos el resto de eventos, nuestras olimpiadas, salvo que es anual.

Capítulo 7

—Cabe suponer que la dificultad principal aparecería después de llamar a filas a su ejército industrial —dije— porque su analogía con un ejército de verdad acaba aquí. Los soldados tienen un mismo deber, que además es muy simple, a saber, practicar el uso de las armas, marchar y estar en guardia. Pero el ejército industrial debe aprender y seguir doscientos o trescientos oficios y ocupaciones diferentes. ¿Qué órgano administrativo puede tener el talento ecuánime para determinar sabiamente a qué oficio o negocio debería dedicarse cada individuo de una gran nación?

—La administración no tiene nada que ver con esa decisión.

—¿Y quién lo decide entonces? —pregunté.

—Cada hombre lo decide por sí mismo, según sus aptitudes naturales, y los demás nos tomamos todas las molestias necesarias para que pueda averiguar cuál es su talento natural de verdad. El principio en el que se basa nuestro ejército industrial es que los atributos naturales de un hombre, mentales y físicos, determinan en qué puede trabajar para mayor beneficio del país y mayor satisfacción propia. Aunque no se pueda eludir la obligación de trabajar en algo, determinar el tipo concreto de servicio que cada hombre ha de prestar depende de la elección voluntaria, solo sujeta a la regulación imprescindible. Como la satisfacción del individuo durante su tiempo de servicio depende de que tenga un oficio de su gusto, los padres y profesores observan a los niños desde los primeros años para buscar indicios de aptitudes especiales. Una parte esencial de nuestro sistema educativo es un concienzudo estudio del sistema industrial estatal, junto con la historia y nociones elementales de todos los grandes oficios. Aunque no se permite que el entrenamiento manual invada la cultura intelectual general a la que se dedican nuestras universidades, se lleva lo suficientemente lejos para dar a nuestros jóvenes, además de conocimientos teóricos de las industrias estatales, mecánicas y agrícolas, una cierta familiaridad con sus herramientas y métodos. Nuestros escolares visitan constantemente los talleres y suelen hacer largas excursiones para estudiar empresas industriales concretas. En su época, un hombre no se avergonzaba de ignorar prácticamente todos los oficios excepto el suyo, pero esa ignorancia no es compatible con nuestra idea de colocar a cada persona donde le sea posible elegir de forma inteligente la ocupación que más le guste. Normalmente, un joven averigua el camino que quiere seguir mucho antes de empezar a trabajar, y para entonces ya ha adquirido muchos conocimientos al respecto y espera impacientemente el momento en que pueda sumarse al trabajo.

—Sin duda —dije—, será difícil que la cantidad de voluntarios para un oficio se ajuste exactamente a lo que se necesita. Normalmente, será menor o mayor que la demanda.

—Siempre esperamos que la cantidad de voluntarios sea exactamente igual a la

demanda —respondió el Dr. Leete—. Corresponde a la administración garantizar que esto sea así. Vigilamos de cerca la tasa de voluntarios para cada oficio. Si hubiera una cantidad excesiva de voluntarios en relación con la de hombres necesarios para ese oficio, se deduce que el oficio tiene más atractivo que otros. Por otro lado, si el número de voluntarios para un oficio tiende a ser más bajo que la demanda, se deduce que la gente lo ve más arduo. Es tarea de la administración tratar constantemente de equilibrar el atractivo de los oficios, al menos en lo que a las condiciones laborales se refiere, de forma que todos los oficios sean igualmente atractivos para las personas que tengan talentos naturales para ellos. Esto se hace repartiendo la jornada laboral en los distintos oficios según su dificultad. Los oficios más ligeros, llevados a cabo en las circunstancias más favorables, tienen por ello más horas, mientras que un oficio arduo, como la minería por ejemplo, tiene muy pocas horas. No hay teoría alguna, ni regla a priori, mediante la cual determinar el atractivo respectivo de las industrias. Al quitar cargas a un upo de trabajadores y adjudicárselas a otros, la administración se limita a seguir las fluctuaciones de opinión entre los mismos trabajadores, como indica la tasa del voluntariado. El principio es que ningún trabajo sea más duro para un hombre que para otro el suyo y que sean los propios trabajadores quienes decidan. No hay límites en la aplicación de esta norma. Si alguna ocupación particular fuera tan ardua u opresiva que, para persuadir a los voluntarios, hubiera que reducir la jornada laboral a diez minutos, se haría. Si, incluso entonces, nadie quisiera realizarlo, quedaría sin hacer. No obstante, el hecho es que una reducción moderada de la jornada laboral, o la suma de otros privilegios, bastan para asegurar todos los voluntarios requeridos para cualquier oficio necesario. Si, de todas formas, los peligros y dificultades inevitables del ejercicio de una profesión necesaria fueran tan grandes que ninguna compensación hiciera a los hombres superar su aversión, la administración tan solo tendría que apartarla de la lista común de oficios declarándola «demasiado peligrosa», y considerar a aquellos que se dedicaran a él especialmente merecedores de gratitud nacional, para que se llenara de voluntarios. Nuestros jóvenes están hambrientos de honores y no dejan escapar oportunidades como esta. Por supuesto, puede usted ver que recurrir a la elección puramente voluntaria de oficios implica la garantía absoluta de que no habrá condiciones antihigiénicas ni peligro físico alguno. La sanidad y la seguridad son condiciones comunes a todas las industrias. El Estado no mutila ni masacra a sus trabajadores a miles, como hacían los capitalistas y las empresas de su tiempo.

—Cuando hay más voluntarios de los que se precisan para un oficio concreto, ¿cómo se elige entre los aspirantes? —pregunté.

Se da preferencia a aquellos que han adquirido mayor conocimiento de la profesión a la que quieren dedicarse. En todo caso, no se niega una oportunidad a nadie que, a lo largo de los años, haya persistido en su deseo de demostrar de lo que es capaz en un oficio determinado. Además, si un hombre no puede entrar a la primera en el oficio que más le gusta, tiene normalmente una o más alternativas de

trabajo, para las que también tiene aptitudes, aunque sean menores. Se pretende que todo el mundo estudie sus aptitudes para tener, no solo una primera opción de trabajo, sino también una segunda y una tercera, de manera que, si al comienzo de su carrera o después, según sea el progreso de la ciencia o los cambios en la demanda, no puede seguir su primera vocación, siempre encontrará un empleo razonable a su gusto. Esta idea de las opciones secundarias en el trabajo es bastante importante en nuestro sistema. Debo añadir, en referencia a la posible contrariedad de una pérdida súbita de voluntarios en un oficio concreto, o de una necesidad súbita de una mayor fuerza de trabajo, que la administración, aunque depende del sistema de voluntariado para ocupar los puestos de trabajo como norma, se reserva siempre el poder de pedir voluntarios especiales o reclutar trabajadores necesarios de otra área. No obstante, todas las necesidades de este tipo normalmente están cubiertas por el grupo de trabajadores comunes o no cualificados.

—¿Cómo se recluta a este grupo de trabajadores comunes? —pregunté—. Seguramente nadie querrá serlo voluntariamente.

—Es el nivel al que pertenecen todos los nuevos trabajadores durante los tres primeros años de servicio. Solamente después de este periodo, durante el cual sus superiores pueden asignarle cualquier trabajo, se permite al joven elegir su vocación. Nadie está exento de estos tres años de rigurosa disciplina y, después, nuestros jóvenes pasan muy contentos de esta severa escuela a la relativa libertad de los oficios. Si un hombre fuera tan estúpido que no supiera elegir ocupación, seguiría siendo un simple trabajador común, pero estos casos, como supondrá usted, no son habituales.

—Una vez que se ha elegido y entrado en un oficio o empleo —observé—, supongo que hay que quedarse en él el resto de la vida.

—No necesariamente —contestó el Dr. Leete—; aunque no se alienten, ni siquiera se permitan, los cambios de ocupación frecuentes y por mero capricho, se permite que todos los trabajadores aspiren a otro campo en el que piensen que encajarán mejor que en su primera elección, siempre siguiendo unas reglas y de acuerdo a las exigencias del servicio. En tal caso, se trata su solicitud en las mismas condiciones que si fuera la primera que hace el aspirante. No solo esto, sino que un trabajador puede obtener el traslado a un establecimiento de la misma industria en otra parte del país que prefiera por el motivo que sea, siguiendo las normas apropiadas y siempre que no sea muy a menudo. Bajo el sistema de ustedes, una persona descontenta podía también dejar su trabajo a su voluntad, pero con él dejaba su medio de subsistencia y, por tanto, su vida futura corría riesgo. Entre nosotros, la cantidad de hombres que quiere cambiar su trabajo de siempre por uno nuevo es baja, igual que el de los que quieren cambiar a sus viejos amigos y relaciones por otros extraños. Son solo los más pobres los que quieren cambiar con la frecuencia con que nuestras leyes lo permiten. Por supuesto, cuando se piden traslados o bajas por motivos de salud, siempre se conceden.

—Como sistema industrial, debe de ser extremadamente eficiente —dije—, pero no parece que se tomen en cuenta las clases intelectuales, los hombres que sirven al Estado con su cerebro en vez de con las manos. Está claro que no se puede prosperar sin los que trabajan con el cerebro. Así que, ¿cómo se selecciona a estos entre los que van a ser granjeros y mecánicos? Debe requerir un proceso de criba muy delicado, creo yo.

—Así es —respondió el Dr. Leete—; para ello se necesita la prueba más delicada posible, por lo que dejamos que la cuestión de si un hombre debe trabajar con el cerebro o con las manos la resuelva él mismo. Al final del periodo de tres años como trabajador común, que todos tienen que cumplir, un hombre ha de decidir, según su inclinación natural, si quiere seguir un arte o profesión, o ser granjero o mecánico. Si cree que sabe trabajar mejor con el cerebro que con las manos, tendrá todas las facilidades para poner a prueba la realidad de su supuesta inclinación, para cultivarla y, si es adecuada, para seguir su vocación. Las escuelas de tecnología, medicina, arte, música, teatro y de otras disciplinas liberales más elevadas están siempre abiertas a los aspirantes sin limitación alguna.

—¿Y no están las universidades inundadas de jóvenes que solo pretenden no trabajar?

El Dr. Leete sonrió de manera forzada.

—Le aseguro que sería muy raro que alguien entrara en las facultades con el propósito de evitar el trabajo —dijo—. Se supone que son para aquellos con aptitudes especiales para las ramas que se enseñan y alguien sin esas aptitudes encontraría más fácil trabajar el doble de horas en un oficio que intentar seguir las clases. Por supuesto, muchos confunden su vocación sin malicia y, cuando se ven con un nivel distinto al exigido por las facultades, lo dejan y vuelven al trabajo industrial. Estas personas no sufren descrédito alguno, ya que la política pública es animar a todos a desarrollar talentos sospechados cuya realidad solo se puede probar con los exámenes. Las escuelas profesionales y científicas de su tiempo dependían de los pagos de los alumnos, y parece que era común la práctica de dar diplomas a incompetentes, que luego conseguían hacerse un hueco en su profesión. Nuestras facultades son instituciones estatales, y aprobar sus exámenes es una prueba incuestionable de que se poseen habilidades especiales.

»Esta oportunidad de formación profesional —continuó el doctor— sigue abierta a todos hasta la edad de treinta años, a partir de la cual ya no se admiten estudiantes, pues apenas quedaría tiempo para servir al Estado en sus profesiones. En su época, los jóvenes tenían que elegir sus profesiones muy pronto y, por tanto, en gran cantidad de casos, equivocaban totalmente su vocación. Hoy vemos que las aptitudes naturales de unos se desarrollan más tarde que las de otros, y por tanto, aunque la elección de profesión debe hacerse a los veinticuatro años, permanece abierta seis años más.

Conseguí hacer una pregunta que había tenido en la punta de la lengua una

docena de veces antes, una pregunta que trataba de lo que en mi tiempo se había visto como la dificultad más importante para la resolución definitiva del conflicto industrial.

—Es extraordinario —dije— que aún no haya dicho ni una palabra sobre el método de fijación de salarios. Si el Estado es el único patrón, el gobierno tendrá que fijar los salarios y determinar cuánto debe ganar cada uno, desde los médicos hasta los peones. Todo lo que puedo decir es que este plan nunca habría funcionado entre nosotros y no veo cómo puede hacerlo ahora, a no ser que haya cambiado la naturaleza humana. En mi época, nadie estaba satisfecho con su paga o salario. Incluso aunque uno pensara que recibía suficiente, estaba seguro de que su vecino tenía demasiado, lo cual también estaba mal. Si el descontento universal en este tema, en vez de disiparse en maldiciones y huelgas dirigidas contra innumerables patrones, se hubiera concentrado en un único enemigo, en el gobierno, por fuerte que fuera este, no habría aguantado ni dos días.

El Dr. Leete rio efusivamente.

—Muy cierto, muy cierto —dijo—; probablemente, se habría declarado una huelga general el primer día de paga, y una huelga dirigida contra el gobierno es una revolución.

—Entonces, ¿cómo evitan una revolución todos los días de paga? —pregunté—. ¿Acaso algún filósofo prodigioso ha elaborado un nuevo sistema de cálculo satisfactorio para todos que determina el valor exacto y comparativo de toda clase de trabajo, tanto de fuerza física como intelectual, con las manos o con la voz, mediante el oído o la vista? ¿O es que ha cambiado la naturaleza humana, de forma que nadie se preocupa solo por lo suyo sino por lo de todos? La explicación tiene que ser uno de estos dos hechos.

—Sin embargo, no es ni lo uno ni lo otro —fue la alegre contestación de mi anfitrión—. Y ahora, Sr. West —continuó—, debe recordar que es usted mi paciente al igual que mi invitado y permitirme que le ordene dormir antes de seguir con la conversación. Son más de las tres de la mañana.

—Su prescripción es sabia, sin duda —dije—; solo espero poder seguirla.

—Yo me ocuparé de eso —respondió el doctor; y así lo hizo, ya que me dio un vasito de no sé qué que me hizo dormir desde que posé la cabeza sobre la almohada.

Capítulo 8

Cuando abrí los ojos, me sentía como nuevo y permanecí acostado un buen rato dormitando, disfrutando de la sensación de bienestar físico. Las vivencias del día anterior, mi despertar para encontrarme en el año 2000, la visión del nuevo Boston, mi anfitrión y su familia, y las cosas maravillosas que había oído, no estaban en mi memoria. Pensé que me encontraba en el dormitorio subterráneo de mi casa, y los sueños de duermevela que me pasaban por la mente estaban relacionados con los incidentes y experiencias de mi vida anterior. En sueños, repasé los incidentes del Día de los Caídos, mi viaje con Edith y sus padres al monte Auburn y la cena con ellos de vuelta en la ciudad. Recordé lo extremadamente hermosa que estaba Edith; después me encontré pensando en nuestro matrimonio, pero apenas había empezado mi imaginación a desarrollar este delicioso tema, mi sueño se interrumpió al recordar la carta del constructor que había recibido la noche anterior anunciando que las últimas huelgas podrían posponer indefinidamente la finalización de la nueva casa. El disgusto que este recuerdo trajo consigo me despertó por fin. Recordé que tenía una cita con el constructor a las once en punto para hablar sobre la huelga y, abriendo los ojos, miré el reloj a los pies de la cama para ver qué hora era. Pero mi mirada no encontró ningún reloj, y lo que es más, me di cuenta al instante de que no estaba en mi dormitorio. Levantándome del catre, miré como un loco por la extraña estancia.

Creo que pasé muchos segundos sentado en la cama, mirando alrededor, sin tener la menor idea de cuál era mi identidad. Era tan incapaz de distinguirme del puro ser material durante esos momentos como lo es un alma en bruto antes de recibir los rasgos característicos individualizadores que la hacen persona. ¡Es extraño que la sensación de esta incapacidad produzca tamaña angustia! Pero así es como estamos constituidos. No hay palabras para el suplicio mental que soporté durante esta búsqueda a tientas de mí mismo, impotente y ciego en un vacío infinito. Probablemente, ninguna otra experiencia mental se asemeja a la sensación de absoluta paralización intelectual derivada de la pérdida de un fulcro mental, un punto de inicio del pensamiento, que sobreviene cuando la noción de la propia identidad se oscurece. Espero no tener que sufrirlo de nuevo.

No sé cuánto llevaba en este estado —parecía interminable—, cuando, como un rayo, volvió a mi mente el recuerdo de todo. Recordé quién era y dónde estaba y cómo había llegado aquí, y que estas escenas de lo que hice ayer que se me habían pasado por la mente eran de una generación convertida en polvo hacía muchísimo tiempo. Salté de la cama y me quedé en mitad de la habitación apretándome las sienes con las manos con todas mis fuerzas para que no reventaran. Después, me tiré boca abajo en el catre y, sepultando la cabeza en la almohada, me quedé tumbado, inmóvil. Estaba a merced de la inevitable reacción de euforia mental, de la fiebre del

intelecto que había sido el primer efecto de mi tremenda experiencia. La crisis emocional que había esperado a que me diera cuenta del todo de mi posición real y todo lo que implicaba se apoderó de mí, y con dientes apretados y respiración agitada, agarrándome con frenética fuerza al somier, me tumbé y luché por mi cordura. Todo se había roto en pedazos en mi cabeza, sentimientos habituales, asociaciones de ideas, imágenes de personas y cosas, todo se había disuelto y había perdido coherencia y estaba bullendo en un caos en apariencia irremediable. No había puntos de referencia, no quedaba nada fiable. Solo permanecía la voluntad, ¿y acaso había voluntad humana suficientemente fuerte como para decir a semejante mar embravecido «tranquilo, está quieto»? No me atrevía a pensar. Todo esfuerzo para razonar sobre lo que me había acaecido y darme cuenta de lo que implicaba desataba una tormenta en mi cerebro. La idea de que yo era dos personas, que mi identidad era doble, empezó a fascinarme como explicación fácil a mi experiencia.

Sabía que estaba a punto de perder la cordura. Si me quedaba nimbado pensando, estaba condenado. Necesitaba entretenerme de alguna manera, al menos mediante el ejercicio físico. Me levanté de un salto y, vistiéndome a toda prisa, abrí la puerta de mi habitación y bajé las escaleras. Era una hora temprana, aún no había total claridad, por lo que no encontré a nadie en el piso interior de la casa. Había un sombrero en el recibidor y, al abrir la puerta principal, que estaba cerrada sin cerrojo, indicio de que los robos no formaban parte de los peligros del Boston moderno, me encontré fuera. Durante dos horas anduve o corrí por las calles, visitando la mayoría de los barrios de la parte peninsular de la ciudad. Solo un anticuario que sepa algo del contraste que supone el Boston de hoy en día al lado del Boston del siglo XIX puede apreciar la serie de desconcertantes sorpresas que experimenté en ese tiempo. Vista desde la azotea el día anterior, la ciudad desde luego me pareció extraña, pero eso era solo en su aspecto general. Ahora, caminando por las calles, me daba cuenta de cuán completo había sido el cambio. Los pocos lugares conocidos que seguían en pie solo intensificaban este efecto, puesto que sin ellos podría haber imaginado estar en una ciudad extranjera. Un hombre puede abandonar su ciudad natal en la infancia y volver a ella cincuenta años después, quizá, para encontrarla transformada en muchos aspectos. Por tanto, estará asombrado, pero no desconcertado. Está al tanto del paso de tiempo y de los cambios que él mismo ha experimentado. Apenas recuerda de forma borrosa la ciudad como la conoció de niño. Pero obsérvese que no tenía ninguna noción de que el tiempo hubiera pasado. Hasta donde llegaba mi consciencia, era ayer, apenas hacía unas horas, la última vez que anduve por estas calles en las que casi nada había escapado a una total metamorfosis. La imagen mental de la vieja ciudad estaba tan viva y fuerte que no cedía el lugar a la imagen de la ciudad real, sino que se enfrentaba a ella, de manera que primero me parecía una más irreal y luego la otra. Todo cuanto veía estaba borroso, como los rostros en una fotografía de grupo.

Por fin, llegué ante la puerta de la casa de la que había salido. Los pies debían de

haberme traído instintivamente de vuelta al sitio de mi antigua casa, ya que no tenía un proyecto claro de volver. No me era más familiar que cualquier otro sitio en esta ciudad tan extrañamente generada, ni sus habitantes eran menos completa y necesariamente desconocidos que todos los demás hombres y mujeres que habitaban la tierra. Si la puerta hubiera estado cerrada, su resistencia me habría recordado que no tenía sentido entrar y me habría marchado, pero cedió a mi mano y, avanzando con paso inseguro por el recibidor, entré en una de las habitaciones que daban a él. Tirándome sobre una silla, me tapé los ardientes globos oculares con las manos para no dejar pasar el horror de lo extraño. Mi confusión mental era tan intensa que me producía náuseas reales. ¿Cómo puedo describir la angustia de esos momentos, durante los cuales mi cerebro parecía derretirse, o lo lamentable de mi sensación de impotencia? En mi desesperación, gemí en alto. Empecé a sentir que, a no ser que llegara alguna ayuda, iba a perder la razón. Y justo entonces, llegó la ayuda. Oí el sonido de un vestido femenino y levanté la vista. Edith Leete estaba de pie ante mí. Su bella cara estaba llena de la más conmovedora compasión.

—¿Qué ocurre, Sr. West? —dijo—. Estaba aquí cuando llegó. Vi cuán espantosamente afligido parecía, y cuando le oí gemir, no pude quedarme en silencio. ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde ha estado? ¿No puedo hacer nada por usted?

Sostenía las manos en un gesto de compasión, quizá involuntaria, mientras hablaba. En cualquier caso, se las había cogido entre las mías y me aferraba a ellas con un impulso tan instintivo como el que hace que el hombre a punto de ahogarse agarre y se aferre a la cuerda que le lanzan mientras se hunde por última vez. Al contemplar su rostro compasivo y sus ojos húmedos por la piedad, mi cerebro dejó de dar vueltas. La lástima tierna y humana cuya emoción notaba en la suave presión de sus dedos me dio el apoyo que necesitaba. Su efecto calmante y tranquilizador era como el de un elixir que obrase maravillas.

—Que Dios la bendiga —dije, tras unos momentos—. Debe de ser Él quien me la ha enviado ahora. Creo que estaba en peligro de volverme loco si no hubiera venido usted. —En este punto, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, Sr. West! —exclamó—. ¡Qué crueles debe de haber pensado que somos! ¡Cómo pudimos dejarle solo tanto tiempo! Pero ya pasó, ¿no? Seguro que ya está mejor.

—Sí —dije—, gracias a usted. Si no se va usted de inmediato, volveré a mi ser pronto.

—Claro que no me voy —dijo, con un pequeño temblor en el rostro, más expresivo de su compasión que un montón de palabras—. No nos crea tan crueles como parecimos al dejarle solo. Apenas dormí anoche pensando en lo extraño que sería su despertar esta mañana, pero mi padre dijo que dormiría hasta tarde. Dijo que sería mejor que no mostráramos demasiada preocupación hacia usted al principio, sino que intentáramos entretener su pensamiento y hacerle sentir entre amigos.

—Y me han hecho sentir así, sin duda —respondí—. Pero, como comprenderá, es

un susto enorme dar un salto en el tiempo de cien años y, aunque ayer por la noche parecía no chocarme tanto, esta mañana he tenido unas sensaciones muy raras.

Al sostener sus manos entre las mías y contemplar su rostro, sentía que podía permitirme bromear un poco sobre mi penosa situación.

—Nadie pensó que pudiera salir solo por la ciudad a horas tan tempranas —siguió—. Oh, Sr. West, ¿dónde ha estado?

Entonces le hablé de mis vivencias de la mañana, desde mi despertar hasta el momento en que, levantando la mirada, la había visto ante mí, como lo he contado aquí. El relato la hizo sentirse abrumada por una lástima profunda y, aunque había retirado una mano, no intentó quitarme la otra viendo, sin duda, el bien que me hacía sostenerla.

—Puedo imaginar algo de lo que habrá pasado —dijo—. Debe de haber sido terrible. ¡Y pensar que le hemos abandonado a sus solas fuerzas! ¿Podrá usted perdonarnos?

—Pero ya ha pasado. Usted me lo ha hecho olvidar en un momento —dije.

—No permitirá que vuelva a pasar, ¿verdad? —preguntó con ansiedad.

—No sé decirle —contesté—. Puede ser pronto para afirmarlo, considerando lo extraño que aún es todo para mí.

—Pero, al menos, no intentará volver a enfrentarse a algo así solo —insistió—. Prometa que acudirá a nosotros y nos dejará preocuparnos por usted e intentar ayudarle. Quizá no podamos hacer mucho, pero seguro que es mejor que soportar ese tipo de experiencias solo.

—Acudiré a usted, si me lo permite —dije.

—¡Oh, sí, claro, se lo ruego! —dijo vivamente—. Haré todo lo que pueda para ayudarle.

—Todo lo que tiene que hacer es apenarse por mí, como parece hacer ahora —respondí.

—Entonces el trato es —dijo, sonriendo con los ojos húmedos— que usted acudirá a mí a contármelo la próxima vez y no irá a dar a dar vueltas por Boston entre extraños.

Esta suposición de que no éramos extraños no parecía insólita, ya que, durante aquellos escasos minutos, mis problemas y sus lágrimas compasivas nos habían acercado mucho.

—Prometo que cuando acuda a mí —añadió, con una expresión encantadoramente pícara, convertida de inmediato en una de entusiasmo—, pareceré todo lo apenada por usted que quiera, pero no debe pensar ni por un momento que estoy realmente apenada, o que pienso que usted se estará compadeciendo de sí mismo. Sé, igual que sé que el mundo ahora es el paraíso comparado con el de su época, que el único sentimiento que tendrá en poco tiempo será de gratitud hacia Dios porque le arrancó de su vida de entonces para traerle a esta época.

Capítulo 9

Al aparecer poco después, el Dr. y la Sra. Leete se sorprendieron mucho al enterarse de que había estado solo por toda la ciudad esa mañana y se les veía agradablemente asombrados de que pareciera tan poco nervioso tras la experiencia.

—Su paseo tiene que haberle resultado muy interesante —dijo la Sra. Leete, según nos sentábamos a la mesa poco después—. Debe de haber visto muchísimas cosas nuevas.

—Poco vi que no fuera nuevo —contesté—, pero creo que lo que más me sorprendió fue no encontrar ninguna tienda en Washington Street, ni bancos en State Street^[9]. ¿Qué han hecho con los comerciantes y banqueros? ¿Quizá colgarlos, como querían hacer los anarquistas en mis días?

—No llegamos tan lejos —respondió el Dr. Leete—. Simplemente hemos prescindido de ellos. Sus servicios están obsoletos en el mundo moderno.

—¿Quién les vende las cosas cuando quieren comprarlas? —pregunté.

—No existe la compra ni la venta hoy en día, la distribución de los productos se hace de otra manera. Respecto a los banqueros, no tenemos dinero, así que tampoco hay lugar para tales caballeros.

—Srta. Leete —dije, volviéndome hacia Edith—, me temo que su padre se está riendo de mí. No le culpo, ya que la tentación que supone mi inocencia debe de ser extraordinaria. No obstante, francamente, mi credulidad hacia posibles alteraciones de la sociedad tiene sus límites.

—Estoy segura de que mi padre no pretende bromear —contestó ella, con una sonrisa tranquilizadora.

La conversación cambió de rumbo entonces, cuando salió el tema de la moda femenina del siglo XIX, que trajo a colación si no recuerdo mal la Sra. Leete, y el doctor ya no volvió sobre el tema hasta después del desayuno, cuando me invitó a la azotea que, al parecer, era uno de sus lugares favoritos.

—Se sorprendió usted —dijo— cuando relaté que no necesitamos el dinero ni el comercio, pero reflexionando un poco, verá que, en su tiempo, el comercio existía y se necesitaba el dinero simplemente porque la producción estaba en manos privadas y que, en consecuencia, ahora son superfluos.

—No consigo verlo —respondí.

—Es muy sencillo —dijo el Dr. Leete—. Cuando grandes cantidades de personas diferentes e independientes producían las distintas cosas necesarias para la vida y el bienestar, el sinfín de intercambios entre individuos era un requisito para que se abastecieran de lo que querían. Estos intercambios constituían el comercio y el dinero era esencial como medio. Pero tan pronto como el Estado se convirtió en el único

productor de todo tipo de bienes, los individuos no necesitaron recurrir a los intercambios entre ellos para cubrir sus necesidades. Una sola fuente atendía todas las peticiones y no se podía conseguir nada en ningún otro sitio. Un sistema de distribución directa de los almacenes estatales ocupó el lugar del comercio y por eso el dinero se volvió innecesario.

—¿Cómo se organiza la distribución? —pregunté.

—De la forma más simple posible —contestó el Dr. Leete—. Al comienzo del año, se otorga a cada ciudadano un crédito de las cuentas públicas, correspondiente a su participación en el producto anual del país y se le da una tarjeta de crédito a su nombre con la que se abastece de lo que desea y cuando lo desea en los almacenes públicos, que se encuentran en todas las comunidades. Este recurso, como ve, obvia totalmente la necesidad de transacciones comerciales de cualquier tipo entre personas y consumidores. Quizá le gustaría ver cómo son nuestras tarjetas de crédito.

»Observe —siguió mientras yo examinaba con curiosidad el nozo de cartón que me dio— que esta tarjeta está expedida por valor de cierto número de dólares. Hemos mantenido el nombre antiguo pero no la esencia. El término, según lo utilizamos, no responde a nada real sino que simplemente sirve como símbolo algebraico para comparar el valor de los productos entre sí. Con este propósito todos están valorados en dólares y centavos, igual que en su tiempo. El empleado marca el valor de lo que yo obtengo con esta tarjeta, perforando en esta hilera de cuadradritos el precio de lo que pido.

—Si quisiera comprar algo a su vecino, ¿podría transferirle parte de su crédito como pago? —pregunté.

—En primer lugar —respondió el Dr. Leete—, nuestros vecinos no tienen nada que vendernos, pero, en todo caso, nuestro crédito no es transferible, sino estrictamente personal. Antes de que el Estado se plantease siquiera permitir una transferencia como la que menciona, estaría obligado a investigar todas las circunstancias de la transacción para poder garantizar su absoluta equidad. El hecho de que la mera posesión de dinero no signifique que se haya adquirido justamente, sería causa suficiente para abolirlo, de no haber otras. El dinero era igualmente válido en manos del hombre que había robado o asesinado para conseguirlo que en las de quienes se lo habían ganado trabajando. Hoy en día, la gente intercambia regalos y favores por amistad, pero comprar y vender se considera absolutamente incoherente con la benevolencia y el desinterés mutuos que prevalecen entre ciudadanos y el sentido de interés de la comunidad que sostiene nuestra sociedad. De acuerdo con nuestras ideas, comprar y vender es esencialmente antisocial en todas sus vertientes. Implica educación en el interés propio a expensas de otros, y ninguna sociedad cuyos ciudadanos estén formados en semejante escuela puede ascender de un nivel muy primitivo de civilización.

—¿Y si tiene usted que gastar más del valor de su tarjeta en un año? —pregunté.

—El suministro es tan abundante que lo más probable es que no lo gastemos todo

—contestó el Dr. Leete—. Pero si hubiera gastos extraordinarios que lo agotaran, podemos obtener un pequeño adelanto del crédito del año siguiente, aunque no se alienta esta práctica y se grava con un fuerte descuento. Por supuesto, si alguien se revela como un derrochador insensato, recibirá su paga mensualmente o semanalmente en vez de anualmente, o si fuera necesario, no se le permitiría ocuparse de ella en absoluto.

—Si no gasta su paga, ¿debo suponer que se acumula?

—Eso está permitido hasta cierto punto cuando se anticipa un desembolso especial, pero, a no ser que se avise de lo contrario, se presume que el ciudadano que no gasta por completo su crédito es porque no tuvo ocasión de hacerlo, y la balanza se inclina a favor del excedente nacional.

—Un sistema así no alienta el hábito de ahorrar en los ciudadanos —dije.

—No es su intención hacerlo —fue su respuesta—. El Estado es rico y no pretende que la gente se prive de nada. En sus tiempos, los hombres se veían obligados a almacenar dinero y bienes en previsión de posibles carencias de los medios de subsistencia y para sus hijos. Esta necesidad hizo de la mezquindad una virtud, pero ahora no tiene ese sentido loable y, habiendo perdido utilidad, se ha dejado de ver como virtud. A ningún hombre le preocupa el porvenir, ni el suyo ni el de sus hijos, porque el Estado garantiza la alimentación, la educación y una vida confortable de todos los ciudadanos desde la cuna hasta la tumba.

—¡Eso es una garantía poderosa! —dije—. ¿Qué certeza puede haber de que el valor del trabajo de un hombre compensará al Estado por su inversión en él? En su conjunto, la sociedad puede ser capaz de mantener a todos sus miembros, pero algunos no ganarán lo bastante para vivir y otros ganarán de más, y eso nos remite de nuevo a la cuestión de los salarios, sobre la que hasta ahora no ha dicho usted nada. No sé si se acuerda, pero fue justo en este punto en el que dejamos nuestra conversación anoche, y diré de nuevo, como hice entonces, que ahí es donde creo que un sistema industrial nacional como el suyo tiene el mayor problema. Le pregunto otra vez, ¿cómo puede ajustar satisfactoriamente los salarios o remuneraciones comparativas de la multitud de vocaciones, tan diferentes e incomparables, que son necesarias para el servicio de la sociedad? En nuestro tiempo, los mecanismos del mercado determinaban el precio de todos los trabajos, así como de las mercancías. El patrón pagaba lo menos posible y eso recibía el trabajador. Admito que, éticamente, no era mi sistema agradable, pero, al menos, nos dio una fórmula válida para resolver una cuestión que hay que zanjar diez mil veces al día si queremos que el mundo avance. No nos parecía que hubiese otra forma posible de hacerlo.

—Sí —contestó el Dr. Leete—, era la única forma posible bajo un sistema que convertía los intereses de cada individuo en antagónicos de los de cualquier otro, pero habría sido una pena si la humanidad no hubiera podido imaginar jamás un plan mejor, ya que el suyo era sencillamente la aplicación de una máxima diabólica a las relaciones mutuas entre los hombres: «Tu necesidad es mi ocasión». La remuneración

de cualquier servicio no dependía de su dificultad, peligro o fatiga porque en todo el mundo parecía que el trabajo más arriesgado, duro y repulsivo lo realizaban las clases peor pagadas, sino solo de los apuros de aquellos que necesitaban trabajo.

—Estamos de acuerdo en todo eso —dije—. Pero, con todos sus defectos, el plan de que el mercado dicte los precios es práctico, y no consigo concebir qué alternativa satisfactoria puedan haber ideado. Puesto que el gobierno es el único patrón posible, por supuesto no hay mercado laboral ni precios de mercado. El gobierno tiene que fijar arbitrariamente todos los salarios. No puedo imaginar una función más compleja y delicada que esa, una que con más seguridad genere insatisfacción universal, cualquiera que sea la forma de llevarla a cabo.

—Le ruego me disculpe —respondió el Dr. Leete—, pero creo que exagera la dificultad. Imagínese un consejo formado por hombres francamente sensatos a los que se encarga el ajuste de los salarios de todos los oficios con un sistema que, como el nuestro, garantiza el pleno empleo, a la vez que permite la elección de vocaciones. ¿No ve que los errores se corregirían pronto por sí solos por más que en el primer ajuste resultaran insatisfactorios? Los oficios favorecidos contarían enseguida con demasiados voluntarios, y los desfavorecidos estarían en falta de ellos hasta que la diferencia se reajustase. Pero esto está fuera del tema, ya que, aunque supongo que este plan sería suficientemente válido, no es parte de nuestro sistema.

—Entonces, ¿cómo regulan los salarios? —preguté de nuevo.

El Dr. Leete contestó después de meditar en silencio tras algunos instantes.

—Desde luego —dijo por fin—, sé lo bastante del antiguo orden de cosas como para comprender exactamente lo que quiere decir con esa pregunta, y aun así, el orden presente es tan radicalmente diferente en este punto que me encuentro un poco perdido pensando cómo contestarle. Me pregunta cómo regulamos los salarios y solo puedo responderle que no hay idea alguna en la economía social moderna que se corresponda lo más mínimo con lo que significaban los salarios en sus tiempos.

—Supongo que se refiere a que no tienen dinero con el que pagar los salarios —dije—. Pero el crédito que los almacenes del gobierno dan al trabajador equivale a nuestro salario. ¿Cómo se determina la cantidad de crédito que se da a los trabajadores de los diferentes gremios? ¿Con qué derecho reclama el individuo su parte? ¿Cuál es la base de asignación?

—Tiene derecho —contestó el Dr. Leete—. Se deriva de que es un ser humano. La base para reclamarlo es el hecho de ser hombre.

—¡El hecho de ser hombre! —repetí, incrédulo—. ¿Acaso quiere decir que todos reciben la misma cantidad?

—Desde luego.

Eos lectores de este libro que no hayan conocido ningún otro sistema en la práctica o que no hayan prestado mucha atención a los relatos históricos de épocas pasadas en las que funcionaba un sistema muy distinto, no podrán entender el estupor y asombro que la simple afirmación del Dr. Leete me provocó.

—Observe —dijo, sonriendo— que no se trata simplemente de que no tengamos dinero con que pagar los salarios, sino que, como le dije, no tenemos nada en absoluto que responda a su idea de salario.

Para entonces ya había vuelto en mí lo suficiente como para dar voz a algunas de las críticas que, como hombre del siglo XIX que era, llenaron mi cabeza, sobre esta, para mí, pasmosa solución.

—¡Algunos hombres trabajan el doble que otros! —exclamé—. ¿Están contentos los buenos trabajadores con un plan que los equipara a los indolentes?

—No hay base para queja alguna por razón de injusticia —respondió el Dr. Leete— si exigimos justo la misma cantidad de trabajo de todos.

—¿Cómo pueden hacer eso, quisiera saber, si las capacidades de dos hombres nunca son iguales?

—Nada podría ser más simple —fue la contestación del Dr. Leete—. Exigimos el mismo esfuerzo de todos, es decir, les exigimos que realicen el mejor servicio que sus capacidades les permitan.

—Y suponiendo que todos trabajaran lo mejor que pudieran —respondí—, la cantidad de producto resultante de un hombre sería el doble que la de otro.

—Muy cierto —contestó el Dr. Leete—, pero la cantidad de producto resultante no tiene nada que ver con esta cuestión, que es la de los merecimientos. El merecimiento es una cuestión moral, y la cantidad de producto, una cantidad material. Solo una lógica disparatada determinaría una cuestión moral según magnitudes materiales. El merecimiento se mide exclusivamente por la cantidad de esfuerzo. Todos los hombres que trabajan lo mejor que pueden, trabajan lo mismo. Los atributos de un hombre, por divinos que sean, simplemente fijan la medida de su deber. Al hombre de grandes atributos que no hace todo lo que puede, aunque podría hacer más que un hombre de pobres atributos que trabaja lo mejor que puede, se le considera un trabajador menos merecedor que este último, y muere como un deudor para con sus prójimos. El Creador propone tareas a los hombres según las facultades que les ha otorgado; nosotros sencillamente exigimos que se cumplan.

—No cabe duda de que esa es una filosofía magnífica —dije—. De todas formas, me parece duro que el hombre que produce el doble que otro, incluso aunque ambos lo hagan lo mejor que puedan, reciban lo mismo.

—¿De veras le parece duro? —respondió el Dr. Leete—. ¿Sabe que eso me parece curioso? Lo que cree la gente hoy en día es que un hombre que puede producir el doble que otro con el mismo esfuerzo, en vez de ser recompensado por ello, debe ser castigado si no lo hace. En el siglo XIX, cuando un caballo arrastraba una carga más pesada que una cabra, supongo que le recompensaban. Ahora, nosotros le tendríamos que haber azotado si no lo hubiera hecho porque, siendo mucho más fuerte, debería hacerlo. Es extraño cómo cambian los criterios éticos. —El doctor dijo esto con tal expresión en la mirada que hube de reírme.

—Supongo —dije— que la razón verdadera por la que recompensábamos a los

hombres por sus atributos, mientras que considerábamos los de los caballos y las cabras meramente como proporcionales al servicio que a menudo les exigíamos, era que los animales, al no ser seres inteligentes, naturalmente lo hacían lo mejor que podían, mientras que a los hombres solo podíamos inducirles a hacerlo recompensándoles según la cantidad de lo que producían. Eso me lleva a preguntar por qué no tienen ustedes la misma necesidad, a no ser que la naturaleza humana haya cambiado radicalmente en cien años.

—Tenemos la necesidad —contestó el Dr. Leete—. No creo que la naturaleza humana haya cambiado a ese respecto desde su época. Todavía hoy, si se quiere obtener el mejor esfuerzo del hombre medio en cualquier aspecto, hay que recurrir a incentivos especiales en forma de premios y ventajas.

—¿Pero qué aliciente —pregunté— puede tener un hombre para esforzarse al máximo si, por mucho que haga, su sueldo seguirá siendo el mismo? Personas de altura moral podrían obrar por devoción al bienestar común con este sistema, pero ¿no tiende el hombre medio a tirarse sobre el remo a descansar, pensando que no tiene sentido realizar un esfuerzo especial, ya que ese esfuerzo no aumentará su sueldo ni su descanso lo disminuirá?

—Entonces, ¿de verdad le parece —respondió mi acompañante— que la naturaleza humana es insensible a cualquier motivación que no sea el miedo a la necesidad o el amor por el lujo?, ¿que deberíamos suponer que la seguridad y la igualdad en el sustento les dejaría sin incentivos posibles para que se esforzasen? En realidad, sus contemporáneos no lo creían así, aunque quizá pensaban que sí. Cuando era una cuestión de los mayores esfuerzos de la más absoluta entrega, se orientaban hacia otros incentivos. No eran pagas más altas, sino honor y la esperanza de la gratitud humana, el patriotismo y la inspiración del deber, las motivaciones que ponían ante los soldados cuando era cuestión de morir por el país y no ha habido jamás época alguna en la historia en que estas motivaciones no despertaran lo mejor y más noble de los hombres. Y no solo esto, sino que cuando uno analiza el amor al dinero, que era el impulso general para el esfuerzo en su época, se da cuenta de que el miedo a la miseria y el deseo de lujo no eran más que una de las múltiples motivaciones que el ansia del dinero representaba. Las otras, y con mucho las más influyentes, eran el deseo de poder, de posición social y la reputación debida al talento y al éxito. Así que ya ve que aunque hayamos abolido la pobreza, junto al miedo que inspira, y el lujo extraordinario junto con la esperanza de obtenerlo, no hemos tocado la mayor parte de las motivaciones que subyacían al amor al dinero en tiempos pasados, o ninguna de las que suscitaban los mayores esfuerzos. Los motivos más ordinarios, que ya no nos afectan, se han sustituido por otras de más altura, totalmente desconocidos para los simples asalariados de su tiempo. Ahora que ningún tipo de industria está ya al servicio propio, sino al del Estado, el patriotismo, la pasión por la humanidad, impulsan al trabajador como en su día impulsaban al soldado. El ejército industrial no deja de ser un ejército, no solo en virtud de su

perfecta organización, sino también debido al fervor de la autoentrega que anima a sus miembros.

»Pero igual que ustedes complementaban la motivación del patriotismo con la búsqueda de gloria, para estimular el valor de los soldados, nosotros también. De la misma manera que nuestro sistema industrial está basado en el principio de exigir la misma cantidad de esfuerzo a todos los hombres, es decir, que lo hagan lo mejor que puedan, verá que los medios a través de los cuales estimulamos a los trabajadores a hacerlo lo mejor que puedan han de ser una parte esencial de nuestro esquema. Entre nosotros, la diligencia en el servicio a la patria es el único camino seguro hacia la buena reputación, la distinción social y el poder oficial. El valor de los servicios de un hombre a la sociedad establece su estatus en ella. Comparado con el efecto de nuestras pautas sociales de impulsar a los hombres a ser empresarios esforzados, consideramos los ejemplos prácticos de la oposición entre la lacerante pobreza y el lujo desmedido de los que dependían ustedes como un mecanismo tan débil e incierto como brutal. El deseo de honores, incluso en sus sórdidos tiempos, impulsaba notoriamente a los hombres a esfuerzos más desesperados que el amor por el dinero.

—Estoy extremadamente interesado —dije— en saber algo sobre esas pautas sociales.

—El esquema en detalle —contestó el doctor— es, desde luego, muy complejo, ya que subyace a la organización entera de nuestro ejército industrial, pero unas pocas palabras al respecto le permitirán hacerse una idea general.

En este momento, nuestra charla quedó interrumpida de manera encantadora por la aparición de Edith Leete sobre la plataforma aérea donde estábamos sentados. Estaba vestida de calle y había venido a hablar con su padre sobre algún recado que tenía que hacer para él.

—Por cierto, Edith —exclamó el doctor, cuando estaba a punto de marcharse y dejarnos solos—, me pregunto si el Sr. West no estará interesado en visitar la tienda contigo. He estado hablándole sobre nuestro sistema de distribución y quizá le gustaría verlo en la práctica.

—Mi hija —añadió, volviéndose hacia mí— es una compradora infatigable, y puede decirle más sobre tiendas que yo.

Naturalmente, no podía estar más conforme con la sugerencia, así que cuando Edith tuvo el detalle de decir que le encantaría que la acompañara, salimos juntos de la casa.

Capítulo 10

—Si tengo que explicarle nuestra forma de comprar —dijo mi acompañante, mientras caminábamos por la calle—, usted tiene que explicarme la suya. No he sido capaz de entenderla nunca en nada de lo que he leído sobre el tema. Por ejemplo, teniendo un número tan enorme de tiendas, cada una con su surtido distinto, ¿cómo podía una dama decidirse jamás a comprar algo tras haber visitado todas las tiendas? Porque, hasta que no lo hubiera hecho, no podía saber qué había para elegir.

—Era como usted supone, esa era la única manera de saberlo —contesté.

—Mi padre me llama compradora infatigable pero me fatigaría muy pronto si tuviera que hacer como entonces —fue el comentario risueño de Edith.

—La pérdida de tiempo en ir de una tienda a otra era verdaderamente un desperdicio del que la gente ocupada se quejaba amargamente —dije—, pero respecto a las damas de la clase ociosa, aunque también se quejaban, creo que a ellas el sistema les venía como caído del cielo, ya que les proporcionaba un mecanismo para matar tiempo.

—Pero digamos que había mil tiendas en una ciudad, cientos, quizá, del mismo tipo, ¿cómo podían incluso la más ociosas encontrar tiempo para dar tantas vueltas?

—En realidad no podían ir a todas, por supuesto —respondí—. Aquellas que hacían muchas compras, recordaban dónde cabía encontrar lo que querían. Estas personas habían hecho una ciencia de las especialidades de las tiendas y compraban con ventaja; siempre conseguían más y mejor por menos dinero. De todas formas, adquirir esta sabiduría requería gran experiencia. Aquellos que estaban demasiado ocupados o compraban muy poco para llegar a tenerla, se arriesgaban y normalmente no tenían suerte, así que se llevaban menos y peor por más dinero. Solo confiando en la suerte podían esperar las personas no experimentadas recibir el equivalente real al precio que pagaban.

—Pero ¿por qué aguantaban una situación tan escandalosamente inconveniente si advertían sus fallos de manera tan clara? —me preguntó Edith.

—Era como todas nuestras convenciones sociales —contesté—. Usted ve sus fallos tan claramente como nosotros entonces, pero no creíamos que tuviesen remedio.

—Aquí estamos, esta es la tienda de nuestra zona —dijo Edith, cuando llegamos ante el gran portal de uno de los magníficos edificios públicos que había observado en mi paseo matutino. Nada en el aspecto externo del lugar indicaba al visitante del siglo XIX que era una tienda. No había mercancías expuestas en escaparate alguno ni ningún objeto que anunciara productos o atrajera clientes. Tampoco había ningún tipo de señal ni leyenda en la fachada del edificio que indicara la clase de negocio que se

llevaba a cabo dentro, sino que, en su lugar, sobre el portal y sobresaliendo de la fachada, había un majestuoso grupo de estatuas de tamaño natural, cuya figura central era una representación femenina de la Abundancia, con su cornucopia. A juzgar por la composición de la multitud que entraba y salía, la proporción entre los sexos de los compradores era más o menos igual que en el siglo XIX. Cuando entramos, Edith dijo que había uno de estos grandes establecimientos de distribución en cada barrio de la ciudad, de manera que ninguna casa estaba a más de cinco o diez minutos andando de uno de ellos. Era el primer interior de un edificio público del siglo XX que contemplaba, y el espectáculo, como es natural, me impresionó profundamente. Me encontraba en una enorme sala llena de luz que me llegaba no solo de las ventanas que había por todos lados, sino también de la cúpula, cuyo centro estaba a cien pies sobre nosotros. Debajo, en el centro de la sala, había una magnífica fuente que enfriaba la atmósfera y producía un frescor delicioso. Las paredes y el techo estaban pintados en colores suaves, pensados para atenuar la luz que inundaba el interior sin absorberla. Alrededor de la fuente, había un espacio ocupado por sillas y solas, en los que había mucha gente sentada conversando. En las inscripciones de las paredes, por toda la sala, se indicaba a qué tipo de artículos estaba dedicado el mostrador de abajo. Edith dirigió sus pasos hacia uno de estos, donde se exhibía una asombrosa variedad de muestras de muselina y procedió a inspeccionarlas.

—¿Dónde está el dependiente? —pregunté, ya que no había ninguno tras el mostrador y nadie parecía venir a atender a los clientes.

—Todavía no necesito al dependiente —dijo Edith—. No he hecho mi elección.

—En mis tiempos, la principal tarea de los dependientes era ayudar a la gente a elegir —respondí.

—¿Cómo?, ¿para decir a la gente qué quería?

—Sí, y más a menudo para persuadirla para que comprara lo que no quería.

—Y las damas, ¿no lo encontraban muy impertinente? —preguntó Edith, estupefacta—. ¿Qué podía importar a los dependientes si la gente compraba o no?

—Era lo único que les preocupaba —contesté—. Se les contrataba con el propósito de deshacerse de los productos y se esperaba que hicieran todo lo posible, menos usar la fuerza, para alcanzar ese fin.

—¡Ah, sí! ¡Cómo pude ser tan tonta de olvidarme! —dijo Edith—. En su tiempo, el vendedor y sus dependientes necesitaban vender los productos para su sustento. Por supuesto, todo eso es distinto ahora. Las mercancías son del Estado. Están aquí para aquellos que las quieran, y el trabajo de los dependientes es esperar y apuntar los pedidos, pero ni el dependiente ni el Estado tienen interés alguno en encasquetar a alguien una yarda o libra de nada que no quiera —sonrió y añadió—: ¡Qué increíblemente extraños tenían que ser los dependientes intentando persuadir a una para que se llevara lo que no quería o no estaba segura de llevarse!

—Pero incluso un dependiente del siglo XX podría ser útil para dar información sobre los productos, aunque no incite a comprarlos —sugerí.

—No —dijo Edith—, ese no es el trabajo del dependiente. Estas tarjetas impresas, de las que las autoridades son responsables, nos dan toda la información que podemos necesitar.

Vi entonces que todas las muestras llevaban sujeta una tarjeta con un informe completo de la fabricación y los materiales de los artículos y sus cualidades, de forma sucinta, así como el precio, convirtiendo cualquier pregunta en innecesaria.

—Entonces, ¿el dependiente no tiene nada que decir sobre los productos que vende? —dije.

—Nada en absoluto. No es necesario que sepa o que diga que sabe nada sobre ellos. Solo se le exigen cortesía y eficacia cogiendo los pedidos.

—¡Qué prodigiosa cantidad de mentiras se ahorra con esta sencilla idea! —exclamé.

—¿Quiere decir que todos los dependientes mentían sobre los artículos que vendían en su época? —preguntó Edith.

—¡Dios no quiera que diga tal cosa! —respondí—, porque había muchos que no lo hacían y a los que se les daba especial crédito, ya que cuando el sustento de uno y de su mujer e hijos dependía de la cantidad de productos a los que pudiera dar salida, la tentación de engañar al cliente —o dejar que él mismo se engañase— era francamente irresistible. Pero, señorita Leete, la estoy distraendo de su tarea con mi charla.

—En absoluto. Ya he elegido. —Entonces, tocó un botón y al momento apareció un dependiente. Este apuntó su pedido con un lápiz en un bloc que hacía dos copias, de las cuales le dio una a ella y, metiendo la otra en un pequeño receptáculo, la tiró por un tubo transmisor.

—El duplicado del pedido —dijo Edith según se alejaba del mostrador, después de que el dependiente hubiera picado el valor de su compra en la tarjeta de crédito que le dio—; se le da al comprador para que, si hay problemas para satisfacerlo, se pueda rastrear y rectificar.

—Fue usted muy rápida en su selección —dije—. ¿Puedo preguntarle cómo sabía que no iba a encontrar algo que le fuera mejor en alguna de las otras tiendas? Claro que supongo que tiene que comprar en su propio distrito.

—No, no —contestó—. Compramos donde nos place, aunque, naturalmente, compramos más a menudo cerca de casa. Sin embargo, no habría ganado nada yendo a otras tiendas. El surtido es exactamente igual en todas, y presenta, en cada caso, muestras de todas las variedades producidas o importadas por Estados Unidos. Por eso, uno puede decidirse rápido y nunca necesita ir a dos tiendas.

—¿Y esto solo es una tienda de muestras? No veo a dependientes cortando artículos ni envolviendo paquetes.

—Todas nuestras tiendas son tiendas de muestras, excepto en el caso de unos pocos artículos. Los productos, con estas excepciones, están todos en el gran almacén central de la ciudad al que son enviados directamente por los productores. Nosotros

pedimos según la muestra y la tarjeta impresa con la textura, fabricación y cualidades. Los pedidos se mandan al depósito y las mercancías se distribuyen desde allí.

—Eso debe de suponer un gran ahorro en portes —dije—. Según nuestro sistema, el fabricante vendía al mayorista, el mayorista al minorista y el minorista al consumidor, y había que transportar los artículos de un sitio a otro. Ustedes evitan un viaje de los productos y eliminan al minorista sin más, con el gran beneficio que conlleva y el ejército de dependientes que mantiene. En realidad, señorita Leete, esta tienda es simplemente el departamento de pedidos de un mayorista, sin más añadido que los dependientes. Con nuestro sistema de transporte de los artículos, la necesidad de persuadir al cliente para comprarlos, de cortarlos, y envolverlos, diez dependientes no hubieran bastado para lo que hace aquí uno. El ahorro debe de ser enorme.

—Lo supongo —dijo Edith—, pero es cierto que no hemos conocido otro método. Sr. West, no debe dejar de pedirle a mi padre que le lleve al almacén central algún día, donde reciben los pedidos de las diferentes casas de muestras de toda la ciudad y envuelven y mandan los productos a sus destinatarios. A mí me llevó no hace mucho y era un espectáculo maravilloso. El sistema es en verdad perfecto; por ejemplo, allá arriba, en una especie de cubículo, está el dependiente que expide los pedidos. Estos, según se toman por los diferentes departamentos de la tienda, se le envían mediante transmisores. Sus ayudantes los clasifican y guardan cada clase en una caja. El dependiente encargado de enviar los pedidos tiene una docena de transmisores neumáticos ante sí que responden a los tipos generales de artículos, y cada uno comunica con el departamento correspondiente del almacén. Él pone la caja de los pedidos en el tubo que le corresponde y, unos momentos después, la caja aparece en la sección adecuada del almacén, junto con todos los pedidos del mismo tipo de las otras tiendas de muestras. Los pedidos se leen, se registran y se envían para que se realicen, con la rapidez del rayo. La fase de empaquetado me pareció la más interesante. Los fardos de ropa están colocados en ejes y movidos por maquinaria, y el cortador, que también tiene una máquina, trabaja un fardo tras otro hasta que queda exhausto, momento en el que otro hombre ocupa su lugar y ocurre lo mismo con los que empaquetan de cualquier otro producto. Después, los paquetes se entregan mediante unos tubos más grandes a los distritos de la ciudad y de ahí se reparten a las casas. Entenderá lo rápido que se hace todo esto cuando le diga que mi pedido probablemente estará en casa antes que si lo hubiera llevado yo desde aquí.

—¿Cómo se las apañan en los distritos rurales poco poblados? —pregunté.

—El sistema es el mismo —explicó Edith—; las tiendas de muestras del pueblo están conectadas por transmisores con el almacén central del condado, que puede estar a veinte millas, aunque la transmisión es tan veloz que el tiempo que se pierde en el camino es nimio. Pero, para ahorrar gastos, en muchos condados un juego de tubos conecta varios pueblos con el almacén, y por tanto se pierde tiempo esperando por unos y otros. A veces, pasan dos o tres horas hasta que se reciben los artículos. Donde yo estaba este verano era así, y lo encontré bastante inconveniente^[10].

—Seguro que tiene que haber otros muchos aspectos en los que las tiendas del campo son inferiores a las de la ciudad aventuré.

—No —respondió Edith—; aparte de eso, son exactamente igual de buenas. La tienda de muestras del pueblo más pequeño, lo mismo que esta, da a elegir entre todas las variedades de productos que el Estado tiene, ya que el almacén del condado se abastece de la misma fuente que el almacén de la ciudad.

Mientras volvíamos caminando a casa, hablé de la gran variedad de tamaños y precios de las viviendas.

—¿Cómo puede ser —pregunté— que esta diferencia no se contradiga con el hecho de que todos los ciudadanos ganen lo mismo?

—Porque —explicó Edith—, aunque el sueldo es el mismo, los gustos personales determinan cómo se lo gasta el individuo. A algunos les gustan los buenos caballos; otros, como yo misma, prefieren la ropa bonita; e incluso otros se decantan por la buena mesa. Las rentas que el Estado recibe por estas casas varían según el tamaño, la elegancia y la ubicación, de forma que todo el mundo puede encontrar algo que le guste. Las casas más grandes suelen estar ocupadas por las familias grandes, en las que varios contribuyen al alquiler; mientras que las familias pequeñas, como la nuestra, encuentran las casas pequeñas más convenientes y económicas. En general, es una cuestión de gustos y comodidad. He leído que, en épocas anteriores, la gente mantenía a menudo edificaciones y hacía otras cosas que no podían permitirse como ostentación y para que les creyeran más ricos de lo que eran. ¿De veras era así, Sr. West?

—He de admitir que así era —contesté.

—Bueno, ya ve, no podría ser así hoy en día porque se conoce el salario de todo el mundo y se sabe que lo que se gasta de una forma, hay que ahorrarlo de otra.

Capítulo 11

Cuando llegamos a casa, el Dr. Leete aún no había vuelto y la Sra. Leete no estaba visible.

—¿Le gusta la música, Sr. West? —preguntó Edith.

Le aseguré que, para mí, era la mitad de mi vida.

—Tengo que disculparme por preguntar —dijo ella—. No es mui pregunta que nos hagamos actualmente, pero he leído que, en sus tiempos, incluso entre las clases cultas, había algunos a los que les traía sin cuidado la música.

—A título de excusa —dije—, debe recordar que teníamos algunos tipos de música bastante absurdos.

—Sí —dijo—, lo sé; me temo que a mí tampoco me habrían gustado. ¿Querría escuchar algo de nuestra música ahora, Sr. West?

—Nada me gustaría más que escucharla a usted —dije.

—¡A mí! —exclamó, riéndose—. ¿Piensa que iba yo a tocar o cantar para usted?

—Eso suponía, ciertamente —respondí.

Viendo que estaba un poco desconcertado, contuvo su risa y me explicó.

—Por supuesto, todos cantamos hoy en día obligatoriamente en el entrenamiento de la voz, y algunos aprenden a tocar instrumentos para su disfrute privado, pero la música profesional es algo mucho más grandioso y perfecto que cualquier interpretación nuestra y, como es tan fácil escucharla, cuando queremos oír música, no pensamos en cantar o tocar nosotros mismos en absoluto. Todos los buenos cantantes e intérpretes están en el servicio musical y el resto, mayormente, guardamos silencio. Entonces, ¿le gustaría escuchar algo de música?

De nuevo, le aseguré que sí.

—Pues venga a la sala de música —dijo, y la seguí a una habitación acabada en madera, sin nada colgado, con suelo de madera pulida. Estaba preparado para encontrarme nuevos artilugios como instrumentos musicales, pero no había nada en el cuarto que mi imaginación alcanzase a concebir como tal. Era evidente que mi perplejidad hacía mucha gracia a Edith.

—Por favor, eche un vistazo a la música de ahora —dijo, alargándome una tarjeta—, y dígame qué prefiere. Ha de recordar que son las cinco.

La tarjeta llevaba la fecha «12 de septiembre, 2000», y contenía el programa musical más completo que había visto jamás. Era tan variado como largo, incluyendo la más extraordinaria selección de solos vocales e instrumentales, duetos, cuartetos y varias combinaciones orquestales. Me quedé asombrado por la prodigiosa lista hasta que la rosada punta del dedo de Edith señaló una sección en particular de la misma donde había unas cuantas selecciones con «17 h.» entre paréntesis; entonces observé que este prodigioso programa incluía todas las piezas de un día, divididas en

veinticuatro secciones correspondientes a las horas en punto. Había unas cuantas piezas en la sección «17 h.» y señalé una de órgano como mi elección.

—Me alegro de que le guste el órgano —dijo—. Creo que hay poca música que le vaya mejor a mi estado de ánimo.

Hizo que me sentara cómodamente y, cruzando la habitación, hasta donde podía ver, simplemente tocó uno o dos botones y de inmediato el cuarto se llenó de la gran composición de órgano. Llenó, que no inundó, porque, de alguna manera, el volumen de la melodía estaba perfectamente proporcionado al tamaño de la habitación. Escuché, casi sin respiración, hasta el final. Desde luego, no esperaba oír esta música, tan bien ejecutada.

—¡Magnífico! —exclamé, cuando la última gran onda de sonido se perdió en el silencio—. Bach debe de estar a las teclas de ese órgano, pero ¿dónde está el órgano?

—Espere un momento, por favor —dijo Edith—; quiero que escuche este vals antes de preguntar nada. Creo que es muy agradable —y según hablaba, el sonido de los violines llenó la habitación con la magia de una noche de verano. Cuando acabó, dijo—: No hay nada remotamente misterioso en la música, como parece pensar. No está hecha por hadas ni genios, sino por buenas, honestas e inteligentes manos humanas. Simplemente, hemos llevado la idea de ahorro de trabajo en cooperación al servicio musical, igual que al resto. Hay un número determinado de salas de música en la ciudad, perfectamente adaptadas acústicamente a los distintos tipos de música. Estos recintos están conectados por teléfono con todas las casas de la ciudad cuyos habitantes aceptan pagar una pequeña tarifa, y no hay nadie que no quiera, puede estar seguro. El conjunto de músicos asignado a cada recinto es tan grande que, aunque ningún solista ni grupo de intérpretes toca más que una pequeña parte, el programa diario dura veinticuatro horas. En esa tarjeta hay para hoy, como puede ver si observa detenidamente, programas específicos de cuatro de estos conciertos, cada uno de diferente estilo musical que los otros, que se están interpretando ahora simultáneamente, y puede oír la que prefiera de estas cuatro piezas, simplemente pulsando el botón que conectará su sistema de cableado con el recinto donde están interpretándola. Los programas están coordinados de forma que las piezas que se interpretan simultáneamente en cualquier momento en los distintos recintos normalmente ofrecen la posibilidad de elegir, no solo entre versión instrumental y vocal, y entre diferentes tipos de instrumentos; sino también, entre distintos motivos de lo solemne a lo alegre, de forma que cubren todos los gustos y estados de ánimo.

—Me da la impresión, señorita Leete —dije—, de que si hubieran inventado un artilugio para proveer de música a todo el mundo en sus casas, de calidad perfecta, cantidad ilimitada, adaptada a cada estado de ánimo y que empezara y terminara según la voluntad del oyente, podríamos considerar alcanzado el límite de la dicha humana y cesar de esforzarnos por mayores mejoras.

—No consigo imaginar cómo aquellos de entre ustedes que necesitaban en alguna medida la música podían soportar el antiguo sistema que la proveía —contestó Edith

—. Supongo que la música que de verdad valía la pena debía estar totalmente fuera del alcance de las masas, solo accesible a los más favorecidos y únicamente de manera engorrosa, suponiendo un gran gasto y durante breves periodos, arbitrariamente tocada por alguien, en circunstancias poco propicias. ¡Sus conciertos, por ejemplo, y sus óperas! ¡Qué exasperante debe de haber sido tener que permanecer sentado durante horas escuchando piezas que no les importaban para llegar a una o dos que les gustaban! En una cena, por ejemplo, uno puede dejar los platos que no le gustan. ¿Quién cenaría jamás, por hambriento que estuviera, si tuviera que comer todo lo que se pusiera sobre la mesa? Y estoy bastante segura de que el oído de alguien es tan sensible como su apetito. Supongo que eran esas dificultades a la hora de escuchar buena música lo que les hacía soportar tanto tocar y cantar en casa por gente que apenas tenía nociones elementales de esas disciplinas.

—Sí —respondí—, para la mayoría de nosotros era esa música o nada en absoluto.

—Bueno —suspiró Edith—, cuando uno se para a pensar, tampoco es tan raro que la gente de aquellos tiempos no se preocupara por la música. Me atrevería a decir que yo misma también la habría detestado.

—No sé si la he entendido bien —inquirí—, ¿dijo que este programa musical cubre las veinticuatro horas del día? Eso parece por esta tarjeta, desde luego; pero ¿quién escucha música entre, digamos, la medianoche y la mañana?

—Uy, mucha gente —contestó Edith—. Hay gente despierta a todas horas, pero entre la medianoche y la mañana se pondría música incluso aunque solo la escucharan los insomnes, enfermos y agonizantes. Todos nuestros dormitorios tienen teléfono en la cabecera de la cama mediante el que cualquier persona que tenga insomnio puede poner música a su gusto, según lo que se ajuste a su estado de ánimo.

—¿Hay un aparato semejante a mi disposición en la habitación?

—Por supuesto y ¡qué tonta, qué tontísima fui, al no ocurrírseme decírselo anoche! En todo caso, mi padre le mostrará cómo funciona antes de que se acueste hoy. Estoy segura de que cuando tenga el receptor en el oído podrá alejar con un chasquido de dedos todos los sentimientos extraños que puedan perturbarle de nuevo esta noche.

Esa tarde, el Dr. Leete nos preguntó por nuestra visita a la tienda y en el curso de una comparación entre los siglos XIX y XX, desfavorable para aquel se planteó la cuestión de la herencia.

—Supongo —dije— que heredar propiedades está prohibido.

—Al contrario —contestó el Dr. Leete—; no hay impedimentos. De hecho, cuando nos conozca mejor, Sr. West, verá que ahora se interfiere mucho menos en las libertades individuales que en sus tiempos. Ciertamente exigimos por ley que todo hombre sirva a la nación durante un periodo determinado de tiempo, en vez de dejar a su elección, como hacían ustedes, el trabajar, robar o morir de hambre. Con la excepción de esta ley fundamental, que es, de hecho, tan solo una transposición de la

ley de la naturaleza —el edicto del Edén— mediante la cual se ejerce la misma presión sobre todos los hombres, nuestro sistema no depende de ninguna ley, sino que es totalmente voluntario, resultado lógico del proceso de la naturaleza humana bajo condiciones racionales. Esta cuestión de la herencia ilustra ese punto. El hecho de que el Estado sea el único inversor y terrateniente, por supuesto restringe las posesiones individuales al crédito anual y a las pertenencias personales o del hogar que el individuo se haya procurado con ese crédito. Este, como la renta vitalicia en su época, termina con la muerte, permitiendo ya solo la entrega de una suma fijada para los gastos del funeral. El resto de posesiones se pueden repartir como a uno le plazca.

—¿Qué se hace para prevenir que, con el paso del tiempo, haya individuos que acumulen tal cantidad de mercancías y bienes raíces que puedan obstaculizar seriamente la igualdad de condiciones de los ciudadanos? —pregunté.

—Esa cuestión se arregla por sí sola de una forma muy simple —fue su respuesta—. Con la presente organización de la sociedad, la acumulación de propiedad privada es una mera carga en el momento en que excede de lo necesario para el bienestar. En su tiempo, si un hombre tenía su casa revestida hasta los topes de oro y plata, porcelana extraordinaria, muebles caros y ese tipo de cosas, se le consideraba rico porque estos objetos representaban dinero y en cualquier momento se podían cambiar por dinero. Hoy en día, un hombre a quien los legados de cien familiares muertos a la vez le pusiesen en un lugar parecido, sería visto como alguien desafortunado. Al no poder venderse, los artículos no tendrían ningún valor para él excepto el de su uso real, o el mero disfrute de su belleza. Por otro lado, al permanecer su sueldo igual, tendría que agotar su crédito alquilando casas en donde almacenar los bienes, e incluso pagar a los que trabajaran cuidándolas. Puede estar seguro de que ese hombre no tardaría en repartir posesiones entre sus amigos, ya que a él no le harían sino más pobre, y que ninguno de esos amigos las aceptaría de no tener espacio suficiente donde almacenarlas y tiempo para ocuparse de ellas. Prohibir la herencia de propiedad privada para prevenir las acumulaciones excesivas sería una precaución superflua para el Estado. No hay cuidado de que los ciudadanos se sobrecarguen de posesiones. Son tan cuidadosos a este respecto que los familiares suelen renunciar a la mayoría de las propiedades de los amigos muertos, guardando solo objetos señalados. El Estado se hace cargo de los bienes muebles rechazados y reintegra los que tienen algún valor a la reserva común.

—Ha hablado usted de pagar porque cuiden de sus casas —dije—; eso me lleva a una duda sobre la que he estado a punto de preguntarle muchas veces. ¿Cómo han resuelto el problema del servicio doméstico? ¿Quién está dispuesto a trabajar en el servicio doméstico en una comunidad donde todos son iguales? Nuestras mujeres lo encontraban francamente difícil incluso en un tiempo en que se pensaba poco en la igualdad social.

—Precisamente porque todos somos iguales socialmente y esta igualdad es incuestionable y porque el servicio es un trabajo honroso, en una sociedad cuyo

principio fundamental es que todos deben servir a los demás, podríamos organizar fácilmente un cuerpo de servidores domésticos como nunca hubiera soñado usted para cuando fueran necesarios —respondió el Dr. Leete—, pero no son necesarios.

—Entonces, ¿quién realiza las tareas del hogar? —pregunté.

—No hay tareas del hogar que realizar —dijo la Sra. Leete, a la que había dirigido mi pregunta—. La colada se hace en lavanderías públicas con tarifas muy bajas y se prepara la comida en cocinas públicas. La fabricación y reparación de nuestra indumentaria se hace fuera, en talleres públicos. Empleamos la electricidad, claro, para el encendido y el alumbrado. No elegimos casas más grandes de lo necesario y las amueblamos de forma que mantenerlas en orden supone una molestia mínima. No necesitamos sirvientes.

—El hecho —dijo el Dr. Leete— de que ustedes tuvieran un inagotable suministro de siervos en las clases más pobres, a los que podían imponer toda clase de tareas trabajosas y desagradables, no les hacía interesarse por los métodos para evitar su necesidad. No obstante, ahora que todos tenemos la obligación de trabajar para la sociedad, todos los individuos de la nación tienen el mismo interés, también personalmente, de encontrar mecanismos que aminoren la carga. Este hecho ha dado un impulso prodigioso a las invenciones para ahorrar trabajo en todas las industrias, y uno de los primeros resultados fue la combinación del máximo bienestar y la mínima molestia en la organización del hogar.

»En caso de que hubiera una emergencia especial en el hogar —siguió el Dr. Leete—, como una limpieza general o una reforma, o enfermedades en la familia, siempre podemos recibir asistencia del ejército industrial.

—Pero ¿cómo recompensan a estos asistentes si no tienen dinero?

—No somos nosotros quienes les pagamos, claro, sino el Estado. Sus servicios se solicitan en la oficina pertinente, y su valor se deduce mediante perforaciones en la tarjeta de crédito del solicitante.

—¡El mundo ha de ser un paraíso para las mujeres ahora! —exclamé—. En mis días, ni siquiera la riqueza y los sirvientes ilimitados libraban a sus señores de los cuidados de la casa, mientras las mujeres de la clase media o baja vivían y morían mártires de dichos cuidados.

—Sí —dijo la Sra. Leete—, he leído algo sobre eso; lo suficiente como para convencerme de que, a pesar de lo mal que podían estar los hombres en su tiempo, eran más afortunados que sus madres y esposas.

—Las anchas espaldas del Estado —dijo el Dr. Leete— soportan hoy como si fuera una pluma la carga que rompía las espaldas de las mujeres de su tiempo. Su desgracia, como todas sus otras desgracias, venía de la incapacidad de cooperación que resultaba del individualismo en que se fundamentaba su sistema social, de su incapacidad de darse cuenta de que podían obtener diez veces más beneficios de sus congéneres uniéndose a ellos que luchando en su contra. Lo sorprendente no es que no vivieran ustedes más cómodamente, sino que fueran capaces de vivir en absoluto,

ustedes que intentaban abiertamente hacer de los demás sus sirvientes y apoderarse de sus posesiones.

—Ya está bien, padre; si habla con esa vehemencia el Sr. West va a pensar que le está regañando —interrumpió Edith, riéndose.

—Cuando necesitan un médico —pregunté—, ¿lo solicitan sencillamente a la oficina oportuna y acogen a cualquiera que manden?

—Esa norma no funciona con los médicos —respondió el Dr. Leete—. La mejora que un médico puede operar en su paciente depende en gran medida del conocimiento que tenga, así como de las tendencias de su constitución. El paciente, por lo tanto, debe poder llamar a un médico en particular y así se hace, igual que los enfermos de su tiempo. La única diferencia es que, en vez de ganar sus honorarios para sí mismo, los gana para el Estado al perforar la cantidad de la tarjeta de crédito del paciente, acorde con el grado de atención médica que ha recibido.

—Me imagino —dije— que si la paga es siempre la misma y el médico no puede rechazar pacientes, como doy por hecho, se llamará a los buenos médicos constantemente y a los malos los dejarán libres para holgazanear.

—En primer lugar, si disculpa usted la aparente presunción de un médico jubilado —contestó el Dr. Leete, con una sonrisa—, no tenemos médicos malos. No todos los que sepan balbucear algunos términos médicos pueden ejercer legalmente la profesión, como en su época. No puede ejercer nadie que no haya aprobado los difíciles exámenes de la facultad y demostrado claramente su vocación. También observará que hoy en día los médicos no intentan desarrollar su carrera a expensas de otros médicos. No habría motivo para ello. Respecto a lo demás, el médico tiene que presentar regularmente informes sobre su trabajo al departamento de médicos y si no está razonablemente ocupado, se le busca trabajo.

Capítulo 12

Eran innumerables las dudas que aún tenía que despejar para hacerme una pequeña idea de las instituciones del siglo xx, pero como la bondad del Dr. Leete era también inagotable, nos quedamos sentados hablando durante varias horas después de que las señoras se retiraran. Recordé a mi anfitrión el punto en el que se había interrumpido nuestra conversación de la mañana y expresé mi curiosidad por entender cómo se organizaba el ejército industrial para procurar un estímulo suficiente cuando se diera una falta de motivación del trabajador aparte de la necesidad de buscarse el sustento.

—Debe entender, en primer lugar —respondió el doctor—, que el suministro de incentivos para propiciar el esfuerzo no es más que uno de los objetivos perseguidos en la organización adoptada para el ejército de que hablamos. El otro, igualmente importante, es asegurar para los dirigentes y jefes del cuerpo y los altos cargos del Estado, hombres de demostradas capacidades, que están obligados por sus propias carreras a llevar a sus subordinados al nivel más alto de rendimiento y no permitir demoras. El ejército industrial se organiza con estos dos objetivos. Primero está el grado de trabajadores comunes no clasificados, hombres para todo tipo de tareas, al que pertenecen todos los reclutas durante los tres primeros años. Este grado es una especie de escuela, y muy estricta, en la que se enseña a los jóvenes hábitos de obediencia, subordinación y sentido del deber. La naturaleza variopinta del trabajo realizado por este cuerpo imposibilita la clasificación sistemática de los trabajadores, que se hace más tarde, sin embargo sí se guardan informes personales y los que sobresalen reciben distinciones proporcionales a los castigos que se imponen a los negligentes. No obstante, no permitimos que la temeridad o la indiscreción juveniles, cuando no son gravemente culpables, perjudiquen las carreras futuras de los jóvenes, y todos los que pasan por el grado de no clasificados sin ningún percance de importancia tienen las mismas oportunidades para elegir el empleo que prefieran desempeñar en la vida. Una vez han escogido, entran como aprendices. La duración de este periodo naturalmente difiere según la profesión. Al final, el aprendiz se convierte en un trabajador a todos los efectos y en un miembro de esta industria o gremio. Pero no solo se guardan estrictamente informes individuales sobre la capacidad y el trabajo del aprendiz y se distingue la excelencia con las menciones especiales pertinentes, sino que la posición del aprendiz ya entre los trabajadores de pleno derecho depende de la valoración media que se haya hecho durante su aprendizaje.

Mientras la organización interna de las distintas industrias, mecánicas y agrícolas, difiere según sus condiciones particulares, tiene en común la división general de sus trabajadores en primer, segundo y tercer nivel, según su capacidad, y estos niveles se

subdividen en muchos casos en primera y segunda clase. De acuerdo con su prestigio como aprendiz, se asigna al joven un puesto como trabajador de primer, segundo o tercer nivel. Por supuesto solo los jóvenes de capacidad extraordinaria pasan directamente de aprendiz a trabajador de primer nivel. La mayoría va a parar a los niveles más bajos, subiendo en las evaluaciones periódicas según va adquiriendo experiencia. Estas evaluaciones tienen lugar en todas las industrias a intervalos proporcionales a la duración del aprendizaje de ese oficio, de forma que nunca hay que esperar mucho para sobresalir ni se puede vivir de logros pasados so pena de descender a un nivel más bajo. Una de las ventajas notables de tener nivel alto es el privilegio que da al trabajador de elegir en cuál de las ramas o procesos de su industria quiere especializarse. Desde luego, pretendemos que ninguno de esos procesos sea desproporcionadamente arduo, pero hay a menudo mucha diferencia entre ellos y, por tanto, el privilegio de la elección es una recompensa importante. Tenemos en cuenta, tanto como nos es posible, las preferencias incluso de los peores trabajadores para asignarles su línea de trabajo, porque no solo aumenta su felicidad sino también su eficacia. Aunque los deseos del hombre de nivel bajo se tienen en cuenta en la medida en que las exigencias del servicio lo permiten, solo se consideran después de haber atendido las peticiones de los hombres de niveles superiores, y a menudo aquel tiene que conformarse con su segunda o tercera opción o incluso con trabajos asignados al azar, según se necesite su ayuda. Este privilegio de escoger está presente en todas las evaluaciones, y cuando un hombre pierde su nivel también se arriesga a tener que cambiar el tipo de trabajo que le gusta por otro menos de su gusto. Los resultados de cada evaluación que resumen el prestigio de cada hombre en su campo se publican en un boletín estatal, y aquellos que se han ganado un ascenso desde la última evaluación reciben el agradecimiento del Estado y se les otorga la insignia de su nuevo nivel en una ceremonia pública.

—¿Qué es esa insignia? —pregunté.

—Cada industria tiene su herramienta emblemática —contestó el Dr. Leete— que toma la forma de una insignia metálica tan pequeña que no puede verse a menos que uno sepa a dónde mirar. Eso es todo lo que distingue a los hombres del ejército industrial, excepto cuando las circunstancias requieren de un uniforme distintivo. Esta insignia tiene la misma forma para todos los niveles de un oficio, pero mientras la del tercer nivel es de hierro, la del segundo es de plata y la del primero es de oro.

»Aparte del importante incentivo que supone el hecho de que los puestos altos de la nación solo estén al alcance de los hombre del más alto nivel, y que la carrera militar constituya la única distinción social para la gran mayoría entre la que no hay aspirantes de arte, literatura y las profesiones liberales, varios incentivos menores, pero quizá igual de efectivos, recompensan la disciplina en forma de privilegios e inmunidades especiales, que los hombres de niveles superiores disfrutaban. Si bien se procura que estos no despierten la envidia de los hombres de poco talento, tienen el efecto de recordar constantemente a todos lo deseable de ascender al siguiente nivel.

»Obviamente, es importante que no solo los buenos sino también los trabajadores mediocres y de menor valía abriguen la ambición de ascender. Por supuesto, al ser estos últimos más numerosos, es más importante que el sistema de nivelación no opere para desanimarlos que el hecho de que estimule a los otros. Por eso se dividen los niveles en clases. Los niveles, al igual que las clases, se vuelve a igualar numéricamente en cada evaluación y, con excepción de los oficiales y los niveles de no clasificados y aprendices, en ningún momento hay más de una novena parte del ejército industrial en la clase más baja, y la mayoría de esta se compone de aprendices recientes que esperan ascender. En el nivel más bajo, durante todo su periodo de servicio, solo hay una mínima parte del ejército probablemente tan poco consciente de su posición como incapaz de mejorarla.

»Ni siquiera es necesario que un trabajador se gane el ascenso a un nivel superior para probar al menos la gloria. Así como el ascenso requiere un rendimiento excelente general como trabajador, hay menciones de honor y varios tipos de premios que se otorgan por un rendimiento excelente pero que no basta para un ascenso, y también por proezas y rendimientos únicos en las distintas industrias. Hay muchas distinciones de prestigio, no solo dentro de los niveles, sino dentro de las clases, cada una de las cuales tiene una función alentadora para los esfuerzos del grupo. Se pretende que ningún tipo de mérito quede sin reconocimiento.

»En cuanto a la negligencia profesional, el trabajo verdaderamente mal hecho o el resto de descuidos manifiestos por parte de hombres incapaces de una motivación generosa, la disciplina que reina en el ejército industrial es tan estricta que apenas se dan casos. El hombre que, siendo capaz de cumplir con su deber, persista en negarse a hacerlo, es condenado a una pena de prisión incomunicada a pan y agua hasta que ceda.

»El nivel más bajo de jefes del ejército industrial, los ayudantes o asistentes de capataz, está formado por hombres que llevan dos años en la primera clase del primer nivel. En el caso de que sea un grupo demasiado numeroso, solo cabe escoger del primer grupo de esta clase. Por lo tanto, nadie con menos de treinta años llega a un puesto de mando. Cuando un hombre se convierte en jefe, su valoración no depende ya de la eficiencia de su trabajo, sino de la de sus hombres. Se designa a los capataces de entre los asistentes de capataz, con el mismo criterio limitado a una pequeña clase que reúne los requisitos necesarios. En los nombramientos para los niveles superiores se aplica otro principio que llevaría demasiado tiempo explicar ahora.

»Desde luego, un sistema de evaluación como el que he descrito hubiera sido inviable en las pequeñas empresas de su tiempo, en algunas de las cuales casi no había empleados suficientes como para contar con uno por cada nivel. Debe recordar que, con la organización estatal del trabajo, todas las industrias corren a cargo de grandes agrupaciones de hombres en las que se combinan muchas de sus explotaciones agrarias y talleres como una única unidad. Por lo demás, gracias a la gran escala en que está organizada la industria, que cuenta con centros coordinados

esparcidos por todos los rincones del país, podemos adjudicar a cada hombre el trabajo que mejor sabe hacer, recurriendo a un sistema de intercambios de destinos y traslados.

»Y ahora, Sr. West, valiéndose de este sencillo esquema que le he hecho de los rasgos de nuestro sistema, podrá usted decirme si es probable que aquellos que necesitan incentivos especiales para dar lo mejor de sí carezcan de ellos. ¿No le parece que hombres que, en nuestro sistema, se ven obligados a trabajar, tanto si quieren como si no, se verán fuertemente impulsados a dar lo mejor de sí mismos?

Respondí que, si era necesario hacer alguna crítica, diría que los incentivos que se ofrecían eran demasiado atractivos; que el camino trazado para los jóvenes era demasiado arduo. Y esta sigue siendo mi opinión ahora, que habiendo residido más tiempo entre ellos, tengo mejor conocimiento de todo el asunto.

El Dr. Leete, sin embargo, quería que reflexionara, y me atrevería a decir que es quizá suficiente respuesta a mi objeción que el sustento del trabajador no depende de ninguna manera de su valoración y la ansiedad nunca amarga sus decepciones; que el horario laboral es corto, las vacaciones aceptables y que toda actividad cesa a los cuarenta y cinco años, al llegar a la mediana edad.

—Hay dos o tres puntos más a los que debo referirme —añadió— para evitar que se lleve una impresión equivocada. En primer lugar, tiene que entender que este sistema de dar preferencia a los trabajadores más eficientes sobre los que lo son menos, en modo alguno contraviene la idea fundamental de nuestro sistema social de que todos los que dan lo mejor de sí merecen lo mismo, aunque ese máximo esfuerzo sea mayor o menor. Le he mostrado cómo el sistema está organizado para animar al más débil así como al más fuerte con la esperanza de ascender, mientras que el hecho de que se seleccione a los más fuertes para ser líderes no es en modo alguno algo en detrimento del más débil, sino en interés del bien común.

»Tampoco se imagine que porque se dé vía libre a la competencia como incentivo en nuestro sistema, juzgamos que sea un motivo que pueda apelar a los hombres más nobles, o sea digno de ellos. Estos encuentran sus motivos en su interior, no fuera, y miden su deber según sus propios criterios, no según los de los demás. En tanto sus logros sean proporcionales a sus capacidades, considerarán absurdo esperar alabanzas o críticas según estos hayan resultado importantes o insignificantes. Para estos tipos de personas, la competencia es filosóficamente absurda y despreciable en su aspecto moral debido a que sustituye la admiración por la envidia y el júbilo por el fastidio, en la forma en que cada cual considera los éxitos y fracasos de los demás.

»Pero ni siquiera en el último año del siglo xx son todos los hombres de tan excelente condición, y los incentivos para esforzarse que son requisito para aquellos que no lo son tienen que estar de algún modo adaptados a sus naturalezas inferiores. Para estos, por tanto, la competencia más reñida es un acicate constante. Aquellos que necesiten esta motivación, la tendrán. Aquellos que estén por encima de su influencia, no la necesitarán.

»No quiero olvidarme de mencionar —continuó el doctor— que para los que carezcan en gran medida de fortaleza mental o física, para ser justamente evaluados con el cuerpo principal de trabajadores, tenemos un nivel separado, no conectado con los otros; una especie de cuerpo de minusválidos, cuyos miembros han de realizar una clase de tareas ligeras acorde a su fortaleza. Todos nuestros enfermos mentales y físicos, todos nuestros sordos y mudos, y cojos y ciegos y lisiados, e incluso nuestros dementes, pertenecen a este cuerpo de minusválidos y lucen su insignia. Los más fuertes hacen a menudo casi el trabajo de un hombre, los más débiles, por supuesto, nada; pero ninguno que sea capaz de hacer algo está dispuesto a rendirse. En sus lapsos lúcidos, incluso nuestros dementes están deseando hacer lo que puedan.

—Esa idea del cuerpo de minusválidos es bonita —dije—. Incluso un bárbaro del siglo XIX puede darse cuenta. Es una manera muy digna de disfrazar la caridad y debe de llenar a sus receptores de sentimientos de agradecimiento.

—¡Caridad! —repitió el Dr. Leete—. ¿Cree que consideramos a la clase menos capacitada de la que hablamos objeto de caridad?

—Pues sí, naturalmente —dije—, en la medida en que son incapaces de mantenerse por sí solos. —En ese momento, el doctor me interrumpió rápidamente.

—¿Quién es capaz de mantenerse solo? —preguntó—. En una sociedad civilizada, no existe nada parecido a mantenerse solo. En un estado de la sociedad que fuera tan bárbaro que no conocería siquiera la cooperación familiar, cada individuo probablemente tendría que mantenerse solo, aunque solo durante una parte de su vida; pero desde el momento en que los hombres empiezan a vivir juntos y constituyen aunque sea la forma más primitiva de sociedad, mantenerse solo se vuelve imposible. Conforme los hombres se van civilizando más y más y se lleva a cabo la subdivisión de profesiones y servicios, una complicada dependencia mutua se convierte en la norma universal. Todos los hombres, por solitaria que pueda parecer su ocupación, son miembros de una asociación laboral tan grande como la nación, tan grande como la humanidad. La necesidad de dependencia mutua implica el deber y la garantía del apoyo mutuo, y el hecho de que no fuera así en sus días resumía la crueldad y la sinrazón inherentes a su sistema.

—Puede que todo eso sea así —contesté—, pero no afecta al caso de aquellos incapacitados para aportar algo a la producción industrial.

—Me parece que esta mañana le dije, o al menos así lo creo —respondió el Dr. Leete—, que el derecho de un hombre a subsistir a expensas del Estado depende de su condición de hombre y no de la salud y la fortaleza que pueda tener, mientras dé lo mejor de sí mismo.

—Eso dijo usted —contesté—, pero supuse que la norma se aplicaba solo a las diferencias de capacidades entre los hombres. ¿También reza con los que no pueden hacer nada en absoluto?

—¿Acaso no son hombres también?

—¿Debo entender entonces que a los cojos, ciegos, enfermos e inválidos les va

tan bien como a los más eficientes y tienen el mismo salario?

—Exactamente —fue su respuesta.

—La idea de una caridad a tal escala —contesté— habría dejado sin respiración a nuestros filántropos más entusiastas.

—Si tuviera un hermano enfermo en casa —respondió el Dr. Leete—, incapacitado para el trabajo, ¿le alimentaría con comida menos exquisita y le hospedaría y vestiría más pobremente que a usted mismo? Muy probablemente le daría la preferencia y no lo llamaría caridad. ¿No le llenaría de indignación el uso de la palabra en esa situación?

—Por supuesto —contesté—, pero no son casos comparables. Hay cierta verdad, sin duda, en que todos los hombres son hermanos, pero esta clase general de fraternidad no es comparable, excepto con propósitos retóricos, a la fraternidad de sangre, ni como sentimiento ni respecto a las obligaciones que conlleva.

—¡Está hablando el siglo XIX! —exclamó el Dr. Leete—. Sr. West, no hay duda de que ha dormido mucho tiempo. Si tuviera que darle en una frase la clave de lo que pueden parecer los misterios de nuestra civilización en comparación con los de su época, diría que es el hecho de que la solidaridad de la raza y la fraternidad del hombre, que para ustedes no eran sino palabras bonitas, son, según nuestro pensamiento y sentimientos, lazos tan reales y tan vitales como los de la fraternidad física.

»Pero incluso dejando a un lado esa consideración, no veo por qué le sorprende tanto que a aquellos que no pueden trabajar se les conceda el pleno derecho a vivir de la producción de quienes sí pueden. Incluso en su tiempo, el deber del servicio militar para proteger a la nación, que se corresponde con nuestro servicio industrial, aunque obligatorio para los capaces de cumplir con él, no funcionaba para privar de los privilegios de la ciudadanía a quienes no eran capaces. Se quedaban en casa y estaban protegidos por los que luchaban y nadie cuestionaba su derecho a existir o los hacía de menos. Así, la exigencia de servicio industrial a los capacitados para cumplirlo no va en detrimento de los derechos de ciudadanía, que ahora garantizan el sostenimiento de quien no pueda trabajar. El trabajador no es un ciudadano porque trabaja, sino que trabaja porque es un ciudadano. Igual que usted reconoce el deber del fuerte de luchar por el débil, nosotros, ahora que el guerrear se ha terminado, sostenemos su deber de trabajar para él.

»Una solución que deja un resto del que no puede dar cuenta no es solución en absoluto; y nuestra solución del problema de la sociedad humana no lo habría sido si excluyera a los cojos, enfermos y ciegos juntándolos con las bestias, para que se las arreglaran como pudieran. Es mucho mejor dejar desprovistos a los fuertes y los afortunados que a estos otros que ya llevan su carga, por los que todo corazón debe suspirar, y a los que hay que procurar paz mental y física, más que para nadie. Por lo tanto, como le dije esta mañana, el derecho de cada hombre, mujer y niño a los medios de subsistencia descansa sobre una base tan fácil, amplia y sencilla como el

hecho de ser integrantes de una única especie, miembros de una sola familia humana. La única moneda en curso es la imagen de Dios y así está bien para todo lo que tenemos.

»Creo que no hay ningún rasgo de la civilización de su época que tanto repugne las ideas modernas como el desprecio con que trataron a las clases subordinadas. Aunque no tuvieran piedad, ni sentimiento de fraternidad, ¿cómo es posible que no vieran que estaban usurpando a los discapacitados el derecho más básico al dejarles desamparados?

—Creo que no coincido con usted —dije—. Entiendo que esta clase apele a nuestra compasión, pero ¿cómo pueden sostener quienes no producen nada que tienen derecho a una parte de lo producido?

—¿Cómo podía ser —fue la respuesta del Dr. Leete— que sus trabajadores fueran capaces de producir más que lo que muchos salvajes? ¿No era totalmente a causa de la herencia del conocimiento pasado y los logros de la especie, la maquinaria de la sociedad, miles de años de investigación, que estaban listos para que ustedes los usaran? ¿Cómo llegaron a ser poseedores de este conocimiento y esta maquinaria, que representan nueve partes a una de lo que usted contribuye al valor de su producción? Usted lo heredó, ¿no? ¿Y no son esos otros, esos hermanos desafortunados y lisiados a los que desterraban, también herederos junto con usted? ¿Qué hicieron con su parte? ¿No les robaron cuando dejaron fuera con las sobras a los que tenían derecho a sentarse con los herederos y no añadieron el insulto al robo cuando llamaron a las sobras caridad?

»¡Ah, Sr. West! —continuó el Dr. Leete, al ver que no respondía—, dejando a un lado toda consideración sobre justicia o sentimiento fraternal hacia los lisiados y defectuosos, lo que no entiendo es cómo los trabajadores de su tiempo podían tener ánimo alguno de trabajo, sabiendo que sus hijos, o nietos, si no tenían suerte, estarían privados de las comodidades de la vida e incluso de lo imprescindible para vivir. Es un misterio cómo hombres con hijos podían estar a favor de un sistema bajo el cual se les recompensaba sin tener en cuenta a aquellos menos dotados de fuerza física y capacidad mental. Ya que, por causa de la misma discriminación de la que el padre se beneficiaba, el hijo, por el que daría la vida, al nacer por azar más débil que otros, podría tener que vivir de la mendicidad y las sobras. Nunca he conseguido entender cómo los hombres se atrevían a dejar hijos a su paso^[11].

Capítulo 13

Como Edith me había asegurado, cuando me retiré el Dr. Leete me acompañó al dormitorio para enseñarme el funcionamiento del teléfono musical. Me mostró cómo, moviendo una rueda, se podía poner el volumen para que llenara la habitación o muriera poco a poco hasta ser un eco tan imperceptible y lejano que uno apenas estaba seguro de si lo estaba oyendo o lo imaginaba. Si, de dos personas que estuvieran juntas, una quisiera escuchar música y la otra dormir, podía hacerse audible para una e inaudible para la otra.

—Debo aconsejarle seriamente que aproveche para dormir esta noche si puede, Sr. West, en vez escuchar las más exquisitas melodías del mundo —dijo el doctor, tras explicar lo anterior—. En la difícil experiencia por la que está pasando justo ahora, el sueño es un tónico insustituible de los nervios.

Recordando lo que me había pasado esa misma mañana, prometí hacer caso de su consejo.

—Muy bien —dijo—, entonces programaré el teléfono para las ocho en punto.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Me explicó que, mediante un mecanismo de relojería, se podía despertar a una persona a cualquier hora con música.

Me empecé a dar cuenta, como se ha probado totalmente desde entonces, de que había dejado atrás mi tendencia al insomnio junto con las otras incomodidades de la existencia en el siglo XIX; ya que aunque no tomé ninguna pócima para dormir esta vez, como la noche anterior, caí dormido en cuanto reposé sobre la almohada.

Soñé que estaba sentado en el trono de los Abencerrajes en la sala de banquetes de la Alhambra, con mis señores y generales dándose un festín, antes de partir a luchar al día siguiente tras la media luna contra los perros cristianos de España^[12]. El aire, refrescado por la aspersion de las fuentes, estaba cargado de aroma de flores. Un grupo de indias, de cuerpos torneados y labios seductores, bailaban con una gracia voluptuosa al son de una música de instrumentos metálicos y de cuerda. Observando la parte superior de las galerías con celosías, uno entreveía aquí y allá alguna belleza del harén real, contemplando la flor y nata de la caballería árabe reunida. Los címbalos sonaban más y más alto, había una excitación creciente, hasta que la sangre de la raza del desierto no pudo resistir el delirio marcial y los cetrinos nobles se pusieron todos en pie, mil cimitarras se desnudaron y el grito, «¡Allah il Allah!»^[13], hizo temblar la sala y me despertó para encontrarme a plena luz del día y con la estancia estremecida por la música eléctrica de la «Alborada turca»^[14].

A la mesa del desayuno, cuando le conté a mi anfitrión mi experiencia matinal, supe que no era mera coincidencia que la pieza musical que me despertó fuera una

alborada. Las piezas que se tocaban en una de las salas al despertar por las mañanas siempre eran inspiradoras.

—Por cierto —dije—, no se me ha ocurrido preguntarle nada sobre el estado de Europa. ¿También se han reformado las sociedades del viejo continente?

—Sí —contestó el Dr. Leete—, los grandes países de Europa, al igual que Australia, México y parte de Sudamérica, ahora están organizados industrialmente como Estados Unidos, que fue el pionero de la evolución. Las relaciones pacíficas de estos países están aseguradas por una forma laxa de unión federal de extensión mundial. Un consejo internacional regula las relaciones y el comercio mutuos de los miembros de la unión y su política conjunta hacia los pueblos más atrasados, a los que se instruye gradualmente para que lleguen al nivel de las instituciones civilizadas. Todos los países disfrutan de completa autonomía dentro de sus propias fronteras.

—¿Cómo desarrollan el comercio sin dinero? —dije—. Al comerciar con otros países, se tiene que usar algún tipo de dinero, aunque se haya eliminado en el interior de los países.

—No, el dinero es tan superfluo en nuestras relaciones exteriores como en las interiores. Cuando la empresa privada dirigía el comercio, el dinero era necesario para ajustarlo a la complejidad variopinta de las transacciones, pero hoy en día es una función de los países como unidades. Solo hay una docena aproximadamente de organizaciones comerciales en el mundo bajo supervisión del consejo internacional, por lo que basta con un sistema sencillo de contabilidad para llevar cuenta de las transacciones. No existen impuestos de importación de ningún tipo. Simplemente, un país no importa aquello que su gobierno no considera necesario para el interés general. Cada Estado tiene un departamento de intercambio exterior que dirige su comercio. Por ejemplo, el departamento americano prevé que, para un determinado año, habrá una necesidad de una cantidad determinada de productos franceses en América^[15] y envía el pedido al departamento francés que, a su vez, manda el suyo. Todas las naciones hacen lo mismo.

—Pero ¿cómo se fijan los precios de los productos extranjeros si no hay competencia?

—El precio por el que una nación abastece a otra con sus productos —contestó el Dr. Leete— debe ser el mismo por el que abastece a sus propios ciudadanos. Vea, por lo tanto, que no hay riesgo de malentendidos. Por supuesto, ningún país está obligado, en teoría, a abastecer a otro con el producto de su trabajo, pero el intercambio de mercancías es por el interés común. Si una nación abastece regularmente a otra con determinados productos, se precisa avisar de cualquier cambio importante por parte de cualquiera de las dos en la relación de ambas.

—Pero ¿y si una nación que tiene el monopolio de alguna materia prima se negase a abastecer a las demás, o a alguna de ellas?

—Nunca ha habido ningún caso parecido y no podría haberlo sin que la parte que se negase sufriera mucho más que las demás —respondió el Dr. Leete—. En primer

lugar, el favoritismo es ilegal. La ley obliga a todos los países a tratar con los demás, en todos los aspectos, en igualdad de condiciones. Una conducta como la que usted sugiere aislaría al país que la llevase a cabo del resto del mundo para todo propósito. Es una contingencia que no tiene por qué causarnos ninguna preocupación.

—Pero —dije— ¿y si se diese que un país que tiene el monopolio de una materia prima de la que exporta más de lo que consume, pusiera el precio muy alto y por tanto, sin cortar el abastecimiento, se beneficiara de las necesidades de sus vecinos? Sus propios ciudadanos tendrían que pagar el precio alto por esa mercancía, claro, pero en conjunto ganarían más gracias al extranjero de lo que ellos tendrían que desembolsar.

—Cuando sepa cómo se determinan los precios de todos los productos hoy en día, verá lo imposible que es que se alteren, excepto en referencia a la cantidad o dificultad del trabajo requerido para producirlos^[16] —fue la contestación del Dr. Leete—. Este principio es una garantía tanto internacional como nacional, pero incluso sin él, la conciencia de un interés común, tanto internacional como nacional, y la convicción de lo absurdo del egoísmo son hoy muy profundas e imposibilitan un comportamiento tan duro como el que describe. Debe entender que todos anhelamos que algún día el mundo se unifique como un único Estado. Esa, sin duda, será la forma de sociedad definitiva y se beneficiará de ventajas económicas muy superiores a las del presente sistema federal de naciones autónomas. Mientras tanto, de todas maneras, el sistema presente funciona casi a la perfección, por lo que no tenemos inconveniente en dejar a la posteridad la finalización del plan. Los hay, desde luego, que dicen que este plan nunca se realizará arguyendo que el esquema federal no es solo una solución provisional al problema de la sociedad humana, sino la mejor solución definitiva posible.

—¿Cómo se las arreglan —pregunté— cuando las balanzas de dos países cualesquiera no están equilibradas? Supongamos que importamos más de Francia de lo que exportamos.

—Al final de cada año —respondió el doctor—, se examinan los libros de cada país. Si descubrimos que debemos a Francia, probablemente a nosotros nos debe algún otro país que debe a Francia y así con todos los países. Las diferencias que restan luego de que el consejo internacional haya revisado las cuentas nunca serán grandes con nuestro sistema. En cualquier caso, el consejo obliga a saldarlas cada cierto tiempo y puede obligar a hacerlo en cualquier momento si las considera excesivas, ya que se pretende que ningún país se endeude mucho con otro, no sea que se engendren sentimientos inamistosos. Para estar más prevenidos ante esto, el consejo internacional inspecciona los productos intercambiados por las naciones para comprobar que su calidad sea óptima.

—Pero ¿cómo se salda la deuda, teniendo en cuenta que no tienen dinero?

—Con materias primas o bienes de producción nacional. En toda relación mercantil hay un acuerdo preliminar de base sobre qué materias primas o bienes

pueden aceptarse y en qué cantidades para saldar cuentas.

—La emigración es otro asunto sobre el que quiero preguntarle —dije—. Con todas las naciones organizadas como una asociación industrial cerrada, que monopolizan todos los medios de producción del país, el emigrante, aunque se le permita entrar, moriría de hambre. Supongo que no hay emigración en estos tiempos.

—Al contrario, hay emigración constante, por la que imagino que se refiere al hecho de fijar la residencia permanentemente en un país extranjero —contestó el Dr. Leete—. Se organiza según un sencillo acuerdo internacional de compensaciones. Por ejemplo, si un hombre a los veintiuno emigra de Inglaterra a América, Inglaterra pierde todo el gasto de su sustento y educación y América gana un trabajador a cambio de nada. América, por tanto, hace un pago compensatorio a Inglaterra. Es un principio de aplicación general con las evidentes particularidades según los casos. Si el hombre está próximo al término de su periodo de servicio, el país que le acoge recibe el pago. Respecto a los disminuidos, se estima que lo mejor es que cada país sea responsable de los suyos, y la emigración de estas personas debe contar con total garantía de manutención por parte de su país de origen. Con arreglo a estas normas, el derecho de todo hombre a emigrar en cualquier momento es irrestricto.

—Pero ¿qué hay de los viajes únicamente de placer, las visitas para conocer otros lugares? ¿Cómo puede un extranjero viajar en un país cuyos habitantes no tienen dinero y cuentan con un sistema de suministro de medios de vida al que él no tiene acceso? Su tarjeta de crédito, claro, no valdrá en otros países. ¿Cómo se mantiene?

—Una tarjeta de crédito americana —respondió el Dr. Leete— es tan válida en Europa como el oro americano lo era antes, y exactamente bajo las mismas condiciones, a saber, que tiene que cambiarse por la moneda del país en el que viaja. Un americano en Berlín lleva su tarjeta de crédito a la oficina local del consejo internacional y recibe por toda o parte de ella una tarjeta de crédito alemana y la cantidad se anota en el debe de los Estados Unidos y en el haber de Alemania en las cuentas internacionales.

—Quizás al Sr. West le apetezca cenar en el Elefante hoy —dijo Edith, cuando nos levantamos de la mesa.

—Es el nombre que damos al comedor popular de nuestro distrito —explicó su padre—. No solo nos hacen la comida en las cocinas públicas, como le dije anoche, sino que el servicio y la calidad de la comida es mucho más satisfactoria si se toma en el comedor. Las dos comidas menores del día se suelen tomar en casa, ya que no vale la pena molestarse en salir, pero normalmente cenamos fuera. No lo hemos hecho desde que usted está con nosotros porque pensamos que sería mejor esperar hasta que estuviese un poco más familiarizado con nuestras costumbres. ¿Qué opina? ¿Le apetece que cenemos hoy en el comedor?

Dije que me encantaría.

No mucho después, Edith se acercó a mí, sonriendo, y dijo:

—Anoche, cuando pensaba en qué hacer para que se sintiera como en casa hasta

que se hubiera acostumbrado más a nosotros y a nuestros hábitos, se me ocurrió una idea. ¿Qué diría si le presentara a una gente muy agradable de su tiempo, a la que me consta que conocía seguro?

Contesté distraídamente que sería, sin duda, grato, pero que no veía manera de hacerlo.

—Acompáñeme —fue su sonriente respuesta— y verá cómo cumplo mi palabra.

Mi capacidad de sorpresa estaba ya bastante agotada por las conmociones que había recibido, pero la seguí, algo intrigado, a una habitación en la que no había entrado antes. Era una estancia acogedora, con las paredes cubiertas de estantes con libros.

—Aquí tiene a sus amigos —dijo Edith, señalando uno de los estantes, y cuando posé los ojos en los nombres de los lomos, Shakespeare, Milton, Wordsworth, Shelley, Tennyson, Defoe, Dickens, Thackeray, Hugo, Hawthorne, Irving y una veintena de otros grandes escritores de mi tiempo y de todos los tiempos, entendí lo que quería decir. Desde luego, había cumplido su promesa tan con creces que, si lo hubiera hecho en sentido literal, me habría decepcionado. Me había presentado a un círculo de amigos a los que el siglo que me había saltado desde la última vez que estuve en contacto con ellos había hecho envejecer tan poco como a mí mismo. Su espíritu era igual de elevado, su ingenio igual de agudo, sus risas y sus lágrimas igual de contagiosas, como cuando sus relatos ayudaron a pasar las horas de un siglo anterior. No estaba solo y ya no podría estarlo con esta bendita compañía, por muy vasto que fuera el abismo de años que me separaba de mi antigua vida.

—Está contento de que lo haya traído aquí —exclamó Edith, radiante, cuando leyó en mi cara el éxito de su experimento—. Fue buena idea, ¿verdad, Sr. West? ¡Qué tonta soy por no haberseme ocurrido antes! Ahora lo dejaré con sus viejos amigos, ya que sé que no hay compañía para usted como la de ellos en estos momentos, ¡pero le recuerdo que no debe dejar que los viejos amigos le hagan olvidar a los nuevos! —y, con esa advertencia, se fue sonriendo.

Atraído por el nombre que me resultaba más familiar, eché mano de un volumen de Dickens y me senté a leer. Había sido mi absoluto favorito entre los escritores del siglo —quiero decir, del siglo XIX— y rara vez dejaba pasar una semana de mi antigua vida durante la que no cogiera algún volumen de su obra para pasar el rato en un momento ocioso. Cualquiera de los que conocía me habría producido una extraordinaria impresión leído en las presentes circunstancias, pero mi excepcional familiaridad con Dickens y su poder para evocar las asociaciones de mi antigua vida daban a sus escritos un efecto que ningún otro podría haber tenido, pues por contraste me hacían apreciar con mayor intensidad todo lo extraño de mi presente circunstancia. Por muy nuevo y sorprendente que sea el entorno de uno, la tendencia es a convertirse en parte de él tan rápido que el poder de verlo objetivamente y medir todo lo extraño en él se pierde casi desde el principio. Esa capacidad, ya embotada en mi caso, se avivó gracias a las páginas de Dickens que, a través de aquellas

asociaciones, me devolvieron a la perspectiva de mi vida anterior. Veía ahora el pasado y el presente como cuadros contrastarlos, uno al lado del otro, con una claridad que no había sido capaz de alcanzar antes.

El genio del gran novelista del siglo XIX, como el de Homero, podía sin duda desafiar al tiempo, pero el escenario de sus historias de miseria, la desgracia de los pobres, las injusticias del poder, la crueldad despiadada del sistema social habían muerto tan completamente como Circe y las sirenas, Caribdis y el cíclope.

Durante la hora o dos que estuve allí sentado con Dickens abierto ante mí, no leí más que un par de páginas. Cada párrafo, cada expresión sacaba algún aspecto nuevo de la transformación que había tenido lugar en el mundo y conducía mis pensamientos por largos e intrincados caminos. Meditando así en la biblioteca del Dr. Leete, alcancé gradualmente una idea más clara y coherente del espectáculo prodigioso que se me había permitido ver de forma tan extraña, me llenó un asombro profundo ante lo aparentemente caprichoso del destino que había dado a alguien que tan poco lo merecía, o parecía de ninguna forma elegido para ello, el poder único entre sus contemporáneos de encontrarse sobre la tierra en un tiempo tan último. No había previsto el nuevo mundo ni trabajado por él, como habían hecho muchos a mi alrededor sobrellevando el menosprecio de los estúpidos o los engaños de las almas buenas. Desde luego, hubiera sido más justo que alguno de aquellos espíritus proféticos y enérgicos hubiera llegado a contemplar la realización satisfactoria de sus más esforzados sueños. Mil veces más que yo lo merecía aquel que, por ejemplo, habiendo tenido la intuición del mundo que yo contemplaba ahora, lo cantó con palabras que habían estado sonando en mi cabeza una y otra vez, durante estos últimos asombrosos días:

For I dipped into the future, far as human eye could see,
Saw the vision of the world, and all the wonder that would be;
[...]

Till the war-drum throbbed no longer, and the battle-flags were furled.
In the Parliament of man, the federation of the world.

Then the common sense of most shall hold a fretful realm in awe,
And the kindly earth shall slumber, lapped in universal law.
[...]

Yet I doubt not through the ages one increasing purpose runs,
And the thoughts of men are widened with the process of the suns^[17].

Qué importa que, de anciano, perdiera momentáneamente la fe en su propia predicción, como les ocurre normalmente a los profetas en sus horas bajas y de dudas; las palabras permanecieron como un eterno testimonio del poder visionario del

corazón del poeta, la clarividencia que da la fe.

Todavía estaba en la biblioteca cuando unas horas después vino a buscarme el Dr. Leete.

—Edith me contó su idea —dijo— y me pareció excelente. Tenía cierta curiosidad por saber a qué autor recurriría primero. ¡Dickens! ¡Así que le admiraba! En eso es en lo que nosotros los modernos estamos de acuerdo con ustedes. Según nuestros parámetros, supera a todos los escritores de su tiempo, no porque su genio literario fuera el más alto, sino porque su gran corazón se preocupaba por los pobres, porque hacía suya la causa de las víctimas de la sociedad, y dedicaba su pluma a mostrar las crueldades y humillaciones que sufrían. Nadie de su tiempo hizo tanto como él por dar a conocer a los hombres la injusticia y la miseria del antiguo orden y abrirles los ojos a la necesidad del gran cambio que llegaría más tarde, aunque ni él mismo lo previó con claridad.

Capítulo 14

Durante el día sobrevino una fuerte tormenta y concluí que las condiciones de la calle serían tales que mis anfitriones tendrían que olvidar la idea de salir a cenar, aunque, por lo que tenía entendido, el comedor estaba bastante cerca. Me sorprendí mucho cuando, a la hora de cenar, la señoras aparecieron listas para salir pero sin botas de goma ni paraguas.

El misterio se resolvió cuando nos encontramos en la calle, ya que se había puesto un toldo impermeable que protegía la acera y la convertía en un corredor bien iluminado y perfectamente seco lleno de una muchedumbre de señoras y caballeros vestidos para cenar. En las esquinas, todo el espacio abierto estaba techado de forma parecida. Edith Leete, a cuyo lado caminaba yo, parecía muy interesada en averiguar algo totalmente nuevo para ella, esto es, que con tiempo lluvioso las calles del Boston de mi época eran intransitables, excepto para las personas provistas de paraguas, botas y ropa de abrigo.

—¿No se utilizaban los toldos para cubrir las aceras? —preguntó ella.

—Se usaban —le expliqué—, pero de modo disperso y carente de todo sistema por tratarse de una cuestión privada.

Me dijo que en estos tiempos todas las calles estaban protegidas contra las inclemencias del tiempo de esta manera, y que cuando el artefacto era innecesario se enrollaba y guardaba aparte. Me confesó que se consideraría un tremendo absurdo permitir que el tiempo tuviera efecto alguno sobre la movilidad de la gente.

El Dr. Leete, que caminaba por delante y había oído parte de nuestra conversación, se volvió y dijo que la diferencia entre la edad del individualismo y la de la coordinación se caracterizaba por el hecho de que, en el siglo XIX, cuando llovía, la gente de Boston abría trescientos mil paraguas sobre igual cantidad de cabezas y en el siglo XX abrían uno sobre todas.

Según avanzábamos, Edith dijo:

—El paraguas privado es el ejemplo favorito de mi padre para ilustrar la forma antigua en que todo el mundo vivía para sí mismo y su familia. Hay un cuadro del siglo XIX en el Museo de Pintura que representa una masa de gente bajo la lluvia, cada uno sosteniendo un paraguas sobre sí mismo y su mujer, dejando que goteara sobre los otros viandantes, que mi padre sostiene debió de ser una sátira de sus tiempos hecha a propósito por el pintor^[18].

Por fin entramos en un gran edificio al que acudía la multitud. No podía ver la fachada, debido al toldo, pero si se correspondía con el interior, que era incluso más refinado que la tienda que había visitado el día anterior, sería magnífica. Mi acompañante dijo que el grupo escultórico sobre la entrada gozaba de general

aprecio. Subiendo una gran escalinata, anduvimos un rato a lo largo de un pasillo ancho con muchas puertas. Entramos en una de estas, que ostentaba el nombre de mi anfitrión, y me encontré en un elegante comedor con una mesa para cuatro. Las ventanas daban a un jardín en el que una fuente lanzaba agua a gran altura y donde la música electrificaba el ambiente.

—Parece que estén ustedes como en casa —dije, según nos sentamos a la mesa y el Dr. Leete tocaba una campanilla.

—De hecho, esta es una parte de la casa, ligeramente apartada del resto —contestó—. Todas las familias del distrito tienen una habitación individual en este gran edificio para su uso exclusivo y permanente por una pequeña cantidad anual. Los comensales de paso y personas solas tienen otro piso para ellos. Cuando venimos a cenar aquí, encargamos el menú la noche anterior, elegimos de lo que haya en el mercado, según los informes diarios de los periódicos. La comida es tan cara o sencilla como se quiera, aunque por supuesto todo es mucho más barato y mejor que si se prepara en casa. En realidad no hay nada que interese más a nuestra gente que la perfección del servicio y la comida que se les da y admito que nos gusta presumir del éxito que hemos alcanzado en esta rama del trabajo. Mi querido Sr. West, aunque otros aspectos de su civilización eran más trágicos, imagino que ninguno debía de ser más deprimente que los miserables alimentos que lomaban; esto es, todos los que no eran muy ricos.

—No encontraría usted a nadie capaz de negárselo —dije.

En ese momento, apareció el camarero, un joven de buen aspecto, vestido con un uniforme discreto. Lo observé con atención, pues era la primera vez que tenía la oportunidad de estudiar directamente el comportamiento de un miembro del ejército industrial en particular. Por lo que me habían dicho, este joven debía estar muy bien educado y ser un igual de aquellos a los que atendía tanto en lo social como en todos los demás aspectos. Pero era absolutamente evidente que la situación no resultaba en modo alguno embarazosa para ninguna de las dos partes. El Dr. Leete se dirigió al joven en un tono sin un ápice de condescendencia, por supuesto como lo habría sido el de cualquier caballero y a la vez, sin hacerle de menos en absoluto, mientras que las maneras del joven eran simplemente las de una persona que pretende llevar correctamente a cabo la tarea de la que está encargado, también sin familiaridad ni servilismo. Eran de hecho las maneras de un soldado de servicio pero sin la rigidez propia de los militares. Cuando el joven abandonó la habitación, dije:

—No puedo salir de mi sorpresa al ver a un joven como ese trabajando tan satisfecho en un puesto subalterno.

—¿Qué significa la palabra ‘subalterno’? Nunca la he oído —dijo Edith.

—Hoy está en desuso —comentó su padre—. Si no me equivoco, se aplicaba a personas que desempeñaban tareas particularmente desagradables e ingratas al servicio de otros, lo cual se consideraba despreciable. ¿No es así, Sr. West?

—Así es, más o menos —dije—. El servicio a los demás, como ser camarero, se

consideraba subalterno, y suscitaba tanto desprecio en mis días que la gente de cultura y refinamiento habría soportado grandes privaciones antes que rebajarse a ejercerlo.

—Qué idea tan artificial y extraña —exclamó la Sra. Leete, pensativa.

—Y aun así había que realizar estas tareas —dijo Edith.

—Por supuesto —respondí—. Pero se las imponíamos a los pobres y a aquellos que no tenían otra opción más que morir de hambre.

—Y aumentaban la carga impuesta con su desprecio —comentó el Dr. Leete.

—Creo que no lo entiendo bien —dijo Edith—. ¿Quiere decir que le permitían a la gente hacer cosas por las que ustedes los despreciaban, o que aceptaban servicios de ellos que ustedes no habrían estado dispuestos a prestarles? No puede querer decir eso de ninguna manera, ¿verdad, Sr. West?

Tuve que decirle que la cuestión era exactamente como la había explicado ella. El Dr. Leete, sin embargo, acudió en mi ayuda.

—Para entender por qué a Edith le sorprende —dijo—, debe saber que hoy en día es un axioma ético, que aceptar un servicio de otro que nosotros no estaríamos dispuestos a devolver amablemente, si fuera necesario, es como tomar prestado con la intención de no devolver, mientras que imponer tal servicio aprovechándose de la pobreza y necesidad de una persona sería un escándalo como un robo. Lo peor de cualquier sistema que divida a los hombres o permita que los dividan en clases y castas es que debilita la noción común de humanidad. La distribución desigual de la riqueza, e incluso, de forma más efectiva, la desigualdad de oportunidades en educación y cultura, dividían a la sociedad en su tiempo en clases que en muchos aspectos se consideraban mutuamente como razas distintas. Después de todo, nuestra forma de ver esta cuestión del servicio no es tan diferente como podría parecer. Las señoras y caballeros de la clase cultivada de su época no habrían permitido que personas de su propia clase hubieran trabajado para ellos en un servicio que se habrían negado a devolver, igual que nosotros no permitiríamos que nadie lo hiciera. No obstante, consideraban a los pobres e incultos como otra especie distinta a la suya. La igualdad de riqueza y oportunidades de cultura que todos disfrutamos ahora simplemente ha hecho que todos seamos miembros de una clase que correspondería a la clase más afortunada de su tiempo. De no haberse hecho realidad esta igualdad de condiciones, la idea de solidaridad en la humanidad, de fraternidad entre todos los hombres, no podría nunca haberse convertido en la convicción real y principio de acción práctico que es ahora. En sus días se usaban sin duda estas mismas palabras, pero eran solo palabras.

—¿También los camareros son voluntarios?

—No —contestó el Dr. Leete—. Los camareros son jóvenes del nivel de no clasificados del ejército industrial que pueden ser destinados a todo tipo de ocupaciones variopintas que no requieran habilidades especiales. Servir mesas es una de estas y todos los jóvenes la prueban. Yo mismo trabajé como camarero varios

meses en este comedor hace unos cuarenta años. Debe recordar que no se permite diferencia alguna en la dignidad de los distintos trabajos requeridos por el Estado. Nunca se ve al individuo, ni siquiera él mismo lo hace, como sirviente de aquellos a los que sirve, ni depende en modo alguno de ellos. Siempre es al Estado a quien sirve. No vemos ninguna diferencia entre las funciones de un camarero y las de cualquier otro trabajador. El hecho de que el suyo sea un servicio personal es indiferente desde nuestro punto de vista. Como el de un médico. Igual que no se me ocurre hacerle de menos por el hecho de que me sirva, no espero que a él se le ocurra menospreciarme porque en otro momento fui su médico.

Después de la cena, mis anfitriones me llevaron a ver el edificio, cuya amplitud, magnífica arquitectura y riqueza ornamental me maravilló. Al parecer no era solo un mero comedor, sino también un gran centro de ocio y vida social del barrio en el que no se veía que faltara ningún medio de entretenimiento o recreo.

—Aquí puede ver la prueba —dijo el Dr. Leete, una vez hube expresado mi admiración— de lo que le dije en nuestra primera conversación, cuando estaba contemplando la ciudad, sobre el esplendor de nuestra vida pública y común comparado con la simplicidad de nuestra vida privada y doméstica y el contraste que muestra en este aspecto el siglo XX en relación con el XIX. Para ahorrarnos cargas inútiles, en casa tenemos solo el equipamiento necesario para vivir con comodidad, pero la parte social de nuestra vida es mucho más refinada y lujosa que lo que el mundo ha visto hasta la fecha. Todos los gremios industriales y profesionales tienen círculos tan grandes como este así como casas de campo, montaña y playa para hacer deporte y descansar en vacaciones^[19].

Capítulo 15

Cuando, en el curso de nuestra ronda de inspección, llegamos a la biblioteca, sucumbimos a la tentación de los lujosos sillones de piel con los que estaba amueblada y nos sentamos en uno de los nichos forrados de libros para descansar y charlar un rato^[20].

—Edith me dice que ha estado en la biblioteca toda la mañana —dijo la Sra. Leete—. ¿Sabe?, me parece, Sr. West, que es usted el más envidiable de los mortales.

—Me encantaría saber por qué —contesté.

—Porque los libros de los últimos cien años son nuevos para usted —respondió—. Tendrá tal cantidad de la literatura más fascinante para leer en los próximos cinco años que apenas le quedará tiempo para comer. Qué no daría yo por no haber leído ya las novelas de Berrian.

—O de Nesmyth, mamá —añadió Edith.

—Sí, o los poemas de Oates, o *Pasado y presente*, o *Al principio*, o... Podría mencionar una docena de libros, cada uno merecedor de un año de nuestras vidas —manifestó la Sra. Leete, con entusiasmo.

—Concluyo, entonces, que se ha producido literatura notable en este siglo.

—Sí —dijo el Dr. Leete—. Ha sido una era de esplendor intelectual sin igual. Probablemente, la humanidad no hay conocido nunca antes una evolución moral e intelectual, a la vez tan profunda y con un tiempo de realización tan corto, como la del antiguo orden al nuevo a principios de este siglo. Cuando los hombres se dieron cuenta del alcance de la dicha que les había acontecido y de que el cambio por el que habían pasado no era solo una mejora transitoria de sus condiciones sino la elevación de la raza humana a un nuevo plano de la existencia con un panorama infinito del progreso, sus mentes se vieron afectadas en todas sus facultades por un estímulo, del que el Renacimiento medieval da una lejana idea. Entonces siguió una era de invenciones mecánicas, descubrimientos científicos, producción artística, musical y literaria a la que ninguna otra época histórica se puede comparar.

—Por cierto —dije—, hablando de literatura, ¿cómo se publican ahora los libros? ¿También esa labor corre a cargo del Estado?

—Ciertamente.

—Pero ¿cómo se las arreglan? ¿El gobierno publica todo lo que le llega automáticamente, a costa del erario público, o ejerce la censura y publica solo lo que aprueba?

—Ninguna de las dos cosas. El departamento de imprenta no tiene potestad para censurar. Está obligado a publicar todo lo que le ofrecen, pero publica solo con la

condición de que el autor pague de su cuenta el coste de la primera edición. Tiene que pagar por conseguir el oído público y, si tiene un mensaje que valga la pena escuchar, creemos que estará encantado de hacerlo. Por supuesto, si los salarios fueran desiguales, como en los viejos tiempos, esta norma solo permitiría que fueran autores los ricos; pero al ser iguales los recursos de los ciudadanos, sencillamente la norma mide la motivación del autor. El coste de una edición de un libro medio puede satisfacerse con el crédito anual ahorrando y haciendo algunos sacrificios. Una vez publicado el libro, el Estado lo pone a la venta.

—Supongo que, al igual que en nuestro tiempo, el autor recibe sus derechos —indiqué.

—Desde luego, no como con ustedes —contestó el Dr. Leete—, aunque sí en una cosa. El precio del libro se fija por el coste de publicación con unos derechos para el autor. Este fija esos derechos en la cifra que desee. Por supuesto, si pone una cifra excesivamente alta, tendrá pérdidas, pues el libro no se venderá. Esa cantidad por derechos de autor se añade a su crédito y se le libera de cualquier otro servicio al Estado durante tanto tiempo como este crédito alcance para su manutención, según la tasa de pagas para la subsistencia de los ciudadanos. Si su libro alcanza cierto éxito, tendrá un permiso de varios meses, uno, dos o tres años, y si en ese tiempo produce otra obra de éxito, la reducción del servicio se extendería proporcionalmente a las ventas. Un amor de gran aceptación consigue vivir gracias a su pluma durante el periodo completo de servicio, y la medida de la facilidad que se le da para dedicar su tiempo a la literatura es el grado de reconocimiento literario que alcanza en la opinión popular. En este aspecto, el resultado de nuestro sistema no es muy distinto del suyo, pero hay dos notables diferencias. En primer lugar, el alto nivel de la educación universal en estos tiempos luce que el veredicto popular sobre el valor real de las obras literarias sea concluyente, lo que en su tiempo era harto difícil. En segundo lugar, ahora no existe nada parecido al favoritismo de ningún tipo que interfiera con el reconocimiento del auténtico valor. Todos los autores tienen exactamente las mismas facilidades para llevar su trabajo ante el tribunal popular. A juzgar por las quejas de los escritores de su tiempo, esta igualdad absoluta de oportunidades habría sido enormemente apreciada.

—Supongo que, para el reconocimiento del mérito en otros campos del genio creativo, como la música, la pintura, la invención y el diseño —dije—, siguen un principio parecido.

—Sí —respondió—, aunque los detalles difieren. En pintura, por ejemplo, como en literatura, el pueblo es el único juez. Votan por la aceptación de estatuas y cuadros para los edificios públicos y su veredicto favorable conlleva la abstención del artista de realizar otras tareas para dedicarse a su vocación. Respecto a las copias de su trabajo a disposición del público, el pintor tiene la misma ventaja que el autor con la venta de sus libros. En todas estas disciplinas del genio creativo, se sigue el mismo plan: ofrecer facilidades a los aspirantes y, tan pronto como se reconoce un talento

excepcional, liberarlo de todos los impedimentos y dejarle vía libre. La exención de otro servicio en estos casos no está pensada como regalo o recompensa, sino como el medio de obtener más y mejor servicio. Por supuesto, la pertenencia a alguno de los varios institutos literarios, artísticos y científicos abierta a los famosos es enormemente apreciada. El más alto honor del país, más aún que la presidencia, para la que solo se requieren buen juicio y devoción por el deber, es la cinta roja, otorgada por el voto del pueblo a los grandes autores, pintores, ingenieros, médicos e inventores de cada generación. Los poseedores de la distinción no pueden exceder de un determinado cupo, aunque todos los jóvenes brillantes del país pasan en vela innumerables horas soñando con ella. Incluso yo lo hice.

—Como si mamá y yo te hubiéramos tenido en mayor estima por eso —exclamó Edith—; lo que no quiere decir que no sea algo muy valioso de poseer, por supuesto.

—No tenías otra opción, querida, que tomar a tu padre tal como es y ayudarle a ser lo mejor posible. —Respondió el Dr. Leete—. En cuanto a tu madre, nunca me habría aceptado si no le hubiera asegurado que estaba destinado a ganar el lazo rojo o al menos el azul.

Al escuchar esta referencia, la señora Leete se limitó a sonreír.

—¿Y qué hay de los periódicos y las revistas? —dije—. No negaré que su sistema de publicación de libros supone un avance considerable en relación con el nuestro, tanto por su tendencia a animar la auténtica vocación literaria como, también bastante importante, a desanimar a los meros escritorzuelos, pero no veo cómo se puede aplicar a periódicos y revistas. Está muy bien hacer a un hombre pagar por publicar un libro porque el gasto será solo ocasional, pero nadie podría permitirse el gasto de publicar un periódico todos los días del año. Hubo que recurrir a los rebosantes bolsillos de nuestros inversores privados para hacerlo y a menudo incluso vaciarlos antes de que llegaran a ver algún beneficio. Si realmente tienen periódicos, me imagino que son publicados por el gobierno con cargo al erario público, con editores del gobierno y que reflejan las opiniones del gobierno. Ciertamente, si su sistema es tan perfecto que nunca hay nada que criticar del desarrollo de las cosas, este método puede valer. De otra manera, pensaría que la falta de un medio no oficial de expresión de la opinión pública tendría los resultados más desafortunados. Confíese, Dr. Leete, que una prensa libre, con todo lo que implica, era un rasgo compensatorio del antiguo sistema en que el capital estaba en manos privadas, y que ustedes tendrán que apuntarse aquí un fallo frente a sus aciertos en otros aspectos.

—Me temo que no puedo darle siquiera ese consuelo —contestó el Dr. Leete, riéndose—. En primer lugar, Sr. West, la prensa no es de ninguna forma el único o el mejor vehículo para la crítica seria de los asuntos públicos, al menos desde nuestro punto de vista. Los juicios de sus periódicos en este tipo de temas nos parecen generalmente burdos y displicentes, así como profundamente teñidos de prejuicios y amargura. En la medida en que puedan tomarse como expresión de la opinión pública, dan una impresión desfavorable de la inteligencia del pueblo, mientras que si

servían para formar dicha opinión pública, el país no saldría ganando con ello. Hoy, cuando un ciudadano desea dejar una huella profunda en el espíritu del pueblo sobre cualquier aspecto de los asuntos públicos, difunde un escrito o panfleto, que se publica como cualquier libro. Pero no es porque carezcamos de periódicos y revistas o porque estos no sean totalmente libres. La prensa está organizada para expresar de modo perfecto la opinión pública, más de lo que jamás estuvo en sus días, cuando el capital privado la controlaba y dirigía, en primer lugar, como un negocio para hacer dinero y, solo en segundo lugar, como portavoz del pueblo.

—Pero —dije— si el gobierno publica los periódicos con cargo al erario público, ¿cómo dejará de controlar su política? ¿Quién nombra a los editores, si no es el gobierno?

—El gobierno no paga el coste de los periódicos, ni nombra a sus editores, ni de ninguna manera ejerce la más mínima influencia en sus políticas —respondió el Dr. Leete—. La gente que compra el periódico paga el coste de su publicación, elige a su editor y le destituye cuando resulta insatisfactorio. Creo que es difícil decir que un periódico así no es un órgano libre de opinión popular.

—Desde luego que lo es —contesté—, pero ¿cómo se puede llevar a cabo?

—Nada más sencillo. Suponga que algunos de mis allegados o yo mismo creyéramos conveniente tener un periódico que reflejara nuestras opiniones y dedicado especialmente a nuestra localidad, gremio o profesión. Hablamos con la gente hasta que conseguimos los nombres de cierto número de personas cuyas suscripciones anuales cubrirán los costes del periódico, que serán cuantiosos o no, según sea la audiencia. La cuantía de las suscripciones detraída de los créditos de los ciudadanos asegura al Estado frente a las pérdidas mientras que él se limita a garantizar la impresión sin opción a rechazar el encargo que se le hace. Los suscriptores del periódico eligen a alguien como director, al cual se libera de cualquier otro servicio mientras permanezca en esta función, si acepta el cargo. En vez de pagarle un salario, como en su época, los suscriptores pagan al Estado una compensación igual al coste de su sustento al ser apartado del servicio general. Este director controla el periódico tal como lo hacían los directores de su tiempo, excepto que no tiene que obedecer a ningún departamento de contabilidad ni defender los intereses del capital privado por encima del bien público. Al final del primer año, los suscriptores lo reeligen para el siguiente o escogen a cualquier otro para ocupar su lugar. Un director capaz, por supuesto, conserva su puesto indefinidamente. Según la lista de suscriptores crece, los fondos del periódico aumentan y lo mejoran haciéndose con más colaboradores y de mayor valía, igual que hacían sus periódicos.

—¿Cómo se recompensa a la plantilla de colaboradores, si no se les puede pagar con dinero?

—El director fija con ellos el precio de sus colaboraciones. Se transfiere la cantidad a su crédito individual del fondo de provisión del periódico, y se concede una reducción del servicio al colaborador por un periodo de tiempo correspondiente a

la cantidad que se le ha abonado, como al resto de escritores. Respecto a las revistas, el sistema es el mismo. Los interesados en crear una nueva publicación buscan suficientes suscripciones para sostenerla durante un año; eligen a su director, que recompensa a sus colaboradores de la misma manera que en el otro caso, el departamento de imprenta provee los obreros y materiales necesarios para la impresión, automáticamente. Cuando ya no se desean los servicios de un director, si no puede ganarse el derecho a su tiempo mediante otro trabajo literario, simplemente vuelve a su puesto en el ejército industrial. Debería añadir que, aunque normalmente se elige al director solo al final del año y lo normal es que permanezca en el cargo durante varios años, si imprime un giro repentino a la línea del periódico; se toman las medidas necesarias para despedirle en cualquier momento si así lo deciden los suscriptores.

—Por mucho que un hombre anhele de todo corazón tiempo libre con el propósito de estudiar o meditar —observé—, no puede deshacerse del arnés, si le he entendido bien, excepto de estas dos formas que usted ha mencionado. Tiene que indemnizar al Estado mediante productividad literaria, artística o científica por la pérdida de sus servicios, o bien ha de conseguir un número de personas suficiente para pagar a esa indemnización.

—Es absolutamente cierto —respondió el Dr. Leete— que, actualmente, ningún hombre capacitado físicamente puede evadir su parte de trabajo correspondiente y vivir del esfuerzo de los demás, tanto si gusta de llamarse a sí mismo estudioso, como si confiesa ser sencillamente un vago. Al mismo tiempo, nuestro sistema es lo suficientemente elástico como para dar salida a todos los instintos de la naturaleza humana que no apuntan a dominar a los demás o vivir del fruto del trabajo ajeno. No solo existe la reducción mediante indemnización sino la reducción por rechazo. Cualquier hombre de treinta y tres años, en el ecuador de su periodo de servicio, puede obtener una liberación honrosa del servicio de trabajo, siempre que acepte la mitad de la asignación para subsistir que reciben los otros ciudadanos. Es muy posible vivir con esta cantidad, aunque uno debe renunciar a los lujos y riquezas de la vida, quizá junto con algunas de sus comodidades.

Cuando las señoras se retiraron por la noche, Edith me trajo un libro y dijo:

—Si se queda usted despierto, Sr. West, quizá le interese hojear esta narración de Berrian. Se considera su obra maestra y al menos le dará una idea de cómo son los relatos de hoy en día.

Esa noche estuve sentado en mi habitación leyendo *Penthesilia*^[21] hasta que el Oriente empezó a teñirse de gris, y no me acosté en tanto no lo acabé. De todas formas, que no se ofenda ningún admirador del gran novelista del siglo xx si digo que, en la primera lectura, lo que más me impresionó fue, no tanto lo que estaba en el libro, como lo que no estaba. Los autores de mi tiempo habrían juzgado tarea ligera la fabricación de ladrillos sin paja comparada con la construcción de una novela despojada de todos los efectos derivados de los contrastes de riqueza y pobreza,

educación e ignorancia, ordinariez y refinamiento, clase alta y baja, todos los temas derivados del orgullo y la ambición sociales, el deseo de ser más rico o el miedo a ser más pobre, junto con los sórdidos temores de cualquier tipo por uno mismo o los demás; una novela en la que hubiera, de hecho, amor en abundancia, pero amor no corroído por barreras artificiales creadas por diferencias de posición social y posesiones, un amor sin otra ley más que la del corazón.

La lectura de *Penthesilia* fue más valiosa que cualquier explicación detallada para darme algo así como una impresión general del aspecto social del siglo xx. La información que el Dr. Leete me había transmitido era desde luego abundante en datos, pero estos habían formado en mi espíritu muchas impresiones separadas, que hasta ahora había conseguido encajar de manera imperfecta. Berrian creó con ellas una imagen nítida para mí.

Capítulo 16

A la mañana siguiente, me levanté poco antes de la hora de desayunar. Cuando bajé las escaleras, Edith apareció en la entrada de la habitación que había sido escenario de nuestro encuentro matinal descrito en un capítulo anterior.

—¡Ajá! —exclamó, con una expresión pícaro encantadora—, pensaba pasar inadvertido y salir a otra de sus solitarias caminatas matutinas que tan buenos efectos le producen. Pues ya ve que esta vez me he levantado a tiempo y le he pillado.

—Desacredita la eficacia de su propia cura —dijo— al suponer que una caminata tal traería ahora malas consecuencias.

—Me alegro mucho de oír eso —dijo—. Estaba aquí colocando unas flores para la mesa del desayuno cuando le oí bajar y pensé detectar algo furtivo en sus pasos por la escalera.

—Me ha juzgado injustamente —contesté—. No tenía propósito alguno de salir.

A pesar de sus esfuerzos por transmitir la impresión de que el encuentro era puramente accidental, tuve en ese momento la lejana sospecha de lo que después supe era cierto, a saber, que esta dulce criatura, en cumplimiento de su autoimpuesta tarea de vigilarme, se había levantado durante las últimas dos o tres mañanas a una hora inaudita para asegurarse de que yo no tuviera posibilidad de deambular solo por si me afectaba como en la pasada ocasión. Cuando me dio permiso para ayudarla a confeccionar el ramo del desayuno, la seguí a la habitación de la que había salido.

—¿Está seguro —preguntó— de que se acabaron esas sensaciones terribles que tuvo aquella mañana?

—No puedo decir que no tenga momentos en que no me sienta indudablemente extraño —respondí—, momentos en que mi identidad personal parece una pregunta sin respuesta. Sería esperar demasiado después de mi experiencia que no tuviera ocasionalmente esas sensaciones, pero en cuanto a salirme por completo de mí mismo, como estuvo a punto de sucederme esa mañana, creo que el peligro ha pasado.

—Nunca olvidaré cómo estaba esa mañana —dijo.

—Si se hubiera limitado a salvarme la vida —continué— podría, quizá, encontrar las palabras para expresar mi gratitud, pero lo que salvó fue mi cordura y no hay palabras que hagan justicia a mi deuda hacia usted. —Hablé con emoción y, de repente, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso es difícil de creer —dijo—, pero es muy agradable oírsele decir. No hice gran cosa. Estaba muy afligida por usted, lo sé. Mi padre nunca cree que nada que se pueda explicar científicamente debe asombrarnos, supongo que como ese largo sueño suyo; pero tan solo imaginarme en su lugar, me da vértigo. Sé que yo no habría podido soportarlo en absoluto.

—Eso dependería —respondí— de si un ángel viniera a apoyarla con su compasión en los momentos críticos de su condición, como a mí.

—Si mi rostro expresaba algo de los sentimientos que era mi derecho albergar hacia esa dulce y encantadora joven, que había tenido un comportamiento tan angelical conmigo, mi expresión debía de ser de adoración en aquel momento. Mi expresión o mis palabras, o ambas juntas, la hicieron bajar la mirada con un rubor encantador.

—En cuanto a la cuestión de fondo —dije—, si su experiencia no ha sido tan extraordinaria como la mía, cuando menos le habrá resultado abrumador ver a un hombre perteneciente a un siglo extraño y aparentemente muerto hace cien años, devuelto a la vida.

—Al principio parecía algo sorprendente, desde luego, e imposible de describir —dijo—, pero cuando nos empezamos a poner en su lugar y a darnos cuenta de cuán extraño debía de parecerle a usted, imagino que olvidamos nuestros propios sentimientos en gran medida; al menos sé que yo lo hice. Ya no parecía tan pasmoso sino interesante y conmovedor, mucho más de lo que había oído hasta entonces.

—Pero ¿no le parece asombroso estar sentada a la mesa conmigo, visto quien soy?

—Debe recordar que usted no nos parece tan raro a nosotros como probablemente nosotros a usted —contestó—. Nosotros pertenecemos a un futuro del que usted no podía hacerse una idea, a una generación de la que no sabía nada hasta que nos vio. Sin embargo, usted pertenece a una generación de la que nuestros antepasados formaban parte. Lo sabemos todo sobre ella; los nombres de muchos de sus miembros son muy familiares para nosotros. Hemos estudiado sus maneras de vivir y pensar; nada de lo que dice o hace nos sorprende, mientras que nosotros no decimos ni hacemos nada que a usted no le resulte extraño. Así que ya ve, Sr. West, que si siente que puede, con el tiempo, acostumbrarse a nosotros, no debe sorprenderse de que desde el principio nosotros apenas le encontremos extraño en absoluto.

—No había pensado en ello de esa forma —respondí—. Desde luego, hay mucho de cierto en lo dice. Uno puede mirar atrás mil años más fácilmente que cincuenta hacia adelante. Un siglo no es muy largo en retrospectiva. Puede que conociera a sus bisabuelos. Probablemente lo hice. ¿Vivían en Boston?

—Eso creo.

—¿Entonces no está segura?

—Sí —contestó—. Ahora que lo pienso, sí.

—Yo tenía un amplio círculo de conocidos en la ciudad —dije—. No es improbable que los conociera o supiera de su existencia. Quizá los conocí a fondo. ¿Acaso no sería interesante si por casualidad pudiera contarle todo sobre su bisabuelo, por ejemplo?

—Muy interesante.

—¿Conoce su genealogía lo suficientemente bien como para contarme quiénes

fueron sus antepasados en el Boston de mi tiempo?

—Oh, sí.

—Quizá, entonces, me dirá en algún momento qué nombres tenían. —Estaba absorta arreglando un ramillete verde que no se sujetaba y no me contestó al momento. Unos pasos en la escalera indicaban que otros miembros de la familia estaban bajando.

—Quizá, en algún momento —dijo.

Después del desayuno, el Dr. Leete sugirió llevarme a inspeccionar el almacén central y observar en la realidad la maquinaria de distribución en funcionamiento que Edith me había descrito. Cuando nos alejamos de la casa, dije:

—Hace ya unos días que vivo en su hogar en una extraordinaria condición o más bien en ninguna en absoluto. No he hablado sobre este aspecto antes porque había bastantes otros mucho más extraordinarios. No obstante, ahora que estoy empezando sentir la tierra bajo los pies y a darme cuenta de que, viniera como viniera, aquí estoy y debo sacar el mejor partido de ello, he de hablarle de este punto.

—En cuanto a su condición de huésped en mi casa —respondió el Dr. Leete—, le ruego que no empiece a sentirse incómodo, ya que aún pretendo que se quede más tiempo. A pesar de toda su modestia, no puede sino darse cuenta de que un huésped como usted es una adquisición de la que uno no está dispuesto a deshacerse.

—Gracias, doctor —dije—. Sería absurdo, ciertamente, por mi parte fingir un exceso de escrúpulos al aceptar la hospitalidad temporal de alguien a quien debo el no estar todavía esperando el fin del mundo en una tumba viviente. Sin embargo, si voy a ser un ciudadano permanente de este siglo, debo tener alguna posición en él. Ahora bien, en mi tiempo, una persona que más o menos entrara a formar parte del mundo, como quiera que entrara, no se hacía notar en la muchedumbre desorganizada de los hombres, y podía hacerse un sitio dondequiera que él eligiera si era lo bastante fuerte. No obstante, hoy en día todo el mundo es parte de un sistema con un puesto y función definidos. Yo estoy fuera del sistema y no veo cómo puedo entrar; no parece haber ningún modo de entrar, excepto naciendo dentro o llegando como emigrante de otro sistema. —El Dr. Leete se rio efusivamente.

—Admito —dijo— que nuestro sistema es defectuoso al no proporcionar medidas para casos como el suyo, pero ya ve, nadie previó incorporaciones al mundo excepto mediante el proceso habitual. De todas formas, no debe temer que seamos incapaces de proporcionarle tanto un lugar como una ocupación a su debido tiempo. Hasta ahora ha entrado en contacto solo con los miembros de mi familia, pero no debe suponer que le he guardado en secreto. Al contrario, su caso, incluso antes de que resucitara, y en gran medida desde entonces, ha despertado el más profundo interés en el país. En vista de su precario estado de nervios, se pensó que lo mejor sería que yo me encargara exclusivamente de usted al principio y que, a través de mí y de mi familia, recibiera alguna idea general del tipo de mundo al que había llegado antes de que empezara a conocer al resto de sus habitantes. Sobre encontrarle una función en

la sociedad, no hubo duda de cuál podría ser. Pocos de nosotros tenemos en nuestro poder el conferir un servicio tan grande a la nación como el que usted prestará cuando abandone mi techo, lo que, de todas formas, no debe pensar en hacer aún durante un buen tiempo.

—¿Qué podría hacer yo? —pregunté—. Quizá se imagina que sé algún oficio, o arte, o tengo alguna habilidad especial. Le aseguro que no es el caso en absoluto. Nunca gané un dólar en mi vida, ni trabajé una hora. Soy fuerte y podría ser un obrero corriente, pero nada más.

—Si ese fuera el servicio más eficiente que pudiera prestar al país, descubriría que esa vocación se considera tan respetable como cualquier otra —respondió el Dr. Leete—; pero puede hacer algo mejor. Usted puede ser fácilmente el maestro de todos nuestros historiadores en cuestiones relativas a las condiciones sociales de fines del siglo XIX, que para nosotros es uno de los periodos históricos más fascinantes e interesantes; y cuando haya llegado el momento en que esté lo bastante familiarizado con nuestras instituciones, y esté dispuesto a enseñarnos algo que concierna a su tiempo, encontrará una cátedra de historia esperándole en una de nuestras universidades.

—¡Muy bien! Realmente muy bien —dije, muy aliviado por una sugerencia así de práctica sobre un asunto que había empezado a preocuparme—. Si su pueblo está de verdad tan interesado en el siglo XIX, sin lugar a dudas habrá un trabajo adecuado para mí. No creo que haya nada más con lo que pudiera ganarme el pan, pero ciertamente puedo afirmar, sin vanidad, estar especialmente cualificado para un puesto como el que describe.

Capítulo 17

Los procedimientos del almacén me parecieron tan interesantes como Edith los había descrito, e incluso me entusiasmé con el reseñable ejemplo que allí se ve de la eficiencia que se multiplica prodigiosamente gracias a una organización perfecta aplicada al trabajo. Es como un molino gigante, en cuya tolva caen constantemente productos de trenes y barcos de carga para ser distribuidos por el otro extremo en paquetes de libras y onzas, yardas y pulgadas, pintas y galones, correspondientes a las necesidades personales infinitamente complejas de medio millón de personas. Valiéndose de los datos que le proporcioné sobre la manera en que se vendían los productos en mis tiempos, el Dr. Leete llegó a algunas conclusiones asombrosas en este proceso a propósito de las economías efectuadas por el sistema moderno.

Cuando nos pusimos en camino a casa, dije:

—Después de lo que he visto hoy, junto con lo que me ha contado, y de lo que aprendí bajo la tutela de la señorita Leete en la tienda de muestras, tengo una idea bastante clara de su sistema de distribución y de cómo eso les permite prescindir de la circulación de la moneda. No obstante, me gustaría mucho saber algo más sobre su sistema de producción. Me ha contado usted en líneas generales cómo se recluta y se organiza su ejército industrial, pero ¿quién dirige el trabajo? ¿Qué autoridad suprema determina qué debe hacerse en cada departamento, de forma que se produzca suficiente de todo y sin embargo no se malgasten horas de trabajo? Me da la impresión de que debe de ser una función maravillosamente compleja y difícil, y debe de requerir talentos muy infrecuentes.

—¿Eso cree, de verdad? —contestó el Dr. Leete—. Le aseguro que no es nada parecido, sino más bien tan simple y que depende de principios tan obvios y fácilmente aplicables que los funcionarios de Washington a los que se les confía no necesitan más que ser hombres de juicio imparcial para cumplirla con la plena satisfacción del país. La máquina que dirigen es, sin duda, grande, pero tan lógica en sus principios, tan directa y tan simple de funcionamiento, que prácticamente se dirige sola y solo un tonto la trastornaría, y creo que usted me dará la razón tras unas pocas palabras a modo de explicación. Como ya tiene una idea bastante aproximada del funcionamiento del sistema de distribución, déjeme empezar por ahí. Incluso en su época, los estadísticos podían decirle el número de yardas de algodón, terciopelo, lana, el número de toneles de harina, patatas, mantequilla, el de pares de zapatos, sombreros y paraguas que se consumían anualmente en el país. Debido al hecho de que la producción estaba en manos privadas y que no había manera de conseguir estadísticas de la distribución real, estas cifras no eran exactas, pero estaban cerca de serlo. Ahora que se anota cada alfiler que sale del almacén nacional, por supuesto las cifras del consumo semanal, mensual o anual en posesión del departamento de

distribución al final de ese periodo, son exactas. En estas cuentas se basan los cálculos, digamos, a un año vista, tomando en consideración las oscilaciones de las tendencias y causas especiales que pueden afectar a la demanda. Cuando la administración general acepta estos cálculos, con un margen de seguridad adecuado, cesa la responsabilidad del departamento distribuidor hasta que le entregan los productos. Hablo de los cálculos facilitados para el siguiente ejercicio completo, pero en la realidad cubren todo ese tiempo solo en el caso de productos de primera necesidad, cuya demanda se puede calcular de forma fija. En la gran mayoría de las industrias menores, la demanda de sus productos fluctúa según los gustos populares y se exigen novedades con frecuencia, por lo que la producción se planifica con poca antelación al consumo, y el departamento de distribución facilita cálculos frecuentes basados en el estado semanal de la demanda.

»Ahora el campo entero de la producción y la construcción está dividido en diez grandes departamentos, cada uno de los cuales representa un grupo de industrias relacionadas, y cada una de las industrias particulares está representada por un departamento subordinado, que tiene una relación completa de la maquinaria y la mano de obra bajo su control, de la producción actual y de los medios para aumentarla. Una vez que la administración acepta los cálculos del departamento de distribución, estos se envían como órdenes a los diez grandes departamentos, que los reparten a los departamentos subordinados representantes de las industrias particulares, y estos ponen a los hombres a trabajar. Cada departamento subordinado es responsable de la tarea que le corresponde, responsabilidad que se sustancia mediante la supervisión del departamento y de la administración. Además, el departamento de distribución tampoco acepta los productos sin inspeccionarlos antes, e incluso ya en manos del consumidor, si un artículo resulta defectuoso, el sistema permite rastrear el error hasta el trabajador que lo cometió en origen. La producción de mercancías para el consumo real de la gente no exige, por supuesto, de ningún modo toda la mano de obra nacional. Una vez establecidos los cupos necesarios de las múltiples industrias, la mano de obra sobrante se dedica a otros fines de crear capital fijo, como edificaciones, maquinaria, obras de ingeniería y demás.

—Me viene a la cabeza un asunto —dije— respecto al que debe de haber descontento. Donde no se dan oportunidades para la empresa privada, ¿qué seguridad hay de que se respetarán las peticiones de grupos reducidos de personas para que se produzcan artículos para los que no existe una amplia demanda? Un decreto oficial en cualquier momento puede privarlos de los medios de satisfacer algún gusto especial, tan solo porque la mayoría no lo comparte.

—Eso, sin duda, sería una tiranía —respondió el Dr. Leete— y puede estar muy seguro de que con nosotros eso no se daría, puesto que la libertad nos es tan preciada como la igualdad o la fraternidad. Cuando conozca mejor nuestro sistema, verá que nuestros cargos públicos son de hecho, y no solo de nombre, los agentes y servidores del pueblo. La administración carece de poder para impedir la producción de ninguna

mercancía de la que siga habiendo demanda. Suponga que la demanda de algún artículo baja hasta un punto en que su producción se hace muy cara. Por supuesto, el precio ha de subir proporcionalmente, pero en tanto el consumidor quiera pagarlo, la producción continuará. Suponga, de nuevo, que hay demanda de un artículo nunca producido antes. Si la administración duda de la realidad de la demanda, una petición popular que garantiza una cierta base para el consumo obliga a producir el artículo deseado. Un gobierno, o una mayoría, que se propusiera dictar a la gente, o a una minoría, qué ha de comer, beber o vestir, como creo que los gobiernos hacían en la América de su época, se vería como un anacronismo curioso, desde luego. Quizá tuvieran ustedes razones para tolerar estas violaciones de la libertad personal, pero nosotros no las consideraríamos soportables. Me alegro de que sacara este tema, ya que me da la oportunidad de mostrarle cuánto más directo y eficiente es el control de la producción ejercida por el ciudadano individual ahora que en su tiempo, en el que prevalecía lo que llamaban iniciativa privada, aunque debería haberse llamado iniciativa capitalista, ya que el ciudadano particular medio tenía poca participación en ella.

—Habla de subir el precio de los artículos costosos —dije—. ¿Cómo pueden regularse los precios en un país donde no hay competencia entre compradores y vendedores?

—Exactamente como con ustedes —contestó el Dr. Leete—. Usted piensa que se requiere una explicación —añadió, viendo mi gesto incrédulo—, pero la explicación no tiene por qué ser larga.

En su tiempo, como en el nuestro, se reconocía que la base legítima para fijar el precio de un artículo era el coste del trabajo necesario para producirlo^[22]. En su tiempo, era la diferencia de salarios lo que marcaba la diferencia en el coste del trabajo; ahora es el número relativo de horas que constituye una jornada de trabajo en los diferentes oficios, siendo el sueldo de los trabajadores igual en todos los casos. El coste del trabajo de un hombre en un oficio tan difícil que para atraer voluntarios hay que fijar la jornada laboral en cuatro horas al día, es el doble que en un oficio donde los hombres trabajan ocho horas. El resultado respecto al coste del trabajo, como ve, es exactamente el mismo que si, bajo su sistema, se pagara al hombre que trabaja cuatro horas, el doble de salario que al otro. Este cálculo aplicado al trabajo empleado en los distintos procesos de un artículo manufacturado da su precio en relación a otros artículos. Aparte del coste de producción y transporte, el factor de la escasez afecta a los precios de algunas mercancías. En cuanto a los artículos de primera necesidad, de cuya abundancia podemos estar siempre seguros, la escasez se elimina como factor. Siempre hay un gran excedente guardado a mano con el que poder corregir las fluctuaciones de demanda o abastecimiento, incluso en la mayoría de los casos de las malas cosechas. Los precios de los artículos de primera necesidad bajan cada año, pero raramente, si es que ocurre, suben. De todas formas, hay ciertas clases de artículos en los que, de modo permanente o temporal, no hay coincidencia con la

demanda como, por ejemplo, el pescado fresco o los productos lácteos, temporalmente, y los productos muy elaborados y de materiales poco comunes, permanentemente. Todo lo que puede hacerse en estos casos es repartir el inconveniente de la escasez. Esto se lleva a cabo subiendo el precio temporalmente si la escasez es temporal o fijándolo alto si es permanente. Los precios altos en su tiempo significaban la limitación de los artículos afectados a los ricos, pero ahora, cuando los medios de todos son iguales, el efecto es simplemente que aquellos que más desean estos artículos son los que los compran. Por supuesto, el Estado, como sucede con cualquier otro proveedor de las necesidades públicas, se queda frecuentemente con pequeños lotes de productos debido a cambios en los gustos, un tiempo impropio de la estación y otras diversas causas. Se hace el sacrificio de desecharlos igual que hacían a menudo los comerciantes en su tiempo, cargando la pérdida a los costes de la empresa. De todas formas, debido al gran número de consumidores a los que se pueden ofrecer al mismo tiempo estos lotes, rara vez hay dificultad alguna en deshacerse de ellos con una mínima pérdida. Ahora ya le he dado unas nociones generales de nuestro sistema de producción, así como de distribución. ¿Lo encuentra tan complejo como esperaba?

Admití que nada podía ser más sencillo.

—Estoy seguro —dijo el Dr. Leete— de que no se falta a la verdad cuando se dice que el dueño de una de las miles de empresas privadas de su época, que tenía que mantener la vigilancia día y noche a causa de las fluctuaciones del mercado, las maquinaciones de sus rivales y el impago de sus deudores, se enfrentaba a una tarea mucho más difícil que el puñado de hombres en Washington que hoy dirigen las industrias de la nación entera. Todo esto simplemente muestra, mi querido amigo, cuánto más fácil es hacer las cosas bien que mal. Es más fácil para un general subido a un globo, con una visión perfecta del territorio, llevar a un millón de hombres a la victoria que para un sargento dirigir un pelotón en mitad de la maleza.

—El general de este ejército, que incluye a la flor y nata de los hombres de la nación, debe de ser el hombre más destacado del país, de veras más importante que el presidente de Estados Unidos —dije.

—Se trata del presidente de Estados Unidos —respondió el Dr. Leete—, es decir, que la función más importante de la presidencia es el liderazgo del ejército industrial.

—¿Cómo se le elige? —pregunté.

—Le expliqué anteriormente —contestó el Dr. Leete—, cuando le describía lo fuerte de la motivación por emulación en todos los niveles del ejército industrial, que la línea de ascenso para los mercedores nace en el nivel de oficial, pasando por tres grados, y de ahí en adelante pasando de teniente a capitán o capataz y superintendente o rango de coronel. Después, con un nivel intermedio en algunos de los oficios más numerosos, viene el general del gremio, bajo cuyo control inmediato se realizan todas las operaciones del oficio. Este mando está a la cabeza del departamento nacional que representa su oficio y es responsable de su funcionamiento ante la administración. El

general de un gremio tiene una posición espléndida y que satisface ampliamente la ambición de la mayoría de los hombres, pero por encima de este rango, que podría compararse —siguiendo las analogías militares de su tiempo— al de general de división o comandante general, está el de los jefes de los diez grandes departamentos o grupos de oficios afines. Los jefes de estas diez grandes divisiones del ejército industrial podrían compararse con los comandantes de cuerpos del ejército, o tenientes generales, teniendo cada uno bajo su mando entre una docena y una veintena de generales de los distintos gremios. Por encima de estos diez grandes oficiales, que forman su consejo, está el general en jefe, que es el presidente de los Estados Unidos.

»El general en jefe del ejército industrial debe de haber pasado por todos los niveles inferiores, desde los obreros comunes hacia arriba. Veamos cómo asciende. Como le he contado, un trabajador asciende sencillamente según los méritos de su expediente desde las filas de los soldados para llegar a candidato a teniente. Pasando por el tenientazgo, asciende a coronel, o posición de superintendente, por designación desde arriba, estrictamente limitada a los candidatos con los mejores expedientes. El general del gremio designa a los rangos inferiores, pero a él se le elige mediante sufragio, no designación.

—¡Mediante sufragio! —exclamé—. ¿No es eso desastroso para la disciplina del gremio, al tentar a los candidatos a intrigas por el apoyo de los trabajadores inferiores a él?

—Así sería, sin duda —respondió el Dr. Leete—, si los trabajadores tuvieran sufragio alguno que ejercer o algo que opinar en la elección, pero no es así. Justo aquí entra una peculiaridad de nuestro sistema. El general del gremio se elige de entre los superintendentes mediante el voto de miembros honorarios del gremio, es decir, de aquellos que han prestado su servicio al gremio y ya están retirados. Como ya sabe, a la edad de cuarenta y cinco, nos licencian del cuerpo de trabajadores y tenemos el resto de nuestras vidas para proseguir nuestro enriquecimiento personal o para el esparcimiento. De todas formas, los vínculos que establecemos en nuestra vida activa nos atan poderosamente. Las compañías que frecuentamos siguen siéndolo hasta el fin de nuestra existencia. Seguimos siempre como miembros honorarios de nuestros antiguos gremios y conservamos el más vivo y celoso interés por su bienestar y reputación en manos de la siguiente generación. En los clubes mantenidos por los miembros honorarios de los distintos gremios, en los que nos juntamos socialmente, no hay temas de conversación más habituales que aquellos que tratan de estos asuntos, es probable que los jóvenes aspirantes al liderazgo del gremio que consiguen pasar por nuestras críticas de veteranos estén bien preparados. Consciente de este hecho, el Estado confía a los miembros honorarios de cada gremio la elección de su general y me aventuro a decir que ninguna forma de sociedad anterior podría haber desarrollado un grupo de electores más perfectamente adaptados a su cometido, ya que reúnen una absoluta imparcialidad, un conocimiento de los requisitos especiales

y los expedientes de los candidatos, una presteza a la mejor decisión y una completa ausencia de interés propio.

»Se elige a cada uno de los diez tenientes generales o jefes de departamento de entre los generales de los gremios agrupados como departamento, mediante el voto de los miembros honorarios de los gremios así reunidos. Por descontado, hay una tendencia por parte de cada gremio a votar a su propio general, pero ningún gremio de ningún grupo tiene ni de cerca votos bastantes para elegir a un hombre que no apoye la mayoría de los demás. Le aseguro que estas elecciones son sumamente animadas.

—Supongo que se escoge al presidente de entre los diez jefes de los grandes departamentos —aventuré.

—Exacto, pero los jefes de departamento no pueden ser candidatos a la presidencia hasta que no han pasado un cierto número de años sin cargo alguno. Es raro que un hombre pase por todos los niveles hasta la jefatura de un departamento mucho antes de los cuarenta y al final de un periodo de cinco años, normalmente, tiene cuarenta y cinco. Si es mayor, termina su mandato de todas formas, y si es más joven, se retira a pesar de ello del ejército industrial cuando llega a su término. Devolverle a sus filas no le haría ningún bien. El intervalo antes de ser candidato a la presidencia está pensado para darle tiempo a comprender que ha vuelto a la masa general de la nación y se le identifica con ella más que con el ejército industrial. Por otra parte, se espera que emplee este periodo en estudiar el estado general del ejército, en vez del grupo especial de gremios del que era jefe. De entre los anteriores jefes de departamento que puedan elegirse en ese momento, se escoge al presidente mediante el voto de todos los hombres de la nación que no estén conectados con el ejército industrial.

—¿No le está permitido al ejército votar al presidente?

—Desde luego que no. Eso sería peligroso para su disciplina, que es obligación del presidente mantener, como representante de la nación al completo. Su mano derecha para este propósito es el cuerpo de inspectores, un departamento muy importante de nuestro sistema; al cuerpo de inspectores llegan todas las quejas e información sobre los defectos de los productos, la insolencia o la falta de eficiencia de los funcionarios o la negligencia de cualquier tipo en el servicio público. El cuerpo de inspectores, en todo caso, no espera que le lleguen las quejas. No solo está alerta para recoger e indagar todos los rumores sobre fallos en el servicio, sino que su obligación es averiguar antes que nadie lo que funcione mal en el ejército mediante una vigilancia constante y sistemática e inspección de todas las ramas de aquel. El presidente no suele estar lejos de los cincuenta años cuando le eligen y presta servicio cinco años, siendo una honrosa excepción a la regla de la jubilación a los cuarenta y cinco. Al final de su mandato, se organiza un congreso nacional para escuchar su informe y aprobarlo o reprobalo. Si se aprueba, el congreso normalmente lo elige para representar a la nación durante cinco años más en el consejo internacional.

Tengo que señalar que el congreso transmite los informes de los jefes de departamento salientes y la desaprobación de cualquiera de ellos se traduce en la imposibilidad de ser elegido presidente. No obstante, es raro, desde luego, que el país tenga razones para albergar otros sentimientos que no sean de gratitud hacia sus altos cargos. Respecto a su capacidad, el haber ascendido desde las filas inferiores mediante pruebas tan variadas y severas hasta sus puestos, es evidencia por sí misma de cualidades extraordinarias, mientras que, respecto a la fidelidad, nuestro sistema social les deja absolutamente sin otro motivo que el de ganar la estima de sus conciudadanos. La corrupción es imposible en una sociedad en la que no hay pobre que sobornar ni rico que soborne, mientras que respecto a la demagogia o la conspiración por el cargo quedan fuera de consideración debido a las condiciones de ascenso.

—Hay algo que no acabo de entender —dije—. ¿Los miembros de las profesiones liberales pueden ser elegidos para la presidencia? Y si es así, ¿cómo se les clasifica adecuadamente junto a los que se dedican a la industria?

—No se les clasifica junto a ellos —contestó el Dr. Leete—. Los miembros de las profesiones técnicas, como los ingenieros y los arquitectos, se clasifican con los gremios de la construcción; mientras que los miembros de las profesiones liberales, los médicos y los profesores, al igual que los artistas y hombres de letras que obtienen reducciones del servicio industrial, no pertenecen al ejército. De este modo eligen al presidente, pero no pueden optar al cargo. Al ser uno de sus principales deberes el control y la disciplina del ejército industrial, es fundamental que el presidente haya pasado por todos los niveles para entender su obligación.

—Es razonable —dije—; pero si los médicos y los profesores no saben lo bastante de la industria para ser presidentes, quizá tampoco, supongo, sepa el presidente lo suficiente de medicina y educación como para controlar esos departamentos.

—Y no lo hace —fue su respuesta—. Excepto en la manera general en que es responsable de hacer guardar las leyes para todas las clases, el presidente no tiene nada que ver con las facultades de medicina y educación, que están controladas por juntas de regentes propias, en las que el presidente es director *ex-officio* y tiene el voto de calidad. Estos regentes, que por supuesto responden ante el congreso, son elegidos mediante los miembros honorarios de los gremios de educación y medicina, los profesores y médicos retirados del país.

—Fíjese —dije— en que el método de elección de cargos mediante los votos de los miembros retirados de los gremios no es más que la aplicación a escala nacional del plan de gobierno mediante exalumnos, que nosotros usábamos en ocasiones en la dirección de nuestras instituciones educativas más altas^[23].

—¿De verdad? —exclamó el Dr. Leete, animado—. Eso es muy nuevo para mí y me imagino que lo será para la mayoría de nosotros, y de gran interés también. Ha habido mucha discusión sobre el germen de la idea y nos imaginábamos que, por una

vez, era algo nuevo bajo el sol. ¡Vaya, vaya! ¡En sus más elevadas instituciones educativas! Eso sí que es interesante. Debe usted hablarme más del tema.

—Verdaderamente, hay muy poco más que decir que lo que ya le he contado — contesté—. Si nosotros teníamos el germen de su idea, no era más que un germen.

Capítulo 18

Esa noche me quedé sentado durante algún tiempo después de que las señoras se retiraran, hablando con el Dr. Leete sobre el efecto del plan de exención de los hombres de continuar su servicio a la nación después de los cuarenta y cinco, asunto que salió a colación por su relato de la función que cumplían los ciudadanos retirados en el gobierno.

—A los cuarenta y cinco —dije—, un hombre aún tiene por delante diez años en que puede desempeñar un buen trabajo manual, y veinte para un buen servicio intelectual. Los hombres de disposición enérgica tendrán que ver más como una privación que como un favor el hecho de que los jubilen a esa edad y los retiren al trastero.

—Mi querido Sr. West —exclamó el Dr. Leete, sonriéndome abiertamente—, no puede imaginarse lo curiosas que nos resultan sus ideas decimonónicas y sus efectos anticuados. Sepa usted, hijo de otra especie y sin embargo la misma, que el servicio que tenemos que prestar por nuestra parte para asegurar a la nación los medios de una existencia física cómoda no se considera de ninguna manera como el más importante, el más interesante o el más digno empleo de nuestras fuerzas. Lo contemplamos como un deber necesario que tenemos que realizar antes de poder dedicarnos plenamente al más alto ejercicio de nuestras facultades, el disfrute intelectual y espiritual y los pasatiempos que son en realidad la vida. Se hace, sin duda, todo lo posible para conseguir una justa distribución de las cargas y mediante todo tipo de atractivos especiales e incentivos para aliviar el fastidio de nuestro trabajo que, sin embargo y comparativamente, no suele ser fastidioso y es, a menudo, inspirador. No obstante, el trabajo no se considera el objeto fundamental de la existencia, sino que son las actividades más elevadas e importantes para las que nos deja libres la realización de nuestra tarea.

»Por supuesto, no todos, ni siquiera la mayoría, tienen esos intereses científicos, artísticos, literarios ni eruditos que convierten el tiempo libre en la única cosa valiosa para sus poseedores. Muchos contemplan la última mitad de su vida principalmente como un periodo de diversiones de todo tipo; para viajar, para relajarse socialmente en compañía de sus amigos de siempre; un tiempo para cultivar toda clase de peculiaridades personales y gustos especiales y la búsqueda de toda forma de diversión imaginable; en una palabra, un tiempo para apreciar despreocupadamente las cosas buenas de la vida que han ayudado a crear. Sin embargo, sean cuales sean las diferencias entre nuestros gustos individuales respecto al uso que hagamos de nuestro tiempo libre, todos estamos de acuerdo en esperar el día de nuestra jubilación como el momento en que empezaremos por primera vez a disfrutar plenamente de nuestro derecho de nacimiento, el periodo en que alcanzaremos de verdad nuestra

edad adulta y seremos liberados de la disciplina y el control, con el valor intrínseco de nuestra vida. Al igual que los jóvenes de su época esperaban ansiosos los veintiuno, los hombres de estos tiempos anhelan los cuarenta y cinco. A los veintiuno nos convertimos en hombres, pero a los cuarenta y cinco renovamos la juventud. La mediana edad y lo que ustedes llamaban vejez se consideran ahora el tiempo deseado de la vida, más que la juventud. Gracias a la mejora en las condiciones de subsistencia, hoy en día, y sobre todo la liberación de todos de esa preocupación, la vejez llega muchos años después y tiene un aspecto mucho más benévolo que en el pasado. Las personas de constitución media normalmente viven hasta los ochenta y cinco o noventa años, y a los cuarenta y cinco son física y mentalmente más jóvenes, me imagino, de lo que ustedes eran a los treinta y cinco. Resulta curioso que a los cuarenta y cinco, justo cuando estamos entrando en el periodo más placentero de la vida, ustedes ya empezaban a pensar en la vejez y a mirar atrás. Para ustedes era el final de la mañana, para nosotros es el principio de la tarde, es decir, la mitad más luminosa de la vida.

Después, recuerdo que nuestra charla derivó al tema de los deportes y pasatiempos populares en el presente en comparación con los del siglo XIX.

—Por un lado —dijo el Dr. Leete—, hay una diferencia imponente. No tenemos nada que responda al concepto de deportistas profesionales, que eran una característica tan curiosa en sus tiempos, ni nuestros atletas compiten por premios monetarios, como los suyos. Nuestras competiciones son siempre únicamente por la gloria. La rivalidad generosa existente entre los diversos gremios y la lealtad de cada trabajador al suyo, suponen un estímulo constante para todas las clases de juegos y partidos en mar y tierra, en los que los jóvenes y los miembros honorarios del gremio que han cumplido su servicio tienen prácticamente el mismo interés. Las regatas gremiales de Marblehead tienen lugar la próxima semana, y podrá juzgar por sí mismo el entusiasmo popular que atraen dichos eventos en comparación con su época^[24]. La exigencia de «pan y circo» del pueblo romano se ve hoy en día como algo perfectamente razonable. Si el pan es la primera necesidad de la vida, el esparcimiento sigue de cerca y la nación provee ambos. Los americanos del siglo XIX eran igualmente desafortunados al no poder satisfacer adecuadamente la primera ni la segunda necesidad. Incluso si la gente de ese periodo hubiera disfrutado de más tiempo libre, imagino que no hubiera sabido cómo emplearlo de modo agradable. Nosotros jamás nos vemos en tal aprieto.

Capítulo 19

En el transcurso de un paseo, una mañana temprano, visité Charlestown^[25]. Entre los cambios que caracterizan el paso de un siglo en ese barrio, demasiado numerosos para reseñarlos, me fijé en particular en la desaparición de la antigua cárcel del Estado.

—Ocurrió antes de que naciera, pero recuerdo haber oído algo al respecto —dijo el Dr. Leete cuando aludí a ese hecho, en la mesa de desayuno—. No tenemos cárceles ahora. Todos los casos de atavismo se tratan en los hospitales.

—¡De atavismo! —exclamé, perplejo.

—Pues claro —respondió el Dr. Leete—. La idea de tratar punitivamente a esos desafortunados desapareció hace al menos cincuenta años, o quizá más.

—Creo que no le entiendo bien —dije—. Atavismo en mi tiempo era una palabra aplicada a los casos de personas en las que se repetía algún rasgo de un ancestro primitivo de forma evidente. ¿Debo entender que hoy en día se contempla el crimen como la repetición de un rasgo primitivo?

—Perdóneme —dijo el Dr. Leete con una sonrisa entre divertida y despectiva—, pero ya que ha hecho la pregunta de manera tan explícita, me veo obligado a decir que es precisamente así.

Después de lo que ya había aprendido sobre los contrastes morales entre el siglo XIX y el XX, era sin duda absurdo por mi parte mostrar susceptibilidad alguna al respecto, y probablemente si el Dr. Leete no hubiera hablado con ese tono de disculpa y la Sra. Leete y Edith no hubieran mostrado la correspondiente incomodidad, no me habría ruborizado como sé que lo hice.

—Nunca he temido resultar presumido respecto a mi generación —dije—; pero, de verdad...

—Esta es su generación, Sr. West —interrumpió Edith—. Es en la que usted está viviendo, ya sabe, y la llamamos nuestra simplemente porque estamos vivos ahora.

—Gracias. Intentaré pensar en ello de esa forma —dije, y cuando mis ojos se encontraron con los suyos, desapareció mi absurda sensibilidad.

—Después de todo —dije, riéndome—, me eduqué en el calvinismo y no debería sorprenderme oír hablar del crimen como un rasgo primitivo^[26].

—De hecho —dijo el Dr. Leete—, nuestro uso de la palabra no se refiere en absoluto a su generación, si, con perdón de Edith, podemos llamarla suya, en tanto que parece implicar que, aparte de nuestras circunstancias, creemos ser mejores que ustedes. En sus tiempos, al menos diecinueve de cada veinte crímenes, utilizando la palabra ampliamente para incluir todo tipo de delitos, se debían a la desigualdad de propiedades de los individuos. La necesidad tentaba a los pobres; la codicia de

mayores ganancias, o el deseo de conservar ganancias antiguas, a los pudientes. Directa o indirectamente, el deseo de dinero, que entonces significaba todo lo bueno, era el motivo de esa criminalidad, la raíz principal de un crecimiento enorme de corrupción, que amenazaba con asfixiar totalmente su civilización sin que la maquinaria legal, los tribunales y la policía apenas pudieran hacer nada. Cuando hicimos del Estado el único depositario de la riqueza del pueblo, y aseguramos a todos abundante sustento, aboliendo por un lado la necesidad y controlando por otro la acumulación de riquezas, cortamos esa raíz y el árbol envenenado que eclipsaba su sociedad se marchitó en un día, como la calabaza de Jonás^[27]. Respecto a la cantidad comparativamente menor de crímenes contra personas, sin conexión con ninguna idea de ganancia, quedaron casi completamente reducidos, incluso ya en su tiempo, a los casos de ignorancia y salvajismo; y hoy en día, en que la educación y las buenas maneras no son monopolio de unos pocos, sino universales, apenas se sabe de tales atrocidades. Ahora puede ver por qué empleamos la palabra «atavismo» como sinónimo de crimen. Prácticamente todas las formas de crimen conocidas por usted no tienen sentido ahora y, cuando aparecen, solo se pueden explicar como el afloramiento de rasgos ancestrales. Ustedes solían llamar a los que robaban, sin motivo racional aparente, cleptómanos, y cuando el caso estaba claro, estimaban absurdo castigarles como a ladrones. Su actitud hacia el cleptómano genuino es exactamente la nuestra hacia la víctima de atavismo, una actitud de compasión y restricción firme pero amable.

—Sus tribunales deben de vivir felices —observé—. Sin propiedad privada digna de mención, sin litigios entre ciudadanos sobre asuntos de negocios, sin propiedad de bienes inmuebles que dividir o deudas que cobrar, no debe de haber pleito civil alguno y sin infracciones a la propiedad, y muy pocos casos criminales, se me ocurre que casi podrían prescindir totalmente de jueces y abogados.

—De hecho prescindimos de los abogados —fue la contestación del Dr. Leete—. No nos parecería razonable, en un caso donde el único interés de la nación es averiguar la verdad, que las personas que tuvieran motivo conocido para empañarla tomaran parte en los procedimientos.

—Pero ¿quién defiende al acusado?

—Si es un criminal, no necesita defensa, ya que se declara culpable en la mayoría de los casos —respondió el Dr. Leete—. La confesión del acusado no es una mera formalidad para nosotros, como lo era para ustedes. Normalmente es el final del caso.

—No querrá decir que el hombre que se declara no culpable es liberado acto seguido.

—No, no quiero decir eso. No se acusa a nadie sin pruebas suficientes, y si alguien niega su culpabilidad, ha de ser juzgado. No obstante, los juicios son pocos, ya que, en la mayor parte de los casos, el culpable se declara culpable. Cuando hace un alegato falso y se prueba claramente que es culpable, se duplica la pena. En todo caso, la falsedad es algo tan despreciable que pocos delincuentes entre nosotros

mentirían para salvarse.

—Es lo más asombroso que me ha contado hasta ahora —exclamé—. Si mentir ha pasado de moda, este es sin duda «el nuevo paraíso y la nueva tierra donde mora la rectitud», que predijo el profeta^[28].

—De hecho, así lo creen algunas personas actualmente —fue la contestación del doctor—. Sostienen que es el comienzo de una nueva era y la teoría desde su punto de vista no carece de verosimilitud. Sin embargo, su asombro al enterarse de que el mundo ha madurado dejando atrás la mentira, carece de base. Incluso en su tiempo, la falsedad no era común entre caballeros y damas que fueran socialmente iguales. La mentira por miedo era el refugio de los cobardes, y la mentira por fraude la estratagema de los tramposos. Las desigualdades entre los hombres y el deseo de medrar hacían que mentir fuera una constante en aquel tiempo. Incluso entonces, el hombre que no temía a ningún otro ni deseaba estafarle, desdeñaba la falsedad. Gracias a que ahora somos todos iguales socialmente, y ningún hombre tiene nada que temer de ningún otro, ni puede ganar nada engañándole, el desprecio a la mentira es tan universal que rara vez se encuentra, como le dije, incluso un criminal que quiera mentir. De todas formas, cuando el acusado se declara no culpable, el juez designa a dos colegas para defender las dos partes enfrentadas en el caso. Cuán distintas son estas personas de sus abogados defensores de alquiler y fiscales, decididos a absolver o condenar de antemano, puede deducirse del hecho de que a menos que ambos estén de acuerdo en que el veredicto es justo, el caso vuelve a llevarse a juicio, mientras que cualquier rasgo de parcialidad en el tono de cualquiera de los jueces a cargo del caso sería un escándalo espantoso.

—¿Debo entender —dije— que son jueces los que se encargan de la defensa y la acusación en el caso, y también un juez el que lo instruye?

—Ciertamente. Los jueces prestan servicio en la sala y en el tribunal por turnos, y se espera que mantengan el carácter judicial igual tanto al defender como al instruir un caso. El sistema es efectivamente el de un juicio con tres jueces ocupándose de los distintos puntos de vista del caso. Cuando se ponen de acuerdo en un veredicto, consideramos que es lo más cerca de la verdad absoluta que los hombres pueden estar.

—¿Entonces han acabado con el sistema del jurado?

—Estaba bien como correctivo en el tiempo de los abogados de alquiler y de un tribunal a veces corrupto y a menudo con un mandato temporal que los hacía no independientes, pero ahora es innecesario. No concibo que nuestros jueces puedan movilizarse por algo distinto a la justicia.

—¿Cómo se selecciona a estos magistrados?

—Son una honrosa excepción a la regla que libera a todos los hombres del servicio a los cuarenta y cinco. El presidente del Estado designa a los jueces necesarios cada año de entre los que llegan a esa edad. El número de nombramientos, por supuesto, es extremadamente bajo y el honor es tan alto que existe una

compensación por el periodo adicional de servicio que sigue, y aunque puede rechazarse el nombramiento, casi nunca ocurre. El periodo son cinco años, sin posibilidad de ser nombrado de nuevo. Los miembros del Tribunal Supremo, que es el guardián de la Constitución, son elegidos de entre los jueces inferiores^[29]. Cuando aparece una vacante en ese tribunal, aquellos de los jueces inferiores, cuyo periodo expira ese año, eligen, como último acto oficial, a aquel de entre sus colegas restantes que consideran más adecuado para colmarla.

—No habiendo profesión legal que sirva como escuela de jueces —dije—, debe de ir, por descontado, directamente de la facultad de derecho al tribunal.

—No tenemos nada parecido a facultades de derecho —contestó el médico, sonriendo—. El derecho, como ciencia particular, está obsoleto. Era un sistema de casuística que la elaborada artificialidad del antiguo orden social necesitaba imperiosamente para interpretarlo, pero tan solo unas cuantas de las más simples y llanas máximas legales tienen alguna aplicación al actual estado del mundo. Todo lo respectivo a las relaciones entre los hombres es más sencillo hoy, sin comparación, que en su tiempo. Actualmente carecen de utilidad los expertos leguleyos que presidían y debatían en sus tribunales. No debe imaginar, sin embargo, que seamos en absoluto irrespetuosos con aquellos antiguos personajes ilustres por el hecho de que no les demos uso alguno. Al contrario, albergamos un sincero respeto, casi fascinación, por los únicos hombres capaces de entender y exponer la interminable complejidad de los derechos de propiedad y las relaciones de dependencia personal y comercial inherentes a su sistema. ¿Qué podría ilustrar de forma más poderosa lo intrincado y artificial de ese sistema que el hecho de tener que apartar de otros pasatiempos a la flor y nata intelectual de cada generación para proporcionar un cuerpo de entendidos capaces de hacerlo, al menos vagamente, inteligible a aquellos cuyo destino se decidía? Nuestros museos conservan los tratados de sus grandes juristas, las obras de Blackstone y Chitty, de Story y Parsons, junto a los tomos de Duns Scoto y sus colegas escolásticos, como monumentos curiosos de sutileza intelectual dedicada a asuntos alejados de los intereses del hombre moderno. Nuestros jueces simplemente son hombres maduros más extensamente informados, sensatos y prudentes.

»No debería dejar de mencionar una función importante de los jueces menores —añadió el Dr. Leete—. Decidir en los casos en que un soldado del ejército industrial se queja de alguna injusticia de un oficial. Todas esas cuestiones se instruyen y se solucionan sin apelación por un solo juez; únicamente se necesitan tres jueces para los casos más graves. La eficiencia de la industria requiere la más estricta disciplina del cuerpo de trabajadores, pero la exigencia del trabajador de un trato justo y considerado está respaldada por todo el poder del Estado. El oficial ordena y el soldado obedece, pero ningún oficial es tan altanero como para atreverse a hacer alarde de autoritarismo ante un trabajador del nivel inferior. Respecto a mala educación o grosería por parte de un funcionario de cualquier tipo en sus relaciones

con el público, ninguna de las faltas menores tiene más rápido castigo que esta. Nuestros jueces no solamente hacen que se garantice la justicia, sino también la urbanidad en todo tipo de relaciones. Por muy valioso que sea el trabajo, no se acepta como justificación de modales zafios u ofensivos.

Mientras el Dr. Leete hablaba, se me ocurrió que había oído mucho sobre el Estado y nada sobre los gobiernos de los Estados lederados en su discurso.

—¿Ha acabado la organización de la nación como unidad de trabajo con los Estados? —pregunté.

—Necesariamente —respondió—. Los gobiernos estatales habrían interferido con el control y la disciplina del ejército industrial, que, por supuesto, tenía que ser central y uniforme. Incluso si los gobiernos estatales no se hubieran convertido en inconvenientes por otras razones, se habrían vuelto superfluos debido a la prodigiosa simplificación de las tareas del gobierno desde su época. Casi la única función de la administración ahora es la de dirigir las industrias del país. La mayoría de los objetivos por los que antes existían los gobiernos ya no tienen vigencia. No tenemos ejército ni marina ni organización militar. No tenemos ministerio de interior ni del tesoro, ni servicios de tributos internos ni de ingresos, ni impuestos ni cobradores de impuestos. La única función propiamente del gobierno, tal como usted lo conocía, que aún sobrevive, es el sistema judicial y policial. Ya le he explicado lo simple que es nuestro sistema judicial comparado con su maquinaria enorme y compleja. Por supuesto, la misma ausencia de crimen y tentación al mismo que hace la labor de los jueces tan ligera, reduce el número y los deberes de la policía a un mínimo.

—Pero sin parlamentos de los Estados federados y con un congreso que solo se reúne cada cinco años, ¿cómo legislan?

—No tenemos legislación —contestó el Dr. Leete—, es decir, casi. Es raro que el congreso, incluso cuando se reúne, considere leyes de importancia, y además solo tiene poder para recomendarlas para la siguiente legislatura, no sea que se haga algo precipitadamente. Si se para a pensar un momento, Sr. West, verá que no tenemos nada que legislar. Los principios fundamentales sobre los que está fundada nuestra sociedad resuelven para siempre los litigios y los equívocos que en sus días requerían legislación.

»El noventa y nueve por ciento de las leyes de ese tiempo concernían a la definición y protección de la propiedad privada y las relaciones de compradores y vendedores. Ahora no hay propiedad privada, al margen de unas cuantas pertenencias personales, ni compra y venta, y por lo tanto el motivo de casi toda la legislación antigua ha dejado de existir. Antiguamente, la sociedad era una pirámide invertida. Todos los movimientos de la naturaleza humana tendían a volcarla y podía mantenerse de pie o, antes bien, de cabeza (si me perdona este pequeño juego de palabras)^[30], mediante un elaborado sistema de pilares, contrafuertes y cuerdas en forma de leyes. Un congreso central y cuarenta asambleas legislativas^[31], produciendo unas veinte mil leyes al año, no podían hacer nuevos pilares lo bastante

rápido para ocupar el lugar de los que se caían constantemente o se estropeaban por algún cambio en la realidad que regulaban. Ahora, la sociedad descansa sobre su base y está tan poco necesitada de apoyos artificiales como las montañas eternas.

—Pero tendrán al menos gobiernos municipales aparte de la autoridad central...

—Desde luego, y tienen funciones extensas e importantes para vigilar la comodidad y el esparcimiento de la población, y la mejora y el embellecimiento de los pueblos y las ciudades.

—Pero al no tener control sobre el trabajo de la gente, o los medios para contratarla, ¿cómo pueden hacer nada?

—Se otorga a todos los pueblos y ciudades el derecho a quedarse con cierto porcentaje del cupo del trabajo con que sus ciudadanos contribuyen al Estado para atender a sus propias obras públicas. Esta cantidad, traducida en una determinada cantidad de crédito, puede emplearse como se desee.

Capítulo 20

Casualmente, aquella tarde Edith preguntó si había visitado de nuevo la cámara subterránea del jardín en donde me habían encontrado.

—Aún no —respondí—. Para ser franco, he vacilado mucho en hacerlo, no vaya a ser que la visita reviva asociaciones demasiado fuertes para mi equilibrio mental.

—¡Ah, claro! —dijo ella—, imagino que ha hecho bien no yendo. Tenía que haberlo pensado.

—No —dije—, me alegra que lo mencione. El peligro, si lo había, se dio solo durante los primeros días. Gracias a usted, principalmente entonces como ahora, mi paso es ya tan firme en este nuevo mundo que, si viene usted conmigo para alejar a los fantasmas, me encantaría visitar ese lugar esta tarde.

Edith mostró algún reparo al principio pero, viendo que lo decía en serio, accedió a acompañarme. Desde la casa se veía entre los árboles el montículo de tierra extraída de la excavación, y en pocos pasos llegamos al lugar. Todo seguía igual que cuando el trabajo se interrumpió al descubrirse al habitante de la cámara, salvo por el hecho de que se había abierto la puerta y se había reemplazado la losa del tejado. Descendimos por la pendiente de un lado de la excavación, entramos por la puerta y nos quedamos de pie en la habitación débilmente iluminada.

Todo estaba como lo había contemplado por última vez una noche hacía ciento trece años, justo antes de cerrar los ojos para caer en aquel largo sueño. Me quedé un rato en silencio mirando a mi alrededor. Vi que mi acompañante me observaba furtivamente con expresión de curiosidad fascinada y comprensiva. Le extendí la mano y ella posó la suya en la mía; los dedos suaves respondían con una presión reconfortante a mi apretón.

Finalmente susurró:

—¿No sería mejor que nos fuéramos ya? No debe ponerse demasiado a prueba. ¡Qué extraño debe de ser para usted!

—Al contrario —contesté—, no me resulta extraño; eso es lo más extraño de todo.

—¿No es extraño? —repitió ella.

—Da igual —respondí—. Sencillamente, no siento las emociones que usted evidentemente me adjudica, y que yo creí que se manifestarían en esta visita. Me hago cargo de todo lo que supone este entorno, pero sin la inquietud que esperaba. No puede estar ni de cerca tan sorprendida como yo. Desde aquella mañana terrible en que acudió en mi ayuda, he intentado evitar pensar en mi vida anterior, igual que he intentado evitar venir aquí por miedo a las consecuencias perturbadoras. A los efectos del mundo, soy como un hombre que ha mantenido inmóvil un miembro herido pensando que es sumamente sensible y, al intentar moverlo, resulta que está

paralizado.

—¿Quiere decir que ha perdido la memoria?

—En absoluto. Recuerdo todo lo conectado con mi anterior vida, pero con una total falta de sensaciones vívidas. Lo recuerdo con claridad como si no hubiera pasado más que un día desde entonces, pero mis sentimientos sobre lo que rememoro son tan vagos como si para mi conciencia hubieran pasado los cien años que han pasado en realidad. Quizá sea posible explicar eso también. El efecto del cambio en el entorno es como el del paso del tiempo que hace que el pasado parezca remoto. Cuando me desperté de ese trance, mi anterior vida parecía ayer, pero ahora que he empezado a conocer mi nuevo entorno y a darme cuenta de los cambios prodigiosos que han transformado el mundo, ya no veo difícil, sino muy fácil, ser consciente de que he dormido durante un siglo. ¿Puede usted concebir la sensación de vivir cien años en cuatro días? De verdad me parece que he hecho exactamente eso y que es esta experiencia la que ha dado esa imagen tan remota e irreal a mi vida anterior. ¿Puede entender algo así?

—Puedo concebirlo —contestó Edith, meditabunda—, y creo que debemos estar todos agradecidos porque así sea, ya que le ahorrará mucho sufrimiento, estoy segura.

—Imagine —dije, en un esfuerzo por explicar, tanto a mí como a ella, lo extraño de mi estado mental— que un hombre oye hablar por primera vez sobre el dolor de una pérdida muchos, muchos años, quizá media vida, después de que haya ocurrido. Supongo que su sentimiento sería quizá parecido al mío. Cuando pienso en los amigos que tenía en aquel tiempo anterior, y el pesar que debieron sentir por mí, lo hago con una compasión comprensiva, más que con viva angustia, como si se tratara de un pesar que pasó hace mucho, mucho tiempo.

—No nos ha contado nada aún sobre sus amigos —dijo Edith—. ¿Tenía muchos que sufrieran su pérdida?

—Gracias a Dios, tenía muy poca familia; la más cercana, unos primos —respondí—. Pero había alguien que no era de mi familia y, sin embargo, era más querida para mí que ninguna persona de mi sangre. Se llamaba como usted. Iba a convertirse pronto en mi esposa. ¡Ay de mí!

—¡Qué pena! —suspiró Edith a mi lado—. Piense en lo desolada que debió de quedarse.

Algo en el sentimiento profundo de esta amable joven tocó una fibra sensible de mi corazón aturdido. Los ojos, antes tan secos, se me llenaron de lágrimas que hasta ahora se habían negado a salir. Cuando recobré la compostura, vi que ella también había llorado copiosamente.

—Que Dios bendiga su delicado corazón —dije—. ¿Le gustaría ver su retrato?

Durante todo aquel largo sueño, había llevado sobre el pecho un relicario con el retrato de Edith Bartlett que colgaba de una cadena de oro. Alrededor de mi cuello. Me lo quité, lo abrí y se lo di a mi acompañante. Ella se apresuró a cogerlo y, después de estudiar detenidamente el dulce rostro, rozó el retrato con los labios.

—Sé que era lo bastante buena y cariñosa para merecer sus lágrimas —dijo—, pero recuerde que su pena acabó hace mucho tiempo y que lleva en el cielo casi un siglo.

Desde luego, así era. Por muy grande que fuera su pena entonces, hacía casi un siglo que había dejado de llorar y, ya pasada mi emoción repentina, se me secaron las lágrimas. La había querido mucho en mi otra vida, ¡pero fue hace cien años! No estoy seguro, aunque supongo que algunos verán esta confesión como una prueba de falta de sentimientos, pero creo que quizá nadie ha tenido una experiencia parecida a la mía que le permita juzgarme. Cuando íbamos a abandonar la cámara, vi la gran caja fuerte de hierro que estaba en la esquina. Se la señalé a mi acompañante y dije:

—Esta era mi cámara de seguridad y mi dormitorio. En esa caja fuerte hay varios miles de dólares en oro y muchas acciones. Si hubiera sabido cuando me acosté aquella noche cuánto iba a durar mi sueño, habría pensado, a pesar de todo, que el oro garantizaría mis necesidades en cualquier país y cualquier siglo, por lejanos que fueran. La idea de que llegaría un tiempo en que perdería su poder de compra, me habría parecido la fantasía más inverosímil. Sin embargo, héteme aquí que me despierto y me encuentro entre personas a las que un carro de oro no les proporcionaría ni una barra de pan.

Como cabría esperar, no conseguí dar a Edith la impresión de que hubiera nada extraordinario en este hecho.

—¿Por qué habría de impresionarme? —se limitó a preguntar.

Capítulo 21

El Dr. Leete había sugerido que dedicáramos la siguiente mañana a inspeccionar los institutos y facultades de la ciudad, en un intento por su parte de explicar el sistema educativo del siglo xx.

—Va a observar —dijo cuando nos dispusimos a salir tras el desayuno— muchas diferencias fundamentales entre nuestros métodos de educación y los suyos, pero la diferencia principal es que hoy en día todas las personas tienen igualdad de oportunidades para una educación elevada, que en su tiempo solo una parte infinitesimal de la población disfrutaba. No podríamos pensar en haber ganado nada digno de mención por igualar el bienestar físico de los hombres sin la igualdad educativa.

—Debe de costar muchísimo —dije.

—Aunque se llevara la mitad de la renta de la nación, nadie lo vería con malos ojos —contestó el Dr. Leete—, ni siquiera aunque tuviéramos que consagrarle toda, con excepción de un mínimo. No obstante, la verdad es que el coste de educar a diez mil jóvenes no es diez ni cinco veces el de educar a mil. El principio por el cual todas las operaciones a gran escala son proporcionalmente más baratas que en una escala menor se aplica también a la educación.

—La educación universitaria era terriblemente cara en mi tiempo —dije.

—Si no he entendido mal a nuestros historiadores —respondió el Dr. Leete—, no era la educación universitaria, sino la disipación y el derroche universitarios, lo que hacía que el coste fuera tan alto. El gasto real de sus universidades era, al parecer, muy bajo, y habría sido incluso más bajo si su patrocinio hubiera sido mayor. La más elevada educación de hoy es tan barata como la más baja, ya que todos los profesores de cualquier categoría reciben el mismo sueldo, como los demás trabajadores. Simplemente hemos añadido al sistema común de educación obligatoria, en boga en Massachusetts hace cien años, media docena de grados más altos, que alcanzan hasta los veintiún años y confieren a los jóvenes lo que solía llamarse la educación propia de un caballero, en vez de soltarlos a los catorce o quince años sin ningún conocimiento más que leer, escribir y la tabla de multiplicar.

—Con independencia del coste real de estos cursos adicionales de educación —contesté—, habríamos pensado que no podíamos permitirnos la pérdida de tiempo de dedicación al trabajo. Los chicos de las clases más pobres normalmente empezaban a trabajar a los dieciséis años o antes, y conocían su profesión a los veinte.

—Ni siquiera en el campo de la producción material supone ese plan adelanto alguno —contestó el Dr. Leete—. La mayor eficiencia que la educación aporta a todos los tipos de profesiones, excepto las más rudimentarias, compensa enseguida el

tiempo perdido en adquirirla.

—También supongo que temeríamos —dije— que una educación elevada, a la par que haría a los hombres adaptarse a las profesiones, los pondría en contra de toda clase de trabajo manual.

—Ese era el efecto de la educación superior en su tiempo, según he leído —respondió el doctor—; y no era una sorpresa, ya que el trabajo manual significaba relacionarse con un tipo de gente ordinaria, basta e ignorante. Ahora no existe ese tipo de gente. Era inevitable que ese sentimiento existiera entonces, también por la razón de que se entendía que todos los hombres que recibían una educación elevada estaban destinados a ejercer sus profesiones u holgar en su riqueza, mientras que tal educación así en alguien que no fuera rico ni profesional era prueba de aspiraciones frustradas, evidencia de fracaso, una señal de inferioridad más que de superioridad. Hoy en día, por supuesto, mando la educación más elevada se considera necesaria para que el hombre pueda sencillamente vivir, sin hacer referencia a la clase de trabajo que desempeñe, su posesión no conlleva esa implicación.

—Después de todo —observé—, no hay educación alguna que pueda curar la estupidez natural o compensar las deficiencias mentales innatas. A no ser que la capacidad mental natural media del hombre esté muy por encima del nivel que tenía en mis tiempos, asegurar educación superior a buena parte de la población equivale a desaprovecharla. Pensábamos que se necesita una cierta predisposición a la influencia de la educación para que valga la pena cultivar una mente, igual que se necesita una cierta fertilidad natural en la tierra para que compense labrarla.

—Vaya —dijo el Dr. Leete—, me alegro de que utilice ese paralelismo, ya que es justo el que yo habría elegido para describir la visión moderna de la educación. Dice que la tierra tan pobre cuyo producto no compensará el trabajo de labrarla no se cultiva. Sin embargo, muchas tierras que ni de lejos compensan la labranza con su producto se cultivaban en sus días y se cultivan en los nuestros. Me refiero a jardines, parques, césped y en general, a espacios situados de forma que, si se dejaran crecer las malas hierbas y zarzas, serían adefesios e inconvenientes para todos los de alrededor. Por tanto se trabajan y, aunque su producto es mínimo, no hay tierra que, en un sentido más amplio, compense mejor su cultivo. Así ocurre con los hombres y mujeres con los que nos mezclamos socialmente, cuyas voces están siempre en nuestros oídos, cuyo comportamiento afecta a nuestra felicidad de innumerables maneras, que son, de hecho, condiciones indispensables para nuestra vida como el aire que respiramos, o cualquier otro elemento físico del que dependemos. Si, de verdad no pudiéramos permitirnos educar a todo el mundo, tendríamos que elegir a los más bastos y estúpidos por naturaleza, en vez de a los más brillantes, para recibir toda la educación que pudiéramos darles. Los naturalmente refinados e intelectuales pueden arreglarse mejor con ayudas a la cultura que aquellos peor dotados por naturaleza.

»Tomando prestado un dicho que se utilizaba frecuentemente en su época, no

consideraríamos la vida digna de ser vivida si tuviéramos que estar rodeados por una masa de hombres y mujeres ignorantes, zafios, ordinarios y totalmente incultos, como era la situación de las escasas personas cultivadas de su tiempo. ¿Se da por satisfecho un hombre con perfumarse para mezclarse con una multitud maloliente? ¿Podría sentirse mínimamente satisfecho, incluso en un apartamento palaciego, si las ventanas de las cuatro paredes dieran a los establos? Y sin embargo, esa era la situación de aquellos a los que se consideraba los más afortunados en cuanto a cultura y refinamiento en su tiempo. Sé que los pobres e ignorantes envidiaban a los ricos y cultos de entonces; pero para nosotros estos últimos, viviendo como lo hacían, rodeados de miseria y embrutecimiento, parecen poco más afortunados que los anteriores. El hombre culto de su época era como alguien hasta el cuello en una ciénaga nauseabunda con solándose con una botellita de sales. Quizá ve ahora cómo nos tomamos esta cuestión de la educación superior universal. Nada es tan importante para todos los hombres como tener por vecinos a personas inteligentes y sociables. No hay nada, entonces, que la nación pueda hacer por él que aumente tanto su propia felicidad como el hecho de educar a sus vecinos. Cuando fracasa, el valor de su propia educación se reduce a la mitad, y muchos de los gustos que ha cultivado se convierten en auténticas fuentes de dolor.

Educar a algunos hasta el grado más elevado y dejar a la masa totalmente sin formar, como ustedes hacían, convertía la brecha entre ustedes casi en la que hay entre distintas especies en la naturaleza, que no tienen medios de comunicación. ¡Qué puede ser más inhumano que esta consecuencia del acceso diferenciado a la educación! Su disfrute igual y universal deja, sin duda, las diferencias entre los hombres en cuanto a sus dones naturales como se encuentran en el estado de naturaleza, pero el nivel de los inferiores se eleva enormemente. El embrutecimiento se elimina. Todos tienen alguna noción de las humanidades, alguna apreciación de las cosas de la mente y una admiración por la aún más elevada cultura de la que se han quedado en puertas. Llegan a ser capaces de recibir e impartir, a distinto nivel, pero todos en alguna medida, los placeres e inspiraciones de una vida social refinada. La sociedad cultivada del siglo XIX, ¿en qué consistía, salvo en unos pocos oasis microscópicos en un enorme desierto inexplorado? La proporción de individuos capaces de compañías intelectuales o relaciones refinadas, comparada con la masa de sus contemporáneos, era tan infinitesimal que apenas vale la pena mencionarla en una visión amplia de la humanidad. Una generación del mundo de ahora representa un volumen de vida intelectual mayor que en cinco siglos anteriores.

»Hay aún otro punto que debería mencionar para sentar las bases y demostrar que nada aparte de la universalidad de la mejor educación podría tolerarse ahora — continuó el Dr. Leete—, y se trata de cuánto conviene a las generaciones venideras tener padres formados. Resumiendo en pocas palabras, hay tres puntos principales en los que descansa la base de nuestro sistema educativo: primero, el derecho de todo hombre a la educación más completa que la nación pueda proporcionarle para su

propia realización; segundo, el derecho de sus conciudadanos a que se les eduque, como algo necesario para que la sociedad sea agradable; tercero, el derecho del que aún no ha nacido a que le garanticen unos padres inteligentes y refinados.

No describiré en detalle lo que vi en las escuelas ese día. No habiendo tenido más que un ligero interés por los asuntos de la educación en mi anterior vida, podía ofrecer pocas comparaciones de interés. Aparte del hecho de la universalidad de la educación superior así como de la inferior, me sorprendió la importancia que se daba a la educación física, y el hecho de que la habilidad en las proezas atléticas y en los juegos igual que en la erudición contara a la hora de valorar a los jóvenes.

—La facultad de educación —explicó el Dr. Leete— tiene la misma responsabilidad para con los cuerpos como las mentes de los que están a su cargo. El desarrollo físico más elevado posible, así como el mental, de todo el mundo es el objetivo doble de un programa que dura desde los seis años hasta los veintiuno.

El magnífico estado de salud de los jóvenes en las escuelas me impresionó vivamente. Mis observaciones previas, no solo respecto a los notables atributos personales de la familia de mi anfitrión, sino de la gente que había visto en mis paseos por la calle, ya me habían sugerido la idea de que debía haber ocurrido algo así como una mejora general en el canon físico de la especie humana desde mis tiempos hasta ahora. Al comparar a estos jóvenes robustos y a estas mozas frescas y vigorosas con los que se veían en las escuelas del siglo XIX, me creí obligado a transmitir mis pensamientos al Dr. Leete. Este escuchó con gran interés lo que decía.

—Su testimonio sobre este punto —declaró— es inestimable. Creemos que ha habido una mejora como la que describe, pero, por supuesto, para nosotros solo podía ser una teoría. Gracias a su posición excepcional solamente usted en el mundo actual puede hablar con autoridad sobre este tema. Le aseguro que, cuando exponga en público su opinión, causará una auténtica sensación. En todo caso sería raro, desde luego, si la especie no mostrara una mejora. En su tiempo, la riqueza pervertía una clase con ociosidad de mente y cuerpo, mientras la pobreza minaba la vitalidad de las masas con exceso de trabajo, mala alimentación y hogares pestilentes. El trabajo demandaba niños y las cargas depositadas en las mujeres debilitaban las mismas fuentes de la vida. En vez de estas circunstancias maléficas, todo el mundo ahora disfruta de las condiciones físicas más favorables; los jóvenes están cuidadosamente alimentados y cuidados con esmero; el trabajo que se demanda de todos se limita al periodo de mayor vigor físico y nunca es excesivo; la preocupación por uno mismo y por su familia, la preocupación por ganarse la vida, la tensión por una incesante batalla por la supervivencia; todas estas influencias, que en un tiempo echaron a perder las mentes y los cuerpos de los hombres y las mujeres, ahora son desconocidas. Respecto a ciertas cuestiones, sabemos, desde luego, que ha habido una mejora. La locura, por ejemplo, que en el siglo XIX era un producto terriblemente frecuente de su loco modo de vida, prácticamente ha desaparecido junto con su alternativa, el suicidio.

Capítulo 22

Habíamos quedado con las señoras para cenar en el comedor, tras lo cual nos dejaron porque tenían algún compromiso y nos quedamos sentados a la mesa, hablando de vino y puros y sobre muchos otros asuntos.

—Doctor —dije, en el curso de nuestra charla—, moralmente hablando, tendría que ser un insensato para no admirar su sistema social en comparación con cualquier otro que haya regido en el mundo, y especialmente con el de mi desdichado siglo. Si cayera en un sueño mesmérico esta noche que durara tanto como el otro, el paso del tiempo fuera hacia atrás en vez de hacia delante, y me despertara de nuevo en el siglo XIX, cuando le contara a mis amigos lo que he visto, todos y cada uno admitirían que su mundo es un paraíso de orden, equidad y felicidad. No obstante, mis contemporáneos eran gentes prácticas y, después de expresar su admiración por la belleza moral y el esplendor material del sistema, enseguida empezarían a cuantificar y a preguntar cómo consiguen el dinero para satisfacer a todo el mundo; ya que, ciertamente, mantener toda la nación con un nivel de bienestar, e incluso lujo, como los que veo a mi alrededor, debe de implicar una riqueza enormemente mayor que la producida en mi tiempo. Ahora bien, así como podría explicarles en bastante detalle casi todo sobre los rasgos principales de su sistema, fracasaría al responder a esta pregunta y, con ese fracaso, siendo grandes cuantificadores, me dirían que lo había soñado, y no creerían ya nada más. Sé que en mi época el total de producción anual de la nación, dividido entre todos con igualdad absoluta, no ascendía a más de trescientos o cuatrocientos dólares por persona, poco más de lo suficiente para satisfacer las necesidades vitales con pocas comodidades. ¿Cómo es que ustedes tienen tantísimo más?

—Esa es una pregunta muy pertinente, Sr. West —contestó el Dr. Leete—, y no culparía a sus amigos, en el caso que usted supone, si dijeran que su historia es una alucinación, al no tener una respuesta satisfactoria. Es una pregunta que no puedo contestar exhaustivamente en una sesión, y respecto a las estadísticas exactas para corroborar lo que he expuesto en general, tengo que remitirle a los libros de mi biblioteca, pues, desde luego, sería una pena dejar que sus viejas amistades lo confundan en la contingencia que usted describe por no conocer algunas directrices.

Empecemos con unos cuantos pequeños aspectos en los que ahorramos riqueza en comparación con ustedes. No tenemos deudas nacionales, estatales, comarcales ni municipales, ni nada que pagar por ello. No tenemos ningún tipo de gastos navales ni militares en personal o en material, tampoco tenemos ejército, marina ni milicia. No tenemos servicio fiscal, ni un enjambre de asesores y recaudadores de impuestos. Respecto a nuestros jueces, policías, alguaciles y carceleros, ahora al país le es más

que suficiente solo con las fuerzas en servicio que había en Massachusetts en su tiempo. No tenemos una clase criminal alimentándose de la riqueza de la sociedad como ustedes. El número de personas, más o menos perdidas totalmente para la fuerza de trabajo por incapacidad física, de los lisiados, enfermos y minusválidos, que constituía tamaña carga sobre los capacitados en sus días, ahora que todos viven en condiciones de salud y bienestar, ha disminuido hasta proporciones casi imperceptibles y va decreciendo con cada generación hasta que un día desaparezca.

»Otra cuestión en la que ahorramos es con el desuso del dinero y los mil puestos conectados con operaciones financieras de todo tipo, en las que antes se empleaba una gran cantidad de hombres que ya no iban a los empleos útiles. Tenga también en cuenta que el derroche de los más ricos de su tiempo en desorbitantes lujos personales ha acabado, aunque esta cuestión podría sobrestimarse fácilmente. De nuevo, tenga en cuenta que ahora no hay ociosos, ni ricos ni pobres; no hay zánganos.

»Una causa muy importante de la pobreza anterior era la gran cantidad de trabajo y materiales que se malgastaba al lavar y cocinar en casa, y al llevar a cabo innumerables tareas por separado a las que ahora se les aplica el plan de cooperación.

»Un ahorro mayor que cualquiera de estos —que todos juntos en realidad— lo consigue la organización del sistema distributivo, mediante la cual el trabajo realizado una vez por mercaderes, comerciantes, tenderos, con los diversos grados de trabajadores eventuales, mayoristas, minoristas, agentes, viajantes de comercio e intermediarios de todo tipo, con una pérdida excesiva de energía en transporte innecesario y portes interminables, lo realiza una décima parte de trabajadores y sin un solo movimiento innecesario de manivela. Una característica de nuestro sistema distributivo que usted ya conoce. Nuestros estadísticos calculan que una octava parte de nuestra fuerza de trabajo es suficiente para todos los procesos de distribución que en sus días requerían la colaboración de un octavo de la población, el cual se detraía de las fuerzas encargadas de labores productivas.

—Ya voy viendo —dije— de dónde sacan su enorme riqueza.

—Perdóneme —respondió el Dr. Leete—, pero no creo que lo vea aún del todo. Los ahorros que he mencionado hasta ahora, en conjunto, teniendo en cuenta el trabajo que economizarían directa e indirectamente mediante el ahorro de material, probablemente sean equivalentes a la mitad de la suma de la producción anual de riqueza de su época. Estas cuestiones son, en todo caso, poco dignas de mención en comparación con otras pérdidas ingentes que ahora evitamos y que eran resultado inevitable de dejar las industrias de la nación a la iniciativa privada. Por muy grande que fuera el ahorro que sus contemporáneos hubieran planeado en el consumo de productos, y por maravilloso que fuera el progreso de las invenciones mecánicas, nunca hubieran salido del abismo de pobreza mientras hubieran continuado con ese sistema.

»No se podría concebir un modo más derrochador de emplear la energía humana, y para crédito del intelecto humano habría que recordar que el sistema nunca fue

planeado, sino que era simplemente la supervivencia de los tiempos primitivos en que la falta de organización social hacía imposible cualquier tipo de cooperación.

—Admito de buena gana —dije— que nuestro sistema industrial era éticamente muy malo, pero como simple maquinaria productora de riqueza, aparte de los aspectos morales, nos parecía admirable.

—Como dije —contestó el médico—, el asunto es demasiado extenso para debatirlo ahora en detalle, pero si de verdad le interesa conocer las principales críticas que nosotros los modernos hacemos de su sistema industrial en comparación con el nuestro, puedo comentarle brevemente algunas.

»El despilfarro resultante de dejar la dirección de la industria a individuos irresponsables, sin entendimiento ni conformidad entre ellos, se concentraba principalmente en cuatro puntos: primero, la pérdida por empresas fallidas; segundo, la pérdida derivada de la competencia y la hostilidad mutua de los industriales; tercero, la pérdida por excesos de producción y las crisis, con las consiguientes interrupciones de la industria; cuarto, el derroche por capital y trabajo parados todo el tiempo. Cualquiera de estos cuatro agujeros, donde todo el resto iba a parar, sería suficiente para establecer la diferencia entre riqueza y pobreza de una nación.

»Empecemos con la pérdida por empresas fallidas. En su época, la producción y distribución de mercancías se llevaba a cabo sin orden ni concierto, por tanto no había medios para saber cuál era la demanda de ningún tipo de producto, ni el ritmo de abastecimiento. Por eso, cualquier empresa de un inversor privado siempre era un experimento dudoso. El que ideaba el proyecto no tenía visión general alguna del campo industrial y el consumo, como sí tiene nuestro gobierno, y no podía estar jamás seguro de lo que la gente quería ni de los planes de otros empresarios para proveerla. En vista de esto, no nos sorprende enterarnos de que se pensaba que las apuestas eran de una contra muchas posibilidades del fracaso de cualquier negocio determinado, y que era habitual que las personas que finalmente tenían éxito, hubieran fracasado repetidamente. Si un zapatero, por cada par de zapatos que consiguiera completar, malgastara el cuero de cuatro o cinco pares, aparte de perder el tiempo dedicado a ellos, tendría más o menos las mismas oportunidades de hacerse rico que sus contemporáneos con su sistema de empresa privada y su media de cuatro o cinco fracasos por cada éxito.

»La siguiente gran pérdida era la competencia. El campo industrial era un campo de batalla tan grande como el mundo, en el que los trabajadores derrochaban energías en atacarse unos a otros que, gastadas en un esfuerzo conjunto, como hoy, habrían enriquecido a todos. No había ni asomo de misericordia ni tregua en este enfrentamiento. El hecho de entrar deliberadamente en una actividad industrial, destruir las empresas de aquellos que la habían ocupado previamente, para plantar la propia empresa sobre sus ruinas, se consideraba un logro que siempre suscitaba la admiración popular. No es un exceso de fantasía comparar este tipo de lucha con un enfrentamiento bélico real, en todo lo que se refiere a la agonía mental y al

sufrimiento físico que suponían la lucha y la miseria que inundaban a los perdedores y a los que dependían de ellos. Nada de lo que se sabe sobre su tiempo es, a primera vista, más asombroso para alguien de la época moderna que el hecho de que los hombres dedicados a la industria, en vez de confraternizar como camaradas y compañeros trabajando por un fin común, se vieran unos a otros como rivales y enemigos a los que asfixiar y derrocar. Ciertamente, esto parece pura locura, una escena propia de un manicomio. Pero mirándolo más de cerca, vemos que no es tal cosa. Sus contemporáneos, con sus mutuos degüellos, sabían muy bien lo que hacían. Los productores del siglo XIX no trabajaban juntos, como los nuestros, por el mantenimiento de la comunidad, sino cada uno únicamente por mantenerse a sí mismo a expensas de la comunidad. Si, al trabajar con esta finalidad, a la vez incrementaba la riqueza total, se trataba de un mero accidente. También era factible y habitual incrementar la propia fortuna privada mediante prácticas perjudiciales para el bienestar general. Los peores enemigos de cada cual eran necesariamente aquellos dedicados a su mismo negocio, ya que, con su plan de hacer del beneficio privado la razón de ser de la producción, lo que cada productor deseaba era que hubiera escasez del artículo que él fabricaba. Era ese interés por el que no quería que se produjese más de lo que él mismo podía producir. Asegurarse este consumo en tanto las circunstancias lo permitían, desanimando a aquellos involucrados en su línea de trabajo y acabando con ellos, era su constante esfuerzo. Cuando se había deshecho de todos los que podía, su política era aunarse con quienes no podía acabar y convertir su guerra mutua en una guerra con el público en general cerrando el mercado, como creo que ustedes lo llamaban, y subir los precios al máximo posible que la gente pudiera aguantar, sin llegar a prescindir de esos productos. El sueño del productor del siglo XIX era tener control absoluto sobre el suministro de alguna necesidad vital, de manera que podía mantener al público en el límite de la inanición e imponer los precios en la carencia generalizada de lo que suministraba. Esto es, Sr. West, lo que se llamaba en el siglo XIX un sistema de producción. Ya me dirá usted si no parece, en algunos aspectos, mucho más un sistema para evitar la producción. En algún momento que tengamos más tiempo libre, le pediré que se sienta conmigo e intente hacerme comprender, ya que jamás he podido, a pesar de haber estudiado ampliamente el asunto, cómo unas personas tan astutas como sus contemporáneos parecen haber sido en muchos aspectos, pudieron encargarse de la provisión de la comunidad a una clase cuyo interés era llevarla a la inanición. Le aseguro que, para nosotros, el milagro no es que el mundo no se enriqueciera bajo tal sistema, sino que no pereciera directamente debido a la necesidad. Esto parece aún más milagroso cuando pasamos a considerar algunos de los demás despilfarros ingentes que lo caracterizaban.

»Aparte del derroche de trabajo y capital por la industria mal encauzada, y por la constante hemorragia de su guerra industrial, su sistema estaba sujeto a convulsiones periódicas, aplastando a los prudentes y a los insensatos por igual, al degollador y a

su víctima. Me refiero a las crisis mercantiles a intervalos de cinco a diez años, que destruían las industrias de la nación, abatiendo todas las empresas débiles y paralizando las más fuertes, y a las que seguían largos periodos, a menudo de muchos años, de tiempos supuestamente grises, durante los cuales los empresarios recuperaban lentamente sus fuerzas mientras las clases trabajadoras se morían de hambre y provocaban disturbios. Entonces seguía otra breve temporada de prosperidad, tras de la que llegaría otra crisis y los consiguientes años de paralización. Cuando el comercio se desarrolló, convirtiendo a los países en dependientes unos de otros, estas crisis se volvieron mundiales, mientras aumentaba la gravedad del consiguiente estado de colapso al incrementarse la extensión afectada por las convulsiones y consecuentemente la carencia de núcleos en recuperación. Proporcionalmente, según las industrias del mundo se multiplicaban y se hacían complejas y el volumen de capital invertido se incrementaba, estos cataclismos mercantiles se hicieron más frecuentes, hasta que, a finales del siglo XIX, había dos años de malos tiempos por uno de buenos, y el sistema industrial, más extenso e imponente que nunca, parecía estar en riesgo de hundirse por su propio peso. Tras discusiones interminables, parece que en aquel tiempo sus economistas determinaron que no había más posibilidades de evitar o controlar estas crisis que si fueran sequías o huracanes. Solo quedaba aguantarlas como males necesarios y, una vez hubieran pasado, construir de nuevo la estructura hecha añicos de la industria, igual que los habitantes de una zona de terremotos vuelven a reconstruir sus ciudades en el mismo sitio.

»Al considerar las causas del problema inherente a su sistema industrial, sus contemporáneos estaban ciertamente en lo correcto. Estaban en su misma base y tenían que ser más y más maléficas a medida que el tejido mercantil crecía en tamaño y complejidad. Una de estas causas era la falta de cualquier control estatal de las distintas industrias y la consiguiente imposibilidad de desarrollo ordenado y coordinado. De esta carencia resultó inevitable que estuvieran continuamente descoordinados entre ellos y sin relación con la demanda.

»Respecto a la última causa, no había ningún criterio como el que nos da la distribución organizada, y el primer aviso de que se había excedido en algún grupo de industrias era el hundimiento de los precios, la bancarrota de los empresarios, la paralización de la producción, la reducción de salarios o el despido de trabajadores. Este proceso ocurría constantemente en muchas industrias, incluso durante los denominados buenos tiempos, pero una crisis solo tenía lugar cuando las industrias afectadas eran importantes. Había exceso de productos en los mercados que nadie compraba, por bajo que fuera el precio. Los salarios y beneficios de quienes fabricaban productos de los que había superabundancia se reducían o se eliminaban directamente, se les despojaba de su poder de compra como consumidores de otras clases de productos, de los que no había exceso, y la consecuencia era que los productos de los que no había exceso se volvían artificialmente excedentarios, hasta

que sus precios también se derrumbaban y sus fabricantes se quedaban sin trabajo y privados de ingresos. En esos momentos, la crisis era galopante y nada podía corregirla hasta que se despilfarrara la riqueza de una nación.

»Una causa, también inherente en su sistema, que a menudo producía y siempre agravaba terriblemente las crisis, era la regulación del dinero y el crédito. El dinero era esencial cuando la producción estaba en muchas manos privadas, y comprar y vender era necesario para asegurar lo que uno quería. En todo caso, se le criticaba que sustituyera la comida, la vestimenta y otras cosas por su representación convencional. La confusión mental que esto favorecía entre los productos y su representación abría el camino del sistema de crédito y sus ilusiones prodigiosas. Acostumbrada a aceptar dinero a cambio de artículos, la gente aceptaba luego promesas a cambio de dinero, y se despreocupaba de confirmar si la cosa representada estaba detrás de la representación. El dinero era un símbolo de artículos reales, pero el crédito no era más que el símbolo de un símbolo. Había un límite natural de oro y plata, esto es, de dinero de verdad, pero no de crédito, y el resultado fue que el volumen del crédito, es decir, las promesas de dinero, dejaron de guardar ninguna proporción determinada con el dinero, aún menos con los artículos que existían realmente. Bajo tal sistema, se necesitaban crisis frecuentes y periódicas por una ley tan absoluta como la que hace que una estructura que pierde su punto de equilibrio se derrumbe. Uno de los engaños del sistema era que solo el gobierno y los bancos estaban autorizados para emitir dinero; pero cualquiera que daba un dólar a crédito emitía dinero en esa medida, que era tan buena como cualquier otra para hinchar el dinero en circulación hasta la siguiente crisis. La enorme extensión del sistema de crédito era una característica de finales del siglo XIX y explica en gran medida las casi incesantes crisis mercantiles que marcaron ese periodo. Arriesgado como era el crédito, no podían dejar de lado su uso, ya que, al carecer de una organización pública estatal de capital, era el único medio que tenían para concentrarlo y dirigirlo a las empresas industriales. Era, de esta manera, un medio de lo más potente para exagerar el riesgo principal del sistema de empresa privada de la industria, posibilitando que las empresas privadas absorbieran cantidades desproporcionadas de capital disponible del país, preparando así el desastre. Las empresas mercantiles siempre estaban en gran deuda por adelantos de crédito, entre ellas y con los bancos e inversores, y el rápido cierre de este crédito a la primera señal de crisis era normalmente la causa de que esta se diera.

»La desgracia de sus contemporáneos era que tenían que cimentar su estructura mercantil con un material que podía volverse explosivo por accidente. Estaban en la difícil situación de un hombre que construye su casa con dinamita como mortero, ya que el crédito no se puede comparar con otra cosa.

»Para ver lo innecesarias que eran estas convulsiones del mercado de las que le he hablado, y cómo era el resultado de dejar la industria en manos de la gestión privada y desorganizada, considere cómo funciona nuestro sistema. El exceso de producción en líneas especiales, que era el gran demonio de su tiempo, es imposible ahora, ya

que la conexión entre distribución y oferta está vinculada a la demanda, igual que un motor lo está al regulador de velocidad. Piense en una producción excesiva de algún artículo debida a un error de cálculo. La consiguiente disminución o cese de producción en esa línea no deja a nadie sin empleo. Al momento se encuentra una ocupación para los trabajadores parados en algún otro departamento de nuestra vasta industria y solo pierden el tiempo empleado en el cambio, mientras que, en cuanto al exceso de producción, el mercado del país es lo bastante grande para manejar cualquier cantidad de producto manufacturado por exceso de oferta hasta que la demanda absorbe el excedente. En un caso de exceso de producción como el que he supuesto, no se da entre nosotros ninguna maquinaria compleja que se averíe y magnifique el error original mil veces, como sucedía con ustedes. Por supuesto, al no tener dinero, aún menos tenemos crédito. Todos los cálculos se refieren directamente a las cosas reales, la harina, el hierro, la madera, la lana y el trabajo, de los que el dinero y el crédito eran para ustedes representaciones muy engañosas. En nuestros cálculos de coste, no puede haber errores. De la producción anual se aparta la cantidad necesaria para mantener a la población y se provee el trabajo requerido para producir lo que se consumirá al año siguiente. El residuo de material y trabajo representa lo que se puede gastar de manera segura en mejoras. Si las cosechas son malas, el excedente de ese año es menor de lo habitual; eso es todo. Excepto por ligeros efectos ocasionales de esas causas naturales, no hay fluctuaciones del mercado; la prosperidad material de la nación fluye ininterrumpidamente de generación en generación, como un río que cada vez es más ancho y más profundo.

»Sus crisis mercantiles, Sr. West —siguió el doctor—, como cualquiera de los grandes derroches que mencioné antes, eran bastante, por sí solas, para obligarlos a estar siempre pendientes de ellas; pero aún tengo que hablar de otra gran causa de su pobreza, que era la ociosidad de gran parte de su capital y su trabajo. Entre nosotros es tarea de la administración mantener constantemente empleada cada pizca de capital disponible y de trabajo del país. En su tiempo no había control general sobre el capital ni el trabajo, y una gran parte de ambos no encontraba ocupación. “El capital”, solían decir, “es tímido por naturaleza”, y habría sido ciertamente insensato si no lo hubiera sido en una época en la que había una gran probabilidad de que cualquier inversión en un negocio particular acabara fracasando. No había momento alguno en que, mediadas las correspondientes garantías, no hubiera podido aumentarse enormemente el capital dedicado a la industria productiva. La proporción de este capital, así empleada, sufría fluctuaciones extraordinarias constantes, según la mayor o menor sensación de incertidumbre respecto a la estabilidad de la situación industrial, de manera que el rendimiento de las industrias nacionales variaba mucho de un año a otro. Sin embargo, por la misma razón que la cantidad de capital empleada en momentos de especial inseguridad era mucho menor que en momentos de seguridad, quedaba siempre una gran cantidad de capital que nunca se empleaba porque el peligro del mercado era siempre muy grande, hasta en los mejores tiempos.

»También hay que tener en cuenta que la gran cantidad de capital, siempre a la busca de invertir allí en donde pudiera garantizarse una seguridad aceptable, agudizaba mucho la competencia entre empresarios cuando se presentaba una oportunidad prometedora. La ociosidad del capital, el resultado de su “timidez”, por supuesto, significaba la ociosidad del trabajo en grado correspondiente. Por otra parte, cada cambio en los ajustes del mercado, cada ligera alteración de la condición del comercio y las fábricas, por no hablar de los innumerables fracasos mercantiles que tenían lugar cada año, incluso en los mejores tiempos, dejaban sin empleo constantemente a multitud de hombres durante periodos de semanas, meses o incluso años. Una gran cantidad de estas personas en busca de trabajo vagaba constantemente por el país, convirtiéndose en vagabundos profesionales con el tiempo y después en criminales. “¡Dadnos trabajo!” era el grito de un gran número de desempleados en casi todas las épocas, y en temporadas de inactividad comercial este número crecía hasta una multitud tan vasta y desesperada como para amenazar la estabilidad del gobierno. ¿Puede concebirse una manifestación más concluyente de la estupidez del sistema de empresa privada como método para enriquecer a la nación que el hecho de que, en una época de pobreza general y carencia universal, los empresarios se asfixiaran unos a otros para encontrar una oportunidad segura de invertir su capital mientras los trabajadores provocaban disturbios y ardían de rabia porque no encontraban trabajo?

»Bueno, Sr. West —siguió el Dr. Leete—, debe usted recordar que estos aspectos de los que le he hablado solo muestran de manera inversa las ventajas de la organización nacional de la industria al subrayar ciertos defectos fatales y prodigiosas estupideces de los sistemas de empresa privada de los que aquella está libre. Admitirá que ya solo estos explicarían bastante bien por qué la nación es mucho más rica que en su tiempo. No obstante, apenas le he hablado aún de lo que constituye la mayor parte de nuestra ventaja sobre ustedes, la parte positiva. Su poniendo que el sistema de la empresa privada de la industria no tuviera ninguno de los grandes fallos que he mencionado; que no hubiera despilfarro a causa de los esfuerzos baldíos resultantes de errores en el cálculo de la demanda y de la incapacidad de tener una visión general del campo industrial. Suponga, también, que no se neutralizara ni duplicara el esfuerzo debido a la competencia. Suponga, además, que no se derrochara por pánicos o crisis comerciales debido a las bancarrotas y los largos periodos de inactividad de la industria, ni tampoco por ociosidad de capital y trabajo. Suponiendo que estos males, que eran esenciales para el comportamiento de la industria con el capital en manos privadas, se pudieran evitar milagrosamente, y que el sistema se mantuviera; incluso en ese caso, la superioridad de los resultados obtenidos por el sistema industrial moderno de control estatal seguiría siendo abrumadora.

»Ustedes tenían unas fábricas textiles bastante grandes, ya en su tiempo, aunque no comparables a las nuestras. Sin duda visitó usted en su día esas enormes construcciones que cubrían decenas de miles de metros cuadrados, daban empleo a

miles de trabajadores, y combinaban bajo el mismo techo, bajo el mismo mando, los cien procesos distintos que median entre, digamos, el fardo de algodón y la bala de percal. Admiró el gran ahorro de trabajo y fuerza mecánica debidos a la interacción perfecta de los engranajes y la mano de obra. Seguro que reflexionó sobre cuán inferior sería el éxito de esa fábrica si la fuerza de trabajo empleada estuviera dispersa, cada cual trabajando por su cuenta. ¿Le parecería una exageración decir que el producto de esos trabajadores, trabajando por separado, por muy cordiales que fueran sus relaciones, crecería no de modo meramente proporcional sino mucho mayor, si sus esfuerzos se organizaran bajo el mismo mando? Y bien, Sr. West, la organización de la industria nacional bajo un único mando, de manera que todos sus procedimientos engranan unos con otros, ha multiplicado el producto total por encima del máximo al que se podía llegar con el sistema anterior, incluso sin contar los cuatro grandes fallos mencionados, en la misma proporción que el producto de esos trabajadores de la fábrica se incrementaba mediante la cooperación. La eficiencia de la fuerza de trabajo de un país, bajo la dirección de miles de capitalistas privados, incluso aunque no fueran enemigos entre sí en comparación con la conseguida bajo un solo líder, se asimila a la eficiencia militar de una turba, o una horda de bárbaros con miles de jefecillos, comparada con la de un ejército disciplinado dirigido por un general, una máquina de lucha como, por ejemplo, la del ejército alemán en los tiempo de Von Moltke^[32].

—Después de lo que me ha contado —dije—, ya no me admira tanto que la nación sea más rica que entonces, sino cómo no son todos ustedes unos Cresos^[33].

—Bueno —respondió el Dr. Leete—, nuestra situación es bastante acomodada. Nuestro tren de vida es todo lo lujoso que podríamos desear. La rivalidad de la ostentación, que en su tiempo llevaba a una extravagancia nada propicia para el bienestar, no tiene cabida, desde luego, en una sociedad de personas absolutamente iguales en cuanto a recursos, y nuestra ambición llega hasta donde atiende el disfrute de la vida. Es cierto que podríamos tener ingresos muy superiores, individualmente, si decidiéramos usar el superávit de nuestra producción, pero preferimos gastarlo en obras públicas y placeres que todos compartimos, en salas y edificios públicos, galerías de arte, puentes, estatuas, medios de transporte y las comodidades de nuestras ciudades, grandes espectáculos teatrales y musicales, y en proveer pasatiempos para la población a gran escala. Aún no ha atisbado cómo vivimos, Sr. West. En casa tenemos comodidad, pero el esplendor de nuestra vida es su aspecto social, el que compartimos con nuestros semejantes. Cuando sepa más de ello, verá en dónde se mete el dinero, como ustedes decían, y creo que estará de acuerdo en que hacemos bien en gastarlo así.

»Supongo —observó el Dr. Leete, mientras paseábamos desde el comedor hacia la casa— que ninguna crítica podía fastidiar más a los hombres de su siglo adorador de la riqueza que el juicio de que no sabían cómo hacer dinero. Sin embargo, tal es el veredicto de la historia. Su sistema industrial desorganizado y en permanente

conflicto era tan absurdo económicamente como moralmente abominable. El egoísmo era su única ciencia y el egoísmo en la producción industrial es el suicidio. La competencia, que es el instinto del egoísmo, es otra forma de referirse al despilfarro de energías, mientras que la combinación es el secreto para la producción eficiente; y hasta que la idea de incrementar el botín individual no da paso a la de incrementar las reservas comunes, no se puede llevar a cabo la combinación industrial y comenzar de verdad a crear riqueza. Incluso aunque el principio de compartir en igualdad de condiciones para todos no fuera la única base humana y racional de una sociedad, tendríamos que hacerlo cumplir por ser económicamente acertado, sobre todo al ver que en tanto no se suprime la influencia desintegradora del egoísmo, no es posible coordinación alguna de la industria.

Capítulo 23

Esa noche, cuando me senté con Edith en la sala de música para escuchar algunas piezas del programa de ese día que habían atraído mi atención, aproveché un descanso de la música para decir:

—Tengo una pregunta que hacerle y me temo que sea algo indiscreta.

—Estoy totalmente segura de que no lo es —contestó, animándome.

—Me encuentro en la posición de un fisgón —continué— que, habiendo oído por casualidad algo sobre un asunto que no le iba dirigido, pensando que quizá le concierna, tiene el descaro de acudir a la fuente para enterarse del resto.

—¡Un fisgón! —repitió, perpleja.

—Sí —dije—, pero uno inocente, como creo que reconocerá.

—Eso es muy misterioso —respondió.

—Sí —dije—, tan misterioso que a menudo he dudado si de verdad oí aquello por lo que voy a preguntarle, o si solo lo soñé. Quiero que usted me lo diga. El asunto es este: cuando estaba saliendo de mi sueño de un siglo, lo primero de lo que fui consciente fue de voces hablando a mi alrededor, voces que después reconocí como la de su padre, su madre y la suya propia. Primero, recuerdo la voz de su padre diciendo: «Va a abrir los ojos. Lo mejor sería que viera a una sola persona al principio». Después usted dijo, si no lo soñé: «Entonces, prométeme que no se lo dirás». Su padre pareció dudar si prometerlo o no, pero usted insistió, su madre intercedió, y finalmente lo prometió, y cuando abrí los ojos solo lo vi a él.

Había sido muy sincero al decir que no estaba seguro de no haber soñado la conversación que creía haber oído por casualidad, así de incomprensible era que estas personas supieran nada sobre mí, un contemporáneo de sus bisabuelos, a los que no conocía personalmente. No obstante, cuando vi el efecto que mis palabras tuvieron en Edith, lo supe, supe que no era un sueño, sino otro misterio y más desconcertante que cualquier otro con el que jamás antes me hubiera topado. Porque desde el momento en que el sentido de mi pregunta se hizo evidente, ella dio muestras del más profundo sobresalto. Sus ojos, de expresión siempre tan franca y directa, habían bajado alarmados ante los míos, mientras el rubor invadía su rostro, desde la garganta hasta la raíz del cabello.

—Perdóneme —dije, tan pronto como me recobré del desconcierto ante el extraordinario efecto de mis palabras—. Parece, por tanto, que no era un sueño. Hay algún secreto, algo sobre mí, que me están ocultando. Sinceramente, ¿no le parece un poco duro no dar a una persona en mi situación toda la información posible que le concierna?

—No le concierne a usted; es decir, no directamente. No es sobre usted exactamente —contestó, de forma apenas audible.

—Pero me concierne de alguna manera —insistí—. Tiene que ser algo de interés para mí.

—Ni siquiera sé si es así —respondió, atreviéndose a mirarme momentáneamente a la cara, sonrojándose intensamente y aun así con una curiosa sonrisa bailando en sus labios que revelaba un cierto toque de humor en la situación a pesar de lo embarazosa que parecía—. No estoy segura ni siquiera de si le interesaría.

—Su padre me lo hubiera contado —insistí, a modo de reproche—. Fue usted la que se lo prohibió. Él pensaba que debería saberlo.

No contestó. Estaba tan increíblemente encantadora en su confusión que me vi impulsado, tanto por el deseo de prolongar la situación como por mi curiosidad del principio, a importunarla aún más.

—¿Nunca lo sabré? ¿Nunca me lo contará? —dije.

—Depende —respondió, tras una larga pausa.

—¿De qué? —continué.

—¡Ay!, pregunta usted demasiado —contestó. Entonces, levantando hacia la mía una cara de ojos inescrutables, mejillas sonrojadas y labios sonrientes combinados para parecer perfectamente cautivadora, añadió—: ¿Qué pensaría si le dijera que depende de usted mismo?

—¿De mí mismo? —repetí—. ¿Cómo puede ser?

—Sr. West, nos estamos perdiendo una música preciosa —fue su única respuesta y, volviéndose hacia el teléfono musical, con un toque del dedo hizo que la estancia se balanceara al ritmo de un adagio. Después, se preocupó mucho de que la música no dejara oportunidad de conversación. Se mantuvo apartada de mí y fingió estar absorta en las melodías, pero la marea de rubor a punto de inundar sus mejillas era suficiente para revelar que solo fingía.

Cuando por fin me dijo que ya debía de haber escuchado todo lo que quería, por el momento, y nos levantamos para abandonar la estancia, vino directa a mí y dijo, sin alzar los ojos:

—Sr. West, dice que he sido buena con usted. No lo he sido especialmente, pero si usted así lo cree, quiero que prometa que no volverá a intentar hacer que le cuente eso por lo que me ha preguntado esta noche, y que no intentará averiguarlo por ninguna otra persona, mi padre o mi madre, por ejemplo.

Ante semejante petición, no había más que una respuesta posible.

—Perdóneme por consternarla. Por supuesto que lo prometo —dije—. Nunca le habría preguntado si hubiera creído que podía sobresaltarla. Pero ¿me culpa por ser curioso?

—No lo culpo en absoluto.

—Y en algún momento —añadí—, si no la importuno, puede que usted me lo cuente por decisión propia. ¿Cabe esperar eso?

—Quizá —susurró.

—¿Solo quizá?

Alzando la vista, estudió mi rostro con una mirada rápida y profunda.

—Sí —dijo—, creo que es posible que se lo cuente, en algún momento —y así acabó nuestra conversación, ya que no me dio oportunidad de decir nada más.

Esa noche creo que ni el Dr. Pillsbury podría haberme hecho dormir, al menos hasta casi la mañana. Estaba acostumbrado a alimentarme de misterios desde hacía días, pero no me había enfrentado antes a ninguno tan enigmático y fascinante a la vez como este, cuya solución me había prohibido Edith Leete siquiera buscar. Era un doble misterio. Para empezar: ¿cómo podía concebir que ella supiera ningún secreto sobre mí, un extraño de una época extraña? En segundo lugar, incluso si de verdad sabía tal secreto, ¿cómo podía explicar el efecto perturbador que su conocimiento parecía tener sobre ella? Hay rompecabezas tan difíciles que uno no puede siquiera llegar a una conjetura de su solución, y este parecía ser uno de ellos. Normalmente soy demasiado pragmático para perder tiempo en tales acertijos, pero al ser una bella joven la fuente del misterio, la fascinación aumenta. En general, sin duda, podemos asumir que los rubores de las muchachas significan lo mismo para los jóvenes de todas las edades y condiciones, pero darle esa interpretación a las mejillas sonrojadas de Edith considerando mi posición y el tiempo que hacía que nos conociáramos, y es más, el hecho de que este misterio databa de antes de conocerla a ella en absoluto, sería una muestra de completa fatuidad. Y aun así era un ángel y no sería yo un joven si la razón y el sentido común hubieran podido desterrar el tono rosáceo que mis sueños tuvieron esa noche.

Capítulo 24

Por la mañana, bajé las escaleras pronto con la esperanza de ver a Edith a solas. Sin embargo, me vi defraudado. Al no encontrarla en la casa, la busqué en el jardín, pero no estaba allí. En el curso de mi deambular, visité la cámara subterránea y me senté a descansar. Sobre la mesa de lectura había varias revistas y periódicos y, pensando que el Dr. Leete podía estar interesado en echar un vistazo a un diario de Boston de 1887, me llevé uno de los periódicos a casa.

En el desayuno, me encontré con Edith. Se ruborizó cuando me saludó, pero era perfectamente dueña de sí misma. Cuando nos sentamos a la mesa, el Dr. Leete se entretuvo examinando el periódico que había traído. Había en él, como en todos los periódicos de aquella época, mucha información sobre los problemas en las fábricas, las huelgas, los cierres patronales, los boicoteos, los programas de partidos obreros y las amenazas descabelladas de los anarquistas.

—Por cierto —dije, cuando el doctor nos leyó en alto algunas de estas noticias—, ¿qué parte tomaron los seguidores de la bandera roja en el establecimiento del nuevo orden? Lo último que supe es que estaban armando mucho ruido.

—No tuvieron nada que ver con él, excepto para entorpecerlo, claro —contestó el Dr. Leete—. Eso lo hicieron de manera muy efectiva mientras duraron, puesto que su discurso indignaba tanto a la gente que ya ni se escuchaban los proyectos de reforma social mejor considerados. El subvencionar a estos sujetos fue uno de los movimientos más hábiles de los contrarios a la reforma.

—¡Subvencionarlos! —exclamé pasmado.

—Desde luego —respondió el Dr. Leete—. Ninguna autoridad histórica actual duda de que los grandes monopolios les pagaban para que ondearan la bandera roja y hablaran de quemar, saquear y volar personas por los aires, con el propósito de evitar cualquier reforma real a base de asustar a los menos decididos. Lo que me asombra más es que ustedes fueran tan confiados como para caer en la trampa.

—¿En qué se basa para creer que el partido de la bandera roja estaba subvencionado? —pregunté.

—Pues sencillamente en que tenían que darse cuenta de que con sus métodos, por cada amigo que ganaban, forjaban mil enemigos de su supuesta causa. Suponer que no se los contratara para hacer ese trabajo es adjudicarles una locura inconcebible^[34]. En ningún país y menos en los Estados Unidos, podía partido alguno esperar razonablemente conseguir su objetivo sin ganarse antes una mayoría de la nación para su causa, como lo hizo el partido nacional^[35] en un momento dado.

—¡El partido nacional! —exclamé—. Eso debe de haber surgido después de mis tiempos. Supongo que era uno de los partidos obreros.

—¡No, no! —contestó el doctor—. Los partidos obreros, como tales, nunca podrían haber conseguido nada a gran escala ni de manera permanente. Su base como meras organizaciones de clase era demasiado limitada para llevar a cabo propósitos de alcance nacional. Estos solo fueron factibles cuando se vio que una nueva organización del sistema industrial y social sobre una base ética más elevada y para una producción de riqueza más eficiente, interesaba no solo a una clase, sino a todas las clases por igual, a ricos y pobres, cultivados e ignorantes, ancianos y jóvenes, débiles y fuertes, hombres y mujeres. Entonces surgió el partido nacional para llevarlo a cabo mediante métodos políticos. Probablemente tomó ese nombre porque su objetivo era nacionalizar las funciones de producción y distribución. De hecho, no podría haber tenido otro nombre, ya que su propósito era hacer realidad la idea del Estado con una grandeza y plenitud nunca antes concebidas, no como una asociación de hombres para ciertas funciones meramente políticas que afectasen a su bienestar de manera remota y superficial, sino como una familia, una unión vital, una vida común, un árbol imponente que tocara el cielo cuyas hojas fueran sus individuos, que se alimentan de su savia y a su vez le alimentan. El partido más patriota posible trataba de justificar el patriotismo y elevarlo desde un instinto a una devoción racional, haciendo de la tierra natal una verdadera patria, un padre que mantuviera a su pueblo vivo y no fuera simplemente un ídolo por el que se esperara que murieran.

Capítulo 25

La personalidad de Edith Leete, lógicamente, me había causado una fuerte impresión desde que llegué aquí, de una forma muy extraña, para ser un huésped de la casa de su padre, y era de esperar que después de lo que había pasado la noche anterior estuviera más preocupado que nunca pensando en ella. Desde el primer momento, me impresionó el aire de serena sinceridad e ingenua franqueza que la caracterizaba, más parecida a la de un joven noble e inocente que a cualquier muchacha que jamás hubiera conocido. Tenía curiosidad por saber en qué medida era únicamente suya esta encantadora cualidad y en qué medida un resultado de alteraciones en la posición social de las mujeres que quizás habían tenido lugar desde mis tiempos. Encontré una oportunidad ese día, cuando estaba solo con el Dr. Leete, para orientar la conversación en esa dirección.

—Supongo —dije— que las mujeres ahora, al no tener la carga del trabajo doméstico, no emplean su tiempo más que en el cultivo de sus encantos y virtudes.

—Por lo que respecta a nosotros, los hombres —respondió el Dr. Leete—, podríamos considerar que se lo habrían ganado con creces, por utilizar una de sus expresiones, si se limitaran a esa ocupación, pero puede estar seguro de que tienen un alma demasiado grande como para aceptar ser meras beneficiarias de la sociedad, incluso a cambio de adornarla. Ciertamente dieron la bienvenida a su liberación de las tareas domésticas porque, no solo eran agotadoras, sino también un despilfarro extremo de energía en comparación con el plan cooperativo, pero aceptaron la liberación de ese tipo de trabajo solamente con la condición de contribuir de manera diferente y más efectiva, así como más agradable, al bienestar común. Nuestras mujeres, al igual que nuestros hombres, son miembros del ejército industrial y lo abandonan únicamente cuando su deber como madres las reclama. El resultado es que la mayoría de las mujeres, en un momento u otro de sus vidas, trabajan durante unos cinco, diez o quince años, mientras que aquellas que no tienen hijos completan el periodo de servicio.

—¿Entonces la mujer no abandona necesariamente el servicio laboral al casarse? —pregunté.

—No más que un hombre —contestó el doctor—. ¿Por qué diantres iba a hacerlo? Las mujeres casadas no tienen responsabilidades domésticas ahora, ya sabe, y un marido no es un bebé al que haya que cuidar.

—Uno de los rasgos más lamentables de nuestra civilización consistía en requerir tanto esfuerzo de las mujeres —dije—, pero me da la impresión de que ustedes sacan más partido de ellas que nosotros.

El Dr. Leete se rio.

—Desde luego que lo hacemos, igual que sacamos más partido de nuestros

hombres. Aun así, las mujeres de esta época están muy contentas y las del siglo XIX eran muy desgraciadas, a menos que las referencias contemporáneas induzcan a error. La razón por la que las mujeres de hoy trabajan con los hombres mucho más eficientemente y a la vez son tan felices es que, con respecto a su trabajo, al igual que con los hombres, seguimos el principio de adjudicar a cada cual el tipo de ocupación que mejor se le adapta. Las profesiones que se reservan a las mujeres y las condiciones en que las ejercen toman en cuenta que tienen menos fuerza que los hombres, y tampoco están cualificadas para otras tareas industriales. Los trabajos más pesados se reservan siempre a los hombres, las profesiones más ligeras, a las mujeres. Bajo ninguna circunstancia está permitido que una mujer ejerza una profesión que no se adapte perfectamente a su sexo, en cuanto a la calidad y cantidad del trabajo. Es más, la jornada laboral de las mujeres es considerablemente más corta que la de los hombres, tienen aseguradas vacaciones más frecuentes y se toman cuidadosas precauciones para que puedan descansar cuando lo necesiten. Los hombres de hoy son tan conscientes de deber la sal de sus vidas a la belleza y virtud de las mujeres y su principal incentivo para el trabajo que se sobreentiende que una cierta demanda regular de trabajo, de un tipo adaptado a sus capacidades, es buena para cuerpo y mente, durante el periodo de mayor vigor físico. Creemos que la magnífica salud que distingue a nuestras mujeres de las de su tiempo, que al parecer eran de natural enfermizo, se debe en gran medida al hecho de que todas desempeñan una profesión saludable y sugestiva.

—Le he oído —dije— que las trabajadoras pertenecen al ejército industrial, pero ¿cómo pueden estar bajo el mismo sistema de clasificación y disciplina que los hombres, si sus condiciones de trabajo son tan diferentes?

—Están sometidas a una disciplina totalmente diferente —respondió el Dr. Leete— y constituyen más bien una fuerza aliada que parte integral del cuerpo de trabajadores. Tienen a una mujer generala en jefe y están bajo un régimen exclusivamente femenino. Esta generala, así como las jefas superiores, son elegidas por el grupo de mujeres que ha pasado su periodo de servicio, de la misma forma que se elige a los jefes del ejército masculino y al presidente. La generala del cuerpo de trabajadoras se sienta en el gabinete del presidente y puede vetar las medidas que atañen al trabajo femenino, en espera de apelación al congreso. Debería haberle comentado, al hablar de poder judicial, que tenemos mujeres en los tribunales, designadas por la generala de las mujeres, al igual que hombres. Cuando en una causa ambas partes son mujeres, las instruyen juezas, y cuando las partes son un hombre y una mujer, un juez de cada sexo ha de aceptar el veredicto.

—El sexo femenino parece estar organizado como una especie de *imperium in imperio*^[36] en su sistema —dije.

—Hasta cierto punto —contestó el Dr. Leete—, pero tendrá usted que admitir que el *imperium* interior no es, probablemente, un verdadero peligro para la nación. La falta de reconocimiento adecuado de la singularidad de los sexos era uno de los

innumerables defectos de su sociedad. La atracción pasional entre hombres y mujeres ha impedido demasiado a menudo que se tenga una idea de las profundas diferencias que hacen a los miembros de cada sexo extraños unos a otros en muchas cosas, y solo capaces de comprender a los del suyo. Únicamente dando vía libre a las diferencias de sexo en vez de borrarlas, que al parecer era lo que intentaban algunos reformistas en su tiempo, crecen en paralelo la satisfacción de cada uno consigo mismo y el interés que cada uno tiene por el otro. En su época, las mujeres no podían hacer carrera excepto en una rivalidad artificial con los hombres. Nosotros les hemos dado un mundo propio, con sus modelos, ambiciones y carreras, y le aseguro que están muy contentas con él. Nos parece que las mujeres eran las víctimas de su civilización en mayor medida que ningún otro grupo. Incluso con la perspectiva de la distancia, hay algo que llena de tristeza en el espectáculo de sus vidas hastiadas, sin desarrollar, atrofiadas con el matrimonio, de limitado horizonte, a menudo encerradas físicamente entre las cuatro paredes de su casa, y moralmente en un mundo insignificante de intereses personales. Estoy refiriéndome no a las clases pobres, que generalmente trabajaban hasta la muerte, sino también a las ricas y de clase acomodada. Carecían de todo refugio frente a los grandes pesares y las pequeñas mezquindades de la vida en el inhóspito mundo exterior de los asuntos humanos, y no tenían interés alguno salvo el de su familia. Una existencia tal habría derretido el cerebro de los hombres o los habría vuelto locos. Ahora todo eso ha cambiado. No se oye a ninguna mujer decir que ojalá fuera un hombre, ni a padres que deseen tener a un niño en vez de a una niña. Nuestras jóvenes tienen tanta ambición en sus carreras como nuestros muchachos. El matrimonio, cuando llega, no significa su encarcelamiento, ni las separa de otros intereses mayores de la sociedad de ninguna manera, ni de la vida ajetreada del mundo. Solo cuando la maternidad ocupa la mente de una mujer con nuevos intereses, se retira del mundo durante un tiempo. Después, en cualquier momento, puede volver a su puesto entre sus compañeros, y no tiene por qué perder el contacto con ellos nunca. Las mujeres son una especie muy feliz en estos tiempos en comparación a cómo estaban en cualquier otro momento de la historia del mundo, y su capacidad de hacer felices a los hombres, por supuesto, ha aumentado proporcionalmente.

—Me imagino —dije— que, según el interés que las jóvenes tengan en sus carreras como miembros del ejército industrial y candidatas a obtener distinciones, puede que se alejen del matrimonio.

El Dr. Leete sonrió.

—No se preocupe por eso, Sr. West —respondió—. El Creador se ocupó ampliamente de que cualesquiera que fueran las modificaciones que sufrieran las disposiciones de hombres y mujeres, su atracción mutua permaneciera constante. El mero hecho de que en una época como la suya, en que la lucha por la existencia debió de dejar a la población poco tiempo para otros pensamientos, y el futuro era tan incierto que asumir responsabilidades parentales debía parecer a menudo un riesgo

criminal, a pesar de todo, la gente se casara, debería ser concluyente en este aspecto. Respecto al amor en estos tiempos, uno de nuestros autores dice que el vacío que dejó la ausencia de preocupación por la propia subsistencia en las mentes de hombres y mujeres se ha llenado completamente con una tierna pasión. En todo caso, le ruego que considere esta afirmación algo exagerada. Sobre lo demás, el matrimonio está tan lejos de interferir en la carrera de la mujer que los puestos más altos del ejército industrial femenino se confían únicamente a mujeres que hayan sido esposas y madres, ya que solo ellas representan plenamente a su sexo.

—¿Se emiten tarjetas de crédito para las mujeres, como para los hombres?

—Desde luego.

—El crédito de las mujeres, supongo, será de menor cantidad, debido a la frecuente suspensión de su trabajo a causa de responsabilidades familiares.

—¡Menor! —exclamó el Dr. Leete—. ¡No, no! El coste de mantenimiento de nuestra población es el mismo. No hay excepciones a esa regla, pero si se hiciera alguna diferencia a causa de las interrupciones de las que habla, sería para aumentar el crédito de la mujer, no para disminuirlo. ¿Se le ocurre algún servicio que merezca más la gratitud del Estado que llevar en su seno y cuidar a sus hijos? Según nuestro punto de vista, nadie merece más la gratitud del mundo que los buenos padres. No hay tarea más altruista, que por naturaleza no espere nada a cambio, aunque el corazón se vea bien recompensado, que criar a los niños que van a conformar el mundo cuando nosotros nos hayamos ido.

—De lo que ha dicho, deduzco que las esposas no dependen de ninguna forma de sus maridos para mantenerse.

—Por supuesto que no —contestó el Dr. Leete—, ni los niños de sus padres tampoco, es decir, para los medios de subsistencia, aunque por descontado sí para el deber de dar cariño. Cuando el niño crezca, su trabajo aumentará la riqueza común, no las de sus padres, que estarán muertos; y, por tanto, se le cría como es debido de la riqueza común. Debe entender que cada persona, hombre, mujer o niño, rinde cuentas al Estado directamente, nunca mediante intermediarios, excepto, por supuesto, cuando los padres, hasta cierto punto, actúan como tutores de sus hijos. Vea que es gracias a la virtud de la relación de los individuos con el Estado, de su pertenencia al mismo, por lo que tienen derecho a su sustento, y este derecho no está conectado de ninguna manera con sus relaciones con otros individuos ni afectado por ellas. Sería escandaloso para la moral, así como indefendible según cualquier teoría social racional, que una persona tuviera que depender de otra para los medios de subsistencia. ¿Qué sería de la libertad y la dignidad personal bajo tal acuerdo? Soy consciente de que ustedes se denominaban libres en el siglo XIX. El significado de la palabra no podía entonces, en cualquier caso, haber sido en absoluto el que es en la actualidad, o sin duda no la hubieran aplicado a una sociedad en la que casi cada miembro estaba en posición de cargar su dependencia personal sobre los hombros de otros en lo que respecta a los mismos medios de subsistencia, los pobres sobre los

ricos, los trabajadores sobre el patrón, las mujeres sobre los hombres, los niños sobre los padres. En vez de distribuir la producción de la nación directamente entre sus miembros, que parecería el método más natural y obvio, en realidad daba la impresión de que habían dedicado sus mentes a diseñar un plan de distribución de mano en mano, incluyendo la máxima humillación personal para todos los destinatarios.

»Respecto a que las mujeres dependían de los hombres para su subsistencia, lo que entonces era habitual, por supuesto, la atracción natural en el caso de matrimonios por amor a menudo debe de haberlos hecho duraderos, aunque para las mujeres de espíritu imagino que debió de ser siempre humillante. Pero ¿qué fue de los innumerables casos de mujeres que, con o sin la fórmula del matrimonio, tenían que venderse a los hombres para conseguir su sustento? Hasta sus contemporáneos, tan insensibles como eran a la mayoría de aspectos horribles de su sociedad, parecen haber intuido que la situación no era como debía ser, pero solo por lástima lamentaban la suerte de las mujeres. No se les ocurría que el hecho de que los hombres se apoderaran de la totalidad de la producción mundial y dejaran que las mujeres tuvieran que mendigar y sonsacar con artimañas su parte no era más que robo y crueldad. Vaya, perdóneme, Sr. West, estoy hablando a mucha velocidad, casi como si el robo, la desgracia y la vergüenza que aquellas pobres mujeres aguantaron no hubieran desaparecido hace más de un siglo, o como si usted fuera responsable de lo que sin duda condena tanto como yo.

—Tengo que aceptar mi parte de responsabilidad de cómo era el mundo entonces —respondí—. Todo lo que puedo decir como atenuante es que hasta que la nación estuviera madura para el sistema actual de producción y distribución organizada, no era posible ninguna mejora radical de la posición de la mujer. La raíz del problema, como usted dice, era su dependencia personal del hombre para subsistir, y no puedo imaginar otro modo de organización social distinto del que ustedes han adoptado que pudiera liberar a la mujer del hombre a la vez que liberar a los hombres unos de otros. Supongo, por cierto, que un cambio tan completo en la posición de las mujeres no puede haber ocurrido sin afectar de manera importante las relaciones sociales entre los sexos. Ese tema me interesa mucho.

—El cambio que observará usted —dijo el Dr. Leete— será principalmente, creo, la completa sinceridad y falta de coacción que ahora caracteriza esas relaciones, en comparación con la artificialidad que parece haberlas marcado en su tiempo. Los sexos ahora se conocen con el desahogo de ser iguales absolutamente, pretendientes el uno del otro solo por amor. En su tiempo, el hecho de que las mujeres dependieran de los hombres para subsistir convertía a la mujer, en realidad, en la mayor beneficiaria del matrimonio. Este hecho, hasta donde cabe juzgar por los documentos contemporáneos, parece haber sido suficientemente reconocido, aunque de forma grosera, entre las clases inferiores, mientras que entre las superiores estaba encubierto por un sistema de convenciones elaboradas que apuntaban exactamente al fin

contrario, a saber, que el hombre era la parte que salía más beneficiada. Para mantener esta convención era esencial que siempre pareciera ser el pretendiente. Nada era por lo tanto considerado más escandaloso para las normas del decoro que una mujer revelara su aprecio por un hombre antes de que este hubiera expresado intención de casarse. De hecho, tenemos en nuestras bibliotecas libros de autores de su tiempo escritos con el único propósito de tratar la cuestión de si, bajo ciertas circunstancias, una mujer podía revelar un amor que no había sido solicitado, sin desacreditar a su sexo. Todo esto nos parece sumamente absurdo y aun así sabemos que, dadas sus circunstancias, el problema podía ser en parte grave. Cuando hacer público su amor por un hombre era en efecto para una mujer invitarle a aceptar la carga de su manutención, es fácil darse cuenta de que el orgullo y la delicadeza podrían perfectamente frenar las incitaciones del corazón. Cuando se mueva por su cuenta y se integre en nuestra sociedad, Sr. West, debe prepararse para que a menudo nuestros jóvenes le interroguen sobre este punto, ya que naturalmente están muy interesados en este aspecto de la educación antigua^[37].

—Y, por tanto, las muchachas del siglo xx confiesan su amor.

—Si eligen hacerlo —respondió el Dr. Leete—. No tienen mayor intención de ocultar sus sentimientos que sus amados. La coquetería estaría tan mal vista en una joven como en un joven. La frialdad afectada, que en su tiempo rara vez engañaba a un enamorado, lo engañaría por completo ahora, ya que a nadie se le ocurre practicarla.

—Estoy dándome cuenta de un efecto que tuvo que derivarse de la independencia de las mujeres —dije—. No puede haber ahora matrimonios salvo los voluntarios.

—Eso se da por hecho —contestó el Dr. Leete.

—¡Imagine un mundo en el que no hay emparejamientos más que por puro amor! ¡Ay, Dr. Leete, no sabe lo lejos que está de entender el asombroso fenómeno que supone un mundo así para un hombre del siglo XIX!

—En todo caso, puedo imaginármelo, hasta cierto punto —contestó el doctor—. Pero el hecho de que celebre usted que no haya nada más que emparejamiento por amor, significa incluso más, quizá, de lo que puede pensar en un principio. Significa que por primera vez en la historia de la humanidad, el principio de selección sexual, con su tendencia a preservar y transmitir los mejores ejemplos de la especie y dejar desaparecer los inferiores, no encuentra obstáculos. Las necesidades de la pobreza, la necesidad de tener una casa, ya no tientan a las mujeres a aceptar como padres de sus hijos a hombres a los que ni aman ni respetan. La riqueza y el estatus ya no apartan su atención de las cualidades personales. El oro ya no «adorna la frente apesadumbrada del tonto»^[38]. Los dones de la persona, la mente y el temperamento; la belleza, el ingenio, la elocuencia, la amabilidad, la generosidad, la genialidad, el coraje serán sin duda transmitidos a la posteridad. Cada generación se filtra por una malla un poco más fina que la anterior. Los atributos que la naturaleza humana admira se preservan, aquellos que la repelen, se dejan atrás. Por supuesto, hay muchas mujeres para las que

el amor se mezcla con la admiración y tratan de casarse con un gran hombre, pero estas obedecen a la misma ley, ya que casarse con un gran hombre ahora no es casarse con un hombre de fortuna o con título, sino con uno que ha sobresalido entre sus semejantes por la solidez o la brillantez de su servicio a la humanidad. Estos forman hoy en día la única aristocracia que se alía con la distinción.

»Hablaba usted, ayer o anteayer, de la superioridad física de nuestra gente comparada con la de sus contemporáneos. Quizá más importante que cualquiera de las causas que mencioné entonces como tendentes a la purificación de la especie ha sido el efecto de la selección sexual sin obstáculos en la calidad de dos o tres generaciones sucesivas. Creo que cuando haya estudiado ampliamente nuestro pueblo verá que es mejor, no solo físicamente, sino mental y moralmente. Sería raro si no fuera así, ya que no solo funcionan las grandes leyes de la naturaleza que garantizan la salvación de la especie, sino que un profundo sentimiento moral ha venido en su ayuda. El individualismo, que en su época era la idea motriz de la sociedad, no solo era fatal para cualquier sentimiento de fraternidad e interés común entre los vivos, sino igualmente para cualquier materialización de responsabilidad de los vivos para con la generación por venir. Hoy, este sentido de responsabilidad, que prácticamente fue desconocido en épocas anteriores, se ha convertido en una de las grandes ideas éticas de la especie, reafirmando el impulso natural de buscar en el matrimonio al mejor y más noble del otro sexo con una intensa convicción del deber. El resultado es que no todos los estímulos e incentivos de toda clase que hemos provisto para desarrollar la industria, el talento, la genialidad, la excelencia del tipo que sea, tienen un efecto comparable en nuestros jóvenes con el hecho de que nuestras mujeres se sienten en un nivel superior, como juezas de la carrera, y se reserven el derecho a recompensar a los ganadores. De todos los látigos, espuelas, cebos y premios, no hay ninguno como pensar en los rostros radiantes que los rezagados no conseguirán contemplar.

»Los célibes hoy en día son casi invariablemente hombres que no han conseguido desenvolverse de manera meritoria en el trabajo de la vida. Muy valiente ha de ser la mujer —y con una valentía muy maligna—, a la que la lástima por uno de estos desafortunados pueda llevar a desafiar la opinión de su generación —porque en cualquier otro aspecto es libre— hasta el punto de aceptarlo como marido. Debo añadir que, para esa mujer, más arduo y difícil de resistir que ningún otro elemento de esa opinión sería el parecer de su propio sexo. Nuestras mujeres se han alzado como guardianas del mundo por venir con la máxima responsabilidad, y a ellas se les confía la tarea de guardar las llaves del futuro. Su sentido del deber a este respecto asciende al nivel de consagración religiosa. Se trata de un culto en el que educan a sus hijas desde la infancia.

Después de retirarme a mi habitación esa noche, me quedé despierto hasta tarde leyendo una novela romántica de Berrian, que el Dr. Leete me había dado, cuyo argumento giraba en torno a una situación que sugirió en sus últimas palabras,

concerniente al punto de vista moderno de la responsabilidad de los padres. Un novelista del siglo XIX hubiera tratado una situación similar casi seguro para exaltar el fondo mórbido del lector con el egoísmo sentimental de los amantes y su resentimiento hacia la ley no escrita que les indignaba. No hace falta que describa — ya que ¿quién no ha leído *Ruth Elton*?— cuán diferente es el camino que toma Berrian y con qué tremendo efecto refuerza el principio que proclama: «Sobre los que aún no han nacido, nuestro poder es como el de Dios, y nuestra responsabilidad como la que Él tiene para con nosotros. Igual que nosotros desempeñamos la nuestra con ellos, dejaremos que Él se encargue de nosotros».

Capítulo 26

Creo que si fuera perdonable que alguien perdiera la noción de en qué día de la semana se encuentra, mis circunstancias me sirven de excusa. De hecho, si me hubieran dicho que el método para calcular el tiempo había cambiado totalmente y ahora se contaban los días en grupos de cinco, diez o quince en vez de siete, no me habría sorprendido en absoluto después de lo que ya había oído y visto del siglo xx. La primera vez que me sobrevino alguna duda sobre los días de la semana fue la mañana siguiente a la conversación relatada en el capítulo anterior. En la mesa del desayuno, el Dr. Leete me preguntó si me gustaría escuchar un sermón.

—¿Entonces es domingo? —exclamé.

—Sí —contestó—. Verá, fue el viernes cuando hicimos el afortunado descubrimiento de la cámara enterrada por la que estamos hoy en deuda con su sociedad. Fue el sábado de madrugada, poco después de medianoche, cuando se despertó, y el domingo por la tarde cuando se despertó por segunda vez recuperadas ya sus facultades.

—Así que aún tienen domingos y sermones —dije—. Nosotros teníamos profetas que predecían que mucho antes de este tiempo el mundo se habría deshecho de ambos. Siento gran curiosidad por saber cómo los sistemas eclesiásticos encajan con el resto de su organización social. Supongo que tendrán una especie de Iglesia nacional con pastores oficiales. El Dr. Leete se rio, y a la Sra. Leete y a Edith pareció hacerles mucha gracia.

—Vaya, Sr. West —dijo Edith—, nos debe de creer una gente muy rara. Ustedes ya habían hecho desaparecer en gran medida los sistemas religiosos nacionales en el siglo xix, ¿y pensaba que nosotros los habíamos recuperado?

—¿Pero cómo pueden conciliarse Iglesias voluntarias y clérigos no oficiales con el Estado como propietario de todos los edificios y el servicio industrial que se demanda de todos los hombres? —respondí.

—Las prácticas religiosas de la población, lógicamente, han cambiado considerablemente en un siglo —contestó el Dr. Leete—, pero suponiendo que no hubieran cambiado, nuestro sistema social se acomodaría a ellas perfectamente. La nación provee a cualquier persona o grupo de personas de edificaciones bajo garantía de alquiler y permanecen como inquilinos mientras lo paguen. En cuanto al clero, si un grupo de personas desea los servicios de un individuo para un fin propio particular, aparte del servicio general del Estado, siempre pueden asegurarlo, con el consentimiento de ese individuo, por supuesto, igual que aseguramos el servicio de nuestros directores de periódico, extrayendo de sus tarjetas de crédito una indemnización al Estado por la pérdida de sus servicios en la industria general. Esta

indemnización que la persona paga al Estado responde al salario que en su tiempo se pagaba al individuo mismo, y las diversas aplicaciones de este principio dejan a la iniciativa privada vía libre en todos los detalles en que no quepa aplicar el control nacional. Ahora bien, para oír el sermón de hoy, si lo desea puede ir a la iglesia o bien quedarse en casa.

—¿Cómo voy a oírlo si me quedo en casa?

—Sencillamente acompañándonos a la sala de música a la hora adecuada y eligiendo una silla cómoda. Aún los hay que prefieren oír los sermones en la iglesia, pero la mayoría de lo que se predica hoy, como nuestros conciertos, no se hace en público sino que nos llega a estancias preparadas acústicamente, conectadas mediante cables con las casas de los suscriptores. Si prefiere ir a la iglesia, estaré encantado de acompañarlo, pero la verdad es que no creo que sea posible que oiga un discurso en ningún sitio mejor que en casa. Veo en el periódico que el Sr. Barton va a predicar esta mañana y solo predica por teléfono musical y a un público que a menudo alcanza las ciento cincuenta mil personas.

—La novedad de la experiencia de oír un sermón en tales circunstancias me dispone favorablemente a ser oyente del Sr. Barton, aunque solo sea por esa razón —dije.

Una hora o dos después, cuando leía en la biblioteca, Edith vino a buscarme y la seguí a la sala de música, donde el doctor y la Sra. Leete esperaban. Apenas nos habíamos sentado cómodamente cuando se oyó el tintineo de una campana y, unos momentos después, la voz de un hombre que, en un tono de conversación normal, que parecía proceder de una persona invisible en la habitación, se dirigió a nosotros. Esto es lo que dijo:

[Sermón del Sr. Barton]

—Hemos tenido entre nosotros, durante la semana pasada, a un crítico del siglo XIX, un representante vivo de la época de nuestros bisabuelos. Sería raro si un hecho tan extraordinario no hubiera afectado en gran medida a nuestra imaginación. Quizás a la mayoría de nosotros nos ha estimulado a hacer un esfuerzo por entender la sociedad un siglo atrás y formarnos una idea de lo que debió de ser vivir entonces. Al invitarles ahora a compartir ciertas reflexiones que se me han ocurrido sobre este asunto, supongo que debería seguir más que desviar el curso de sus propios pensamientos.

Edith susurró algo a su padre en este punto, a lo que él asintió y se volvió hacia mí.

—Sr. West —dijo—, Edith indica que puede parecerle ligeramente embarazoso escuchar un discurso en la línea que el Sr. Barton propone, y si es así, no tiene por qué quedarse sin su sermón. Nos puede conectar con la sala en la que habla el Sr. Sweetser si quiere y puedo prometerle que también será un discurso muy bueno.

—No, no —dije—. Créame, preferiría mucho más oír lo que el Sr. Barton tiene

que decir.

—Como desee —respondió my anfitrión.

Mientras su padre se dirigía a mí, Edith había girado una llave y la voz del Sr. Barton había cesado de repente. Ahora, con otro toque, la habitación se llenó de nuevo con el tono serio y comprensivo que ya me había causado una impresión favorable.

—Me atrevo a asumir que hay un efecto que ha sido común entre nosotros como resultado de este esfuerzo de retrospección y es que nos ha dejado más asombrados que nunca ante el cambio formidable que un mero siglo ha supuesto en las condiciones materiales y morales de la humanidad.

»Aun así, respecto al contraste entre la pobreza de la nación y del mundo en el siglo XIX y su riqueza ahora, no es mayor, probablemente, de lo que ha sido antes en la historia de la humanidad; quizá no es mayor, por ejemplo, que entre la pobreza de este país durante el periodo colonial temprano del siglo XVII y la riqueza relativamente grande a la que llegó a finales del siglo XIX o entre la Inglaterra de Guillermo el Conquistador y la de la reina Victoria. Aunque la suma de riquezas de la nación no permitía entonces, como ahora, hacerse una idea exacta de la distribución, ejemplos como este permitían analogías parciales para la parte meramente material del contraste entre el siglo XIX y el XX. Cuando contemplamos el aspecto moral de ese contraste, nos encontramos en presencia de un fenómeno para el que la historia no ofrece ningún precedente, por muy atrás que echemos la mirada. Casi podríamos perdonar a alguien que exclamara, “¡Esto es, sin duda, un milagro!”. En todo caso, cuando dejamos el vano asombro y empezamos a examinar el aparente prodigio críticamente, vemos que no es un prodigio en absoluto y mucho menos un milagro. No es necesario suponer un nuevo nacimiento moral de la humanidad ni una destrucción sistemática de los malvados y supervivencia de los buenos para justificar el hecho. Tiene su explicación simple y obvia en la reacción de un entorno distinto sobre la naturaleza humana. Significa simplemente que una forma de sociedad que fue fundada sobre el pseudointerés propio del egoísmo y apelaba únicamente a la parte antisocial y brutal de la naturaleza humana se ha sustituido por instituciones basadas en el interés propio verdadero de un altruismo racional y que apela a los instintos sociales y desprendidos de los hombres.

»Amigos míos, si quisieran ver a los hombres de nuevo como las bestias depredadoras que parecían en el siglo XIX, todo lo que tienen que hacer es restaurar el sistema social e industrial antiguo, que les enseñaba a ver como natural la explotación de sus semejantes y buscar su ganancia en la pérdida de los demás. Sin duda, les parece que ninguna necesidad, por muy extrema que fuera, les habría tentado a ustedes a subsistir mediante la habilidad superior o la fuerza que les permitiera arrancar riqueza a otros igual de necesitados. No obstante, supongan que no fuera solamente su propia vida de la que fueran responsables. Sé bien que tuvo que haber entre nuestros antepasados más de un hombre que, si hubiera sido únicamente

cuestión de su propia vida, antes habría dejado de comer que alimentarse con pan arrebatado a otros. Sin embargo, no se le permitía hacerlo. Tenía vidas de seres queridos que dependían de él. Los hombres amaban a las mujeres en aquellos tiempos, igual que ahora. Dios sabe cómo se atrevían a ser padres, pero tenían bebés tan queridos, sin duda, para ellos como los nuestros son para nosotros, a los que tenían que alimentar, vestir y educar. Las criaturas más mansas se vuelven fieras cuando tienen a pequeños para los que proveer, y en esa sociedad depredadora la lucha por el pan adoptaba una especial desesperación en los espíritus más sensibles. Por el bien de aquellos que dependían de él, un hombre no podía elegir, sino que tenía que sumergirse en una guerra sucia —engañar, aprovecharse, suplantar, estafar, comprar por debajo del valor real de lo comprado y vender por encima de él, destruir la empresa con la que su vecino alimentaba a sus pequeños, tentar a los hombres a comprar y vender lo que no deberían, machacar a sus trabajadores, hacer sudar la gota gorda a sus deudores y comerle la cabeza a sus acreedores—. Aunque un hombre la buscara con ahínco hasta las lágrimas, era difícil encontrar una manera de que pudiera ganarse la vida y mantener a su familia sin oprimir a algún rival más débil y quitarle el alimento de la boca. Ni siquiera los ministros de la Iglesia estaban exentos de esta cruel necesidad. Mientras advertían a su rebaño contra el amor al dinero, la preocupación por sus familias les obligaba a mantener la vista puesta en las gratificaciones económicas de su profesión. ¡Pobres! Era la suya, sin duda, una situación difícil al tener que predicar a los hombres una generosidad y un desprendimiento que ellos y todos sabían que, en el estado entonces existente del mundo, reducirían a la pobreza a quienes las practicaran, asentando unas normas de conducta que el instinto de supervivencia forzaba a los hombres a incumplir. Viendo el espectáculo inhumano de la sociedad, estos hombres valiosos se lamentaban amargamente de la depravación de la naturaleza humana, ¡como si la naturaleza angelical no se corrompiera en semejante escuela demoniaca! ¡Ay, amigos míos!, créanme, no es ahora en esta feliz época cuando se pone a prueba la divinidad que guarda la humanidad en sí misma. Era más bien en aquellos días aciagos cuando ni siquiera la lucha por la vida de unos con otros, la pelea por la mera existencia, en que la compasión era un disparate, pudo hacer desaparecer totalmente la generosidad y la bondad de la tierra.

»No es difícil entender la desesperación con la que hombres y mujeres, que en otras condiciones habrían estado llenos de amabilidad y piedad, se peleaban y se despedazaban en la refriega por el oro, cuando nos damos cuenta de lo que significaba perderlo, lo que era la pobreza en aquel tiempo. Para el cuerpo, era el hambre y la sed, el tormento del calor y el frío en la enfermedad, falta de cuidados; en la salud, el duro trabajo incesante; para la naturaleza moral significaba opresión, desprecio y aguantar pacientemente la humillación, amistades reprobables desde la primera infancia, la pérdida de toda la inocencia de niño, la virtud de la femineidad, la dignidad de la hombría; para la mente, significaba la muerte de la ignorancia, el

letargo de todas esas facultades que nos distinguen de los bárbaros, la reducción de la vida a una serie de funciones vitales.

»¡Ay, amigos míos! Si un destino así se os ofreciera a vosotros y vuestros hijos como única alternativa de éxito en la acumulación de riqueza, ¿cuánto tiempo os imagináis que tardaríais en caer al nivel moral de vuestros antepasados?

»Hace unos dos o tres siglos, se cometió un acto de barbarie en la India, y, aunque el número de vidas destruidas no fue muy elevado, fue causa de un horror tan terrible que probablemente se recordará siempre. Encerraron a un grupo de prisioneros ingleses en una habitación sin aire suficiente para que respirara una décima parte de ellos. Los desgraciados eran hombres aguerridos, devotos compañeros de servicio pero, cuando la agonía de la asfixia empezó a apoderarse de ellos, se olvidaron de todo y se lanzaron a una lucha espantosa, cada uno por sí mismo, y contra los demás, para abrirse paso hasta una de las pequeñas aberturas de la prisión, que eran el único lugar por donde se podía respirar una bocanada de aire. Era una lucha en la que los hombres se convirtieron en bestias, y el relato de sus horrores por parte de los pocos supervivientes impresionó tanto a nuestros antepasados que, durante el siglo siguiente, lo encontramos como referencia recurrente en su literatura como la típica ilustración de las posibilidades extremas de la miseria humana, tan impresionante en su aspecto moral como físico. Apenas podrían haber predicho que, para nosotros, el Agujero Negro de Calcuta^[39], con su imagen de hombres enloquecidos desgarrándose y pisoteándose los unos a los otros en la lucha para conseguir sitio en los respiraderos, parecería un ejemplo llamativo de la sociedad de su tiempo. Le faltaba algo para ser un ejemplo completo, en todo caso, ya que en el Agujero Negro de Calcuta no había dulces mujeres, ni niños pequeños, ni ancianos o ancianas, ni lisiados. Al menos, los que sufrieron eran todos hombres, capaces de aguantar.

»Cuando pensamos que el sistema antiguo del que estoy hablando prevaleció hasta el final de siglo XIX, mientras que para nosotros el sistema nuevo que le sucedió ya nos parece antiguo, incluso a nuestros padres que no conocieron otro, no podemos dejar de asombrarnos ante la rapidez con que se ha efectuado una transición tan profunda más poderosa que cualquier experiencia previa de la especie. Una pequeña observación sobre el estado de las mentes de los hombres durante el último cuarto del siglo XIX disipará, en gran medida, ese asombro. Aunque no se pueda decir que existiera en ninguna comunidad en ese tiempo un nivel de inteligencia general parecido al moderno en comparación con generaciones anteriores, la generación entonces en vida era lo suficientemente inteligente. La consecuencia inevitable de esta comparativamente alta inteligencia fue que se percibieran los males de la sociedad, como nunca antes había ocurrido a una mayoría. Es absolutamente cierto que estos males habían sido peores, mucho peores, en épocas anteriores. Fue la mayor inteligencia de las masas la que provocó la diferencia, igual que el amanecer revela la mugre de un entorno que en la oscuridad podía parecer tolerable. La tónica de la literatura del periodo era de compasión por los pobres y desgraciados, y de

protesta indignada contra el fracaso de la maquinaria social para aliviar los sufrimientos de los hombres. Estos arrebatos muestran que los mejores hombres de ese tiempo reconocían totalmente la atrocidad moral del espectáculo a su alrededor, al menos como visiones momentáneas, y que las vidas de algunos de los de corazón más sensible y generoso se volvieron casi insoportables por su intenso sentimiento compasivo.

»Aunque estaban muy lejos de entender la idea de la unidad vital de la familia humana, la realidad de la fraternidad humana, como el axioma moral que es para nosotros ahora, es un error suponer que no había un sentimiento equivalente en absoluto. Podría leerse pasajes de gran belleza de algunos de sus escritores que prueban que al menos ellos habían alcanzado esta concepción, y sin duda muchos más de forma vagarosa. Además, no hay que olvidar que el siglo XIX era nominalmente cristiano, y el hecho de que toda la estructura comercial e industrial de la sociedad fuera la encarnación del espíritu anticristiano debe de haber tenido algún peso, aunque admito que era sorprendentemente pequeño, para los supuestamente seguidores de Jesucristo.

»Cuando buscamos por qué no tuvo más peso, por qué, en general, mucho tiempo después de que una inmensa mayoría de hombres se hubiera puesto de acuerdo respecto a los indignantes abusos del orden social existente, aún lo toleraban, o se contentaban con hacer insignificantes reformas del mismo, nos topamos con un hecho extraordinario. Era creencia sincera, incluso de los mejores de esa época, que los únicos elementos estables en la naturaleza humana sobre los que cabía fundar un sistema social de manera segura eran sus peores inclinaciones. Les habían enseñado y creían que la avaricia y el egoísmo eran lo que mantenía a la humanidad unida y que todas las asociaciones humanas se romperían en pedazos si se hiciera algo para embotar el filo de estos motivos o controlar su acción. En una palabra, creían — incluso aquellos que deseaban creer otra cosa— exactamente lo opuesto a lo que a nosotros nos parece obvio; creían que las cualidades antisociales de los hombres, y no las sociales, eran lo que proporcionaba la cohesión a la sociedad. Les parecía razonable que los hombres vivieran juntos únicamente con el propósito de engañarse y oprimirse los unos a los otros y de que los engañen y los opriman, y que mientras hubiera una sola sociedad que dejara en libertad total estas inclinaciones, habría pocas oportunidades para una basada en la idea de la cooperación para el beneficio de todos. Parece absurdo esperar de alguien que crea que los hombres profesaran seriamente convicciones como estas, pero es un hecho irrefutablemente establecido por los historiadores que no solo las profesaban nuestros bisabuelos, sino que fueron responsables de la tardanza en la desaparición del orden antiguo, después de que se generalizase la convicción de que sus abusos eran intolerables. En este punto, encontramos la explicación del profundo pesimismo de la literatura del último cuarto del siglo XIX, la nota de melancolía de su poesía y el cinismo de su humor.

»Al tiempo que se daban cuenta de que la condición de la especie era

insoponible, no tenían ninguna esperanza de nada mejor. Creían que la evolución de la humanidad había terminado en un callejón sin salida, y que no había manera de avanzar. La estructura mental de los hombres en este tiempo queda claramente reflejada en los tratados que han llegado hasta nosotros y que los curiosos pueden consultar hoy en día en nuestras bibliotecas, en los que se elaboran artificiosas argumentaciones para probar que, a pesar de la aciaga condición de los hombres, y por un escaso margen, merece más la pena vivir la vida que renunciar a ella. Al despreciarse a sí mismos, despreciaban a su Creador. Había un deterioro general de la creencia religiosa. Destellos pálidos y acuosos, desde cielos oscurecidos por una densa capa de duda y pavor, eran lo único que iluminaba el caos de la tierra. Que dudaran de Él, cuyo aliento respiramos, o temieran las manos que los moldearon, nos parece verdaderamente una locura digna de compasión, pero hemos de recordar que los niños que son valientes de día a veces tienen miedos absurdos de noche. Desde entonces, ha amanecido. Es muy fácil creer en la providencia de Dios en el siglo xx.

»De un modo necesariamente breve, como corresponde a un discurso de esta naturaleza, he señalado algunas de las causas que prepararon las mentes de los hombres para el cambio del sistema antiguo al nuevo, así como algunas otras del conservadurismo de la desesperación que lo retuvo durante algún tiempo, a pesar de que había llegado su momento. Maravillarse ante la velocidad con que se consumó el cambio cuando se abrió su posibilidad por primera vez, es olvidar el efecto embriagador de la esperanza en espíritus muy acostumbrados a la desesperación. La salida del sol ha de tener un efecto deslumbrador luego de una noche tan prolongada y oscura. En el momento en que los hombres osaron creer que, después de todo, la humanidad no estaba pensada para un enano, que su estatura achaparrada no daba la medida de su posible crecimiento, sino que estaba en el límite de un avatar de desarrollo ilimitado, la reacción debió de ser abrumadora. Es obvio que nada podía oponerse al entusiasmo que la nueva fe inspiraba.

»Entonces, por fin, debieron de sentir los hombres que había una causa, comparadas con la cual, las causas históricas más grandiosas resultaban triviales. Era indudable porque no necesitó mártir alguno a pesar de que hubiera podido exigirlos por millones. A menudo, el cambio de una dinastía en un reino insignificante del viejo mundo costaba más vidas que la revolución que puso a la especie humana por fin en la dirección correcta.

»Parece extraño que alguien a quien ha sido concedida la bendición de la vida en nuestra esplendorosa época pueda desear otro destino, y aun así a menudo he pensado que de buen grado cambiaría mi lugar en estos tiempos serenos y dorados por uno en aquel tempestuoso tiempo de transición, en que los héroes derribaron las puertas metálicas que ocultaban el futuro y, en lugar del muro ciego que había cerrado su camino, revelaron a la ojos deslumbrados de una especie sin esperanzas una visión de progreso cuyo final, debido al exceso de luz, aún nos deslumbra. ¡Ay, amigos míos! ¿Quién dice que haber vivido entonces, cuando la influencia más débil era una

palanca que hacía temblar los siglos, no valía lo que un lugar incluso en esta era próspera?

»Conocéis la historia de la última, más grandiosa y más pacífica de las revoluciones. En el lapso de una generación, los hombres hicieron a un lado las tradiciones sociales y las prácticas de los bárbaros y adoptaron un orden social digno de seres racionales y humanos. Al abandonar sus hábitos depredadores, se convirtieron en compañeros de trabajo y encontraron en la fraternidad, de inmediato, el secreto de la riqueza y la felicidad. La cuestión de “¿qué comeré y qué beberé y con qué me vestiré?” era temible y permanente porque se planteaba como un problema que empezaba y acababa en el individuo aislado. Pero, cuando se concibió, no desde la perspectiva individual sino fraternal, “¿qué comeremos y beberemos y con qué nos vestiremos?”, su dificultad desapareció.

»La pobreza en servidumbre de la mayoría de la humanidad fue el resultado de intentar resolver el problema de la subsistencia desde la perspectiva individual, pero en cuanto el Estado se convirtió en el único capitalista y empleador, no solo la abundancia sustituyó a la pobreza, sino que el último vestigio de servidumbre del hombre al hombre desapareció de la tierra. Se abolió definitivamente la esclavitud humana, con la que tan frecuentemente se había intentado acabar en vano. Ya no eran los hombres quienes racionaban los medios de subsistencia a las mujeres, ni el patrón al empleado, ni el rico al pobre, sino que estos se distribuían de un fondo común como un padre hace con sus hijos a la mesa. Ya no era posible que un hombre se valiera de sus semejantes como instrumentos para su propio beneficio. Su aprecio fue la única ganancia que, desde entonces, pudo sacar de él. No hubo más arrogancia ni servilismo en las relaciones entre los seres humanos. Por primera vez desde la creación, cada hombre se irguió ante Dios. El miedo a la necesidad y el afán de lucro se extinguieron como motivos cuando la abundancia estuvo asegurada para todos y ya no fue posible acumular riquezas desmedidas. Ya no había mendigos ni limosneros. La equidad dejó a la caridad sin trabajo. Los diez mandamientos se volvieron casi obsoletos en un mundo en el que no había tentación de robar ni ocasiones para mentir por miedo o interés, ni lugar para la envidia, pues todos eran iguales, y donde era escasa incitación a la violencia, siendo así que los hombres carecían de armas para infligirse daño mutuo. Por fin se hizo realidad el viejo sueño de la humanidad de libertad, igualdad, fraternidad del que tanta irrisión se había hecho durante siglos.

»Así como en la vieja sociedad los generosos, los justos y los de corazón sensible se encontraban en desventaja a causa de estas cualidades, en la nueva sociedad los fríos de corazón, los avaros y los egoístas se encontraron fuera del mundo. Ahora que las condiciones de vida por primera vez han dejado de actuar como un proceso que fuerza el desarrollo de las peores cualidades, cuando el premio que se daba al egoísmo se adjudica ahora al altruismo, por primera vez se hacía posible averiguar de qué era capaz la naturaleza humana cuando no estaba pervertida. Las tendencias

depravadas, que habían crecido en exceso y oscurecido el bien hasta tal extremo, desaparecían ahora como los hongos del sótano al aire libre, y las cualidades más nobles se mostraron en toda su exuberancia convirtiendo a los cínicos en panegiristas y tentando por primera vez en la historia de la humanidad al género humano a enamorarse de sí mismo. Pronto se reveló plenamente algo que los sacerdotes y filósofos del viejo mundo nunca habrían creído: que la naturaleza humana, en sus cualidades esenciales, es buena, no mala; que los hombres, por su voluntad y estructura natural, son generosos; no egoístas, sino piadosos; no crueles, sino compasivos; no arrogantes, sino semejantes a dioses en sus aspiraciones, inspirados por los impulsos más divinos de ternura y sacrificio, imágenes de Dios, sin duda, no las parodias de él que parecían. La presión constante de innumerables generaciones, de condiciones de vida que podrían pervertir a los ángeles, no pudieron alterar esencialmente la nobleza natural de la especie y, una vez abolidas estas condiciones, como un tronco de un árbol curvado, recuperaba de golpe su natural posición erecta.

»Para resumir el asunto en una parábola, permitidme comparar a la humanidad de los viejos tiempos con un rosal plantado en un pantano, regado con agua cenagosa y negra, respirando nieblas miasmáticas de día y enfriado de noche con rocío envenenado. Innumerables generaciones de jardineros hicieron todo lo que pudieron para que floreciera, pero aparte de obtener algún capullo medio abierto con un gusano en el fondo, sus esfuerzos fueron infructuosos. Muchos llegaban a sostener que el arbusto no era un rosal, sino una mata maligna que había que arrancar y quemar. Los jardineros, en su mayoría, de todas formas, sostenían que el arbusto pertenecía a la familia de las rosáceas, pero tenía algún parásito imposible de erradicar que impedía que salieran los brotes y explicaba su aspecto enfermo. Había unos pocos que mantenían que la especie era bastante buena, que el problema estaba en la ciénaga y que, en condiciones más favorables, cabría esperar que le fuera mejor. Sin embargo, estas personas no eran jardineros normales, y al ser condenadas por estos como meras teorizadoras y soñadoras, así también las consideraba la gente. Además, algunos filósofos morales eminentes, aun reconociendo el argumento de que efectivamente al arbusto podría irle mejor, sostenían que sería un logro más valioso si los brotes consiguieran florecer en la ciénaga en vez de en condiciones más favorables. Los capullos que lograban abrirse quizá fueran ciertamente escasos, y sus flores pálidas y sin aroma, pero simbolizaban un esfuerzo moral mucho mayor que si hubieran florecido espontáneamente en un jardín.

»Los jardineros oficiales y los filósofos morales se salieron con la suya. El arbusto siguió en la ciénaga y siguieron tratándolo igual. Continuamente se aplicaban nuevas variedades de vigorizantes a las raíces e infinitas recetas, siendo cada una, según sus defensores, el mejor y único preparado adecuado para matar los parásitos y eliminar el mildiú. Esto siguió así durante mucho tiempo. Ocasionalmente alguien afirmaba ver una ligera mejora en la apariencia del arbusto, pero otros tantos sostenían que no estaba tan bien como antes. En suma, no se podía decir que hubiera

ningún cambio notable. Por fin, durante un periodo de desaliento general respecto a las posibilidades del arbusto en su emplazamiento, volvió a debatirse la idea de trasplantarlo, y esta vez tuvo respaldo. “Intentémoslo”, era la opinión general. “Quizá crezca con más vigor en otra parte, pues aquí es desde luego dudoso que valga la pena cultivarlo más”. Y así se trasplantó el rosal de la humanidad, en tierra blanda mullida, cálida y seca, bañada por el sol, cortejada por las estrellas y acariciada por el viento del sur. Entonces vieron que era verdaderamente un rosal. Los parásitos y el mildiú desaparecieron y el arbusto se cubrió de las rosas rojas más bellas, cuya fragancia inundó el mundo.

»Uno de los signos del destino que se nos ha adjudicado es que el Creador haya puesto en nuestros corazones un afán infinito de superación, al lado del cual nuestros logros anteriores siempre parecen insignificantes, y el objetivo nunca más cercano. Si nuestros antepasados hubieran concebido un estado de la sociedad en el que los hombres vivieran juntos en una unidad fraterna, sin conflictos ni envidia, violencia ni explotación, y donde pudieran liberarse de la inquietud del día de mañana, sin más preocupación por su sustento que los árboles que se riegan mediante arroyos inagotables a base de pagar con una cantidad de tiempo de trabajo compatible con la salud, en ocupaciones elegidas por ellos, si hubieran, digo, concebido ese estado, les habría parecido el paraíso. Lo habrían confundido con su idea del cielo, y ni habrían soñado que podía haber nada más que desear o por lo que esforzarse.

»Pero ¿cómo es para nosotros que estamos a esta altura a la que ellos elevaban la mirada? Casi hemos olvidado ya, excepto cuando nos lo recuerdan intencionadamente en una ocasión como la presente, que no siempre fue la condición humana como la actual. Nos resulta difícil imaginarnos la organización social de nuestros antepasados inmediatos. Se nos antojan grotescos. En lugar de parecernos que la solución al problema del sustento físico con la desaparición de la preocupación por la subsistencia y el delito sea el logro final, lo tomamos como un prólogo a algo parecido al progreso humano real. No hemos hecho más que librarnos del hostigamiento impertinente e innecesario que impedía a nuestros antepasados ocuparse de los verdaderos fines de la vida. Simplemente estamos listos para emprender la carrera, nada más. Somos como un niño que acaba de aprender a erguirse y caminar. Desde el punto de vista del niño, andar por primera vez es un gran acontecimiento. Quizá piense que queda ya poco después de tal logro, pero un año más tarde ya se ha olvidado de que no siempre supo andar. Su horizonte no hizo más que ensancharse cuando se levantó y agrandarse cuando se movió. En cierto sentido, sus primeros pasos fueron un gran acontecimiento, sin duda, pero solo como un comienzo, no como un fin. Su verdadera carrera no ha hecho más que empezar. La emancipación de la humanidad en el siglo pasado de la esclavitud mental y física de trabajar y vivir tan solo pendiente de satisfacer las necesidades meramente corporales se puede contemplar como una especie de renacimiento de la especie, sin el que su primer nacimiento a una existencia que no era más que una carga habría permanecido

eternamente injustificado, pero a través del cual ahora está perfectamente justificado. Desde entonces, la humanidad ha entrado en una nueva fase de desarrollo espiritual, una evolución de facultades más elevadas, cuya misma existencia en la naturaleza humana era algo casi desconocido para nuestros antepasados. En lugar de la gris desesperanza del siglo XIX, su profundo pesimismo sobre el futuro de la humanidad, la idea que estimula la época presente es una concepción entusiasta de las oportunidades de nuestra existencia en la tierra y las posibilidades ilimitadas de la naturaleza humana. Entendemos que el gran objetivo merecedor en grado extremo de esfuerzo y sacrificio es la mejora del género humano de generación en generación, física, mental y moralmente. Creemos que, por primera vez, la raza ha empezado a realizar el ideal de Dios y cada generación debe dar ahora un paso hacia delante.

»¿Os preguntáis qué buscaremos cuando innumerables generaciones hayan dejado este mundo? Contesto que el camino se alarga ante nosotros en la distancia, pero el final se pierde en la luz. Porque doble es el regreso del hombre a Dios, “que es nuestro hogar”^[40], el regreso del individuo mediante la muerte y el regreso de la especie al completar la evolución, cuando se revele el secreto divino escondido en el germen. Con una lágrima por el oscuro pasado, volvámonos hacia el deslumbrante futuro y, tapándonos los ojos, apretemos el paso hacia adelante. El largo y fatigoso invierno de la especie terminó. El verano ha empezado. La humanidad ha roto la crisálida. Los cielos se abren ante ella.

Capítulo 27

Nunca supe por qué, pero el domingo por la tarde en mi antigua vida me encontraba especialmente afectado por la melancolía, el color de todos los aspectos de la vida se apagaba inexplicablemente y todo parecía penoso y sin interés. Las horas, que en general solían llevarme con facilidad en sus alas, perdían el poder de volar y, al final del día, cayendo ya a tierra, había que arrastrarlas a la fuerza. Quizá era en parte debido a la asociación establecida de ideas, ya que, a pesar del cambio total de mis circunstancias, caí en un estado de profunda depresión por la tarde de este mi primer domingo en el siglo xx.

En la presente ocasión, en todo caso, no se trataba de una depresión sin causa específica, la mera melancolía difusa de la que he hablado, sino un sentimiento provocado y, desde luego, bastante justificado por mi situación. El sermón del Sr. Barton, con su constante referencia a la brecha moral entre el siglo al que yo pertenecía y en el que me encontraba, tuvo un fuerte efecto, haciendo más aguda mi sensación de soledad. A pesar del tacto y la comprensión con que había hablado, sus palabras no podían sino dejar una fuerte impresión en mi espíritu por la mezcla de pena, curiosidad y aversión que, como representante de una época aborrecida, debía de suscitar a mi alrededor.

La extraordinaria amabilidad con la que el Dr. Leete y su familia me habían tratado, y especialmente la bondad de Edith, hasta ahora habían impedido que me diera plena cuenta de que sus verdaderos sentimientos hacia mí tenían que ser por necesidad los de la generación a la que pertenecían. Podía soportarlo en el caso del Dr. Leete y su afable esposa, por muy doloroso que fuera, pero la convicción de que Edith debía de compartir este sentimiento era más de lo que podía soportar.

El efecto aplastante que en mí tuvo esta percepción tardía de un hecho tan obvio me abrió los ojos a algo que quizá el lector ya haya sospechado: amaba a Edith.

¿Acaso era tan raro? La ocasión conmovedora en que comenzó nuestra relación de confianza, cuando sus manos me sacaron de aquel remolino de locura; el hecho de que su compasión fuera el aliento vital que me había iniciado en esta nueva vida y me había hecho capaz de aguantarla; mi costumbre de verla como mediadora entre mi entorno y yo, cosa que no era ni su padre; todas estas eran circunstancias que habían predeterminado un resultado que se hubiera dado por su especial encanto de su persona y carácter. Era casi inevitable que acabara pareciéndome la única mujer del mundo, en un sentido más bien distinto a la experiencia habitual de los amantes. Ahora que de repente entendí la fatuidad de una esperanza que había empezado a abrigar, sufrí no solo lo que otro enamorado, sino además una soledad desconsolada, un total desamparo, como ningún otro amante, por infeliz que sea, podría sentir.

Mis anfitriones, obviamente, vieron que tenía el ánimo bajo, e hicieron lo que pudieron para entretenerme. Veía que Edith estaba especialmente angustiada por mí, pero con la perversidad habitual de los enamorados, habiendo estado una vez tan loco como para soñar recibir algo más de ella, no había ya ninguna virtud para mí en una amabilidad que sabía solo era compasión.

Al anoecer, tras recluirme en mi habitación la mayor parte de la tarde, fui a pasear al jardín. El día estaba nublado, con un sabor otoñal en el aire inmóvil y cálido. Al encontrarme cerca de la excavación, entré en la cámara subterránea y me senté.

—Este —murmuré para mí mismo— es el único hogar que tengo. Que me dejen quedarme aquí y no volver a salir. —Buscando ayuda en este entorno conocido, procuré encontrar algún consuelo al reavivar el pasado y evocar las formas y rostros que tenía a mi alrededor en mi anterior existencia. Fue en vano. Ya no quedaba vida en ellas. Las estrellas llevaban casi cien años contemplando la tumba de Edith Bartlett y las de toda mi generación.

El pasado estaba muerto, aplastado bajo el peso de un siglo, y el presente me había excluido. No había sitio para mí en ninguna parte. No estaba muerto ni propiamente vivo.

—Perdóneme por seguirle.

Levanté la mirada. Edith estaba de pie en la puerta de la habitación subterránea, mirándome sonriente, pero con los ojos llenos de angustia y compasión.

—Écheme si le estoy importunando —dijo—, pero vimos que estaba bajo de ánimo y ya sabe que prometió hacerme saber cuando eso ocurriera. No ha mantenido su palabra.

Me levanté y fui a la puerta, intentando sonreír, pero me imagino que no lo conseguí porque la visión de su encanto me recordó de manera aún más penosa la razón de mi desgracia.

—Me sentía un poco solo, eso es todo —dije—. ¿No se le ha ocurrido nunca que mi situación es mucho más solitaria que la de ningún otro ser humano jamás antes y que se necesitaría una nueva palabra para describirla?

—No debe decir eso; no puede permitirse estar así, ¡no puede! —exclamó, con los ojos húmedos—. ¿Acaso no somos sus amigos? Es culpa suya si no nos deja serlo. No tiene por qué estar solo.

—Es usted buena conmigo, incomprensiblemente buena —dije—, pero no supondrá que no sé que es mera compasión, dulce compasión, pero solo compasión. Tendría que ser tonto para ignorar que no puedo ser para usted como otro hombre de su propia generación, sino solo un ser extraño y misterioso, una criatura varada de un mar desconocido, cuya soledad apela a su compasión a pesar de su aspecto grotesco. Era usted tan amable que he sido tan tonto que he olvidado casi que esto es así e imaginado que con el tiempo podría aclimatarme, como decíamos antes, a esta época hasta sentirme como uno de ustedes y parecerle igual que el resto de hombres a su

alrededor. Sin embargo, el sermón del Sr. Barton me enseñó lo vano de semejante idea, lo enorme que debe de parecerle el abismo entre nosotros.

—¡Oh, ese sermón lamentable! —exclamó, llorando abiertamente ahora en su compasión—. Yo no quería que lo oyera. ¿Qué sabe él de usted? Ha leído sobre su tiempo en viejos libros mohosos, eso es todo. ¿Por qué le importa tanto que deja que le enoje lo que dijo? ¿No significa nada para usted que nosotros que le conocemos pensemos de modo diferente? ¿No le importa más lo que nosotros pensemos de usted que lo que piense él que nunca le ha visto? ¡Oh, Sr. West! No sabe, no puede darse cuenta de cómo me hace sentir verlo tan solo. No puedo aguantarlo. ¿Qué puedo decirle? ¿Cómo puedo hacerle ver lo diferente que es nuestra opinión sobre usted de lo que cree?

Como antes, en aquella otra crisis de mi destino en que ella había venido a mí, me extendió las manos en un gesto de auxilio y, como entonces, las cogí y las sostuve entre las mías; su pecho subía y bajaba con gran emoción, y pequeños temblores en los dedos que tenía sujetos revelaban la profundidad de sus sentimientos. Su rostro reflejaba la lástima enfrentada con divino despecho a los obstáculos que la reducían a la impotencia. La compasión femenina jamás tuvo sin duda una apariencia más encantadora.

Una belleza y una bondad tales me desarmaron, y parecía que la única respuesta adecuada era decirle sencillamente la verdad. Por supuesto, no tenía ni una chispa de esperanza, pero por otro lado no temía que se enfadara. Era demasiado compasiva. Así que dije:

—Es muy ingrato por mi parte no estar satisfecho con la amabilidad con la que me ha tratado y sigue tratándome ahora. Pero ¿está tan ciega como para no ver por qué no es suficiente para hacerme feliz? ¿No ve que es porque he sido tan loco como para enamorarme de usted?

Se ruborizó profundamente con mis últimas palabras y bajó la mirada, pero no hizo el menor esfuerzo por retirar las manos de las mías. Durante unos momentos, se quedó así, respirando entrecortadamente. Después, ruborizándose más que nunca pero con una sonrisa deslumbrante, levantó la mirada.

—¿Está seguro de que no es usted el que está ciego? —dijo.

Eso fue todo, pero fue suficiente, ya que me decía que, por inexplicable e increíble que fuera, esta hija radiante de una época dorada me había concedido no solo su compasión, sino su amor. Todavía pensaba que tenía que estar bajo alguna alucinación maravillosa cuando la tomé en mis brazos.

—Si estoy fuera de mí —lloré—, déjeme quedarme así.

—Debe de pensar que soy yo la que está fuera de sí —suspiró, escapándose de mis brazos cuando apenas había probado la dulzura de sus labios—. ¡Ay! ¿Qué pensará de mí que casi me lanzo en brazos de alguien a quien conozco hace apenas una semana? No quería que lo notara usted tan pronto, pero me daba tanta pena que olvidé lo que estaba diciendo. No, no; no debe tocarme de nuevo hasta que no sepa

quién soy. Después de eso, señor mío, tendrá que pedirme muy humildes disculpas por pensar, como sé que hace ahora, que me he enamorado demasiado rápidamente de usted. Cuando sepa quién soy, estará obligado a confesar que mi deber no era otro que el de enamorarme de usted en cuanto lo viera por primera vez, y que ninguna joven sensible en mi lugar podría haber actuado de otra manera.

Como puede suponerse, hubiera preferido prescindir de las explicaciones, pero Edith estaba resuelta a que no hubiera más besos hasta que se hubiera defendido de toda sospecha de precipitación en depositar su afecto, y de buen grado seguí a mi encantador enigma a la casa. Al llegar adonde estaba su madre, le susurró algo al oído, sonrojándose, y se marchó, dejándonos solos.

Entonces resultó que, por insólita que hubiera sido mi experiencia, ahora iba a enterarme quizá de su característica más extraña. Gracias a la Sra. Leete, me enteré de que Edith era, ni más ni menos, la bisnieta de mi amor perdido, Edith Bartlett. Después de guardar luto por mí durante catorce años, se había casado con un hombre al que apreciaba, y había dejado un hijo que era el padre de la Sra. Leete. La Sra. Leete no había conocido a su abuela, pero había oído hablar mucho de ella y cuando su hija nació, le dio el nombre de Edith. Puede que este hecho incrementara el interés que, al crecer, mostró la joven, por todo lo concerniente a aquella antepasada, y especialmente a la trágica historia de la supuesta muerte del amado, al que estaba prometida, en el gran incendio de su casa. Era una historia muy apropiada para apelar a la compasión de una muchacha romántica, y el hecho de que la sangre de la desafortunada heroína corriera por sus venas naturalmente elevó el interés de Edith por ella. Un retrato de Edith Bartlett y algunos de sus papeles, que incluían un paquete de mis cartas, estaban entre los recuerdos de la familia. El cuadro representaba a una joven muy hermosa que inspiraba todo tipo de sentimientos tiernos y románticos. Mis cartas dieron a Edith ocasión de formarse una idea clara de mi personalidad, y ambos juntos bastaron para que la vieja y triste historia fuera muy real para ella. Solía decir a sus padres, medio en broma, que nunca se casaría hasta que encontrara un enamorado como Julian West, y que no había hombres así hoy en día.

Ciertamente no se trataba más que de las ensoñaciones de una niña que nunca había vivido una historia de amor propia, y no habría tenido ninguna consecuencia grave si no hubiera sido por el descubrimiento aquella mañana de la cámara enterrada en el jardín de su padre y la revelación de la identidad de su ocupante. Cuando se trasladó aquel cuerpo aparentemente inerte a la casa, se reconoció de inmediato el rostro del relicario que se encontró sobre su pecho como el de Edith Bartlett y, por ese hecho, conectándolo con las otras circunstancias, supieron que no era otro sino Julian West. Incluso aunque no hubieran pensado en que pudiera resucitar, como de hecho sucedía, la Sra. Leete dijo que creía que este acontecimiento habría afectado a su hija de manera crítica y para toda la vida. La idea de que había algún juego sutil del destino en el hecho de que el suyo se juntara con el mío, ejercería una fascinación

irresistible para cualquier mujer y en cualquier circunstancia.

Ahora podría juzgar por mí mismo, me explicó su madre, si cuando volví a la vida unas cuantas horas después, y cuando desde el principio parecí acudir a ella con una peculiar dependencia, así como encontrar un placer especial en su compañía, se había precipitado al darme su amor a la primera señal del mío. Si así lo creyera, debía recordar que, después de todo, este era el siglo XX y no el XIX, y el amor ahora crecía, sin duda, más rápidamente y era más sincero que entonces a la hora de manifestarse.

Dejé a la Sra. Leete y fui en busca de Edith. Cuando la encontré, lo primero que hice fue cogerle las dos manos y quedarme un buen rato contemplándola, embelesado. Cuando la miraba, se reavivó el recuerdo de aquella otra Edith, que se había visto afectado por un golpe aniquilador debido a la experiencia tremenda que nos había separado, y mi corazón se derritió en emociones de ternura y compasión y otras de gran felicidad porque aquella que me hizo ver claramente el sentido de mi pérdida era la que iba a compensarme. Era como si Edith Bartlett me mirara a los ojos a través de los suyos y sonriera, consolándome. Mi destino no era solamente el más extraño sino el más afortunado que jamás le tocó vivir a un hombre. Se había producido un milagro doble. No estaba varado en la orilla de este mundo raro encontrándome solo y sin compañía. Mi amor, a quien había soñado perdido, se había reencarnado para mi consuelo. Cuando por fin, en un éxtasis de gratitud y ternura, tomé a la adorable joven en mis brazos, las dos Edith se mezclaron en mi pensamiento, y desde entonces nunca se han separado claramente. No tardé en darme cuenta de que Edith, por su parte, también tenía confundidas las correspondientes identidades. Seguramente nunca hubo entre novios que acabaran de reunirse una conversación más extraña que la nuestra de esa tarde. Parecía más deseosa de hacerme hablar de Edith Bartlett que de ella misma, de cómo la había amado más que de cómo la amaba a ella, recompensando mis palabras cariñosas sobre otra mujer con lágrimas y tiernas sonrisas, y apretándome la mano.

—No debes quererme demasiado por mí misma —dijo—. La defenderé decididamente. No dejaré que la olvides. Voy a decirte algo que puede parecer raro. ¿No crees que los espíritus a veces vuelven al mundo para completar alguna tarea que les importaba mucho? ¿Qué pensarías si te dijera que a veces he pensado que su espíritu vive en mí, que Edith Bartlett es mi nombre verdadero y no Edith Leete? No puedo saberlo; por supuesto, nadie puede saber quién es realmente, pero puedo sentirlo. ¿Crearás que tengo ese sentimiento, viendo cómo mi vida ha estado influida por ella y por ti, incluso antes de que llegaras? Por tanto, no debes preocuparte por amarme siempre que le seas fiel a ella. No es probable que tenga celos.

El Dr. Leete había salido esa tarde y no pude verme con él hasta su regreso, más tarde. Aparentemente, no le cogió del todo desprevenido la información que le transmití y me dio un efusivo apretón de manos.

—En circunstancias normales, Sr. West, le diría que han dado este paso conociéndose bastante poco, pero estas, indudablemente, no son circunstancias

normales. Sinceramente, quizá deba decirle —añadió, sonriendo— que, aunque acepto con alegría el plan de futuro que me propone, no debe sentirse demasiado en deuda conmigo, ya que considero mi consentimiento una mera formalidad. Desde el momento en que se desveló el secreto del relicario, estaba visto que tenía que ser así, creo. Bueno, Dios me libre si Edith no hubiera estado ahí para cumplir el compromiso de su bisabuela; de verdad sospecho que la lealtad de la Sra. Leete hacia mí habría sufrido una dura prueba.

Aquella noche, el jardín estaba bañado por la luz de la luna. Edith y yo estuvimos paseando sin rumbo fijo hasta la medianoche, intentando acostumbrarnos a nuestra felicidad.

—¿Qué habría hecho si no te hubieras interesado por mí? —exclamó—. Temía que no lo hicieras. ¿Qué habría hecho entonces, cuando sintiera que estaba consagrada a ti! Tan pronto como volviste a la vida, estaba muy segura, como si ella me lo hubiera dicho, de que tenía que ser para ti lo que ella no consiguió ser, pero eso solo podía ocurrir si me aceptabas. Oh, qué ganas tenía aquella mañana de contarte quién era, cuando te sentías tan terriblemente extraño entre nosotros, pero no me atreví a abrir la boca, ni dejé que mi padre o mi madre lo hicieran.

—¿Era eso lo que no dejaste que me contara tu padre! —exclamé, haciendo referencia a la conversación que había oído por casualidad cuando salí de mi trance.

—Pues claro que lo era —se rio Edith—. ¿Eso es todo lo que has adivinado? Al ser un hombre, al fin y al cabo, mi padre pensó que si te contábamos quiénes éramos, te haríamos sentir entre amigos. No pensó en mí en absoluto. Sin embargo, mi madre me entendía y, por lo tanto, me salí con la mía. Nunca hubiera podido mirarte a la cara si hubieras sabido quién era. Habría sido imponerte mi persona demasiado descaradamente. Incluso temo que pienses que lo he hecho ahora. Puedes estar seguro de que no era mi intención, pues sé que en tu tiempo se esperaba que las muchachas escondieran sus sentimientos, y estaba sumamente preocupada por causarte buena impresión. ¡Ay Dios, qué duro debe de haber sido para ellas haber tenido que ocultar siempre su amor como una falta! ¿Por qué creían que era tal vergüenza amar a cualquiera hasta que les daban permiso? Es muy extraño esperar que a alguien le den permiso para enamorarse. ¿Era porque los hombres en tu tiempo se enfadaban cuando las muchachas se enamoraban de ellos? No es así cómo se sentirían ahora las mujeres, estoy segura, ni los hombres. No lo entiendo en absoluto. Esa será una de las curiosidades sobre las mujeres de esos días que tendrás que explicarme. No creo que Edith Bartlett fuera tan tonta como las demás.

Después de varios intentos infructuosos de separarnos, insistió finalmente en que nos diéramos las buenas noches. Estaba a punto de imprimir en sus labios el último beso, cuando dijo, muy tensa:

—Hay una cosa que me preocupa. ¿Estás seguro de que perdonas a Edith Bartlett por casarse con otro? Los libros que nos han llegado describen a los enamorados de tu tiempo como más celosos que cariñosos, y eso es lo que me lleva a preguntar. Sería

un gran alivio para mí estar segura de que no te sientes celoso en absoluto porque mi bisabuelo se casara con tu novia. ¿Puedo decir al retrato de mi bisabuela cuando vaya a mi habitación que la perdonas por no haberte mantenido la palabra?

El lector puede creerlo o no, pero tanto si Edith lo sabía como si no, esta coqueta ocurrencia reavivó un dolor ridículo de algo parecido a los celos de que había sido vagamente consciente desde que la Sra. Leete me había hablado del matrimonio de Edith Bartlett y, al reavivarlo, lo curó. Hasta el momento de sostener a la bisnieta de Edith Bartlett en mis brazos, no había caído en la cuenta de que, si no hubiera sido por ese matrimonio, no podría abrazarla; así de ilógicos son algunos de nuestros sentimientos. Lo absurdo de este estado mental solo podía igualarse a lo abruptamente que se desvaneció cuando la ruda pregunta de Edith despejó la niebla de mi percepción. Me reí mientras la besaba.

—Puedes asegurarle que la perdono completamente —dije—, aunque habría sido un asunto muy distinto si se hubiera casado con cualquier otro hombre en vez de con tu bisabuelo.

Al llegar a mi aposento esa noche, no abrí el teléfono musical para poder adormecerme con melodías relajantes, como venía siendo mi costumbre. Por una vez, mis pensamientos resultaron una música mejor que la de las orquestas del siglo xx y me dejé hechizar por ellos casi hasta la llegada de la mañana, cuando me quedé dormido.

Capítulo 28

—Es un poco más tarde de la hora a la que me dijo que lo despertara, señor. No se despertó tan rápidamente como suele, señor.

La voz era la de mi criado Sawyer. Me incorporé en la cama como un resorte y miré alrededor. Estaba en mi cámara subterránea. La luz suave del farol que siempre ardía en la habitación cuando la ocupaba iluminaba las paredes y los muebles familiares. Al lado de mi cama, con el vaso de jerez en la mano que el Dr. Pillsbury prescribía para salir de un sueño mesmérico mediante el despertar de las funciones vitales, estaba Sawyer.

Es mejor que se tome esto inmediatamente, señor —dijo, cuando le miré inexpresivo—. Parece algo exaltado y lo necesita. Tiré el licor y empecé a darme cuenta de lo que me había pasado. Por supuesto, estaba muy claro. Todo aquello sobre el siglo xx había sido un sueño. Había soñado con esa especie de hombres ilustrados y sin preocupaciones y sus instituciones ingeniosamente simples; con el nuevo Boston glorioso con sus cúpulas y pináculos, sus jardines y fuentes, y su reinado universal del bienestar. La afable familia a la que había llegado a conocer tan bien, mi cordial anfitrión y mentor, el Dr. Leete, su mujer y su hija, la segunda y más hermosa Edith, mi prometida; estos tampoco eran sino personajes de mi fantasía.

Durante un lapso considerable, mantuve la posición en la que me había sobrevenido esta convicción, sentado en la cama, mirando al vacío, absorto, recordando los lugares e incidentes de mi fantástica experiencia. Sawyer, alarmado por mi aspecto, mientras tanto, me preguntaba angustiado qué me pasaba. Despertado por fin por su insistencia hasta reconocer mi entorno, me calmé con esfuerzo y aseguré a este leal sirviente que estaba bien.

—He tenido un sueño extraordinario, eso es todo, Sawyer —dije—, un sueño de lo más ex-traor-di-na-rio.

Me vestí de forma mecánica, sintiéndome nervioso y sorprendentemente poco seguro de mí mismo, y me senté a tomar el café con bollos que Sawyer tenía la costumbre de proporcionarme como refrigerio antes de abandonar la casa. El periódico de la mañana estaba al lado del plato. Lo cogí y mi mirada cayó en la fecha, 31 de mayo, 1887. Sabía, por supuesto, desde el momento en que había abierto los ojos, que mi larga experiencia llena de detalles en otro siglo había sido un sueño, y aun así fue asombroso ver demostrado de manera tan concluyente que el mundo solo era unas cuantas horas mayor que cuando me había ido a dormir.

Echando un vistazo a la tabla de contenidos al principio del periódico, que repasaba las noticias de la mañana, leí el siguiente resumen:

ASUNTOS EXTERIORES. —La inminente guerra entre Francia y Alemania. Las

cámaras francesas han pedido nuevos créditos militares para poder hacer frente al aumento del ejército alemán. Probablemente toda Europa se verá afectada en caso de guerra. —Grandes penalidades de los parados en Londres. Exigen trabajo. Convocada manifestación monstruo. Las autoridades, inquietas. —Grandes huelgas en Bélgica. Gobierno se prepara para reprimir brotes de violencia. Datos escandalosos sobre empleo de niñas en minas de carbón belgas. —Desahucios en masa en Irlanda.

ASUNTOS INTERNOS. —Sin control la ola de fraudes. Estafa de medio millón en Nueva York. —Albaceas se apropian indebidamente de un fondo en fideicomiso. Los huérfanos, sin un penique. —Cajero idea ingenioso sistema de sustracción de dinero; desaparecen 50.000\$. —Magnates del carbón deciden subir su precio y reducir la producción. —Especuladores acumulan gran cantidad de trigo en Chicago. —Camarilla obliga a subir precio del café. —Corporaciones del Oeste se apropian grandes extensiones de tierra. —Revelaciones sobre escandaloso caso de corrupción de funcionarios. Soborno sistemático. —Prosiguen en Nueva York los procesos de los concejales sobornados. —Grandes pérdidas de las empresas. Miedo a una crisis mercantil. —Gran cantidad de robos y hurtos. —Mujer asesinada a sangre fría para robarle en New Haven. —Propietario de vivienda muerto por disparo de ladrón anoche en nuestra ciudad. —Un hombre se pega un tiro en Worcester porque no consigue trabajo. Familia numerosa en la miseria. —Pareja de ancianos se suicida en Nueva Jersey por no ir al hospicio. —Miseria lamentable entre asalariadas de grandes ciudades. —Asombroso crecimiento del analfabetismo en Massachusetts. —Se necesitan más manicomios. —Alocuciones del Día de los Caídos. Discurso del profesor Brown sobre la grandeza moral de la civilización del siglo XIX.

Desde luego, me había despertado en el siglo XIX; no había lugar a dudas. Este resumen de las noticias del día había presentado su microcosmos completo, incluso hasta ese toque inconfundible de autocomplacencia fatua. Después de una irrefutable crítica de la época como era la crónica mundial de derramamiento de sangre, avaricia y tiranía de un día, venía un poco de cinismo digno de Mefistófeles, y aun así, de todos aquellos cuyos ojos lo habían visto esta mañana, yo era, quizá, el único que percibía el cinismo y hasta ayer no lo habría detectado, al igual que los demás. El causante de esta gran diferencia era aquel extraño sueño. No sé durante cuánto tiempo volví a olvidarme de mi entorno después de esto y estuve otra vez moviéndome en mi imaginación en ese fértil mundo soñado, en esa ciudad gloriosa, con sus casas confortables y sencillas y sus espléndidos espacios públicos. A mi alrededor había de nuevo rostros no estropeados por la arrogancia ni el servilismo, la envidia o la codicia, la preocupación temerosa ni la ambición febril, ejemplares magníficos de hombres y mujeres que jamás conocieron el miedo de un semejante o dependieron de sus favores, sino que, como decían las palabras de aquel sermón que aún resonaba en mis oídos, «cada hombre se irguió ante Dios».

Con un hondo suspiro y una sensación de pérdida irreparable, no menos dolorosa por ser la pérdida de algo que nunca fue real, me desperté por fin de mi ensoñación y,

poco después, abandoné la casa.

En el trayecto entre la puerta y la calle Washington, hube de detenerme una docena de veces para calmarme. Tan poderosa había sido la visión del Boston del futuro que hacía extraño el Boston real. La impresión de suciedad y mal olor de la ciudad me asaltó en el momento en que salí, como algo de lo que nunca antes me había dado cuenta. Además, ayer mismo me parecía normal que algunos de mis conciudadanos vistieran de seda y otros de harapos, que unos parecieran bien alimentados y otros hambrientos. Ahora, al contrario, las disparidades manifiestas de vestimenta y condición de los hombres y mujeres que se cruzaban en las aceras me llamaban la atención a cada paso, y todavía más lo hacía la total indiferencia que los ciudadanos prósperos mostraban ante la difícil situación de los desafortunados. ¿Podían considerarse seres humanos a quienes contemplaban la miseria de sus semejantes sin sentirse afectados? Y, sin embargo, todo este tiempo bien sabía que era yo el que había cambiado y no mis contemporáneos. Había soñado con una ciudad cuyos habitantes eran de condición similar, como hijos de una misma familia y como si fueran los guardianes unos de otros en todas las cosas.

Otro rasgo del Boston real, que mostró el extraordinario efecto de extrañeza que marca las cosas conocidas vistas bajo una nueva luz, era el predominio de la publicidad. No había publicidad personificada en el Boston del siglo xx porque no era necesaria, pero aquí las paredes de los edificios, las ventanas, los periódicos que leía todo el mundo, las mismas aceras, de hecho todo lo que estaba a la vista, excepto el cielo, estaba cubierto con los llamamientos de individuos que, bajo innumerables pretextos, pretendían atraer las aportaciones de otros para su sustento. Se use la fórmula que se use, el tenor de todos estos llamamientos era el mismo:

«Ayude a John Jones. No haga caso a los demás. Son fraudes. Yo, John Jones, soy el verdadero. Cómprame a mí. Deme trabajo. Visíteme. Escúcheme, John Jones. Míreme. No se equivoque, John Jones es a quien necesita y nadie más. Deje que los demás se mueran de hambre, pero por el amor de Dios, ¡acuérdesse de John Jones!».

No sé si fue el patetismo o lo moralmente repulsivo del espectáculo lo que más me impresionó; tan repentinamente me convertí en un extraño en mi propia ciudad. ¡Miseros humanos —tenía ganas de gritar—, al no aprender a ayudarnos mutuamente, estáis condenados a ser mendigos unos de otros desde el más pobre hasta el más rico! Esta terrible babel de descarado autoensalzamiento y desprecio mutuo, este clamor impresionante de alardes, llamamientos y promesas todos contradictorios, este sistema formidable de mendicidad evidente, ¿qué era sino la fatalidad de una sociedad en la que había que luchar por conseguir la oportunidad de servir al mundo según las capacidades de cada cual que no estaba asegurada para todos los seres humanos como primer objeto de la organización social?

Llegué a la calle Washington cuando más movimiento había, y allí me quedé riendo en alto, para escándalo de los viandantes. Por mi vida que no podría haberlo evitado, pues me encontré mirando de muy mal humor las hileras interminables de

tiendas a cada lado, arriba y abajo de la calle hasta donde podía ver, montones de tiendas a un tiro de piedra, para hacer el espectáculo más absolutamente ridículo, dedicadas a vender el mismo tipo de artículos. ¡Tiendas! ¡Tiendas! ¡Tiendas! ¡Millas de tiendas! Diez mil tiendas para distribuir los artículos que necesitaba una sola ciudad, que en mi sueño se abastecía de todas las cosas desde un mismo almacén, ya que estaban organizadas en una gran tienda en cada distrito, donde el comprador, sin perder tiempo de trabajo, encontraba bajo un mismo techo el surtido mundial de cualquier mercancía que deseara. El trabajo de distribución era tan escaso que solo añadía una fracción casi imperceptible del coste de los productos al usuario. El coste de producción era prácticamente todo lo que se pagaba. No obstante, aquí, simplemente la distribución de los artículos, solamente su manipulación, añadía un cuarto, un tercio, la mitad y más al coste. Había que pagar de estas diez mil tiendas el alquiler, los supervisores, sus grupos de vendedores, sus diez mil secciones de contables, intermediarios y dependientes, con todo lo que gastaban en anunciarse y pelearse entre ellos, y los consumidores tienen que pagar esto. ¡Bonito procedimiento para arruinar una nación!

¿Eran niños u hombres serios estos que veía a mi alrededor y que llevaban sus asuntos de esta manera? ¿Podían ser seres racionales, quienes no veían lo absurdo de pagar tanto por hacer llegar el producto al usuario, una vez ya está hecho y listo para utilizar? Si la gente come con una cuchara agujereada que vierte la mitad de su contenido entre el plato y la boca, ¿no es probable que se quede con hambre?

Había pasado antes por la calle Washington miles de veces y había mirado cómo hacían los que vendían mercancías, pero mi curiosidad al respecto era como si nunca hubiera pisado esta calle con anterioridad. Me quedé asombrado ante los escaparates de las tiendas, llenos de artículos expuestos con gran esfuerzo y recursos artísticos para atraer las miradas. Vi a multitud de señoras mirándolos y a los propietarios observando ansiosos el efecto del anzuelo. Entré y observé al vigilante de planta que, con ojos de ave de presa, trataba de hacer negocio, vigilando a los dependientes, recordándoles su tarea de inducir a los clientes a comprar, comprar, comprar, por dinero si lo tenían, a crédito si no lo tenían, para comprar lo que no querían, más de lo que querían, lo que no podían permitirse. En ciertos momentos, perdía la pista por un segundo y me confundía el espectáculo. ¿Por qué este esfuerzo para inducir a la gente a comprar? Está claro que nada tenía que ver con el negocio legítimo de distribuir productos entre aquellos que los necesitan. Era un puro despilfarro hacer comprar a la gente lo que no necesita, pero que puede ser útil para otro. La nación era algo más pobre con cada uno de estos logros. ¿En qué pensaban estos dependientes? Entonces recordé que no actuaban como distribuidores similares a los de la tienda que había visitado en el Boston de mi sueño. No servían al interés público, sino a su interés personal inmediato, y no les importaba nada cuál fuera el efecto final de su proceder en la prosperidad general si con ello aumentaban su propio tesoro, ya que estos artículos eran suyos y, cuantos más vendiera, más conseguían para ellos, y mayor

sería su ganancia. Cuanto más derrochadora fuera la gente, cuantos más artículos que no querían podían inducirles a comprar, mejor para estos vendedores. La meta expresa de las diez mil tiendas de Boston era animar al despilfarro.

No es que estos tenderos y dependientes fueran un ápice peores hombres que cualquier otro de Boston. Tenían que ganarse la vida y mantener a sus familias y ¿cómo iban a encontrar un negocio que no requiriera poner sus intereses individuales antes de los de otros y del resto? No se les podía pedir que se murieran de hambre mientras esperaban una organización mejor de las cosas como la que había visto en mi sueño, en la que el interés de cada uno y de todos era idéntico. Sin embargo, ¡por el amor de Dios!, ¿cómo extrañarme en el sistema que me rodeaba, cómo extrañarme de que la ciudad estuviera tan destartada, la gente tan pobremente vestida y tantos de ellos en harapos y hambrientos?

Algún tiempo después, anduve sin rumbo hasta el sur de Boston y me encontré entre las fábricas. Había estado en este distrito de la ciudad cien veces antes, igual que en la calle Washington, pero aquí, como allí, me daba cuenta ahora por primera vez del verdadero significado de lo que había sido testigo. Antes me enorgullecía el hecho de que, en cifras reales, Boston tenía unas cuatro mil fábricas independientes, pero en esta misma multiplicidad e independencia reconocía ahora el secreto de la insignificancia del total de su producción industrial.

Si la calle Washington había sido como el corredor de un psiquiátrico, este era un espectáculo mucho más melancólico, ya que la producción es una función mucho más vital que la distribución. Puesto que no era solamente que estas cuatro mil fábricas trabajaran sin coordinación y solo por esa razón operaban con una prodigiosa desventaja sino que, como si eso no implicara ya una pérdida suficientemente desastrosa de poder, usaban toda su destreza en frustrar los esfuerzos de los otros, rezando por la noche y trabajando de día en pro de la destrucción de las demás empresas.

El rugido y el traqueteo de las ruedas y los martillos resonando por todas partes no era el murmullo de una industria tranquila, sino el estruendo de espadas enarboladas por enemigos. Estas fábricas y tiendas eran otras tantas fortificaciones, cada una con su propia bandera, con sus cañones apuntados a las fábricas y tiendas de alrededor, y sus zapadores ocupados poniéndoles minas.

Dentro de cada uno de estos fuertes se insistía en la organización industrial más estricta; las distintas cuadrillas trabajaban bajo una autoridad central única. No se permitían interferencias ni duplicaciones en el trabajo. Cada uno tenía su tarea asignada y ninguno estaba ocioso. Por qué interrupción de las facultades lógicas, por qué eslabón perdido del razonamiento, se explica, entonces, que no se viera la necesidad de aplicar el mismo principio a la organización de las industrias nacionales como un todo, para ver si la falta de organización podía obstaculizar la eficiencia de una fábrica, entonces ha de tener efectos mucho más desastrosos al inutilizar las industrias de la nación en general, ya que estas últimas son más grandes en volumen

y más complejas las relaciones entre sus partes.

La gente se reiría de un ejército en el que no hubiera compañías, batallones, regimientos, brigadas, divisiones ni cuerpos de ejército, sino que la unidad mayor de organización fuera un pelotón de cabos, todos de igual autoridad y sin oficial alguno de mayor graduación. Pues un ejército así exactamente eran las industrias manufactureras del Boston del siglo XIX, un ejército de cuatro mil pelotones independientes dirigidos por cuatro mil cabos independientes, cada uno con un plan de campaña distinto.

Se podían ver por aquí y por allí grupos de hombres ociosos, algunos porque no encontraban trabajo a ningún precio, otros porque no conseguían lo que ellos creían un precio justo.

Abordé a algunos de los últimos y me contaron los motivos de sus quejas. Poco consuelo pude darles.

—Lo siento por ustedes —dije—. Sus salarios son muy bajos, es cierto, y aun así lo que me asombra no es que industrias dirigidas de esta forma no les paguen salarios dignos, sino que puedan pagarles salarios en absoluto.

De regreso después a la ciudad peninsular, cerca de las tres me detuve en la calle State, mirando, como si nunca los hubiera visto antes, los bancos y las oficinas de los corredores de Bolsa y otras instituciones financieras de los que no quedaba vestigio alguno en la calle State de mi sueño. Hombres de negocios, apoderados y chicos de los recados entraban y salían de bancos atestados, ya que faltaban pocos minutos para el cierre. Enfrente de mí estaba el banco que llevaba mis asuntos, y en ese momento crucé la calle y, entrando con la demás clientela, me quedé en un rincón, contemplando cómo manejaba el dinero el ejército de empleados y las colas de depositantes a las ventanillas. Un caballero de edad avanzada que conocía, un director del banco, observó mi actitud contemplativa al pasar y se paró un momento.

—Interesante espectáculo, ¿verdad, Sr. West? —dijo—. Un mecanismo maravilloso, me parece. Me gusta pararme a veces y mirarlo justamente como usted hace ahora. Es un poema, señor, un poema, así lo llamo yo. ¿Alguna vez se le ocurrió, Sr. West, que el banco es el corazón del sistema mercantil? La sangre vital entra y sale, en interminable flujo y reflujo. Ahora está entrando. Por la mañana saldrá otra vez —y, satisfecho con su pequeña presunción, el anciano siguió su camino, sonriendo.

Ayer habría considerado el símil bastante apropiado, pero desde entonces había visitado un mundo incomparablemente más próspero que este, en el que el dinero era desconocido y no se le concebía uso alguno. Había aprendido que tenía utilidad en el mundo en torno a mí solamente porque el trabajo de producir el sustento de la nación, en vez de verse como la más estrictamente pública y común de todas las preocupaciones y, como tal, estar dirigida por la nación, se había abandonado a los erráticos esfuerzos de cada cual. Este error de base necesitaba intercambios infinitos para conseguir algo parecido a una distribución general de productos. El dinero

permitía estos intercambios (cuya equidad puede juzgarse en un paseo desde los barrios pobres hasta la bahía Back)^[41] a costa de apartar del trabajo productivo una cantidad enorme de hombres dedicados a administrarlo, padeciendo constantes colapsos ruinosos de su maquinaria y ejerciendo una influencia generalmente corruptora en la humanidad, lo que justificaba su definición desde la Antigüedad como la «raíz de todo mal».

¡Ay del pobre viejo director del banco con su poema! Había confundido el palpito de un absceso con los latidos de un corazón. Lo que llamaba «un mecanismo maravilloso» era un artilugio imperfecto para remediar un defecto innecesario, la torpe muleta de alguien que se ha lisiado a sí mismo.

Cuando los bancos cerraron, deambulé sin rumbo por el distrito de los negocios durante una o dos horas y después me senté un rato en uno de los bancos del Jardín del Común^[42], simplemente mirando con interés la multitud que pasaba, como el que uno tiene al estudiar la población de una ciudad extranjera; así de extraños se habían vuelto desde ayer mis conciudadanos y sus quehaceres. Durante treinta años había vivido entre ellos y, sin embargo, era como si nunca antes hubiera notado lo demacrados e inquietos que estaban sus rostros, tanto los de los ricos como los de los pobres, los rostros refinados y perspicaces de los cultos y las máscaras apagadas de los ignorantes. Y así debe de ser, ya que ahora veía, como nunca antes de manera tan clara, que, según andaban, cada uno de ellos se giraba constantemente para escuchar el murmullo de un fantasma; el fantasma de la incertidumbre.

—Por más que hagas bien tu trabajo —murmuraba el fantasma—, que te levantes temprano y trabajes duramente hasta tarde, que hurtes con astucia o sirvas fielmente, nunca conocerás la seguridad. Puedes ser rico ahora y aun así acabar pobre. Por mucho dinero que dejes a tus hijos, no podrás comprar la seguridad de que tu hijo no se convierta en el criado de tu criado o que tu hija no se venda a cambio de pan.

Un hombre que pasaba por allí me plantó una tarjeta de publicidad en la mano que exponía los méritos de algún nuevo plan de seguro de vida. El incidente me recordó el único mecanismo que ofrecía a estos hombres y mujeres cansados y atormentados al menos una protección parcial ante la incertidumbre, una necesidad universal a la que proveía pobremente. Recordé que, por este medio, los acomodados podían obtener una precaria seguridad de que, tras su muerte y al menos por un tiempo, sus seres queridos no correrían el riesgo de ser pisoteados. Pero esto era todo y solo para quienes pudieran pagar bastante por ello. ¿Acaso era posible para estos desdichados habitantes de la tierra de Ismael^[43], donde la mano de cada hombre está en contra de la de los demás y las de todos contra todos, la idea de un verdadero seguro de vida como el que había visto entre los habitantes de aquella tierra de ensueño, cada uno de los cuales tenía garantía de no pasar necesidad de ningún tipo, mediante una póliza asegurada por cien millones de compatriotas y por el mero hecho de pertenecer a la familia nacional?

Recuerdo verme algo después en los escalones de un edificio en la calle Tremont,

contemplando un desfile militar. Pasaba un regimiento. Por primera vez en ese día deprimente se ofrecía a mis ojos un espectáculo que no me inspiraba un sentimiento de emoción y asombro que moviera a la reflexión. Aquí, por fin, había orden y razón, una demostración de lo que la cooperación inteligente puede alcanzar. La gente lo contemplaba con interés reflejado en los rostros. ¿Pudiera ser que la visión solo tuviera para ellos el interés de un espectáculo? ¿Acaso no veían que era el perfecto concierto de su acción, su organización bajo un único mando, lo que convertía a estos hombres en la maquinaria tremenda que eran, capaz de derrotar a una multitud diez veces más numerosa? Viendo esto tan claramente, ¿cómo no comparar la forma científica en que la nación iba a la guerra con la forma no científica en que iba a trabajar? ¿Acaso no se preguntaban desde cuándo se consideraba que matar seres humanos era una tarea más importante que alimentarlos y vestirlos, y que para lo primero se considerara necesario un ejército entrenado, mientras que para lo segundo se recurriera a la chusma?

Faltaba poco para el anochecer, y las calles estaban abarrotadas de trabajadores de los almacenes, las tiendas y las fábricas. Me dejé llevar por la corriente y, cuando empezaba a oscurecer, me encontré, en medio de una escena de miseria y degradación humana como solamente podía darse en la miseria del barrio de South Cove^[44]. Había visto cómo se despilfarraba absurdamente el trabajo humano; ahora veía la extrema miseria que había generado ese despilfarro.

De las entradas y ventanas negras de aquellas conejeras, de todas partes, venían ráfagas de aire fétido. Las calles y callejones apestaban sumadas a los efluvios de un barco de esclavos en el entrepuente. A mi paso entreveía pálidos bebés medio asfixiados entre hedores sofocantes, mujeres con semblantes desesperados, deformados por las privaciones, que no conservaban rastro alguno de feminidad salvo la debilidad, mientras por las ventanas unas muchachas de cejas espesas miraban lascivamente. Así como bandas de chuchos callejeros hambrientos infestan las calles de las ciudades musulmanas, enjambres de niños embrutecidos y medio desnudos llenaban el aire con alaridos y maldiciones mientras peleaban y se revolcaban entre la basura que se acumulaba en los patios.

En todo esto no había nada nuevo para mí. Había pasado a menudo por esta parte de la ciudad y había presenciado sus escenas con sentimientos de asco mezclado con cierta duda filosófica sobre los extremos a que los mortales pueden llegar mientras siguen aferrándose a la vida. Aquella visión de otro siglo hizo caer la venda de mis ojos no solo en lo referente a los absurdos económicos de esta época, sino también ante sus abominaciones morales. Ya no miraba a los desgraciados moradores de este infierno con una curiosidad insensible como criaturas apenas humanas, sino que veía en ellos a mis hermanos y hermanas, mis padres, mis hijos, carne de mi carne, sangre de mi sangre. La masa supurante de la miseria humana a mi alrededor ya no solo ofendía mis sentidos, sino que perforaba mi corazón como un cuchillo, tanto que no podía reprimir suspiros y gemidos. No me limitaba a ver simplemente, sino que sentía

en mi cuerpo todo lo que veía.

En ese momento, también, mientras observaba a los seres desgraciados de mi entorno más de cerca, me di cuenta de que estaban todos muertos. Sus cuerpos eran otros tantos sepulcros vivos. En cada frente brutal estaba claramente escrito el *hic jacet*^[45] de un alma muerta en el interior.

Según contemplaba con horror una cabeza muerta tras otra, tuve una extraña alucinación. Veía el posible rostro ideal que hubiera sido real si mente y alma estuvieran vivos, como un fantasma translúcido y vacilante superpuesto sobre cada una de estas máscaras vastas. Solo cuando fui consciente de aquellos rostros fantasmales y del reproche indudable de su mirada, se manifestó el dolor que daba la ruina causada. Estaba lleno de arrepentimiento y con una fuerte angustia, pues había sido uno de los que había apoyado que las cosas fueran así. Había sido uno de esos que, sabiendo bien que lo eran, no había querido oír o verme obligado a pensar mucho en ellas, sino que había seguido como si no sucediera nada en procura de mi propio placer y beneficio. Ahora caía sobre mí la sangre de esta gran multitud de almas estranguladas de mis hermanos. La voz de su sangre se alzaba hasta mí. Cada piedra de las aceras hediondas y cada ladrillo de las conejeras pestilentes tenían lengua y me llamaban mientras huía: ¿Qué has hecho de tu hermano Abel?

Después de esto, no guardo recuerdo claro alguno hasta que me encontré ante los escalones de piedra labrada de la magnífica casa de mi prometida, en la avenida Commonwealth. En el tumulto de mis pensamientos de ese día, apenas había pensado ni una vez en ella, pero ahora, obedeciendo a algún impulso inconsciente, mis pies habían encontrado el camino hasta su puerta, que tan familiar me era. Me avisaron de que la familia estaba cenando, pero se mandó el recado de que me reuniera con ellos a la mesa. Aparte de la familia, me encontré con varios invitados, todos conocidos. La mesa relucía con platos y porcelana cara. Las señoras estaban suntuosamente vestidas y llevaban joyas dignas de reinas. Era una escena de elegancia cara y lujo espléndido. El grupo estaba de un humor excelente, todos reían y gastaban bromas.

Para mí era como si, tras haber atravesado el mundo del desastre con la sangre convertida en lágrimas por el espectáculo y el espíritu agobiado por las penas, la compasión y la desesperación, me hubiera encontrado en un claro del camino con una alegre fiesta de alborotadores. Me senté en silencio hasta que Edith empezó a preguntarme por mi aspecto sombrío, ¿qué me apenaba? En ese momento, los demás se unieron a la alegre inquisitoria y me convertí en objeto de ocurrencias y bromas. ¿En dónde había estado y qué había visto para haberme vuelto tan aburrido?

—He estado en el Gólgota —contesté por fin—. ¡He visto a la humanidad colgando de una cruz! ¿Es que ninguno de vosotros sabe lo que el sol y las estrellas ven desde lo alto para que podáis pensar y hablar de algo distinto? ¿No sabéis que junto a vuestras puertas, una gran cantidad de hombres y mujeres, carne de vuestra carne, viven vidas que son una agonía desde el nacimiento hasta la muerte? ¡Escuchad! Sus casas están tan cerca que si acallarais vuestras risas oíríais sus voces

de dolor, el llanto lastimero de los pequeños que maman pobreza, las maldiciones roncas de hombres empapados de miseria, semianimalizados, los regateos de un ejército de mujeres que se venden a cambio de pan. ¿Con qué os habéis tapado los oídos que no escucháis estos tristes sonidos? Porque yo no puedo oír otra cosa.

Después de mis palabras, se hizo el silencio. Había hablado poseído por la pasión de la piedad, pero, cuando miré a mi alrededor, a la concurrencia, vi que, lejos de haberse emocionado como yo, sus rostros reflejaban un asombro frío y duro, que en el de Edith se mezclaba con una vergüenza extrema y con rabia en el de su padre. Las señoras intercambiaban miradas escandalizadas mientras uno de los caballeros se había puesto las gafas y me estudiaba con aire de curiosidad científica. Cuando vi que las cosas que a mí me resultaban intolerables no les conmovían en absoluto, que las palabras que henchían mi corazón solo les habían enojado contra el que las pronunciaba, al principio me asombré y después me sobrevino una náusea apremiante, y en el corazón me sentí desfallecer. ¡Qué esperanza había para los desdichados, para el mundo, si a hombres considerados y a mujeres sensibles no les conmovían cosas como estas! Entonces pensé que debía de ser porque no lo había explicado correctamente. Sin duda había expuesto mal el caso. Estaban enfadados porque pensaban que les estaba reprendiendo, cuando Dios sabe que solo pensaba en lo horroroso de los hechos sin intención alguna de adjudicar a nadie la responsabilidad por ellos.

Contuve mi apasionamiento e intenté hablar con calma y lógica para tratar de corregir la impresión producida. Les dije que no había querido acusarlos, como si fueran ellos, o los ricos en general, los responsables de la miseria del mundo. Cierto era que sus frívolos derroches, orientados a otras finalidades, habrían aliviado mucho sufrimiento amargo. Aquellas sabrosas viandas, aquellos exquisitos vinos, telas espléndidas y magníficas joyas representaban el rescate de muchas vidas. En verdad no dejaban de ser tan culpables como quienes despilfarran en una tierra azotada por el hambre. De todas formas, si se ahorrara todo lo que derrochaban los ricos, no alcanzaría ni con mucho para acabar con la pobreza del mundo. Había tan poco para dividir que, aunque los ricos compartieran con los pobres, no habría más que unas cortezas para comer todos, si bien es cierto que estarían endulzadas por el amor fraternal.

La mayor causa de la pobreza mundial era la insensatez de los hombres, no su falta de corazón. No era el delito del hombre, ni de ningún tipo de hombre, lo que hacía a la raza tan desgraciada, sino un espantoso y horrendo error, una metedura de pata colosal que ensombrecía el mundo. Entonces les mostré cómo cuatro quintas partes del trabajo de los hombres se echaba a perder completamente por el enfrentamiento mutuo, la falta de organización y concierto entre los trabajadores. Queriendo exponer el asunto muy claramente, puse el ejemplo de tierras áridas en las que el suelo producía recursos para vivir solo si usaban cuidadosamente los canales de riego. Les mostré cómo en esos países se creía que la función más importante del

Estado era comprobar que no se desperdiciase agua por egoísmo o ignorancia de los individuos, ya que, si no, habría hambre. Con este fin, su uso estaba estrictamente regulado y sistematizado, y no se permitía a los individuos hacer diques o desviarla por capricho, ni en ningún caso manipularla indebidamente.

Explicué que el trabajo de los hombres es el único arroyo fertilizante que podía hacer la tierra habitable. En el mejor de los casos, no era más que un arroyuelo, y requería un uso regulado por un sistema capaz de ahorrar cada gota para sacarle el mayor provecho y mantener así al mundo en abundancia. ¡Pero qué lejos estaba la práctica actual de cualquier sistema! Cada cual derrochaba el precioso fluido como quería, animado únicamente por los dos afanes de mejorar su propia cosecha y echar a perder la de su vecino a fin de vender mejor la suya. Unos campos estaban inundados por la codicia y otros resecos por la maldad, y la mitad del agua se despilfarraba totalmente. Aunque algunos llevaran una vida lujosa gracias a la fuerza o a la astucia, el destino de la gran mayoría era la pobreza, y el del débil y el ignorante, la amarga necesidad y el hambre perenne.

Dejemos que la nación abrumada por el hambre asuma la función que había olvidado y regule el curso del arroyo vigorizante por el bien común, y la tierra florecerá como un jardín, y a ninguno de sus hijos le faltará nada bueno. Describí la dicha física, la ilustración espiritual y la altura moral que llenarían las vidas de todos los hombres. Hablé con fervor de ese nuevo mundo, bendecido con la abundancia, purificado por la justicia y suavizado con la bondad fraternal, el mundo con el que, de hecho, no había sino soñado, pero que podía convertirse fácilmente en realidad. Sin embargo, aunque esperaba ver sus rostros iluminados con emociones parecidas a las mías, se volvieron incluso más oscuros, enfadados y despreciativos. En vez de entusiasmo, las señoras solo mostraron aversión y temor, mientras que los hombres me interrumpieron con gritos de reprobación y desprecio. «¡Loco!», «¡Apestado!», «¡Fanático!», «¡Enemigo de la sociedad!» fueron algunos de sus gritos, y el que antes me había contemplado con sus gafas exclamó:

—Dice que no habrá más pobres. ¡Ja, ja!

—¡Echadlo de aquí! —exclamó el padre de mi prometida, y a esta señal los hombres saltaron de sus asientos y avanzaron hacia mí.

Tenía la impresión de que mi corazón estallaría con la angustia de descubrir que lo que para mí era tan claro e importantísimo, para ellos carecía de sentido y yo era incapaz de cambiarlo. Pensé que mi corazón estaba tan ardiente que podía derretir un iceberg con su calor, solo para conseguir que el frío predominante se apoderara de mis órganos vitales. Según se abalanzaban sobre mí, no sentía enemistad hacia ellos, sino solo lástima, por ellos y por el mundo.

Aunque era desesperante, no podía dejarlo así y seguí enfrentándome a ellos. Estaba llorando. En mi vehemencia, no podía emitir sonidos articulados. Jadeaba, sollozaba, gemía y, de pronto, me encontré sentado en mi cama, en la habitación de la casa del Dr. Leete con el sol de la mañana dándome en los ojos a través de la ventana.

Respiraba con dificultad. Las lágrimas me caían a chorros por la cara y me temblaba hasta el último músculo.

Igual que un convicto fugado que sueña que le vuelven a capturar y le llevan de nuevo a su calabozo hediondo y oscuro, y cuando abre los ojos, ve desplegada encima la bóveda celestial, así me pasó a mí cuando caí en la cuenta de que mi regreso al siglo XIX había sido el sueño y mi presencia en el XX era la realidad.

Las crueles escenas que había presenciado en mi visión, y que tan bien podía confirmar por la experiencia de mi vida anterior, habían desaparecido para siempre, aunque, por desgracia, habían sido reales y tenían que mover al llanto a las almas sensibles, tanto entonces como en el recuerdo hasta el fin de los tiempos. Hacía mucho que el opresor y el oprimido, el profeta y el profetizado se habían convertido en polvo. Hacía generaciones que las palabras rico y pobre estaban olvidadas.

Sin embargo, mientras meditaba en aquel momento con gratitud indescriptible en la enormidad de la salvación del mundo y en mi privilegio al poder contemplarlo, de pronto sentí una punzada de vergüenza, remordimiento y reproche que me perforó como un cuchillo, me dobló la cabeza sobre el pecho y me hizo pensar que ojalá la tumba me hubiera escondido del sol junto con mis semejantes, porque yo había sido un hombre de aquel tiempo. ¿Qué había hecho para ayudar a la liberación en la que ahora presumía de regocijarme? Yo que había vivido en aquellos tiempos crueles e insensatos, ¿qué había hecho para acabar con ellos? No había sido ni una pizca menos indiferente a la miseria de mis hermanos, ni menos cínicamente incrédulo ante cosas mejores, ni un adorador menos degenerado del caos y la vieja noche, que ninguno de mis semejantes. Hasta donde llegaba mi influencia personal, la había empleado más para obstaculizar que para ayudar a que avanzara la emancipación que estaba entonces preparándose. ¿Qué derecho tenía a alabar una salvación que me dejaba en mal lugar, a regocijarme en un día de cuyo amanecer me había burlado?

—Mejor para ti, mejor para ti —decía una voz dentro de mí—, pues si este sueño maligno hubiera sido la realidad y esta realidad justa el sueño, hubieras estado mejor defendiendo a la humanidad crucificada ante una generación indiferente y burlona que aquí, bebiendo de pozos que tú no perforaste y comiendo de árboles a cuyos vigilantes apedreaste.

Y mi alma contestó:

—De verdad, mejor.

Cuando por fin levanté la cabeza y miré al frente por la ventana, Edith, fresca como la mañana, había entrado en el jardín y estaba recogiendo flores. Me apresuré a reunirme con ella. De rodillas en su presencia, con la cara en la tierra, le confesé entre lágrimas lo poco que merecía respirar el aire de este siglo dorado y lo infinitamente menos que merecía llevar en mi pecho su consumada flor. Dichoso aquel que, en un caso tan desesperado como el mío, encuentre un juez tan piadoso.

Epílogo

El ritmo del progreso mundial

Al editor del *Boston Transcript*^[46]: El *Transcript* del 30 de marzo de 1888 contenía una crítica de *Mirando atrás*, en respuesta a la que ruego me permitan unas palabras. No se objeta nada a la descripción que se hace en el libro acerca de las instituciones y soluciones sociales e industriales radicalmente nuevas que se supone disfrutará el pueblo de los Estados Unidos del siglo xx, por cuanto describe un grado de felicidad humana y desarrollo moral que la especie alcanzará, aunque parezca imposible, siempre que se le conceda tiempo suficiente para evolucionar a partir del estado caótico de la sociedad actual. Al no tener esto en cuenta, el crítico piensa que el autor ha cometido un error absurdo que resta valor al libro como obra de imaginación realista. En vez de situar la realización de este estado social ideal a escasos cincuenta años, se insinúa que debería convertir esta cifra en setenta y cinco siglos. Ciertamente es que hay una gran diferencia entre setenta y cinco siglos y cincuenta años y, si el crítico tiene razón en su cálculo del ritmo del progreso humano, la perspectiva del mundo es decididamente descorazonadora. Pero ¿está en lo cierto? Creo que no.

Aunque bajo la forma de una novela de fantasía, *Mirando atrás* quiere ser una predicción seria, de acuerdo a los principios de la evolución, sobre la siguiente fase en el desarrollo industrial y social de la humanidad, especialmente en los Estados Unidos, y el autor no cree que haya parte alguna mejor sostenida por los indicadores de probabilidad que la implícita predicción de que el amanecer de una nueva era está muy próximo y a él seguirá de inmediato la plenitud del día. ¿Parece increíble al principio, viendo la enormidad de los cambios que se presuponen? ¿Acaso no nos enseña la historia que, una vez se inician las grandes transformaciones nacionales, que llevan siglos preparándose de forma oculta, se realizan luego con una rapidez y una facilidad proporcionales a su magnitud?

En 1759, con la caída de Quebec parecía irresistible el poder de Inglaterra en América, así como el vasallaje de las colonias^[47]. No obstante, treinta años después tomaba posesión el primer presidente de la república americana. En 1849, después de Novara, las perspectivas italianas parecían tan desesperadas como en la Edad Media, pero, solo quince años más tarde, Víctor Manuel fue coronado rey de un Italia unida^[48]. En 1864, el sueño alemán de mil años estaba más lejos de cumplirse que nunca. Siete años más tarde se había hecho realidad, y Guillermo había asumido la Corona de Barbaroja en Versalles^[49]. En 1832, unas cuantas personas a las que los demás llamaban «visionarias» constituyeron la primera Sociedad Antiesclavista en Boston^[50]. Treinta y ocho años más tarde, en 1870, la sociedad se disolvió porque su

programa se había cumplido por entero.

Estos precedentes, por supuesto, no prueban que sea inminente una transformación industrial y social como la que se perfila en *Mirando atrás*, pero muestran que, cuando las condiciones morales y económicas están maduras, cabe esperar un avance muy rápido. En ningún otro escenario se cambian los decorados con tan mágica rapidez como en el gran escenario de la historia cuando llega el momento. La cuestión no es, entonces, la cantidad de decorados que haya que cambiar para que el escenario refleje la nueva forma de la civilización fraternal, sino si hay algún indicio concreto de si se aproxima una transformación social. Las causas que la han venido propiciando han estado presentes desde tiempo inmemorial. Desde los comienzos de la civilización, cada suspiro arrancado por la pobreza, cada lágrima de compasión, cada impulso humano, cada sentimiento religioso verdadero, cada acto por el que los hombres han dado curso a su simpatía mutua uniéndose unos a otros ha contribuido a la tendencia que apunta a la realización última de una forma de sociedad que, siendo mucho más eficiente en cuanto a la prosperidad material, satisfaga los instintos morales y no los conculque. Que esta larga corriente de influencia, al tiempo que se ensancha y profundiza, está por fin a punto de barrer los obstáculos que durante tanto tiempo ha debilitado, es al menos una interpretación obvia de la fermentación universal de los espíritus de los hombres frente a las imperfecciones de la organización social actual. No es solo que los trabajadores del mundo estén en algo parecido a una insurrección planetaria, sino que los hombres y mujeres auténticamente humanos y de toda condición están exasperados, al borde de la sublevación absoluta contra unas condiciones sociales que reducen la vida a una lucha brutal por la existencia, al tiempo que se burlan de todo mandato ético y religioso y reducen a la futilidad los diversos intentos filantrópicos.

Así como las aguas cálidas derriten poco a poco el iceberg que viene flotando desde el norte helado hasta que se vuelve inestable y los aludes de rocas que presagian su vuelco agitan las entrañas del mar en muchos kilómetros en torno suyo, así el bárbaro sistema industrial y social que hemos heredado del más antiguo salvajismo, socavado por el espíritu humanitario moderno y cuarteado por la crítica de la ciencia económica, está agitando el mundo con convulsiones que presagian su hundimiento.

Todos los hombres conscientes coinciden en que el aspecto actual de la sociedad anuncia grandes cambios. La única cuestión es si serán para mejor o para peor. Aquellos que creen en la nobleza esencial del hombre se inclinan por lo primero; los que creen en su esencial vileza, por lo segundo. En cuanto a mí, me adhiero a lo primero. Escribí *Mirando atrás* en la creencia de que la Edad de Oro está en el futuro y no en el pasado, y en un futuro no lejano. Seguramente, nuestros hijos la verán y también nosotros, que ya somos hombres y mujeres, si lo merecemos por nuestra fe y nuestras obras.



EDWARD BELLAMY nació el 26 de marzo de 1850, uno de los autores más influyentes de Estados Unidos. Bellamy nació en Chicopee Falls, Massachusetts, estudió derecho, pero decidió ser escritor.

El autor publicó varias novelas como *El Duque de Stockbridge* (1879), *El Proceso del Dr. Heidenhoff* (1880) y *La hermana de Miss Ludington* (1884), pero su obra emblemática es *Looking Backward* (*Mirando atrás*, 1888).

Mirando hacia atrás fue publicado en 1888. Ambientada en Boston, el héroe del libro, Julian West, cae en un sueño hipnótico y se despierta en el año 2000 para descubrir que está viviendo en una utopía socialista donde la gente coopera en vez de competir. La historia es el retrato de un futuro deseable para los americanos.

La novela vendió más de un millón copias y fue el tercer bestseller de su tiempo, después de *La cabaña del tío Tom* y *Ben-Hur*. Varios «Bellamy Clubs» se establecieron a lo largo de Estados Unidos para el debate y la propagación de las ideas del libro.

El libro de Bellamy también inspiró el movimiento «Garden City» (Ciudad Jardín), que tiene como objetivo crear centros diseñados para una vida saludable y de trabajo.

Otro libro popular del escritor es *Equality*, que hace hincapié en el papel central de las mujeres en el cambio social. Bellamy también proporcionó un trabajo sobre los derechos de los animales y la conservación del desierto.

Edward Bellamy murió de tuberculosis en Chicopee, el 22 de mayo de 1898.

Notas

[1] T. Moro, *Utopía*, Madrid, Akal, 2011. <<

[2] La opinión de Marx y Engels con respecto a autores como Fourier, Owen y Saint-Simon era condescendiente. Los tres eran solidarios con la clase obrera, no iban hasta el fondo, al no tratar de fomentar su movilización revolucionaria, la crítica social sola no era suficiente para producir el cambio necesario. Véase Fernando de la Cuadra (2010): «Utopía y ecosocialismo en William Morris», *Persona y Sociedad*, vol. xxiv, n.º 3, Universidad Alberto Hurtado, 2010, pp. 31-51. <<

[3] En este punto cabe recordar algunos de los destinos que a lo largo de la historia de la invención humana han aparecido para concebir una sociedad ideal: *Cucaña*, *Arcadia*, *la República Moral Perfecta o Millenium*, más *Utopía*. Para un recorrido breve pero esclarecedor por estos mapas mentales, veáse J. C. Davis (2010): «El pensamiento utópico y el discurso de los derechos humanos: ¿una conexión útil?», en P. Cuenca Gómez y M. A. Ramiro Avilés (eds.), *Los derechos humanos y la utopia de los excluidos*, Madrid, Dykinson. <<

[4] W. Morris escribió una crítica de *Looking Backward* en *Commonweal*, el periódico de la *Socialist League*, en junio de 1889. <<

[5] <<

[1] Shawmut es palabra de origen algonquín. En el siglo XIX se empleaba para designar el conjunto de Massachusetts. La Universidad de Shawmut, por tanto, es imaginaria. *[N. de la t.]* <<

[2] La expresión *looking backward* es el título original de la obra que, en traducción literal, significa «volviendo la vista» o «mirando atrás». [N. de la t.] <<

[3] La crisis industrial de 1873 que duró, más o menos, hasta 1890, se debió a causas similares a la de 2008: creciente competencia en el comercio internacional, exceso de oferta y agotamiento de los sectores industriales productivos hasta la fecha. Fue necesario encontrar nuevas formas productivas para superarla y también propició la expansión imperialista finisecular. [N. de la t.] <<

[4] Referencia a la Guerra de Secesión estadounidense que duró de 1861 a 1865. [N. de la t.] <<

[5] Decoration Day en el texto, es la fiesta anual que se estableció después de la Guerra de Secesión para honrar a los caídos de la Unión del Norte. Se celebraba el último lunes de mayo. Posteriormente pasó a llamarse Memorial Day, que es su nombre actual, y los honrados son todos los caídos en acción militar de los Estados Unidos. *[N. de la t.]* <<

[7] Para explicar este estado de ánimo hay que recordar que, excepto por lo que lucía a nuestras conversaciones, no había en mi entorno casi nada que manifestara lo que me había ocurrido. A una manzana de mi casa del viejo Boston podría haber encontrado círculos sociales mucho más ajenos a mí. El habla de los bostonianos del siglo XX difería incluso menos del de sus cultivados ancestros del XIX que este último del lenguaje de Washington y Franklin, mientras que las diferencias entre el estilo de indumentaria y mobiliario de las dos épocas no eran más acusadas que las que yo he visto producidas por la moda en una sola generación. <<

[8] Cartago tenía una constitución similar a la de Esparta y Creta, si bien la oligarquía cartaginesa se elegía en función del mérito (aristocracia) y la riqueza (plutocracia). Aristóteles dice, no obstante, que el gobierno cartaginés se preocupaba porque la riqueza se extendiera entre la población a base de enviar ciudadanos a las colonias.
[N. de la t.] <<

[9] Washington Street es una de las calles más antiguas de Boston, la más larga de la ciudad, llena de comercios y la primera que unió la península de Boston con tierra firme. State Street se encuentra en el corazón del distrito financiero de la ciudad. [N. de la t.] <<

[10] Me informan de que, desde que escribí esto, tal falta de perfección en el servicio de distribución de algunos distritos rurales se va a remediar y que pronto todos los pueblos tendrán su propio juego de tubos. <<

[11] Aunque en su charla de la noche anterior el Dr. Leete había hecho hincapié en las molestias que se tomaban para permitir que todos los hombres determinaran y siguieran su talento natural al elegir una ocupación, solo cuando supe que el salario del trabajador es el mismo en todas las ocupaciones, me di cuenta de con cuánta razón se espera de él que lo haga y así, al elegir el arnés que le sea más ligero, encuentre aquel con el que puede tirar mejor. El fracaso de mi tiempo en cualquier método sistemático o efectivo de desarrollar y utilizar las aptitudes naturales de los hombres para el trabajo y las vocaciones intelectuales fue uno de los grandes despilfarros, así como una de las causas más habituales de infelicidad en aquellos días. La inmensa mayoría de mis contemporáneos, aunque en teoría eran libres para elegir su ocupación, en realidad nunca lo hacían de verdad, sino que las circunstancias los obligaban a trabajar en algo para lo que eran relativamente incompetentes por falta de dotes naturales para ello. Al respecto, los ricos llevaban poca ventaja a los pobres. Estos últimos, normalmente privados de educación, no tenían ninguna oportunidad de averiguar siquiera las cualidades naturales que pudieran poseer y, debido a su pobreza, no podían desarrollarlas ni cultivarlas aunque las averiguaran. Las profesiones liberales y técnicas, excepto por algún golpe de suerte, les estaban vedadas, para su gran perjuicio y el de la nación. Por otro lado, los pertenecientes a la clase acomodada, aunque tenían acceso a la educación y a las oportunidades, veían sus ambiciones truncadas por los prejuicios sociales, que les prohibían seguir aspiraciones manuales, incluso aunque estuvieran dotados para ellas, y se veían obligados a desempeñar profesiones liberales, sin que importasen sus habilidades, con lo que se perdían así excelentes artesanos. La ambición mercenaria, que tentaba a los hombres a desempeñar ocupaciones lucrativas para las que no valían, en vez de empleos menos remunerados para los que sí lo hacían, era causa de otra gran perversión del talento. Todo esto ha cambiado. La igualdad de educación y oportunidades saca a la luz las cualidades que un hombre posee y ni los prejuicios sociales ni las ambiciones mercenarias le dificultan la elección de la profesión de su vida. <<

[12] El sueño lleva al protagonista a un ambiente de exótica leyenda muy cultivada por el último romanticismo, que la heredaba de la famosa obra de Chateaubriand, *El último de los Abencerrajes*, las narraciones y ensayos de Washington Irving sobre la Alhambra y el reino nazarí en general, en cuya gloria guerrera y posterior decadencia tuvo tanta importancia el linaje de los Abencerrajes. [N. de la t.] <<

[13] Referencia a la expresión *La ilaha ilallah*, de significado controvertido pero generalmente traducido como una especie de grito de guerra, «Alá es el único Dios».
[N. de la t.] <<

[14] [14]Una forma de composición muy popular en América en el último tercio del siglo XIX. [N. de la t.] <<

[15] Como suele suceder con los estadounidenses, Bellamy emplea «América» como sinónimo de los Estados Unidos. [*N. de la t.*] <<

[16] Esta forma de explicar los precios está en la línea de la teoría del valor-trabajo que, enunciada por Adam Smith, desarrolla Ricardo y recoge y consolida Marx con el concepto del *tiempo de trabajo socialmente necesario*. [N. de la t.] <<

[17] Es una selección de versos de un poema mucho más largo de Alfred Lord Tennyson, *Locksley Hall* (1835). Años después, muchos lo considerarían una profecía de la *Batalla de Inglaterra*, durante la Segunda Guerra Mundial, entre ellos, Churchill: «Porque me sumergí en el futuro, hasta donde el ojo humano alcanza, / tuve una visión del mundo por venir y de todas las maravillas; [...] / Cuando los tambores de guerra enmudecieron y las enseñas de combate se plegaron. / En el Parlamento del Hombre, la federación del mundo. / El sentido común de la mayoría asombrará al reinado de la calamidad, / y la tierra bondadosa se adormecerá acunada por la ley universal. [...] / Porque no tengo duda de que un anhelo creciente recorre las edades, / y el pensamiento de los hombres se ensancha con el paso de los soles». [N. de la t.] <<

[18] Hay dos cuadros de dos reconocidos impresionistas de la época que Bellamy pudo haber tenido en cuenta: Caillebotte, *Un día lluvioso en París*, pintado en 1877, y Auguste Renoir, *Les parapluies*, pintado en 1881. El segundo forma hoy parte de la colección Frick, en Nueva York. [N. de la t.] <<

[19] En la última parte del siglo XIX, los jóvenes más necesitados convirtieron en una práctica, en algunas universidades del país, ganarse un dinero para la matrícula del trimestre trabajando como camareros en hoteles durante las vacaciones de verano. En respuesta a las críticas que expresaban los prejuicios de la época, según los cuales aquellos que siguieran voluntariamente tal ocupación no podían ser caballeros, se argumentaba que dichos jóvenes tenían derecho a reivindicar con su ejemplo la dignidad de todos los trabajos honrados y necesarios. La utilización de este argumento ilustra una confusión general en el pensamiento de mis antiguos contemporáneos. El hecho de servir de camarero no precisaba mayor defensa que cualesquiera otras formas de ganarse la vida en aquellos tiempos; pero era absurdo hablar de dignidad al tratarse del trabajo de cualquier tipo en el sistema dominante de entonces. No hay manera de defender que el hecho de vender trabajo al precio más alto que se pueda sea más digno que vender artículos por el máximo que se pueda conseguir. Ambas eran transacciones comerciales juzgadas según los criterios comerciantes. Al fijar un precio en dinero por sus servicios, el trabajador aceptaba la medición monetaria y renunciaba a que se midiera con cualquier otra magnitud. Las almas generosas se quejaban amargamente por la sórdida mancha que esta necesidad confería a los tipos más nobles y más altos de servicio, pero no había forma de evitarla. Por trascendente que fuera la calidad del servicio, nadie estaba exento de la necesidad de regatear por el precio en el mercado. El médico tenía que vender su arte de curar, y el apóstol, su prédica, como todo el mundo. El profeta, que había descubierto el misterio de Dios, tenía que regatear por el precio de la revelación, y el poeta tenía que mostrar sus visiones mediante la imprenta. Si me pidieran que señalara el rasgo más feliz de este tiempo, comparado con aquel en que vi por primera vez la luz, diría que para mí es la dignidad que han dado al trabajo al negarse a ponerle precio y abolir el mercado para siempre. Al requerir que todos los hombres hagan lo mejor que puedan, han convertido a Dios en su patrón, y al considerar el honor como la única recompensa, han conferido a todos los trabajos la distinción que en mis días era característica de los soldados. <<

[20] Nunca podré celebrar suficientemente la gloriosa libertad que reina en las bibliotecas públicas del siglo xx en comparación con la intolerable administración de estas en el XIX, cuando se ocultaban celosamente los libros a los lectores, que solo podían acceder a ellos con considerable pérdida de tiempo por trámites burocráticos pensados para desanimar la afición normal a la literatura. <<

[21] Grafía errónea de Penthesilea (Pentesilea en castellano), reina de las amazonas que, en penitencia por haber muerto involuntariamente a su amiga Hipólita, acude a la Guerra de Troya en donde, a su vez, encuentra la muerte a manos de Aquiles mientras defiende la ciudad. *[N. de la t.]* <<

[22] Véase nota 24. [*N. de la t.*] <<

[23] Las asociaciones de exalumnos son muy típicas de las universidades anglosajonas, están muy extendidas y cumplen varias funciones, entre ellas, mantener relacionados a los antiguos compañeros de promoción o ayudar a los nuevos estudiantes. Hasta donde sabemos, no hay constancia de que incluyeran el gobierno de las «instituciones educativas más altas». [N. de La T.] <<

[24] Las regatas de veleros de Marblehead, ciudad costera a unos veinticinco kilómetros de Boston, atraían ya entonces mucha atención. A partir de 1905 dieron lugar a la mayor de todas, bienal, que todavía se celebra, llamada «Regata oceánica entre Marblehead y Halifax» (Nueva Escocia). *[N. de la t.]* <<

[25] Hoy parte del municipio de Boston, Charlestown había sido población por derecho propio hasta su absorción por la capital en tiempos de Bellamy, en 1874. Originariamente, había sido un poblamiento de inmigrantes mayoritariamente irlandeses. *[N. de la t.]* <<

[26] La doctrina calvinista en materia de delincuencia enseña básicamente que la justicia criminal hoy es básicamente la misma que la del Antiguo Testamento. *[N. de la t.]* <<

[27] Referencia al episodio de la calabaza de Jonás, que Dios hace crecer sobre la cabeza del profeta para protegerlo del sol y que se marchita en un día a causa de un gusano que el mismo Dios envía para mostrar simbólicamente a Jonás que no debe sentirse disgustado por el hecho de que haya mostrado misericordia por los habitantes de Nínive (Jon 4, 6-11). [*N. de la t.*] <<

[28] Cita de la segunda epístola de san Pedro (P 3, 13). [*N. de la t.*] <<

[29] Es parecido pero no igual al Tribunal Supremo de los Estados Unidos como es hoy, con la salvedad de que el mandato de los magistrados, actualmente vitalicio, estaba limitado a cinco años. *[N. de la t.]* <<

[30] Efectivamente, un juego de palabras intraducible al español entre *upright*, ‘de pie’ y el término inventado por Bellamy, *upwrong*, que vendría a significar ‘de cabeza’.
[N. de la t.] <<

[31] Desde 1887, fecha de publicación de *Mirando atrás*, diez nuevos territorios han alcanzado la condición de estados federados: Dakota del Norte y Dakota del Sur (1889), Hawai (1959), Idaho (1890), Montana (1889), Nuevo México (1912), Oklahoma (1907), Utah (1896), Washington (1889) y Wyoming (1890). <<

[32] Helmuth Karl Bernhard, conde von Moltke (1800-1891), mariscal de Campo prusiano, discípulo de Carl von Clausewitz y estudioso de las campañas napoleónicas, asesoró militarmente al Imperio otomano y fue decisivo en la consolidación de Prusia como potencia hegemónica en Alemania. Fue el comandante en jefe de las dos guerras decisivas para Alemania en el siglo XIX, la Guerra Austro-Prusiana (1866) y la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), [N. de la t.] <<

[33] Creso, último rey de Lidia, desde el 560 a al 547 a. C., cuando el reino fue derrotado por los persas. Fue famoso por la gran riqueza y prosperidad de su país. Se decía que era el hombre más rico de su tiempo. *[N. de la t.]* <<

[34] Reconozco plenamente la dificultad de explicar la trayectoria de los anarquistas mediante cualquier otra teoría, aparte de que estaban subvencionados por los capitalistas, pero, al mismo tiempo, no hay duda de que la teoría es completamente errónea. Desde luego, no la sostenía nadie en la época, aunque pueda parecer obvia en retrospectiva. [*N. de la t.:* El propio autor en su nota relativiza el crédito que merece esta teoría. En ciertos periodos de la historia en los que se ha agudizado la lucha de clases parecen haberse dado este tipo de prácticas de provocación y soborno para descabezar el movimiento obrero, pero no cabe decir, como sostiene el doctor Leete, que se tratara de una costumbre poco menos que institucionalizada. Más interesante es la curiosa confusión de Bellamy al identificar el anarquismo con la bandera roja. La bandera anarquista es negra, siendo la roja la del movimiento socialista. Es probable que, en alguna ocasión, los socialistas recurrieran a la violencia, y ello explicaría el calificativo de «anarquista» para este, pero ello no obsta para que la distancia entre los movimientos anarquista y socialista fuera muy grande.]

<<

[35] El gran éxito que conoció *Mirando atrás* desde su misma publicación hizo que surgieran muchos, cientos de «Clubes nacionalistas» en los Estados Unidos, que pretendían llevar a la práctica la forma de organización industrial y social que se expone en la novela. El propio Bellamy se dedicó una temporada a la política a través de una revista por él fundada, *The New Nation*, con la que pretendía coordinar el movimiento. Este se identificó en buena medida con el *People's Party*, o partido populista, que propugnaba aproximadamente el mismo ideario de *Mirando atrás*. Este movimiento populista acabó más o menos englobado en el Partido Demócrata y Bellamy abandonó sus veleidades políticas cuando su revista tuvo que cerrar por inviabilidad económica. Pero no hubo nunca partido nacional alguno. [N. de la t.] <<

[36] Un Estado dentro del Estado. [*N. de la t.*] <<

[37] Debo decir que la experiencia vino a demostrarme que la advertencia del Dr. Leete estaba totalmente justificada. La cantidad e intensidad de diversión que los jóvenes de esta época, y especialmente las jóvenes, son capaces de extraer de lo que les gusta llamar las excentricidades del noviazgo en el siglo XIX, parecen ilimitadas.

<<

[38] Paráfrasis de un verso del citado poema de Tennyson, *Locksley Hall*: «Cursed be the gold that gilds the straiten'd forehead of the fool!» [«Sea maldito el oro que adorna la apesadumbrada frente del tonto»]. [N. de la t.] <<

[39] El episodio del Agujero Negro de Calcuta se refiere a un episodio de la colonización británica de la India, cuando, después de la caída del Fuerte Williams, en la mencionada ciudad, en 1756, el Nabab victorioso hizo que encerraran a los soldados británicos y auxiliares apresados en la prisión militar, en una mazmorra de unos quince metros cuadrados, provista solo de dos agujeros para respirar. No está clara la cantidad de personas así hacinadas. Según unos relatos, fueron unos sesenta, según otros, unos ciento cuarenta. Lo que sí parece claro es que, cuando luego de las escenas que narra Mr. Barton al día siguiente se abrió la puerta, solo sobrevivía algo más de una veintena, y de ellos, varios habían perdido la razón. *[N. de la t.] <<*

[40] Versos de la oda «Intimations of Immortality», de los *Recuerdos de la primera infancia*, de William Wordsworth: «But trailing clouds of glory do we come/ From God, who is our home». [N. de la t.] <<

[41] Todavía hoy, el distrito de Back Bay es una de las zonas más caras y exclusivas de Boston. *[N. de la t.]* <<

[42] *The Common* es un jardín público en el centro de Boston que antaño se utilizó como pastizal de los comunes. De ahí el nombre. [N. de la t.] <<

[43] Referencia a la historia de Ismael, hijo de Abraham y su esclava Agar, que se narra en el Génesis. Ismael y su madre, expulsados al desierto por Abraham a petición de su mujer, Sara, sobreviven con la ayuda divina en condiciones verdaderamente difíciles. *[N. de la t.]* <<

[44] El distrito de South Cove, cercano a la bahía del sur, era por entonces un vertedero, un terreno destinado al tratamiento de residuos sólidos. En la primera mitad del siglo XIX se construyó allí una estación de ferrocarril vinculada al puerto y, durante el resto del siglo, la zona consistía en un entramado de vías férreas y talleres, flanqueada a un lado por industrias dedicadas al cuero y, por el otro, por Chinatown, que acogía a los inmigrantes. *[N. de la t.] <<*

[45] «Aquí yace.» [*N. de la t.*] <<

[46] El *Boston Evening Transcript* fue un diario vespertino que se publicó en Boston entre 1830 y 1941. [N. de la t.] <<

[47] La batalla de Quebec (también llamada «batalla de la llanura de Abraham») fue un momento decisivo en la parte norteamericana de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) que se libró en Europa, Norteamérica, África, la India y Filipinas. Con la derrota de los franceses, se afianzó el dominio inglés en América del Norte, y con el Tratado de París, casi todas las posesiones francesas pasaron a manos británicas. *[N. de la t.]* <<

[48] En la batalla de Novara entre austríacos y piemonteses se decidió el destino de la primera guerra de independencia italiana. Derrotados los piemonteses, Carlo Alberto de Cerdeña abdicó en la persona de su hijo, Vittorio Emanuele, quien sería después rey de Italia. *[N. de la t.] <<*

[49] De 1864 a 1871 se dan dos breves pero decisivas guerras, la austro-prusiana de 1866 y la franco-prusiana de 1871, que allanaron el camino a la unificación alemana y la fundación del II Reich o Imperio guillermino en recuerdo del primer emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, Federico I Barbarroja (ca. 1122-1190). [N. de la t.] <<

[50] La primera sociedad antiesclavista de los Estados Unidos se fundó en 1831 en Nueva York y, de ahí, pasó a los demás estados de la Unión. *[N. de la t.]* <<